SAMA HELALLI



OPERACIÓN KERMAN

Rocaeditorial •

SAMA HELALLI

OPERACIÓN KERMAN

Roca editorial

A mi marido, Wael,
quien me persuadió de que este sueño
se podía hacer realidad.
Y a los niños de mis ojos, Julie y Zaid,
el motor de mi vida

Introducción

En pleno siglo XXI la diferencia económica entre ricos y pobres se ha convertido en una sima que absorbe a los menos pudientes y los instala en el mismo infierno. La frustración llega a unos límites insospechados porque tenemos frente a nosotros un enorme ventanal que nos muestra la incongruencia del ser humano. Las llamadas redes sociales, las cuales deberían ayudarnos a socializar, como su nombre indica, sólo han conseguido destruir las relaciones reales, han normalizado la falacia y han creado el mayor ejército de opinólogos jamás visto. Una maquinaria lista para llevar a cabo maniobras de distracción con el fin de dar vía libre a aquellos que mueven los hilos. La desinformación, como arma en la guerra global que vivimos, nos ha sumido en el caos. Somos conscientes de que todo va mal, pero somos incapaces de cambiarlo. Hemos desarrollado una especie de síndrome de Estocolmo con las grandes fortunas. La gran mayoría cree que es un despropósito que una sola persona albergue cantidades ingentes de dinero en sus cuentas bancarias, pero, en lugar de actuar, son objeto de envidias. Un ejemplo que seguir. Son el enemigo, no porque tengan dinero, sino por aquello en lo que se han convertido. La avaricia, la soberbia, la

ira, la envidia…, ¿os suenan? Cada día somos más pobres en dinero, derechos, valores, principios…

Cada día es un paso atrás en el tiempo, hacia los albores de la democracia, cuando esta tan sólo era una quimera y únicamente existían los señores y los sirvientes. Ricos y pobres, triunfadores y fracasados.

A principios del siglo XX la paranoia se apoderó de la población tras la publicación de *Un mundo feliz*. Después tomó el relevo *1984* y, más tarde, *El show de Truman* volvía a recordar el terror por que nuestra intimidad se corrompiese. Sin embargo, hoy necesitamos sentirnos observados. Nosotros mismos hemos asesinado nuestra intimidad.

El mundo tiene que cambiar. Es hora de recobrar el sentido, la cordura, la justicia y la igualdad. Soy el Recolector Primigenio, y, a partir del día de hoy, nada será lo que parece.

1

Todo tiene un precio

Todo tiene un precio. Ningún hecho ocurre sin una razón, digan lo que digan. Pero ¿por qué me castiga a mí el universo? Ya empecé a pagar nada más venir a este mundo. Cuando nací, padecí una grave infección provocada por unas tijeras mal esterilizadas. Sin embargo, no morí. Mi inocente inconsciencia decidió seguir luchando. Desde entonces, la mala suerte me acompaña. Es como si la vida estuviera resentida conmigo por no haber sucumbido a la llamada de la muerte.

Estoy segura de que esta visión es parte de mi penitencia. ¡Esperpéntico! No se me ocurre otro calificativo. Ahí está, echado en la cama. Ese cuerpo peludo y redondo. ¡Qué asco! ¿Cómo lo ha podido hacer? Vale que el premio es jugoso, pero hay que tener un mínimo de escrúpulos. No puedo dejar de mirar el cuerpo inerte de esa bola de sebo.

—Vera, ¡Vera! —grita susurrando Cloe—. ¿Qué haces ahí como un pasmarote?

—¿Pero tú no ves lo que yo? ¿Cómo has podido tocarlo si quiera? Con un palo, quizá, pero así, a mano descubierta… Ese vello saliendo de ese tripón que se remueve cual arenas movedizas…

—¿De qué estás hablando? Creo que, efectivamente, no vemos lo mismo. Es un hombre corriente. No es ningún adonis, pero no es peludo ni gordo. Deberías hacértelo mirar.

—Eso de que no es gordo y peludo lo dirás tú. Espero que por lo menos te haya satisfecho.

—Pues sí, me ha dado lo que quería, así que estoy feliz de haber venido.

—Aunque lo hayas matado… —digo.

—Ay, déjate de tonterías, no está muerto, sólo dormido. Ya tenemos el dinero y las joyas. Vámonos.

Pongo los ojos en blanco y sigo con resignación a Cloe por la habitación hacia la salida.

—No te entiendo, Cloe, no sé cómo puedes tener tanta sangre fría.

—Estás aquí conmigo. No eres un holograma, ¿no? Compañera de fechorías —dice mientras me soba—. Además, sólo cojo lo que es mío, y no deberías hablarme tú de tener sangre fría. Yo por lo menos tomo la vida tal y como viene. Tú les das una patada a todos aquellos que intentan acercarse a ti.

—Tú sigues a mi lado…

—Sí, después de tres años de enemistad y un coche siniestrado —me reprocha Cloe.

—Mira que eres rencorosa, sólo era un coche. Te podía haber matado, pero saliste ilesa, ¿de qué te quejas?

A la mañana siguiente el señor gordo sale en las noticias. Habíamos robado a un ricachón y parece más importante que los tres mil millones de guerras de las que no se informa. Obviamente,

el hombre ha denunciado un robo, pero ha omitido que ha sido su amante después de narcotizarlo. Muy osado por su parte.

—Esta Cloe…

Ya he perdido bastante tiempo en una noticia insignificante. Apago la tele y me voy a la ducha. La ducha es mi gran momento del día, pues es donde se me ocurren las ideas más maravillosas. En realidad, son maravillosas debajo del agua. En cuanto las exteriorizo, se convierten en una soberana estupidez.

Permitid que me presente. Me llamo Vera Olsen, tengo treinta años y el mejor trabajo del mundo. Soy escritora. Siempre he querido ser escritora, pero, después de mucho tiempo de intentar entrar en el círculo sectario del mundo editorial, encontré mi lugar en los funerales. Sí, soy escritora de lujo de panegíricos. Y digo «de lujo» porque me contratan los más ricos. Engordo tanto sus egos que me contratan entusiasmados con el día de su muerte. Me fichan para escuchar lo maravillosos que son. Mis palabras son tan halagüeñas y poderosas que me pagan la tarifa que les pido. No les importa derrochar porque, de todos modos, prefieren que su dinero sirva para que los adulen (aunque ya no respiren) antes que termine en los bolsillos de sus ingratos herederos. Se trata de un trabajo gratificante porque mis clientes me toman por su terapeuta. A menudo acaban contándome que les encantaría ver la cara de bobalicones que se les quedará a los herederos cuando no reciben lo que esperaban. Os asombraría la cantidad de millonarios que atizan con su particular látigo de la justicia al morir. La gran mayoría se dan cuenta demasiado tarde de que han malcriado a sus descendientes.

Disfruto de mi trabajo. Cada mañana, después de la ducha, dejo que las musas de la inspiración me guíen. Da igual que la noche

anterior haya atracado a alguien, el trabajo es lo primero. Hoy no es una excepción. Una vez más, me siento frente a la pantalla del ordenador para comenzar mi siguiente encargo.

Mi cliente es el señor Nicolás Torreblanca de las Hoces, un todopoderoso terrateniente hecho a sí mismo con los negocios del polvo blanco. Así es, el azúcar le había hecho millonario. Siempre he pensado que hacerse millonario, o simplemente rico, es un gran peligro si no tienes muy claro quién eres y cuáles son tus valores. El señor Torreblanca de las Hoces no es una de esas personas con los valores muy asentados. Al contrario, en cuanto ganó su primer medio millón se le subió a la cabeza. Cuando cruzaba la mirada con cualquier persona en la calle, él pensaba que lo observaban. Creía que lo reconocían de los paquetes de azúcar. Ese particular imaginario del señor Torreblanca hizo que replanteara todo su plan de marketing. Lo que al principio era un modesto envase se convirtió en casi una pintura al óleo de la cara de Nicolás. No sólo quería ser rico, también quería ser muy famoso. La estrategia parecía ridícula, pero la táctica resultó un éxito. Los motivos no eran lo que el arrogante Nicolás pensaba. La gente compraba su azúcar porque, conforme se vaciaba el paquete, la cara del viejo se arrugaba tanto como el consumidor quería, dando lugar a divertidos gestos que alegraban los días más tristes.

Este nuevo cliente llamó a mi puerta porque ha cumplido setenta años y padece diabetes e hipertensión. Como todo en su vida, su funeral, llegue cuando llegue, ha de ser inolvidable, irrepetible y único. No tengo muy claro qué otros preparativos tienen ya predispuestos, pero el panegírico es una parte muy importante para él. Torreblanca fantaseaba en cada una de nuestras reuniones

viviendo casi un delirio. Sin embargo, el punto que tuvo siempre claro desde nuestra primera entrevista fue el contexto en el que su amada esposa lo leería. Habría un escenario en el que colocarían un gran retrato del difunto hecho de azúcar. Por lo visto, había contratado a un artista alimentario o algo así. Sonaría de fondo *El ocaso de los dioses* de Wagner. Su preciado oro era el azúcar. Pretencioso hasta el final. La cuestión es que no les cobro un dineral para reírme de ellos, por lo menos no en su cara, sería muy descortés por mi parte. Sólo me río de ellos mientras preparo la oda a su existencia. Si bien he de decir que no todos los millonarios son iguales. En ocasiones, es un miembro de la familia quien viene pidiendo mis servicios para recordar a una bella persona que los ha dejado o los va a dejar. Pero son los menos. Normalmente, las hienas están al acecho esperando a que la espiche el viejo de turno. Suena duro, pero es así.

En ocasiones opto por hacer acto de presencia en el funeral para ver cómo transcurre el velatorio y si el difunto se horrorizaría del resultado final. Por lo general tienen una idea muy concreta en la cabeza que no acaba proyectándose de manera fiel el día «M» (es la «M» de muerte para mí. A ellos les digo que es el día de la Memoria). Así es como llamo al día del funeral. No suena tan triste y a los clientes les gusta porque se creen una suerte de oficiales del ejército diseñando un plan perfecto. No me gustaría que se me malinterpretase, me tomo la muerte muy en serio, es más, al principio me aterraba, pero después me he dado cuenta de que, si quiero ganar dinero, voy a estar rodeada de muerte día sí y día también. Hace ya algún tiempo que he empezado a relativizar esa

transición natural por la que yo también voy a pasar tarde o temprano.

Gracias a mi profesión, he aprendido a respetar los designios del destino y a respetar la vida, aunque ahora también sé que hay que vivirla como si cada día fuese el último. Gano mi buen dinero y viajo. Descubro mundo e intento ayudar a la gente que voy conociendo. Viajar da una perspectiva de la vida que jamás se llega a tener permaneciendo siempre en la misma ciudad. Mis viajes son de introspección. Cada vez que conozco a personas nuevas, hago un examen de conciencia, ordeno mi mente y limpio mi alma. También observo cada detalle de las relaciones interpersonales. Miro cómo un marido trata a su mujer por las calles de Vietnam, Alemania o Egipto o cómo una madre actúa con su hijo. Observo a la gente que anda sola y analizo la arquitectura de las ciudades. Al fin y al cabo, los seres humanos no son los únicos que conforman la fisionomía de una urbe. La cuestión es que siempre encuentro grandes desigualdades por culpa del dinero, del género, la clase social, la cultura… Por ello, al regresar de mi tercer viaje, me paré a observar por primera vez mi entorno. Vi muchas cosas que no me gustaron. Vi que me rodeaban las mismas miserias y que la forma de luchar contra ellas no era la adecuada. La desigualdad económica es cada vez mayor. Los que más ganan y menos pagan son los ricos. De las ayudas del gobierno ni hablamos. Siempre tenemos que arrimar el hombro los de la clase media o media baja porque somos los que empatizamos, los que sentimos compasión y buscamos equilibrio. Pero bueno, supongo que es un instinto egoísta natural. Si no tienes mucho, quieres que compartan contigo, y si tienes mucho, posiblemente no quieras compartir. La empatía, esa es la clave.

Pero dejémonos de sermones y permitidme que os hable un poco de mí. Ya sé que hace un día estaba metida en un robo, pero no es exactamente lo que parece. Hay que echar la vista atrás para entender de dónde vengo.

Hubo un tiempo en el que necesitaba dinero. Tenía un trabajo de administrativa en una oficina, uno de esos que están mal pagados, exigentes y monótonos. Cloe era la jefa de mi departamento. Yo creía que le gustaba su trabajo porque, básicamente, nos hacía la vida imposible a todos. La creíamos una sádica con un sueldo que distaba mucho del nuestro. Cada día en la oficina era una gota más que acabaría por colmar el vaso.

Para que os hagáis una idea de la metamorfosis que sufrí, dejad que os lo explique mejor. Cuando llegué a París me sentí sobrepasada, abrumada por el ritmo de vida supersónico, los malos modos y el hartazgo de sus gentes. Todo contrastaba con las fotos idílicas que se sacaban los turistas durante sus vacaciones. ¿Sabéis lo frustrante que es que la gente me diga continuamente lo afortunada que soy de vivir en París? Que si la moda, que si los museos, que si las fiestas, cuando en realidad vivo una vida triste y estresante. Emily ha hecho mucho daño… En fin, lo que me ocurrió al mes de llegar aquí fue que la impotencia que sentía en esta capital monstruosa despertó en mí una cosa a la que llamo el «huracán diabólico». Empieza como un pequeño remolino que sube por los pies y cuya temperatura aumenta al tiempo que su fiereza remonta hasta la cabeza. Entonces es como si mi cuerpo se desconectase de mi cerebro. No pienso, sólo actúo. Dependiendo de la categoría del huracán, puedo llegar a ser muy agresiva.

La cuestión es que, durante tres años, exceptuando mis viajes introspectivos, mi día a día fue un infierno. Hasta que una tarde, al final de una larga jornada de trabajo especialmente dura, yo ya no podía más. Cloe salió del despacho hecha una furia gritándonos a mi compañero y a mí que éramos unos inútiles, que le sorprendía que supiésemos escribir nuestro nombre. Añadió algunos insultos más y desapareció ante nuestras miradas incrédulas. Me costó unos segundos reaccionar, el tiempo que el gran huracán de categoría cinco me dijo que la siguiese al aparcamiento. Cloe subió en su coche todoterreno y yo me subí en mi pequeño dos puertas. Yo sólo iba al trabajo en coche los viernes. Ese último viernes de invierno en la oficina, la ira encendió el odio dentro de mí, así que aproveché la oscuridad del Bosque de Boulogne-Billancourt para embestir a Cloe. Lo hice varias veces, pero fue en vano. Mi coche destartalado apenas le hizo un rasguño a su enorme vehículo. Ambas nos bajamos y nos enzarzamos en una pelea encarnizada, aunque ninguna sabía hacerlo. Tampoco era necesario, pues el instinto animal hizo todo el trabajo. Tras unos minutos que parecieron horas, las dos acabamos exhaustas y tiradas en el suelo. Nos miramos y le pedí disculpas. Le dije que había tenido un mal día y que era por su culpa, porque era una arpía. Ella también me pidió disculpas por haber hecho de mi vida una pesadilla. Resultó que llevaba años luchando por un ascenso. Su contrincante era un niño rico con poca experiencia y buenos contactos. Cloe pensó que, si aumentaba los beneficios de la empresa, los contactos de su oponente no valdrían nada. La tarde del *incidente* le habían concedido el ascenso al niño rico. Estaba destrozada, así que presentó su dimisión.

¿Quién iba a pensar que al final de esa jornada laboral de un viernes cualquiera acabaríamos las dos en mitad del bosque despedazándonos? Apuesto a que alguien nos vio y creyó que éramos prostitutas luchando por el territorio.

Las dos nos levantamos a duras penas del suelo, hicimos un parte amistoso y nos fuimos a casa de Cloe. Allí descubrí que no la conocía, que nada tenía que ver la malvada jefa con la mujer fuerte pero muy humana de aquel minipiso. Cloe vivía en Puteaux, una zona de gente bien justo al lado de La Défense. Precisamente en una de las enormes torres de La Défense trabajábamos nosotras. El viernes que cambió nuestras vidas, el universo conspiró para que ella diera un rodeo por Boulogne. Se trata del pulmón de la ciudad, el Central Park de París. Todos en la oficina creíamos que vivía en un gran apartamento en aquel barrio acomodado. Una vez más, se trataba de una ilusión óptica de la ciudad de las apariencias. Cuando vi su diminuto piso, entendí el rodeo que había dado. No es que yo viviese mejor, de hecho, mi piso tenía una extensión de 15 m^2. Era lo que me podía permitir si quería vivir sola. Para alquilar un piso en París hacen falta tres cosas: un contrato indefinido, un sueldo neto que triplique el precio del alquiler y un millón de justificantes. Yo sólo tenía un contrato indefinido, así que el primo del amigo de un compañero de trabajo convenció al dueño del piso en cuestión para que olvidara la condición del sueldo a cambio de tres meses por adelantado. Por suerte, soy ahorradora, porque tuve que desembolsar mil quinientos euros por un zulo en Saint-Ouen, una zona, digamos, concurrida y llena de vida. Era un edificio antiguo con alma. Los escalones crujían contando una historia diferente cada día. No sé si lo habréis notado, pero, según el humor que tengamos,

caminamos de una forma u otra. La música de los crujidos de los escalones con mis pasos hablaba del hastío, la desesperación y, en ocasiones, de la tristeza. Yo vivía en un tercero sin ascensor. Una altura muy elocuente. Bueno, me he dispersado un poco. Volvamos al día del accidente, ya en el piso de una habitación de Cloe. Nada más llegar, nos acomodamos en el salón y usamos un montón de alcohol para curar las heridas que nos habíamos causado. Pasamos de enemigas acérrimas a dormir bajo el mismo techo. Cuando desperté a la mañana siguiente, Cloe estaba de pie frente a la ventana con un café en la mano; ausente, mirando al infinito. La llamé varias veces, pero no contestó hasta que me coloqué delante de ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Es por el coche? —pregunté preocupada—. Es de empresa, lo cubrirá el seguro, no te preocupes —continué.

—No, no es nada de eso. ¿Sabes? Ellos son el problema, ellos me han hecho la vida imposible. He estado en decenas de reuniones con esnobs viejos y jóvenes que se creen superiores a mí porque soy mujer y no tengo sus millones. No te imaginas las humillaciones por las que he pasado. He sido una ilusa al pensar que podía llegar a ocupar un puesto importante para cambiar las cosas.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas aguando el café que sostenía entre las manos.

—Pero ¿sabes qué, Vera? Se acabó. Me toca a mí jugar y ellos van a pagar.

Al principio no entendí qué era lo que se le estaba pasando por la cabeza. Me quedé esperando una explicación. Fue entonces cuando me propuso quitarles lo que a ella le habían quitado: su dignidad, su

orgullo, su trabajo, sus ilusiones y, sobre todo, su dinero. Ese plan descabellado se convirtió en nuestra nueva carrera profesional. Entendedme, nunca he robado, jamás había pensado en delinquir, pero esos millonarios sin escrúpulos se aprovechaban de las personas como yo. Me tenían trabajando jornadas de hasta diez horas por un sueldo que apenas me llegaba para vivir. A Cloe no le costó mucho convencerme gracias a sus particulares teorías sobre la justicia moral. Ningún juez le iba a devolver el tiempo perdido, ni ninguna sentencia iba a curar las heridas de la humillación. Con el tiempo conocí mejor a Cloe y todo por lo que había pasado de adolescente. A los doce años ya era una chica muy diferente a sus compañeras. Les sacaba una cabeza a los chicos de su clase, hasta que empezó a madurar a pasos agigantados. Ya no creció más. En cambio, tenía mucho pecho, muchas caderas, mucho de todo. Si bien es cierto que sus padres curtieron su personalidad para que no se dejase amilanar, cuando se quedaba sola, todas sus inseguridades hacían acto de presencia y las heridas causadas por los afilados comentarios que la apuñalaban supuraban humillación e impotencia. Sin embargo, los malos tratos se disiparían cuando empezó a destacar por sus notas. Cada año era designada delegada de clase y los profesores contaban con ella para todo. Si el profesor se ausentaba unos minutos, ella quedaba a cargo; si había que hacer fotocopias, aunque fueran de los exámenes venideros, le asignaban la tarea a Cloe. Incluso era tesorera en algunas actividades. Manejaba el dinero de todos los niños de la clase. De repente tenía poder y controlaba su entorno. Un día se dio cuenta de que ya nadie la insultaba, sino que incluso le pedían ayuda. Como si de una epifanía se tratase, descubrió lo que quería ser de mayor. Sería

lideresa. Poco importaba el ámbito siempre y cuando mantuviese el control sobre aquellos que la rodeaban.

En un abrir y cerrar de ojos sus delirios se convirtieron en una realidad.

El primer robo fue como la seda. A pesar de ser nuestra primera vez, Cloe supo seducir rápidamente a su presa. Era un tipo al que conocía de una reunión. Él no la reconoció. La verdad es que su disfraz de *femme fatale* era espectacular, imposible no caer en sus redes. Cloe había trabajado mucho tiempo en la empresa y, por tanto, conocía a la perfección los lugares que frecuentaban sus víctimas. Fuimos a un *lounge bar* repleto de hombres ataviados con sus trajes a medida bien planchados, aunque a esas horas de la noche ya los llevaban con un aire más casual. Las corbatas habían desaparecido y las chaquetas colgaban del respaldo de los elegantes taburetes donde se sentaban mujeres cuyo aspecto distaba mucho del de esposa o madre. Cloe hizo su entrada triunfal con un vestido rojo extremadamente ajustado que convertiría en una diosa a una mesa camilla. Para mí, era la primera vez que la veía con ese tipo de ropa. Yo la conocí con sus discretos trajes de chaqueta y pantalón, aunque hubo un tiempo en que sí usaba vestidos de ejecutiva. Me contó que había comprobado que, los días en que iba con falda, sus colegas se dirigían menos a ella e incluso tenían menos en cuenta sus aportaciones. Cuando se trabaja entre tiburones en entornos hostiles lo más importante es mimetizarse, ponerse a su nivel en todos los aspectos, desde el vestuario hasta el lenguaje empleado. El día de nuestro primer atraco, Cloe llevaba la prenda que tan vulnerable la hacía en el trabajo. Avanzó por el local con paso firme, asegurándose de que todos se girasen hacia ella. Se sentía

poderosa, pero, claro, no iba a tratar un negocio de millones de euros.

En cuanto tuvo todas las miradas puestas sobre ella, decidió dar el siguiente paso. Fue directa hacia su víctima, quien, consciente del deseo que despertaba Cloe, se sentía afortunado de que lo hubiese escogido a él. La presa en cuestión se llamaba Emmanuel, nunca lo olvidaré. Tenía una sonrisa socarrona pintada en la cara. Desde luego que su intención era intimar con Cloe una noche y quizá comprarle algún detalle, pero mi nueva amiga no se iba a conformar con eso. Pasó como veinte minutos con él y luego le invitó a su supuesto apartamento. En realidad, era una vivienda de uso vacacional. Ella había reservado una noche y se había encargado de darle un toque personal. Emmanuel se ofreció a ir en su coche con chófer. Cloe dudó un poco, pero, al ver que había un cristal ahumado que separaba al conductor del pasajero, pensó que al chófer no le daría tiempo a memorizar su cara.

Para cuando llegaron al apartamento, yo ya estaba escondida en una de las habitaciones. Ella le ofreció una copa con regalito incluido y él cayó redondo en cuestión de un minuto. El resto del tiempo lo pasamos desvalijando al pobre desgraciado. Fue muy fácil entrar en su cuenta del banco, solamente nos hizo falta su dedo pulgar. En esa cuenta no había mucho dinero, tan sólo unos doscientos mil euros. Cloe hizo una transferencia. A continuación se tomó unas fotos muy comprometedoras con el susodicho en paños menores. Hay que ver lo que engañan las imágenes. Emmanuel estaba dormido, pero parecía muy activo en cada instantánea. Habíamos creado a un fetichista al que le gustaba maquillarse mientras lo dominaba una mujer. O eso contaba la foto. Nunca os fieis al cien por cien de una

instantánea porque, como bien indica su nombre, sólo captura un instante y jamás un contexto. Obviamente nos cuidamos de que no se pudiese identificar a Cloe. De nuestra presencia en el apartamento, únicamente quedó una nota escrita y una fotografía impresas en el ordenador del alojamiento. La nota rezaba:

> GRACIAS POR EL REGALO. YO TE DEJO OTRO. UNA IMAGEN PARA QUE NO OLVIDES NUESTRO ENCUENTRO. ME GUARDO EL RESTO. QUE QUEDE ENTRE NOSOTROS.

Me imaginé la cara de Emmanuel cuando apartase la nota y se viese inmortalizado de la forma más humillante posible.

Bajamos al cuarto de la basura y Cloe se cambió de ropa. Se quitó el vestido que la oprimía para dejar fluir cada michelín. Mallas y amplia camiseta desgastada que había comprado en una tienda de segunda mano. Su cuerpo se había transformado, su cara y su pelo también. Seguía sin ser ella, ahora parecía una pordiosera. Metimos todo en una maleta de viaje y salimos por separado. Ella a pie desde el garaje y yo desde la puerta principal.

Entre el dinero que tenía en efectivo y el reloj que vendimos en una tienda en la que no hacían demasiadas preguntas, nos sacamos un buen pico.

Con la transferencia de Cloe, el círculo se cerraba. Si Emmanuel quería venganza, tendría que buscarla de otra forma.

—¿Cuánto has transferido?

—Treinta mil, el máximo permitido sin esperar preguntas del banco.

—¡Toma ya! Pero, espera, espera. ¿Adónde ha ido el dinero? —pregunté consciente de repente de que Cloe no tenía mi número de

cuenta bancaria.

—A una asociación de víctimas de malos tratos en la que echo una mano de vez en cuando. En un día engordarán su cuenta con la generosa *donación*.

—No sabía que fueras voluntaria de algo así…

—Ya sé que todos pensáis que soy una capitalista desalmada, pero no me importa lo que la gente crea.

—Pero es posible que el tío se apunte un tanto *ayudando* a mujeres desamparadas. ¿Cómo le perjudica esta transferencia?

—Conozco muy bien a este personaje y te aseguro que jamás apoyaría una causa así. Es de la clase de tipos que dicen de las mujeres: «Pues si la trata así es porque algo habrá hecho». Para él es un duro golpe, no por la cantidad transferida, sino por las receptoras.

A partir de ese momento nos movimos por diferentes zonas de París y decidimos que sería muy peligroso robar a hombres que ya conociésemos porque la policía podría encontrar la conexión. Los siguientes, al ser desconocidos, fueron más fáciles de desplumar. En realidad, aunque los robos siempre fueron lucrativos, el dinero se convirtió en algo secundario para mi amiga. Lo que de verdad motivaba a Cloe era tener el control. Sus víctimas recibían una de las fotos más ignominiosas que pudiesen imaginar para impedir que acudiesen a la policía. Después de pasar por nuestras manos, ellos debían cargar con su nuevo secreto como si de un bloque de piedra se tratase, temerosos cada día de su existencia de que saliesen a la luz las imágenes que podrían destrozarles la vida.

En este último atraco, la víctima también ha sido aleatoria, aunque efectiva; sólo el reloj y el esperpéntico collar de oro cuestan más de

lo que hemos ganado Cloe y yo en años. Está casado, por lo que no se va a delatar. De todos modos, le dejamos la foto pertinente. Después del golpe, una vez en casa de mi compañera de fechorías, estamos excitadas, tenemos los niveles de adrenalina por las nubes y la dopamina en la luna. No nos dura mucho porque a los tres días recibimos una llamada de teléfono. En realidad, es Cloe quien la recibe. Se trata de la esposa de nuestra víctima, la señora Gladys Geldmann.

2

El encuentro

—Hola, Cloe —dice directamente.

—¿Con quién hablo? —pregunta Cloe nerviosa al tiempo que pone el altavoz.

—Me llamo Gladys Geldmann. Soy la mujer del idiota al que robasteis hace tres días.

He de reconocer que esas palabras nos han helado la sangre a las dos. Creo que hasta nos hemos puesto a temblar. Aunque mi compañera experta en situaciones tensas mantiene la entereza.

—Encantada de conocerla, ¿en qué puedo ayudarla? —responde Cloe.

—Ja, ja, ja, eres adorable. ¿Entonces reconoces que has robado a mi marido?

—Yo no reconozco nada, sólo soy amable con mi interlocutora, señora Geldmann.

No doy crédito a lo que estoy oyendo.

Si me hubiese llamado a mí, estaría ya llorando en un calabozo.

—E inteligente. Me gustas. Pero llámame Gigi, querida. Me alegro de que hayas respondido porque me gustaría invitaros a comer.

—Verá, Gigi, dada la naturaleza de su llamada, creo que debo declinar su invitación.

Cloe acababa de sacarme de la ecuación con un simple «debo». Supongo que verme hiperventilar la ayuda a tomar esa rápida decisión.

—Me está acusando de robar a su marido. Usted me acaba de decir que soy inteligente, no quiero decepcionarla —continúa Cloe.

—Cariño, si piensas que es una trampa, estás equivocada. Si quisiera atraparos ya estaríais detenidas, las dos. Te acabo de llamar a tu móvil y estoy segura de que el botín sigue en tu apartamento. Sinceramente, *mia cara*, no creo que sepas cómo deshacerte de algo tan caro y excepcional. Mi marido es un hortera, pero cada joya que luce está personalizada y es única.

Cloe necesita unos segundos para pensar. Clava los ojos en mi aterrada mirada y responde:

—De acuerdo, la veré. Dígame cuándo y dónde.

—Os veo mañana en el restaurante Ocean's Pearl. Te envío la dirección por mensaje. A las dos de la tarde. *Ciao*, *mie care*.

La voz se apaga y yo caigo redonda en el sofá. La conversación de la que he sido testigo hace viajar mi mente a mil kilómetros por hora a lo largo de mi vida para acabar en una celda de dos por dos sin ventana. Me imagino como Edmundo Dantés, marcando las paredes, muerta de hambre y frío, sólo que yo sería incapaz de encontrar una forma de escapar. La del ingenio en situaciones extremas es Cloe.

—No te preocupes, Vera, esa mujer tiene razón; si quisiese delatarnos ya lo habría hecho. Iremos al restaurante, comeremos comida de pijos y veremos lo que quiere.

—Las raciones son mínimas —digo, todavía sumida en mis pensamientos.

—Bueno, es verdad, para ser tan ricos, te ponen una judía por plato. Son bastante agarrados, pero no creo que quiera ir a comer pizza.

—Me refiero a las raciones de la cárcel —aclaro como despertando de un sueño.

—Ja, ja, ja. Al final resulta que en la cárcel tienen la misma comida, pero con menos sal —bromea Cloe.

Nos vamos a pasear para despejar un poco nuestras mentes. La suave brisa de primavera va disipando los pensamientos carcelarios. París nunca me ha gustado, aunque en ocasiones, cuando el sol decide asomarse, resulta agradable. La ciudad del amor es en realidad una falacia, un holograma de la felicidad de cara al mundo. Sin embargo, nada es lo que parece. París es una bestia despiadada que roba almas. Sí, debes vender tu alma al diablo, o por lo menos alquilarla, si quieres llegar a vivir de forma decente. El sistema está organizado de tal manera que el único objetivo es llegar a ser lo más rico posible. También vale con parecerlo. La gente se endeuda tanto con los bancos que se convierten en esclavos de multinacionales y empresas que forman borregos.

Tener iniciativa no es recomendable, sino que supone un riesgo para la empresa. Después de convencer al empleado de su obligación para con la compañía, del compromiso sectario, y tras la destrucción de la autoestima de cada uno de los trabajadores, les convencen de que les pagan suficiente. Hay que bajar la cabeza y dar las gracias. Así es como se somete a toda una sociedad. En la Ciudad de la Luz, los ricos son muy ricos, los pobres son muy pobres

y la clase media es muy desgraciada. Cuando Cloe y yo decidimos pasar de desgraciadas a muy ricas, sólo queríamos liberarnos de nuestros grilletes.

En cuanto metemos la llave en la cerradura de la casa de Cloe, llega un mensaje:

Ocean's Pearl
48 Avenue de New York, 75016
Llamad al interfono de madame Lagarde
y subid al segundo derecha.

—Oye, ¿estás segura de que podemos fiarnos de ella? —pregunto acongojada.

—Es una dirección un poco rara, pero vamos a llegar hasta el final. Tenemos que cerciorarnos de cuánto sabe.

El día D ha llegado. No he dormido. Mi nivel de concentración está bajo mínimos. La noche se me ha hecho larga. Ha sido como recorrer el corredor de la muerte durante horas de oscuridad cubierta por el cielo más oscuro que jamás he visto. Cloe y yo nos disponemos a prepararnos. Tenemos que ponernos de acuerdo en lo que contar y cómo contarlo. También tenemos que elegir el look adecuado, no podemos vestir de cualquier forma para asistir a una reunión que puede definir nuestro futuro.

—Debemos parecer seguras de nosotras mismas. No, debemos estar seguras. Voy a ponerme algo rojo, pareceré fuerte y beligerante. Tú ponte algo más… verde. El verde es tu color —dice Cloe.

—Verde, ¿qué tono? Verde lima, verde hierba, verde esmeralda…

—Verde moco, yo qué sé. Sólo verde.

Y así es como dos tilas después vamos al encuentro de la señora Geldmann. Cogemos el metro 1 y bajamos en la parada George V. Decidimos continuar a pie, aunque está un poco lejos, para poder repasar nuestras versiones. Cuando llegamos, sólo encontramos un edificio de viviendas. Llamamos al timbre y nos abren sin preguntar.

—¿Sabes que si hoy desaparecemos en este edificio nadie nos va a buscar? Y si nos buscan, jamás nos encontrarán. Es el día D, de destrucción y de desaparición.

—Vera, estás alucinando, no nos va a pasar nada. Y, cariño, deja de ponerles nombre a los días.

Cloe llama al timbre y una mujer menuda abre la puerta:

—Adelante, señoritas, por favor.

El restaurante no es un restaurante al uso, sino un apartamento. Altos techos, paredes color crema y pan de oro encuadrando los enormes muros. Sólo cinco mesas y ninguna ocupada. La música de un pianista bastante guapo ambienta la sala. Había oído hablar de los restaurantes clandestinos, pero nunca me imaginé que acabaría en uno.

—Acompáñenme.

La mesa está junto a un gran ventanal con vistas a la torre Eiffel y al Sena. Es uno de esos días agradables, el sol brilla y se refleja en las aguas sucias del río. Es curioso, la luz contra el agua verde da lugar a destellos dorados.

Criminal o no, la señora Geldmann tiene buen gusto. Mientras disfrutamos de la panorámica, siento una presencia justo detrás de nosotras.

—¡Buenos días, *mie care*! —exclama la mujer más elegante que he visto jamás.

Gladys Geldmann es una mujer de cincuenta y tantos. Hermosa, incluso debajo de las capas de maquillaje. Es alta y delgada. El prototipo idílico de la mujer francesa con una corta melena bob. Lleva un traje de pantalón de un alegre color esmeralda.

—¿Ves como el verde era una buena idea? —dice entre susurros Cloe.

Le doy una patada por debajo de la mesa. Gladys se sienta con nosotras, en la cabecera. Todos sus gestos y su aspecto son muy elocuentes. Está dejando claro el papel de cada una. Ella va a ser la abeja reina.

—¿Quiere que sirva, señora? —pregunta la mujer menuda.

—Sí, señora Lagarde —responde antes de dirigirse a nosotras de nuevo—. Espero que no os importe que haya pedido por vosotras, he escogido el plato más delicioso de la carta.

—Señora Geldmann, le agradecemos mucho su invitación, pero… —arranca Cloe.

—Querida, ya te lo he dicho, llámame Gigi. Tranquilas, vamos a disfrutar de la comida y os contaré el motivo de esta invitación.

La comida debía de estar preparada antes de nuestra llegada porque los platos salen de cocina casi inmediatamente. Gigi nos anima a empezar. Es cierto, mi paladar nunca había saboreado esa mezcla de matices al mismo tiempo. Intento disimular el placer intenso que me produce la ración nimia del primer plato. Espero de corazón que haya un segundo plato.

—Bien, chicas, como os dije por teléfono, sé que habéis robado al idiota de mi marido. Hace tiempo que creo que me engaña, así que la noche en cuestión lo seguí hasta el restaurante y luego al apartamento. Cloe, entraste con mi marido, pero saliste con otra

mujer. Como comprenderéis, tuve que contratar a alguien para investigaros y saber quiénes erais. Dicho esto, me gustaría felicitaros porque sois buenas profesionales. Pensaba que iba a tener que esperar horas, y, sin embargo, en media hora ya estabais fuera.

—¿Cómo supo usted lo del robo? A lo mejor iba a una reunión con algún cliente o algo —pregunta Cloe.

—Tutéame, querida. La respuesta a tu pregunta es fácil. Para empezar, no soy estúpida. Además, cuando el señor Geldmann regresó a casa estaba nervioso. Lo escuché hablando por teléfono. Decía a su interlocutor que le habían robado. Dijo exactamente: «Esa puta me ha robado». Pero tranquila, yo no pienso que seas ese tipo de mujer. Es más, me alegro de que le hayáis robado. Se lo tiene merecido.

—Y ¿qué podemos hacer por usted…? Por ti —pregunta Cloe intrigada.

Gigi calla, clava su mirada en la nuestra sonriendo, como preparándose para revelar un gran enigma.

—Hace algunos años cedí una obra de arte a un museo de París.

—¿Qué clase de obra, un cuadro? —pregunto.

—Para nada, querida Vera. Se trata de una alfombra que pertenece a mi familia desde hace más de cien años. Me gustaría que la recuperaseis. Y, antes de que me preguntéis, os anticipo que seréis generosamente recompensadas.

—Pero ¿por qué no se la pide al museo? Es suya.

—Vera, ¿de verdad crees que os lo pediría si la tuviese el museo? La robaron hace dos semanas para venderla en el mercado negro.

—No quisiera parecer una listilla, pero para eso está la policía, ¿no?

—Si espero a la investigación policial, jamás la recuperaré. Mirad, entiendo que tengáis dudas. Os he preparado un pequeño informe con todo lo que necesitáis saber. Leedlo y luego me decís qué habéis decidido, ¿os parece?

—¿Y si no aceptamos?

—Si no aceptáis, seguiremos cada una por nuestro camino. Vosotras no vais a decir nada sobre mi investigación paralela y yo no diré nada de vuestro pasatiempo. Y soy una mujer de palabra —dice guiñando un ojo.

—Pero… —comienzo antes de que me interrumpa Gigi.

—Vera, cada cosa en su momento. Aquí tenéis todo lo que debéis saber.

Acabamos la reunión. Cloe y yo nos vamos a tomar una pizza familiar después del aperitivo. No me extraña que esté tan delgada. Para ser millonaria come muy poco. Tras hacer casi todo el camino de vuelta a casa a pie, sumidas en los pensamientos que había sembrado aquella mujer, me siento a leer el documento.

3

El informe Kerman

MISIÓN: OPERACIÓN KERMAN
OBJETIVO: ALFOMBRA PERSA DEL SIGLO XVIII
VALOR: CUATRO MILLONES DE EUROS
AGENTES: EQUIPO PARÍS
NIVEL DE RIESGO: MEDIO-ALTO

En el presente informe se describe la naturaleza de la misión para la que estáis siendo contratadas. Se trata de un proceso de extracción de una alfombra robada hace dos semanas de la exposición sobre Oriente.

Vuestro cometido es el de ejecutar la estrategia táctica que diseñará el agente competente para la recuperación del objeto sustraído. Actualmente, continuamos analizando algunas pistas que nos acercan al objetivo. Por consiguiente, se desconoce la fecha exacta de inicio de la operación. Todos los miembros del equipo deben estar alerta y preparados en cualquier momento.

Durante el tiempo de espera, se les ofrecerá a los participantes la formación necesaria para la correcta y segura ejecución de la misión. Asimismo, obtendrán una remuneración acorde al nivel de riesgo de la intervención.

Bla, bla, bla. Dejo de leer al ver que hay otro documento escrito con un tono muy diferente.

Queridas Cloe y Vera:

Me gustaría dejar a un lado el contexto técnico para explicaros lo mucho que significa para mí esta alfombra y por qué os quiero conmigo. Para entender esta misión nos tenemos que trasladar a Irán, un país de tapices, donde cada uno de ellos tiene el nombre de una ciudad. Kerman es la que nos compete en esta ocasión. La Operación Kerman tiene por objetivo recuperar una alfombra de gran valor que pertenece a mi familia desde hace trescientos años. Mi nombre de soltera es Gladys Shirazi. Soy de origen persa. Los orígenes de mis ancestros se remontan a una ciudad iraní llamada Kerman, famosa por sus alfombras. La pieza robada está valorada en cuatro millones de euros. La razón es que fue tejida por una adolescente con un talento inigualable. Esa chica se llamaba Della y vivió en el siglo XVIII. Esta es su historia:

La femenina «v» que formaba su incipiente entrecejo no desviaba la atención de la extraña heterocromía que caracterizaba los ojos de Della. En el poblado en el que habitaba, nadie, jamás, había disfrutado, o más bien padecido, esa condición. Tenía un ojo verde y otro marrón. El primero transmitía una gran compasión y confianza, el segundo hablaba de la fortaleza de la joven. Su larga melena negra azabache siempre estaba a buen recaudo debajo de su pañuelo. Su fina figura le permitía adaptarse a la posición que le tocaba en el telar. A sus trece años ya había trabajado tanto como cualquier adulto. Corría el año 1790 en la ciudad de Kerman. A pesar de vivir en un pequeño poblado, Della se acercaba a menudo al zoco de la ciudad en busca de material para sus preciadas alfombras. Esa era su profesión, tejedora de alfombras, pero no de unas alfombras cualquiera, sino que la joven poseía un talento inusitado para la creación de obras de arte de seda y lana. Su elección de los colores, de los motivos florales o geométricos, siempre aparecía como una firma única dentro de los rígidos diseños preestablecidos. Della se las arreglaba para incluir su aportación artística en alguna parte de la alfombra. Esta práctica le costó la reprimenda de sus padres en más de una ocasión, pues, según sus progenitores, su trabajo era tejer lo que se les pedía, no ser artistas de la improvisación. La joven no

estaba de acuerdo porque era su vía de escape, su forma de expresar su necesidad de innovar, de descubrir el mundo, de crecer.

Como la gran mayoría de la gente que la rodeaba, Della era analfabeta, por lo que los colores de la suave lana que anudaba con esmero representaban las letras de los poemas que no sabía escribir. Irán ya había despuntado en el mercado de las alfombras, así que lo que era una tradición familiar se convirtió en una empresa que aportaba a la familia los medios necesarios para vivir de manera decente. No les faltaba de nada, aunque tampoco necesitaban demasiado. La familia Shirazi estaba compuesta por cinco miembros: la madre, el padre, dos hijos varones y Della. Todos pasaban largas horas tejiendo, haciendo que su vínculo se fortaleciera tanto como los nudos que conformaban sus alfombras. A la edad de dieciocho años, el hermano mayor, Shams, contrajo matrimonio con una humilde joven de la edad de Della. La pareja se casó enamorada después de mantener su noviazgo en secreto durante un año. Ocultaron su relación porque Shams, aun estando muy enamorado de Layla, cuando miraba su inocente rostro se acordaba de su hermana. Después de un año, Della comenzó a experimentar los típicos cambios de la adolescencia y se convirtió así en una mujer. Shams ya no veía a su hermanita pequeña, sino a una mujer. Esa fue la señal que el joven interpretó como el momento para desposarse. Con las nupcias, Della ganó una hermana. Se hicieron grandes amigas rápidamente a pesar de que cada una se encontraba en una etapa muy diferente de la vida. Muchos días Della quería hacer cosas propias de su edad, pero Layla no podía porque debía encargarse de las labores del hogar. Layla tenía que cuidar y atender las necesidades de su marido, tal y como le había enseñado su madre.

Cuando Shams pidió la mano de Layla, sus padres aceptaron encantados. La niña ya era mujer, el joven provenía de una buena familia y, además, ella estaba de acuerdo con esa unión. A pesar de las labores de adulto, ella estaba contenta de ser la esposa de Shams.

La experiencia de Layla distaba mucho de lo que Della quería para sí misma. Pronto empezaron a llegar posibles candidatos que llamaban a la puerta de la próspera familia para pedir la mano de Della. Los padres de la joven mujer opinaban de cada uno de los pretendientes e intentaban persuadir a su hija de que aceptara. Ella siempre respondía con un «no»

rotundo. Della no deseaba casarse en aquel momento. Pronto la presión empezó a aumentar, así que cada vez que llegaba un nuevo hombre a la caza del corazón de Della, ella huía de su casa. El desierto la acogía en su inmensidad, hasta que encontró una pequeña choza deshabitada. Era el lugar ideal para sus escapadas, pues allí estaría a buen recaudo y nadie encontraría su escondite. Las primeras veces, se ocultaba y se quedaba dormida. Se sentía ansiosa, aburrida y agobiada. Debía hallar una solución porque el desfile de hombres sedientos de un alma joven parecía no tener fin. Hizo lo que mejor sabía hacer: empezó a tejer su propia alfombra. Ella elegiría cada detalle, sería su obra, su tesoro.

Una mañana, mientras caminaba bajo los arcos apuntados del gran zoco de Kerman en busca de lana, encontró una seda que nunca había visto. Tenía un brillante color rojo escarlata y oro que atrajo su mirada. El tendero le explicó que se trataba de materias primas provenientes de Kashan, donde estaban experimentando con nuevos tintes y compuestos. El rojo era sólo la cima de la montaña de colores que tenía disponibles. Compró, hipnotizada, los colores con los que dibujaba en su cabeza el diseño de su futura obra. Corrió a su escondite, donde dispuso todo para empezar a trabajar a la mínima oportunidad que tuviese. Tras varios días, su ansiedad empezó a crecer. De repente la excusa de los hombres casaderos no era suficiente. Della ya no podía esperar más, los dibujos, los matices, los colores revoloteaban por su cerebro. Por el día tenía que trabajar con sus padres, así que la noche sería su aliada. La decisión que tomó para satisfacer su sed de creación cambiaría el curso de su vida para siempre.

Tras cuatro años de trabajo clandestino, Kerman fue invadida por Aga Mohammad Khan. El nuevo y despiadado gobernante consiguió asediar la ciudad inmediatamente y ordenó sacar los ojos a todos los hombres. A las mujeres y a los niños los esclavizó y los vendió. A menudo, la realidad supera la ficción, pues se dice que frente a él situaron una gran pila con veinte mil globos oculares testigos de sus torturas. Un psicópata en toda regla que mandó saquear la ciudad y sus alrededores. La familia de Della también fue capturada, aunque en el momento en que los salvajes entraron a su casa para apresarlos la joven se encontraba en su escondite. Cuando Della se vio en mitad de la noche rodeada de diez hombres sin escrúpulos, lamentó haberse

escapado. Sólo quería estar junto con sus padres. Amir, uno de los soldados, era conocedor de la pasión que sentía el Aga por las alfombras, pues decía que era como caminar sobre las nubes. Consideró que era la ocasión perfecta para mejorar su posición. Llevó a la chica y su alfombra e hilos frente al Aga. Cuando el monstruo, amante del delicado arte de entrelazar finos hilos para crear una pieza maestra, vio el trabajo de Della, quedó fascinado. Tejer una alfombra lleva tiempo y más si lo hace una persona sola y aún más si el diseño es excepcional. El Aga Mohammad Khan era un eunuco, quizá por ello volcaba todas sus fuerzas en asesinar y en el arte. Le pidió a Della que terminara la alfombra. Obviamente, la chica se negó. El Aga sacó su lado dominante. Amenazó a la joven con matar a su familia si no finalizaba lo que había empezado. Della no pudo sino aceptar su destino. Fue obligada a trabajar más de doce horas al día, pues debía terminar lo antes posible, pero Della, a pesar de su juventud, no era estúpida. Sabía perfectamente que, en cuanto terminara, su familia y ella morirían. Se lo confirmó Amir, el soldado que la había capturado y con el que empezó a desarrollar el síndrome de Estocolmo. Se enamoraron, se veían a escondidas, la poseía entre montones de lana y seda en las noches más oscuras. Fue en uno de esos encuentros cuando le explicó que ella iba a ser ejecutada cuando terminara la alfombra del Aga. Della no debía tejer nada más, su obra cumbre sería la única y la última. Amir empezó a confiarle información sobre el Aga. Le contó que había sacado los ojos a todos los hombres. El espanto sacudió el cuerpo de Della, que decidió alargar al máximo la fecha de la entrega. Cada vez encontraba una excusa, pedía colores casi imposibles de conseguir y le contaba que el magnífico resultado le daría un valor incalculable a esa alfombra única. El Aga la convirtió en su obsesión. Los motivos florales verde esmeralda del centro representaban el alma de la autora, mientras que las figuras geométricas que rodeaban la frescura de la naturaleza representaban a los soldados del Aga, los muros de su prisión, todos tejidos con la maravillosa seda roja escarlata y dorada. Della era un alma sensible. El rojo significaba la sangre derramada por el Aga, el dorado eran sus riquezas y la suave y delicada seda simbolizaba la romántica relación de la joven con el soldado.

Durante tres años la chica tejió e inventaba excusas como si fuera la Sherezade de las alfombras. Con la firma personal de Della concluía una obra

maestra que pasaría a la historia. La alfombra siempre le pertenecería porque, además de la rúbrica normal del nombre de la ciudad, ocultó en una de las hojas, en el centro de la alfombra, su nombre y un pequeño glóbulo ocular para que nunca se olvidase la barbarie del Aga. Sólo podía descubrirse si alguien lo mencionaba, por lo que pasó desapercibido para el Aga; de hecho, este se mostró fascinado, parecía hipnotizado por esas líneas de colores mágicos. Manifestó su beneplácito y ordenó que ejecutaran a Della y a su familia a su regreso de una misión. Amir no lo iba a permitir, por lo que urdió un plan junto con un par de soldados de confianza. En la primera noche instalaron el campamento en la ciudad de Shusha. Tras tres días y la exitosa toma de la ciudad, los soldados Omar y su compañero Sadeq fingieron enzarzarse en una encarnizada lucha. El Aga se enfadó tanto que ordenó su ejecución por contribuir a la desestabilización del ejército. Lo harían al alba. Esa noche, los custodios quedaron bajo la vigilancia de la guardia habitual del Aga por considerarlos de alto riesgo. Amir se encargaría así de salvaguardar la vida del soberano de manera excepcional. En cuanto el eunuco se quedó dormido, Amir entró en la tienda de campaña y afiló su espada con la nuez de la garganta del Aga. Fue un corte rápido y limpio. No así el escenario, que quedó inundado por el río de sangre que manaba del cuello del bárbaro. Amir no se quedó allí, sino que emprendió su regreso a Kerman en busca de su amada. Para cuando llegó, la ciudad estaba sumida en el caos. De alguna manera, la noticia había llegado antes que él. Los esclavos fueron liberados y Della pudo comenzar una vida junto a su esposo. La familia se mudó a Shiraz, donde empezaron un nuevo negocio de hermosas alfombras que floreció rápidamente. La alfombra que iba destinada para el Aga pasó de generación en generación en la familia para que nunca se olvidase lo vivido.

Esa alfombra siempre ha estado en mi familia, la hemos cuidado. La cedí al museo para que el público se deleitase y conociese el mensaje de Della. Como ya he dicho, es una alfombra persa de trescientos años valorada en cuatro millones de euros y necesito que la recuperéis. Si aceptáis el encargo, os mudaréis a un lugar, por ahora secreto, que funcionará como centro de operaciones y desde donde trabaja mi hacker favorita. Allí no os faltará de nada, es más, el tiempo de preparación de lo que he denominado «la operación Kerman» lo dedicaréis al estudio de las alfombras y al

entrenamiento físico. No os voy a decir que la misión está exenta de riesgo, pero, si seguís el plan, saldréis airosas y más ricas. Os pagaré dos mil euros semanales durante el tiempo de preparación. Si decidís no continuar, firmaréis una cláusula de confidencialidad y os llevaréis el dinero. Si no me abandonáis, recibiréis medio millón de euros cada una a la entrega de la alfombra.

Sé de buena tinta que os gusta el dinero. De hecho, no conozco a nadie en el mundo a quien no le guste. Os quiero a vosotras dos en mi equipo porque, según mi pequeña investigación, sois mujeres independientes, con un nivel cultural alto, y ambas sabéis manejaros en un mundo de hombres. Tú, Cloe, has sido un importante activo en una gran multinacional durante años. Y tú, Vera, haces que tus clientes millonarios esperen con ilusión el día de su muerte, y encima te pagan bien por ello. Desde luego, el ser humano es asombrosamente estúpido.

La cuestión es que las dos tenéis una buena formación y experiencia, y además sabéis codearos con las altas esferas. Os aceptan aun sabiendo que no sois como ellos. Eso es que empatizan y confían en vosotras. Sin ninguna duda, sois lo que busco.

Pensadlo, tenéis tres días. Si aceptáis, os veo el martes que viene en el mismo lugar y a la misma hora en la que nos hemos encontrado. Si, por el contrario, no queréis seguir adelante, confío en que nuestros respectivos secretos queden a buen recaudo.

He terminado de leer el documento y no sé qué pensar. Parece sacado de una película policiaca. Cloe debe de haberse quedado igual porque está acostada mirando a un punto fijo del techo sin decir nada.

—¿Qué opinas? —pregunto.

—Creo que es un disparate, pero ganaríamos mucho dinero.

—También tenemos mucho que perder. Ya sabes, como el resto de nuestras vidas tras unos barrotes. Eso si no nos matan por el camino —replico.

—Vamos a prepararnos físicamente y nos van a pagar por ello. Además, esa alfombra ya debe de estar más que vendida y revendida en la web oscura. No la va a encontrar ni con su maravillosa hacker. Piénsalo, si no la encontramos, habremos pasado equis semanas cobrando dos mil euros a la semana. Si estamos un mes, saldremos de ahí con ocho mil.

—¿Y si no la encontramos?

—¿No has leído bien? También podemos abandonar embolsándonos los ocho mil. Aunque yo seguiría hasta el final.

—¿Y si nos pillan? —vuelvo a preguntar asustada. La verdad es que la única vez que he sido valiente fue cuando embestí a Cloe.

—Y si, y si… ¿Y si nos cae un rayo ahora mismo o se derrumba la casa? Pues si nos pillan, tendremos un millón de euros para pagar un buen abogado —dice Cloe.

—Bueno, tenemos hasta el martes para pensar.

—Piensa, piensa, yo voy a dormir, y mañana será otro día.

Cloe y yo somos casi como una pareja que se muda a vivir junta. Todavía conservo mi apartamento, pero tengo parte de mis cosas aquí y paso mucho tiempo en su casa. Nos hemos acostumbrado la una a la presencia de la otra. Además, es más práctico para planificar nuestras salidas nocturnas a la caza de ricos.

A la mañana siguiente me vuelvo a mi apartamento para terminar el panegírico del señor Torreblanca de las Hoces. Es domingo y hace un día de mierda. Llueve sin parar, lo que me viene de perlas para no entretenerme. Paso todo el día escribiendo e imaginándome con un traje negro ajustado descendiendo con una cuerda a lo *Misión imposible*. A las ocho de la tarde apago satisfecha el ordenador. Ya he acabado y me ha quedado de lujo, vamos, ¡para lo que me

pagan! El jueves tengo la reunión final con Torreblanca. Pido comida a domicilio y me siento a ver una película mientras ceno comida japonesa. A las dos de la mañana me despierta el teléfono. Casi me da un infarto, ¿quién llama a esas horas? Resulta que es la señora Torreblanca. Su marido acaba de morir. Bueno, no en ese instante, sino hace una hora. Por lo visto estaba dando un discurso en una fiesta corporativa cuando cayó redondo. Me previene para que tenga listo el panegírico a las siete de la mañana, pues quiere leerlo antes. Le digo que sin problema, pongo el despertador y sigo durmiendo.

A las siete de la mañana estoy plantada en la puerta de los Torreblanca. Mientras la señora se retira para leer el documento que le he dado y para buscar su chequera, uno de los empleados me ofrece café. Lo acepto. Es más, lo necesito en vena, si es posible. El amable mayordomo me trae el café a los dos minutos. Le pido azúcar, pero su cara es como si le hubiese dicho que toda su familia ha muerto. El hombre agita la cabeza, compungido, y se marcha. Vuelve con el azúcar, todavía agitando la cabeza. Es una imagen rara y divertida a la vez. Ese señor que parece tener más de setenta años, vestido con su traje de mayordomo, me recuerda al badajo, y su cabeza, a una campana. Izquierda y derecha. Izquierda y derecha.

Decido tomarme el café mientras miro el teléfono. Ahí está la respuesta a todas mis preguntas. El vídeo en directo de la muerte de Torreblanca. Si es que la gente no tiene escrúpulos, no entiendo qué tiene de interesante ver a un señor mayor cayendo fulminado. Pongo sonido al vídeo y lo vuelvo a ver para intentar descifrar algo más. Ahí está el quid de la cuestión. El señor Torreblanca de las Hoces, el viejo feliz, cae justo mientras pronuncia un discurso: «Yo siempre

tomo mi azúcar porque es el más sano de todo el mercado. El más natural, el que nos proporciona una feliz y *laaargaaghagh*…». Es en ese momento cuando acaba en el suelo tras llevarse la mano al pecho. Es como si la muerte se estuviese desternillando en su cara. De repente escucho unos tacones aproximarse. Apago el móvil para encontrar frente a mí a la esposa del fallecido.

—Aquí tienes, Vera, tu cheque. El texto está perfecto, le habría encantado escucharlo antes de… —dice la viuda intentando terminar la frase —. Y siento haberte avisado con tanta premura.

—No haga eso, señora Torreblanca, no pida disculpas. La que lo siente soy yo. La acompaño en el sentimiento —digo de todo corazón.

Decido no quedarme al funeral porque tengo sentimientos encontrados. Por un lado, se me habían muerto otros clientes, pero no en las circunstancias de Torreblanca, y por otro lado, no se me habían muerto al mismo tiempo que me habían planteado perpetrar un gran robo tras descubrir que desvalijo a viejos millonarios. Además, ya es lunes y mañana tenemos que darle una respuesta a Gigi. No he vuelto a hablar con Cloe desde el sábado por la noche, así que me dirijo a su casa con unos cruasanes en la mano. Todavía es demasiado temprano para ella y, cuando llame a su puerta, me va a gritar. Esta *delicatessen* la apaciguará.

El timbre de su casa es bastante molesto. Llamo una vez con la esperanza de que me abra. No lo hace hasta la tercera vez. Al ver la mirada asesina que me clava, intento buscar en lo más profundo de mi garganta el dulce tono que usaba de niña para camelarme a mis padres.

—Buenos días, Cloe, amiga.

No obtengo respuesta alguna, así que preparo un poco de café para Cloe y un *chocolat chaud*, o lo que viene siendo leche con cacao, para mí.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Por qué me despiertas? Debería darte un puñetazo —dice Cloe de muy mal humor.

—Calma, fiera. Mira, te he traído cruasanes y te he preparado café, venga, siéntate, ven —respondo risueña.

La leona se acerca.

—¿Me vas a decir qué haces aquí ya?

—Anoche recibí la llamada de la mujer de Torreblanca. A su marido le había dado un infarto en mitad de una fiesta de empresa una hora antes, así que he ido a su casa a las siete de la mañana para llevarle el panegírico.

—Qué momento más inadecuado. ¿Ha muerto delante de todo el mundo?

—Sí, literalmente —afirmo, y le muestro el vídeo de internet.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Se le fue la vida hablando de las bondades del azúcar? El karma ha hecho un buen trabajo. Por mentiroso. Te perdono que me hayas despertado.

—Eres un poco cruel, ¿no? Sólo vendía azúcar.

—Ese tipo quería convencer al mundo de que el azúcar es bueno. ¿Sabes lo que es la diabetes?

—Entonces no quieres que te ponga azúcar en este café recién hecho…

—Un terrón, por favor.

—¿En serio, Cloe? ¿Ves lo incoherente que eres?

—He dicho que es un producto de mierda, no que no me guste. Que yo recuerde, tú fumabas, bonita.

—*Touché*. Bueno, ¿has pensado lo de Gigi? —pregunto ansiosa por conocer la opinión de mi compañera.

—Pues creo que deberíamos lanzarnos. No tenemos nada que perder.

—No sé… ¿Por qué nosotras? Ya sabes, tiene dinero y puede contratar a mil ladrones profesionales, ¿por qué dos amateurs? Creo que seremos dos cabezas de turco. No me fío —confieso mis preocupaciones.

—Pues yo pienso que ya tenemos la experiencia suficiente para añadirla a nuestro currículum. No le des tantas vueltas, vamos a dejarnos llevar, a ver qué nos depara esta aventura.

Ya no digo nada más, pero no puedo dejar de imaginarme en una celda de dos por dos. Los monos me quedan de lujo, seguro que soy un caramelito en la cárcel. Después de desayunar me echo a dormir un rato en el sofá. Estoy exhausta, física y psicológicamente. Dos horas más tarde, me despierto algo perturbada, he tenido una pesadilla: había encontrado la alfombra de Gigi, pero los nuevos dueños eran unos matones y me pegaban un tiro.

Miro a Cloe y está sumergida en las profundidades de internet. La llamo varias veces en vano. Esta mujer tiene un poder de concentración increíble.

—¡Eeeeeeoooooo! —grito.

—¿Por qué gritas? ¿Quieres que me dé un infarto?

—¿Qué estás leyendo que no me oyes?

—Estoy estudiando a Gigi. Tenemos que conocerla al máximo antes de empezar la misión.

—¿Qué has descubierto? —digo ignorando que Cloe ya ha decidido por las dos.

—Poca cosa, es de familia rica. Su marido era un aspirante a politicucho en EE. UU. cuando se conocieron. Los presentó una amiga común. La incursión de Gigi en la familia hizo que la carrera de Geldmann se disparase como un cohete. Consiguió ser agregado cultural de la embajada estadounidense en Italia y de ahí fue saltando de un país a otro. Creo que no hay nación en la que no hayan estado. Desde luego, unos tanto y otras…

—No nos va tan mal, Cloe. Vivimos bastante mejor que otros.

—Sí, sí, mal de muchos… Gigi era intérprete —continúa Cloe, ignorándome—. Ahora es filántropa, asiste a todas las galas benéficas que tienen lugar. Va a inauguraciones y esas cosas de millonarios. También es mecenas de nuevos talentos. No parece una bruja mala. Por una vez deja tus teorías de la conspiración a un lado. Esto son negocios.

Me quedo en silencio mirando por la ventana. Las vistas del cuchitril de Cloe son maravillosas, hipnotizan y permiten sumirse en los pensamientos más superfluos. Cualquier idea se convierte en el objeto de una reflexión profunda. Quizá Cloe tiene razón. Además, es mucho dinero y seguro que puedo hacer algo bueno con él. Me lo puedo tomar como una formación remunerada. Mejor pagado que el *Pôle emploi*, la oficina del paro francesa. Además, las formaciones que proporciona el Estado no tienen ni punto de comparación con la formación que nos ofrece Gigi.

Acabo de caer en que este apartamento engorda. Tanto pensar me abre el apetito. Debo dejar de picotear cuando estoy en casa de Cloe.

—Cloe, ¿quieres ir a comer? Ya es mediodía —digo olvidando los últimos dos minutos.

Hoy comemos hamburguesas en el Westfield de La Défense. No es que no cocinemos… Bueno, la verdad es que no nos gusta cocinar, a ninguna de las dos. Los restaurantes *baratos* de París deberían hacernos una placa conmemorativa. Después de comer nos vamos a un parque a tomar un poco el sol. Intento sacar varias veces el tema de nuestra misión, pero Cloe no quiere escuchar, parece que ya está decidido. Mientras estamos tumbadas en la hierba, me pongo a pensar en el día en que aterricé en París. Era un día gris, como otros trescientos treinta y cinco días al año. Llegué casi por casualidad. Quería dejar España en busca de nuevos horizontes. Los horizontes más lejanos que me podía permitir eran los franceses. Envié como quinientos currículos por todo el país y sólo uno a París. La maravillosa suerte que siempre me acompaña hizo que me llamaran de la única ciudad en la que no quería vivir. Mis padres siempre me han animado y me han ofrecido su ayuda, pero yo no puedo aceptar que a mi edad me sigan dando dinero, bastante tienen un jubilado y un ama de casa con vivir al día. Obviamente, ellos sólo conocen mi profesión de escritora de panegíricos, de mis salidas nocturnas con Cloe no hemos hablado.

—Oye, ¿cómo crees que será la casa a la que nos vamos a mudar? —digo, tanteando a Cloe por decimoquinta vez.

—Pues espero que tenga una piscina cubierta, una tele gigante, un jardín enorme y alguien que nos haga la comida —responde sin pensar.

Ya está todo dicho. Parece que nos mudamos en un día.

4

Un nuevo despertar

Es martes a mediodía. Cloe y yo revivimos la misma escena frente a la puerta del restaurante clandestino. La señora Lagarde nos acompaña a la misma mesa. La única diferencia es que, en esta ocasión, Gigi ya está sentada esperándonos.

—¡Bieeenvenidas, *mie care*! —saluda la alegre millonaria.

Nos invita a acomodarnos y nos empiezan a agasajar con platos gigantescos con minúsculas raciones.

—Gigi, estamos aquí porque vamos a aceptar tu propuesta, pero, si vamos a comer todos los días esta bazofia, yo me retiro —suelta de golpe Cloe.

Mi compañera suele ser bastante educada, excepto cuando tiene hambre. Como su estómago avise de que está en reserva, es capaz de matar.

—Mi querida Cloe, comerás lo que tú quieras. Tenéis que estar bien alimentadas —responde Gigi, dando pie a más preguntas.

Ante una situación un tanto tensa, decido intervenir.

—Bueno, ¿y ahora qué tenemos que hacer? ¿Por dónde empezamos?

—Directa al grano, Vera, así me gusta. Para empezar, os vais a ir a casa a hacer las maletas. Coged las cosas imprescindibles, ya que en vuestro nuevo hogar tendréis cubiertas las necesidades básicas y, tras la paga de la primera semana, podréis adquirir todo lo que queráis —nos informa con un guiño—. Nos vemos mañana a las nueve en esta dirección —dice y deja una tarjeta sobre la mesa.

Nuestro encuentro acaba y nos marchamos con la sensación de que no hemos cumplido con nuestras expectativas. Debíamos haber obtenido mucha más información, conocer los detalles de lo que nos espera, pero esta Gigi es buena. Ha conducido la comida a su manera, ha dicho lo que ha querido y ha ocultado los datos más importantes.

—Cloe, ¿no crees que…?

—Sí, Vera, ella tiene todo el control —me interrumpe.

Nos dirigimos al metro en silencio. La luz fluorescente del túnel titila como en una película de terror. Los carteles que publicitan los espectáculos del Lido contribuyen a que sea un recorrido más tétrico. Nunca había observado mi entorno como a través de una cinta de super-8. Nos separamos. Cada una se va a su casa para hacer las maletas. Cuando abro el diminuto armario que tengo en mi apartamento enano, me quedo un buen rato mirando el contenido. No quiero llevarme gran cosa porque, por un lado, no tengo mucha fe en esta historia, y por otro lado, nos quedamos en la misma ciudad, no es que no podamos acceder a nuestras pertenencias. Sin embargo, me asedia la famosa *packing question*; esa pregunta que a todo el mundo se le pasa por la cabeza mientras prepara la maleta: «¿Y si…?». ¿Y si es una casa fría? ¿Y si hace calor? ¿Y si necesito algo elegante?

Me aburro, lo dejo todo tal como está y me voy a tomar un café «al ala este de mi castillo», vamos, que estiro la mano para darle al botón de la cafetera mientras sigo sentada en el sofá cama. Mi cuchitril no es muy lujoso, pero es práctico. El café siempre aclara mis ideas, y en esa ocasión no iba a ser menos. Decido meter ropa interior, tres vaqueros, un par de pantalones de deporte, camisetas básicas, una chaqueta de lana, por si acaso, dos pijamas y un par de zapatillas. La maleta está casi vacía, así que meto el ordenador, el cargador y mi almohada favorita. Ya no tengo nada más que hacer, ha sido más rápido de lo que esperaba. Me echo a leer, ceno, me ducho y me voy a dormir. Quiero estar fresca para mi nueva vida.

A la mañana siguiente voy a casa de Cloe. Ella vive más cerca de la pija Le Vésinet, por lo que decidimos pedir un taxi para ir hasta allí. El metro no llega hasta esa zona y tendríamos que cambiar al autobús y caminar cargadas con las maletas. Además, el taxi nos da más glamour. Sin embargo, el glamour que creemos portar con nuestra presencia se queda a la altura de las cloacas de Saint-Ouen, con sus ratas incluidas. Nos encontramos frente a un monumental portón negro con motivos florales en oro. No hay ninguna casa a la vista, sólo un jardín que parece un prado infinito. Cloe me mira con la boca abierta y llama al diminuto botón que hay a un lado.

—¡Bieeenvenidas, *mie care*! —saluda una voz perfectamente reconocible que nos abre las puertas del paraíso.

—Cómo odio esa frase —dice entre dientes Cloe.

—No empieces a quejarte, que ni siquiera hemos puesto un pie dentro —replico, alardeando de mis dotes de ventrílocua.

Emprendemos el camino por el sendero de baldosas blancas hasta que vemos cómo se alza ante nuestra mirada una imponente y

reluciente casa victoriana de estilo Napoleón III. Es una mansión de ensueño. El tejado negro contrasta con el impoluto blanco del cuerpo de esa obra maestra que nos va a albergar. Tiene unos enormes ventanales que dan la bienvenida al sol, el cual dibuja un halo celestial. La imagen en su conjunto es una composición de elementos uniformes, perfectamente combinados. La paz de ese cuadro se ve perturbada por una figura, la de una silueta de mallas color rosa fosforito apoyada en el umbral de la puerta.

—Parece un chicle pegado en la puerta. A ver si va a ser una millonaria chiflada que se aburre mucho —le comento a Cloe con un tono casi imperceptible.

Ya estamos frente a Gigi, quien, enseguida, ve nuestras caras de estupefacción.

—Tranquilas, esto me lo pongo en la intimidad. Tengo un alma joven, pero en mi círculo social no está bien visto.

—Está muy bien, no debemos olvidar quiénes somos en realidad —le digo para empatizar.

—Pasad a vuestro nuevo hogar —nos invita con la mano.

Doy un paso y me quedo de piedra. Jamás había visto un lugar tan espectacular. Una enorme entrada nos da la bienvenida y las escaleras de madera de los costados nos abrazan convidándonos a subir. Una colosal lámpara de Murano cuelga del alto techo estucado y bajo mis pies…, no podía ser de otra manera, una alfombra gigante de tonos turquesa y crema con elementos geométricos nos sostiene en volandas. Ese tapiz de seda parece mágico.

—Chicas, estáis en vuestra casa, podéis ir donde queráis, pero permitidme que os la muestre primero.

Hacemos un tour por un universo paralelo. ¿Cuánto han gastado en la decoración de la mansión? En la entrada, a la derecha, una gran puerta da a un salón imperial. Los colores crema y oro predominan. Estucados más caros que todos mis ahorros. Tres enormes sofás dorados y una mesa de centro cuadrada de dos toneladas por lo menos. Los colosales espejos en la pared opuesta a la de los ventanales me recuerda a la sala de los espejos que vi en el palacio de Versalles la única vez que lo he visitado. Todo es luz en ese salón, incluso de noche, porque una lámpara, en esta ocasión de Baccarat, pende del techo.

—Venga, chicas, si no avanzamos nos va a llevar todo el día —dice Gigi al vernos pasmadas.

A la izquierda, nuestra anfitriona nos descubre otro salón con una decoración similar al primero, para no romper con el ritmo visual, pero sin los espejos. Y supongo que para mantener ojipláticas a las visitantes ingenuas como nosotras. Este segundo salón conecta con un comedor del tamaño de nuestros cuchitriles juntos. No, creo que es aún más grande, porque todavía nos faltarían unos metros para encajar la kilométrica mesa con sus correspondientes sillas acolchadas, fabricadas para que los comensales pongan sus millonarios traseros sobre rellenos de pluma de algún ave exótica. Vete a saber.

—Aquí podéis comer todas juntas.

¿Todas? Cloe y yo nos miramos extrañadas, pero no hacemos ningún comentario porque, justo en ese momento, se abre una puerta hacia una cocina de ensueño. No sé por qué me fascina tanto, no me gusta cocinar, pero es maravillosa. Mármol de carrara y electrodomésticos extragrandes. Gigi abre el frigorífico. Esa nevera

es espectacular, cabe tanta comida que se podría alimentar a una familia de treinta con lo que contiene.

—No sé lo que os gusta comer, así que he pedido que compren un poco de todo, ya iréis rellenándolo a vuestro gusto.

Como la nevera me hipnotiza, no me doy cuenta de que estoy apoyada en una magnífica mesa que se alinea perfectamente con una terraza acristalada. Ese anexo da la impresión de tener preparado un pícnic perpetuo en medio de un jardín infinito. Acabo de encontrar mi rincón favorito para comer.

Subimos a la primera planta, donde nos encontramos una larga hilera de puertas.

—En esta planta hay ocho habitaciones, de ellas, cinco son dormitorios, cada uno con su respectivo cuarto de baño. Abajo también hay un par de aseos.

—No los hemos visto —digo como una niña a la que le han quitado un caramelo.

—Son retretes, nada del otro mundo, *mia cara*.

Sí, sí, nada del otro mundo. Seguro que están hechos de diamantes. En fin, continuamos con la visita de las habitaciones. Todas tienen un tamaño similar: enorme, XL. Y los cuartos de baño… Más mármol del caro, duchas italianas y bañeras con hidromasaje. Lo normal, vaya. Gigi nos señala dos dormitorios contiguos para que nos los repartamos. Lo cierto es que todas las estancias son preciosas. Vamos a la primera habitación que no es dormitorio. Se trata de una sala de juegos y cine, con billar, pufs, juegos de mesa, una pantalla gigante y cómodos sofás. La siguiente sala es…

—¿Qué es esta habitación? —pregunta Cloe realmente sorprendida.

—Es vuestro despacho. Aquí podéis trabajar cuando lo necesitéis.

Se trata de un estudio que nada tiene que envidiar a las oficinas de la CIA. Ordenadores, material electrónico de todo tipo: móviles, cámaras, micrófonos y muchos muchos cables. De pronto alguien saluda a nuestras espaldas.

—¡Hola!

—Hola, Sofía, ¿dónde estabas? Hace un rato que te busco para presentarte a tus nuevas compañeras —dice Gigi.

—Hola, soy Sofía.

—Soy Cloe.

—Soy Vera. Encantada.

—Pues ya estamos todas. Sofía tiene una mente maravillosa. Es experta en internet y sus bajos fondos. Ella está rastreando mi alfombra.

Sofía es de piel aceitunada, de pelo negro y rizado; menudita y bastante risueña. Me parece un poco rara, pero es simpática. Me acerco a uno de los ordenadores de última generación y mientras paso la mano por el teclado ya me siento una agente especial.

—Oye, Sofía, ¿qué estás haciendo exactame…? ¿Dónde ha ido? —digo al ver que la chica ha desaparecido.

—Ahora vendrá. Sofía tiene siempre algo en la cabeza. Nadie sabe el qué, así que aparece y desaparece. No os preocupéis —aclara Gigi.

Sofía regresa de repente.

—Hola, soy Sofía. ¿Y vosotras?

—¿Qué? Ya te lo he dicho, soy Cloe —dice Cloe entre sorprendida y molesta.

A veces Cloe saca su lado de jefa en la vida cotidiana. Me pone un poco nerviosa, tiene suerte de que le tenga tanto cariño. Miro a Sofía, quien está presente en cuerpo, pero su mente está centrada en el ordenador.

—Vamos, chicas, continuemos.

Salimos de la habitación con la esperanza de que Gigi nos dé alguna explicación.

—Supongo que no entendéis lo que ha pasado. Sofía es una gran profesional, es una experta informática. Trabajó para la inteligencia de un país.

—¿De qué país? —pregunto emocionada—. No tiene pinta de espía.

—De un país. No preguntes tanto, Vera. Además, ¿qué aspecto tiene una espía? ¿A cuántas conoces? —me reprende Gigi como si fuese mi madre—. La cuestión es que tuvo un accidente que le provocó daños cerebrales. Antes del suceso sufría de prosopagnosia. Después de aquello hubo que añadir amnesia anterógrada. Pero aun así continuó trabajando como cualquier compañero.

—¿Es como Dory, la que busca a Nemo? —pregunta Cloe.

—Sí, su memoria a corto plazo se ha visto dañada. Pero consigue trabajar tomando nota y grabando todo lo que hace.

—Pero se le ha olvidado que nos ha conocido a los cinco minutos, ¿tan corta es su memoria? Es imposible anotar tanto.

—Sofía es el claro ejemplo de que las barreras son sólo mentales. Ha conseguido lo que parecería imposible para cualquiera. No reconoce las caras, cierto. Bueno, a mí me reconoce porque me ve todos los días y porque llevo mi marca siempre encima. Si el grado de prosopagnosia no es muy alto, es posible que quienes la padecen

puedan recordar a algunas personas fijándose en alguna característica específica que tengan: un lunar, una cicatriz, lo que sea. Yo no tengo nada de eso a simple vista y, además, cambio bastante de aspecto.

Miro la cara de Cloe y sé lo que está pensando. Piensa que Gigi debe usar tanto bótox y ácido hialurónico que sería imposible que Sofía la reconociese.

—Por eso llevo esta pulsera siempre que visito la mansión.

—Qué rara es. ¿Es una serpiente de oro? ¿La puedo ver? —dice Cloe tendiendo la mano hacia la muñeca de Gigi.

—Prefiero que no —responde muy seria la millonaria.

Es cierto que la pulsera es una especie de serpiente que rodea su muñeca y muerde lo que parece una manzana. Muy alegórico todo. Con el comentario de Gigi, el ambiente se pone tenso, así que intervengo.

—¿Cómo la aceptaron en un servicio de inteligencia con ese defecto?

—La captaron cuando estaba en la universidad. Destacó desde el principio. Tras el accidente, su *problemilla* no lo era por dos razones: porque ella no era agente de campo y porque, si el enemigo la pillaba, jamás le sacarían información sobre sus compañeros, ni con pentotal sódico, porque simplemente su cerebro no se acuerda.

—¿Y cómo sabes todo eso? ¿No se supone que es todo muy secreto?

—No preguntes tanto, Vera —repite Gigi.

Me molesta no conocer todos los detalles, pero lo cierto es que le confiere emoción. Me doy cuenta de que nuestras vidas ya han empezado a cambiar.

Después de ver el resto de los dormitorios, llegamos a la tercera habitación.

—He aquí el cuarto que considero la joya de la corona. ¿No os parece de ensueño? —dice la mujer con el pecho henchido de orgullo.

Nos cuesta responder porque, efectivamente, tenemos ante nuestros ojos una inmensa biblioteca cuyos ejemplares forman una especie de danza cromática. Las estanterías repletas de libros del suelo hasta el techo empapelan casi las cuatro paredes, a excepción de un ventanal que dota a la sala de un aire mágico. Como de otro mundo.

—¿Podemos leer lo que queramos? —pregunto acariciando cada tomo de la primera estantería.

—Por supuesto, Vera. Este es vuestro hogar.

Prefiero callar porque Gigi acaba de darnos acceso a un nuevo universo, pero, por exagerado que parezca, he de admitir que la palabra «hogar» le queda muy grande a esta mansión.

—Prosigamos la visita.

Bajamos al sótano. Es una sala de entrenamiento mejor equipada que el gimnasio más grande que haya visto desde fuera (nunca he pisado uno por dentro). Cuando damos una vuelta por el jardín me percato de que hay una tercera planta, pero no he visto escaleras que lleven hasta ahí.

—Hay una tercera planta. ¿Por qué no la hemos visto? —pregunto.

—No preguntes tanto, Vera. Todo a su debido momento —responde Gigi. Me está poniendo muy nerviosa con la dichosa frase.

Nos sentamos en una preciosa mesa de jardín bajo un sol estratégicamente colocado sobre nosotras, a la temperatura

perfecta. Los millonarios lo tienen todo de su lado. De repente aparece de nuevo Sofía con un joven bastante apuesto: alto, moreno, sonrisa deslumbrante y pantalón y camisa impolutos. Ni una sola arruga. Adoro la ropa tan estirada, aunque yo jamás plancho, de hecho, no tengo plancha. El truco es elegir prendas de telas adecuadas. El lino es mi peor enemigo.

—Hola, chicas, soy…

—Sofía, sí.

Cloe lleva mal el defectillo de Sofía, pero tendrá que acostumbrarse, no le queda más remedio.

—Chicas, este es Jean-Luc. Él y Adrien estarán disponibles para asistiros en las tareas del hogar. No quiero que perdáis tiempo con minucias.

—¿Tenemos mayordomos? —dice Cloe con una sonrisa de oreja a oreja por fin.

—Asistentes, Cloe —corrige Gigi.

Lo cierto es que los llamaré como me digan siempre y cuando Adrien sea igual que Jean-Luc.

—Jean-Luc, tráenos limonada, querido. Tenemos que empezar a trabajar —pide Gigi.

Todas nos sentamos a la mesa frente a la carpeta en la que está escrito nuestro nombre.

—Chicas, necesito que rellenéis los formularios para que nos conozcamos mejor y así conozca vuestras aptitudes.

Nos ponemos manos a la obra y le devolvemos el papel con todos los datos que nos solicita nuestra anfitriona.

Nombre: *Cloe*

Apellidos: *Renaud*

Edad: *40 años*

Lugar de nacimiento: *París*

Estado civil: *Soltera*

Familia: *Padres jubilados residentes en la feliz Costa Blanca y tres hermanos mayores*

Nivel de estudios y títulos: *Máster en Comercio y Marketing Internacional*

Idiomas: *francés, inglés, alemán, nociones de ruso*

Empleo actual: *en paro*

Capacitaciones: *16 años de piano*

Nombre: *Vera*

Apellidos: *Armentia Olsen*

Edad: *30 años*

Lugar de nacimiento: *España*

Estado civil: *Soltera*

Familia: *Padres vivos y una hermana menor*

Nivel de estudios y títulos: *Filología Hispánica, pero después de morirme de hambre hice un curso de administrativo*

Empleo actual: *escritora de panegíricos*

Idiomas: *español, danés, inglés, francés*

Capacitaciones: *ninguna*

—Muy interesante, *mie care*, cada vez estoy más segura de lo acertada que fue mi decisión de contrataros.

—Espera, Vera, ¿desde cuándo hablas danés? Nunca me lo has dicho —dice molesta Cloe.

—Nunca me lo has preguntado. Mi madre es danesa. Una historia de amor en medio de una guerra entre Dinamarca y España.

—Dinamarca y España nunca han estado en guerra.

—Wikipedia, Cloe —digo—, además, tú hablas alemán y ¿ruso? ¿En serio?

—¡Qué interesante, chicas, sois amigas, pero no os conocéis! ¡Esta convivencia va a ser muy divertida! —añade Gigi entre carcajadas.

—Bueno, es que nunca hemos tenido que emplear otros idiomas en presencia de la otra, pero dejemos de hablar de nosotras. ¿Qué hay de vosotras, también tenemos derecho a saber? —redirige la conversación Cloe.

—Tienes razón, querida. Como sabéis, pertenezco a una importante familia iraní. Nunca me ha faltado de nada y mis padres se han ocupado de que tenga una educación exquisita. Fui intérprete en mi juventud. Hablo farsi, inglés, francés, árabe, ruso e italiano, y chapurreo una decena de idiomas más. Cosas de tener un marido diplomático. Soy hija única y no he tenido descendencia. Si queréis saber algo más, me lo podéis preguntar. Quiero que confiemos ciegamente las unas en las otras. Del respeto y la confianza depende el éxito de esta operación. Vais a conocer a mucha gente, muchos hombres millonarios, embaucadores. Recordad que sois vosotras las que debéis conducir la situación para conseguir la alfombra, no debéis caer en las redes de ningún objetivo. Jamás debéis involucraros sentimentalmente con ninguno porque rompería el vínculo que estamos creando. Debéis manteneros frías y profesionales. Es la única norma. Bueno, eso y

este contrato de confidencialidad que quiero que firméis. Huelga decir que absolutamente nadie debe saber lo que estamos haciendo. ¿Está claro? —Gigi ha adoptado un tono muy serio.

Firmamos nuestros respectivos contratos sin abrir la boca y se hace un silencio muy incómodo.

—¿Y tú, Sofía? ¿Qué nos cuentas de ti? —digo para relajar la tensión.

—Soy Sofía Kabani, soy franco-siria. Mis padres están muertos y no tengo hermanos. Yo hablo árabe, hebreo, francés, inglés, farsi y ruso.

—¿Y eso no se te olvida? —pregunta Cloe.

—Sofía aprendió los idiomas antes de su accidente. Su memoria a largo plazo está intacta —responde Gigi.

Hay algo raro, la millonaria tiene un vínculo muy especial con Sofía. Pero supongo que, si intento averiguarlo, me dirá: «No preguntes tanto, Vera». Llega el guapo Jean-Luc con las limonadas y una sonrisa. Gigi se excusa y se marcha para volver quince minutos después vestida con un sobrio traje de pantalón marrón.

—Bueno, *mie care*, os dejo aquí conociéndoos. Yo tengo algunas obligaciones que atender. En vuestras mesas de la oficina encontraréis los horarios que tenéis que seguir. Yo pasaré en cuanto pueda.

—¿No vives aquí? —pregunto ingenua.

—Claro que no. Vivo en mi casa con el cateto de mi marido. De hecho, nadie sabe que esta mansión es mía, ni mi esposo. *Ciao, ciao!*

Gigi se va y Cloe entra en la casa.

Yo prefiero quedarme a disfrutar un poco más del sol con Sofía.

—¿Y en qué servicio de inteligencia has dicho que trabajabas? —pregunto con la esperanza de averiguar algo.

—No creo que te haya dado esa información. Tengo algunos problemillas de memoria, pero no soy tonta —responde Sofía entre risas.

Sin duda, Sofía es muy especial. Esa pregunta habría sentado mal a cualquier otra persona, sin embargo, la desmemoriada se lo toma con humor. Me gusta. En ese momento llega Cloe con una carpeta en la mano.

—Esa mujer alucina. Los dos mil euros a la semana nos van a costar sangre, sudor y lágrimas —dice indignada Cloe.

—¿De qué hablas?

—Del horario. Nos despertamos a las seis de la mañana. Tenemos clases de algo llamado krav magá, idiomas, cultura general, protocolo, técnicas de espionaje…

—¿Técnicas de espionaje? ¿Qué puñetas quiere decir eso?

—Tranquilas, mataharis, sólo aprenderéis a observar, a ser discretas y a obtener información. No os vais a convertir en superagentes, serán nociones básicas. Lo contrario os llevaría años —explica Sofía.

—También hay yoga y técnicas de control del estrés.

—Tenemos sala de cine, piscina, jacuzzi y masajistas, lo pasaréis bien. Además, cuanta más disciplina, mejor saldrá el plan. Después de esta misión podréis hacer lo que queráis. Consideradlo un contrato temporal.

Las palabras «piscina» y «masajista» se me graban al tiempo que veo a Jean-Luc acercarse. Recoge los vasos y se marcha bajo nuestra atenta mirada. Cuando vuelvo a la vida real, me excuso y

me voy a deshacer la maleta. A mí me han convencido de quedarme a pesar de los horarios. Reviso las habitaciones para decidir cuál escojo, pero como es normal en Cloe, ya ha elegido sin consultar antes, así que me voy a la última habitación libre. Lo cierto es que estoy hasta agradecida, porque es la de la esquina, lejos del despacho y de la siguiente habitación. Me encanta el ventanal y el sol que cubre la cama. Me tumbo con la certeza de que el colchón será cómodo. Por Dios, es como dormir acunada entre firmes nubes de algodón. Me acuerdo de mis días de infancia en nuestro apartamento de cincuenta metros cuadrados. Allí era feliz, aunque no me habría importado crecer aquí. De repente ya no odio la ciudad en la que vivo. París con dinero es otra cosa. Acabo de descubrir que, efectivamente, la casa está equipada con todo lo necesario: productos de aseo (cepillos de dientes, compresas, jabones, cremas, maquillaje…), ropa de deporte, nuevos teléfonos, etc. Si lo sé, no me traigo nada, porque mis cosas son basura comparadas con los productos de alta calidad con los que nos acaba de proveer Gigi. Salgo del cuarto para curiosear un poco. Hay una puerta que me ha pasado desapercibida durante la visita, no es como las otras. Tampoco Gigi la ha mencionado. La abro y, cuando encuentro el interruptor de la luz, se extiende ante mis ojos un vestidor que parece el *backstage* de la Paris Fashion Week. Observo cada prenda sin tocarla por miedo a estropearla, un vestido de esos vale más que todo lo que he tenido en mi vida. Son espectaculares.

—¿Qué es esta habitación? —dice una voz a mis espaldas.

—¡Cloe, qué susto me has dado! Creo que es el paraíso de la moda. ¿Los podremos usar?

—Le preguntaremos a Gigi. No toques ninguno, no vaya a ser que la cagues y te lo quiten del sueldo —me aconseja Cloe completamente absorta en el brillo de esos diseños imposibles.

La ropa es magnífica. Dejo que mi amiga siga deleitándose a solas. Yo busco otra cosa, la escalera hacia la tercera planta. Acaricio cada centímetro de pared en busca de alguna inconsistencia, una puerta secreta o algo así. No hay nada. Estoy con los brazos en jarra frente a una pared.

—Hola, soy Sofía. ¿Tú quién eres y qué haces aquí?

—Soy Vera, Sofía, tu nueva compañera. Vamos a colaborar.

—Ah, pues vale. Te dejo para que sigas observando la pared —dice Sofía como si yo estuviese loca.

Cuando da media vuelta la oigo susurrar: «Y luego dicen que soy yo la que tiene problemas».

Es el colmo, Dory piensa que estoy chalada. Sigo buscando unos minutos más, pero no hay forma de encontrar la entrada a las escaleras que llevan a la tercera planta. En ese momento, aparece Cloe y me propone que vayamos a la piscina y al jacuzzi para relajarnos, ya que al día siguiente nos espera una jornada muy intensa. Vamos a nuestras habitaciones en busca de un bañador, seguro que hay uno. Gigi no decepciona, hay varios de distintas tallas. Me los pruebo todos, me quedo con el que me sienta mejor. Ataviada con el magnífico albornoz de algodón egipcio que he encontrado colgado en una percha del baño, me dirijo a la piscina cubierta que hay en el prado que la mansión tiene por jardín. Mientras nos sentimos sirenas bajo el mar, aparece Adrien para preguntar si nos hace falta algo. Es la primera vez que vemos a ese monumento, pero, como no es Jean-Luc, suponemos que es Adrien.

Se trata de otro hombre de constitución atlética, alto, moreno, de ojos color oliva. Tiene unos labios carnosos perfectamente delineados por la naturaleza. La sonrisa no desaparece ni un segundo desde el instante en que irrumpe en la piscina. El muchacho nos informa de que está disponible para todo lo que necesitemos. ¿Todo? Habrá que preguntar a Gigi. Cada vez me cae mejor esa excéntrica mujer. Creo que, a fin de cuentas, hemos tomado la decisión correcta. Claro que es muy fácil llegar a esa conclusión dentro de una piscina olímpica privada, que está a la misma temperatura a la que debía estar en el vientre de mi madre. ¡Qué paz! Cuando ya parecemos dos pasas, decidimos salir acuciadas por el hambre. Nos retiramos para darnos una ducha y vamos a la cocina para asaltar la nevera. En el comedor hay algo que huele de maravilla. Cuál es nuestra sorpresa cuando vemos a Adrien sirviendo la cena en una mesa mejor vestida que yo.

—Buen provecho —dice el chef.

—Gracias —responde Cloe con cara de atontada.

En ese momento llega la desmemoriada.

—Anda, tengo compañía. Hola, me llamo Sofía, ¿y vosotras?

—Somos Cloe y Vera —digo muy paciente.

—Esto es una coña, ¿cuántas veces vamos a presentarnos? —pregunta Cloe enfadada.

—¿Ya nos conocemos? Lo siento mucho, chicas. Escuchad, para evitar que se repita la misma situación, llamadme Fifi. Sólo me llaman así las personas que me conocen de verdad desde antes de mi accidente. Así sabré que ya nos han presentado, aunque tendréis que recordarme vuestros nombres.

El resto de la cena se desarrolla entre risas y confesiones, hasta que Adrien aparece en la sala.

—Chicas, siento molestar, pero sería buena idea que nos fuésemos a la cama ya.

La mandíbula de Cloe llega hasta el suelo y se podrían fregar las baldosas con sus babas.

—¿Estás insinuando lo que creo? —pregunta Cloe nerviosa.

—Claro, mañana tenéis un día muy largo por delante, y yo también. Lo mejor es que nos vayamos a descansar.

—Sí, sí, a eso me refería —dice torpemente Cloe cuando se da cuenta de la estupidez de su pregunta.

—Son las ocho y media, un poco temprano, ¿no? —protesto yo como si tuviera cinco años.

—Hazme caso, es lo mejor —me dice, clavando la mirada en mis pupilas.

No tenemos opción, si Adrien dice a la cama, nos vamos a la cama.

5

El entrenamiento

> El medio más importante para sobrevivir
> a un enfrentamiento letal no es ni las
> armas
> ni las habilidades marciales,
> es la mentalidad de combate.
>
> JEFF COOPER

Un grito desgarrador me despierta sobrecogida. El corazón me va a cien por hora, es un ataque, es un robo, es… ¿James Brown? *I feel good, na, na, na*. ¿Es una broma? Me levanto de la cama bailando porque, a pesar del sobresalto, es una canción buenrollista. Me lavo y me pongo las mallas de deporte que nos han regalado. Según el horario, tenemos derecho a un café, pero a las seis y media empezamos la clase de yoga. Yo nunca he hecho yoga; a decir verdad, mi elasticidad es la de la plastilina seca de un niño de tres años. Lo cierto es que me da miedo no estar a la altura. Bajo al sótano, donde ya están preparadas Sofía y Cloe.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, soy Sofía.

—Sí, Fifi.

—¡Ah, nos conocemos! Bienvenida —dice Sofía entusiasmada.

—¿Qué te tomas para estar de tan buen humor a las seis y media de la mañana? —pregunta Cloe molesta. Luego susurra—: No puedo con tanta felicidad.

—Buenos días, ¿qué hacéis ahí sentadas? ¡Arriba, yoguis! —dice una mujer con un cuerpo escultural—. Soy la profesora de yoga, me llamo Marie. Vamos a empezar con la postura del bharadvajasana I.

—¿Perdona? —dice Cloe.

—La postura del sabio.

He de decir que la constitución de nuestros cuerpos no puede ser más diferente. Sofía es delgada y bajita. Parece una adolescente. Cloe tiene una estatura media y un cuerpo curvilíneo bastante sexy. Yo…, yo soy de origen danés, así que soy más bien grande. Hombros anchos y metro ochenta de altura. Las posturas, si bien no parecen complejas, se convierten en un reto diferente para cada una. Sofía es muy flexible y consigue hacer la postura del perro hacia arriba, el saltamontes, la esfinge, la pinza, la del camello, la de los hombros oprimidos… La tía lo reproduce todo. Esta última yo no la consigo hacer porque, básicamente, tengo que soportar mis setenta y cinco kilos con los brazos. Lo intento tres veces, pero, cuando consigo aguantar dos segundos, me caigo de cara y me muerdo el labio. El sangrado es bastante aparatoso. Me voy a la cocina en busca de hielo. Pongo los cubitos que me caben en la mano dentro de un bol de cristal, pero, cuando cierro la puerta del congelador, me encuentro a Adrien. El susto hace que se me caiga el bol en el pie desnudo. Me lo agarro, acordándome de la familia de ese dios griego. El top de yoga deja a la vista mi cintura. Adrien se agacha enseguida, me rodea la cintura asegurándose de que sienta el tacto

de su mano extrañamente suave y me ayuda a sentarme. El calor que me recorre el cuerpo hace que me olvide del dolor. De pronto se pone de rodillas ante mí y me coloca un cubito de hielo en el empeine. Lo empieza a pasear hasta el tobillo mientras me clava la mirada.

—¿Estás mejor? —pronuncian unos labios hipnóticos.

Yo asiento con la cabeza porque no consigo articular ni una sola palabra. En ese momento, Adrien vuelve a sacar un cubito del congelador y me lo coloca en el labio. Está muy cerca de mí, muy muy cerca. Tengo su boca a unos centímetros.

—Bueno, pues ya está. Ahora dejará de sangrar —afirma con un tono de voz frío y distante.

No sé qué ha pasado, pero ese tío me acaba de poner como una moto para nada. ¿De qué va? A ver cómo se me pasa esto ahora.

—Deberías ir a darte una ducha fría —dice Cloe desde la puerta.

No pienso responder, aunque sí me voy a dar una ducha fría antes de desayunar. Maldito Adrien. Cuando regreso, Sofía ya se ha duchado y cambiado de ropa. Es como un ninja, lo hace todo rápido y sin ser vista. Está en todos lados. Nos espera una mesa con toda la variedad de desayunos posibles. La ha preparado Jean-Luc. No sé de dónde ha sacado Gigi a estos dos tipos que van a convertir nuestra estancia en una pesadilla.

Durante las siguientes clases de cultura general y protocolo, no soy capaz de permanecer atenta ni medio segundo. No me puedo quitar de la cabeza a Adrien. La profesora es una señora de unos sesenta años que nos cuenta las cosas de una forma especial. No explica nada que se pueda leer en los libros, más bien parece que

son experiencias propias. Sin duda, Gigi tiene más de un as en la manga.

Nuestra jornada se interrumpe para comer en el jardín. Hace un día agradable y Jean-Luc ha vuelto a hacer de las suyas. Ese chico tiene un toque culinario único. Cuando terminamos de engullir, el guapo cocinero nos sugiere que nos tomemos un café bien cargado. La modorra poscomida no tiene cabida en nuestro apretado horario. La siguiente clase es de krav magá. No sé qué quiere decir exactamente, pero empezamos por caminar por el jardín haciendo respiraciones y estiramientos. Nos dirigimos a una zona descubierta preparada con un tatami. La clase es al aire libre. Me gusta. Mientras hablamos Cloe y yo, me doy cuenta de que Sofía ha desaparecido.

—¿Dónde se ha metido Sofía? Esa chica hace lo que le da la gana. Tiene algo que ocultar, seguro —concluye la desconfiada Cloe.

—A mí me parece que tiene buen corazón. Es especial.

Y en ese momento aparece Sofía vestida de negro de arriba abajo.

—Buenas tardes, mi nombre es Sofía.

—Ya empezamos —dice Cloe.

—Soy vuestra instructora de krav magá. ¿Alguien sabe lo que es?

—Esto tiene que ser una broma —me susurra Cloe.

—Yo creo que va muy en serio —respondo.

—Bien, entonces lo explicaré yo —continúa Sofía multiusos, ignorándonos—. Básicamente es el sistema de defensa que utiliza el Mosad. Pero será mejor que os lo mostremos.

Ahora es Adrien quien hace acto de presencia con el mismo atuendo. Espero que no vayan a hacer lo que creo, porque Sofía puede acabar muy mal. Ese monumento de hombre le saca tres cabezas y muchos kilos de masa muscular. Se sitúan el uno frente al

otro para hacernos una demostración. Todo va muy rápido, las patadas, los puños que se cruzan por el aire, por el suelo… Y de pronto Adrien acaba en el suelo acorralado por un diminuto cuerpo que oculta una despiadada pantera de dos metros cuando ataca. Cloe no da crédito a lo que está viendo. Yo tampoco, aunque he de decir que me alegra que le haya dado una paliza a Adrien. Por capullo.

—Perdona, Sof… Fifi, ¿esperas que hagamos lo mismo que tú? No es que no me guste patear culos, pero para hacer eso…

—Para hacer esto, sólo tenéis que ser disciplinadas y practicar —interrumpe Sofía—. Debéis tener paciencia, autocontrol y ser constantes. Os convertiré en máquinas de matar.

Sofía se percata de la cara aterradoramente morbosa que pongo.

—Eeeooo, es broma, lo único que voy a hacer es enseñaros a estar alerta, a detectar el peligro y a defenderos ante cualquier amenaza.

—Pero también podríamos matar… —digo y le dirijo a Adrien una mirada cargada de intenciones.

—Contente, *Black Widow*, no es el objetivo de la misión. El hecho de que os dé las herramientas no quiere decir que las tengáis que usar, y mucho menos indiscriminadamente. Bueno, ¿quién quiere empezar?

La clase de krav magá dura la hora más larga de mi vida. Sofía había dicho que íbamos a empezar suave. Los huesos de mi maltrecho cuerpo no opinan lo mismo. Intento regresar a mi habitación con la mayor dignidad posible. Me meto en la ducha y mientras me estoy relajando bajo el agua hirviendo, que es como

me gusta, llaman a la puerta. Me envuelvo en la toalla más suave del universo y voy a ver quién es. Será Cloe. Abro la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto enfadada a Adrien.

—He venido a ver cómo estás y a traerte esto —dice dándome un blíster de paracetamol—. Además, mi trabajo es asegurarme de que todas vuestras necesidades estén cubiertas.

De pronto soy una estatua. ¿A qué se refiere con «nuestras necesidades»? Lo único que sé es que ante ese tío soy carne de cañón.

—¿Necesitas un masaje relajante? —me sugiere con una sonrisa entre inocente y pícara.

No sé qué responder. Necesito un masaje, pero no quiero que me lo dé Adrien. Ese hombre me va a llevar por el mal camino.

—No, estoy bien. Gracias por el paracetamol. —Sin más le cierro la puerta en la cara.

Me habría encantado ver la cara del apuesto galán ante mi negativa. Estoy a cien, pero me siento satisfecha. Vuelvo a mi placentera ducha antes de ir a cenar. Aún queda un rato y por hoy ya hemos acabado. Decido pasear por el jardín. Necesito respirar y reflexionar un poco. Debería tener una conversación con Gigi para que ate en corto a sus adonis. Es curioso, llevamos un día en la misma mansión, y Cloe y yo estamos más distantes que nunca. De pronto echo de menos hablar con esa cascarrabias. Voy a su habitación en busca de apoyo moral. Cuando llego a su cuarto llamo y abro la puerta sin esperar a su respuesta, Cloe está semidesnuda tumbada en la cama y Jean-Luc le masajea cada centímetro de su cuerpo.

—¿Qué hacéis? —pregunto sorprendida.

—Ven, Vera —dice Cloe en un tono casi orgásmico—, este chico tiene unas manos mágicas. ¿Sabes que podemos pedir un masaje en cualquier momento? Gigi es maravillosa. Bendito el día en que robamos al idiota de su marido.

—¡Cloe, calla! —ordeno a la incauta de mi amiga.

No sabemos lo que Gigi ha contado a estos asistentes multiusos, y la boba de Cloe va y confiesa que hemos delinquido. Menos mal que es la más sabia.

—Tranquila, Vera, en esta casa somos una familia. Ya sabemos todo sobre vosotras y vosotras tenéis derecho a saberlo todo acerca de nosotros. No queremos secretos —intenta tranquilizarme Jean-Luc mientras masajea las nalgas de Cloe.

—¡Por el amor de Dios! —digo al tiempo que salgo de la habitación muy confusa.

Me voy a la sala de juegos, me urge distraerme y quitarme la imagen de Jean-Luc sobando a Cloe. Preparo el billar y comienzo una partida contra mí misma. Después de un rato recordando lo mala que soy con el taco, bajo a la cocina. Mi peor pesadilla está haciendo la cena.

—Hola, Vera, bienvenida. Siéntate, te pongo algo para picar —dice como si nada hubiese pasado.

—Oye, Adrien, deberíamos hablar. No entiendo a qué estás jugando, en un momento tonteas conmigo y al segundo actúas como si nada.

—No sé a qué te refieres, Vera, sólo intento ser amable y servicial contigo. Es mi trabajo.

El tono que usa es tan serio y coherente que no soy capaz de responder. En cualquier caso, no importa porque aparece la alegre

Sofía. Se sienta a mi lado.

—¿Cómo estás? Me llamo Sofía.

—Hooola, Fifi. Oye, no sabía que eres experta en krav magá. De hecho, no sabía lo que era antes de que nos dieses una paliza. No tienes pinta de ser tan peligrosa.

—Ah, nos conocemos. Lo siento, el krav magá es duro, pero acabará gustándote. No es cuestión de tamaño. Soy pequeña y escurridiza. Además, reparto leches que da gusto, ja, ja, ja. —Se desternilla.

—¿Lo aprendiste en el servicio de inteligencia sirio?

—Nunca he trabajado para la inteligencia siria.

—¿Entonces has trabajado para los franceses? —sigo tanteando.

—No te voy a decir para quién trabajaba, pero me gusta que seas tan curiosa. Si te lo dijese, tendría que matarte —dice comiéndose un trozo de tomate.

La expresión que he puesto tiene que ser aterradora porque enseguida me aclara:

—Es broma. Matar sin un motivo de peso está mal.

—¿Qué es un motivo de peso? A ti nadie te ha hecho nada malo, ¿no? ¿Matar por un país, por los gobernantes de un país que seguramente no sea tan bueno? Debían pagarte muy bien.

—No se trata de dinero. De hecho, los sueldos son una miseria. Los agentes de inteligencia se deben a su país, es algo que se hace por devoción. El dinero, el lujo o el poder son modos de corromper a la persona. Los verdaderos agentes son los que hacen el trabajo por vocación.

—No lo había pensado, pero tiene sentido. Debería ser así para todos los grandes cargos públicos, no sólo para los pequeños

funcionarios. Quizá los gobiernos serían más patrióticos.

—En eso estamos de acuerdo —continúa Sofía al tiempo que entra Cloe—. El problema es que ya casi nadie sacrifica su vida por un país. La romántica idea del servicio a la patria está en decadencia en nuestra sociedad, cada vez más individualista.

La cara de Cloe es de plena satisfacción. Siento que algo no está bien en toda esta situación.

—¡Buenas y felices tardes, Vera y Fifi! —exclama antes de que Sofía se presente.

Nos sentamos y disfrutamos de una agradable cena entre risas y anécdotas banales. Por primera vez, veo a una Cloe nueva para mí. Me habría encantado que fuese tan alegre cuando la conocí. Supongo que Jean-Luc ha intervenido en la felicidad de la renovada Cloe.

—Decidme, chicos, ¿os gusta vuestro trabajo?

—Es un buen trabajo. Nos permite tener una gran vida y mantener los pies en la tierra —responde Jean-Luc.

Tiene cierta lógica. Estoy segura de que ganan mucho haciendo tareas mundanas y relacionándose con gente normal, como nosotras.

—Bueno, ya es tarde. Yo me retiro, compañeras —se despide Sofía.

Cloe y yo nos quedamos para terminarnos una infusión. La invito a ir al salón porque quiero hablar con ella a solas.

—¿Cómo lo llevas, Clo? —pregunto como si fuese su psicóloga.

—Bien, ¿por?

—No sé, quería saber qué piensas de este sitio y lo que ocurre.

—¿A qué te refieres? Ya nos dijo Gigi a lo que veníamos.

—Es que nuestros asistentes…

—El masaje, ¿es eso? Disfruta, que Gigi nos ha dado una gran oportunidad. Además, después de las palizas que nos va a dar la desmemoriada, vamos a necesitar muchos masajes. Sinceramente, no creo que sea la manera de enseñar el krav magá a los principiantes, aunque es verdad que no disponemos de mucho tiempo. El día menos pensado, salimos a la caza y captura de la alfombra mágica —se mofa Cloe.

—Quizá debería darle menos vueltas —digo al darme cuenta de que mi amiga no va a entender a lo que me refiero—. Me voy a dormir, estoy hecha polvo.

—Eso es lo que te hace falta.

—¿Perdona? —pregunto, no muy segura de lo que acabo de escuchar.

—Que duermas bien, amiga.

Me dirijo a mi cuarto, pero antes me doy una vuelta por el pasillo en busca de la puerta secreta a la tercera planta. Quizá por la noche se vea algo que de día no se aprecie. Nada, por más que toco, empujo y me restriego por las paredes y el suelo, nada. Me rindo por hoy. Al regresar veo la puerta de Sofía entreabierta. Está escuchando algo y tomando notas. Esta chica es un misterio. Me voy a dormir.

Llevamos seis días en la mansión y el señor Brown nos despierta de nuevo. Esta primera semana ha sido muy intensa. Lo que más, las clases de krav magá, aunque memorizar todas las lecciones de protocolo y de técnicas de espionaje no se queda atrás. Me he

preguntado muchas veces si realmente es necesaria tanta formación, es decir, sé que la persona que haya robado la alfombra va a ser muy poderosa y puede que peligrosa, pero todo este tinglado me parece excesivo. Me pongo el uniforme de yoga y me dirijo a la sala. Terminado el entrenamiento nos damos una ducha y bajamos a desayunar. Adrien nos informa de que desayunaremos en el jardín. Salimos y nos encontramos, por primera vez desde que llegamos, a Gigi sentada a la mesa.

—Estoy teniendo un *déjà vu* —dice Cloe.

—Sí, que esté ahí significa que tiene una sorpresa preparada para nosotras. Sólo se sienta a comer con nosotras cuando quiere proponernos algo.

Nos acercamos las tres con la mejor de nuestras sonrisas. Lo cierto es que me alegro de verla, a pesar de que me sudan las manos de los nervios.

—¡Buenos días, *mie care*! —exclama entusiasmada. Incluso se ha puesto en pie para recibirnos.

—Ya estamos —susurra Cloe.

—Venid, chicas, Adrien nos ha preparado un desayuno especial. Tengo muchas noticias que daros.

Nos sentamos impacientes por escuchar lo que tiene que contarnos.

—¿Fruta de la pasión? —me ofrece Adrien con su sonrisa embelesadora.

—No, gracias —respondo muy seria.

—¿Cómo habéis pasado la semana? Espero que Fifi no haya sido muy dura —se interesa Gigi.

—Todo va muy bien, gracias por esta oportunidad, Gigi —responde muy amable Cloe para mi sorpresa—. Aunque pensaba que te veríamos más por aquí.

Ahí está la puñalada. Ya estaba tardando en llegar. Menos mal que Gigi ignora los comentarios envenenados de Cloe. Esa mujer tiene todo bajo control; es misteriosa, fascinante y siempre consigue lo que quiere. No sé si me cae bien o mal.

—Lo primero que quiero deciros es que ¡es día de pago! —anuncia y nos muestra unos sobres.

Vale, sí, me cae bien. Cloe abre enseguida el suyo para ver el fruto de su esfuerzo. Yo miro a Sofía, quien pone discretamente el sobre en la mesa, da las gracias y continúa con su desayuno. Me doy cuenta de que Gigi observa nuestras reacciones, así que imito a Sofía.

—Bien, la discreción es la base de la buena educación —dice Gigi asintiendo con la cabeza.

—No sabía que ya estábamos en la misión —dice Cloe claramente molesta.

—Cloe, *mia cara*, te recomiendo que aproveches todo lo que estás aprendiendo para el día a día. A partir de ahora vais a pasar a formar parte de otra clase económica. Las buenas maneras te abrirán muchas puertas junto con el dinero.

—Que tenga dinero no quiere decir que vaya a cambiar mi clase social.

—He dicho económica —corrige Gigi—. No creo en las clases sociales, eso implica la exclusión de otras personas por sus valores, su nivel de educación o su raza.

—Entonces, para ti la exclusión debe ser únicamente por motivos económicos —le suelta Cloe irritadísima.

—Yo no hago las reglas. El mundo es así, injusto. Algunos nacemos con la cuchara de oro en la boca, otros nacen sin nada. Por eso pienso que las inevitables distinciones (porque eso nadie lo va a cambiar) deben ser materiales. El dinero no define a la persona y mucho menos se puede juzgar o menospreciar a un ser humano porque no tenga dinero, eso es una certeza. Sin embargo, los millonarios y los pobres no conviven en la sociedad actual. Aunque, por suerte, las sociedades mutan, sólo hay que tener fe —nos guiña un ojo.

El desayuno se ha convertido en un momento muy tenso. Por primera vez en toda la semana me alegro de ver a Adrien, quien se acerca con una bandeja de cócteles.

—Señoras, este es un cóctel para días especiales.

—Espero que lleve mucho alcohol —dice Cloe.

—La regla del alcohol es para todos los días mientras estés en esta misión —añade Gigi a sabiendas de que Cloe está ya bastante enfadada.

La regla del alcohol consiste básicamente en prohibírnoslo. Para ser sincera, yo nunca bebo, no me gusta, pero a Cloe le gusta tomarse algunas copas de vez en cuando. De hecho, en una de las clases de espionaje, Sofía nos ha enseñado cómo tomar una copa sin beber. Debemos tener los cinco sentidos al cien por cien en todo momento. En los niveles de conciencia de los colores de Cooper, nuestra condición debe ser siempre la naranja durante la misión, es decir, nuestros mecanismos de defensa deben estar alerta. Debemos estar preparadas para la condición roja y evitar por todos los medios

caer en la condición negra. Esta semana he aprendido a ver los colores desde otra perspectiva. Esta teoría habla de una serie de estados mentales. Existen cinco condiciones: blanca, amarilla, naranja, roja y negra, en las cuales nuestro nivel de alerta varía en función de la situación en la que nos encontremos. No es lo mismo estar en el salón de nuestra casa disfrutando de una serie que estar en mitad de un atasco en hora punta un día de lluvia intensa.

—Gracias, Adrien —dice Gigi—. Cloe, es posible que ahora no estés de acuerdo con mis palabras, lo entiendo y lo respeto, pero sé de lo que hablo. Conozco muy bien a los millonarios, cómo piensan y cómo actúan. Por eso estáis recibiendo este curso. Por cierto, hoy vais a tener vuestra primera clase de tiro.

—Espera, espera, espera, una cosa son las artes marciales para defendernos de posibles amenazas, pero ¿clases de tiro? ¿Quieres decir que los millonarios de los que hablas podrían matarnos? —pregunto cuando soy consciente del peligro real de la situación.

—Vera, me sorprende que me hagas esa pregunta, creía que lo tenías claro. A lo mejor la recuperación de la alfombra es rápida y limpia, pero debéis estar preparadas para todo, ¿por qué crees que la gratificación es tan elevada?

Miro a Cloe, quien, por la mueca que hace, sí es consciente de dónde nos hemos metido. Todos me miran como si fuese estúpida. Me doy cuenta de la incongruencia de mi pregunta.

—Disculpa, Gigi, tienes razón. Todos sabemos a lo que hemos venido. Es sólo que al ver que se materializa…

—Vera, esa es la condición negra, debes evitar el estado de pánico —dice una comprensiva Sofía.

Todos continuamos tomando nuestros respectivos cócteles hasta que Gigi anuncia:

—Bueno, chicas, creo que estáis preparadas para vuestra primera prueba. Hay una fiesta benéfica esta noche en el palacio de Versalles. Es el evento ideal para poner en práctica lo que habéis aprendido. Veremos cómo os desenvolvéis y si os sentís cómodas. Además, cada una tendrá una pequeña misión como práctica.

—¿Qué tipo de misión? —pregunta Cloe.

—Tenéis las instrucciones en unos sobres que os ha dejado Adrien en vuestros dormitorios.

¿Adrien ha entrado en mi habitación? ¿Mi santuario? Eso es una invasión a la intimidad. El aludido se percata de mi cara desencajada y se apresura a decir:

—Tranquilas, los he pasado por debajo de la puerta.

Bien, porque creo que me he dejado el armario abierto y no es que sea la reina del orden.

—En resumen, hoy tenéis la clase de tiro, una clase de repaso en la que podréis exponer todas vuestras dudas, y el resto del día, libre. Supongo que ya habéis visto el contenido del vestidor. En él tenéis todo lo necesario. En el sobre están las directrices sobre el tipo de fiesta que es y el protocolo a seguir. A partir de esa información, os toca elegir peinado, maquillaje y vestuario. Os recomiendo un DES: discreción, elegancia y sofisticación. Hasta esta noche, *mie care* —se despide Gigi y se dirige a la casa.

Como es obvio, las tres salimos disparadas para abrir nuestros sobres. Hay que ver qué obsesión tiene esta mujer con la correspondencia. Sentada en la cama, primero abro el sobre del dinero. Nunca había ganado tanto en tan poco tiempo. Sonrío y

busco un lugar para guardarlo. Aunque tengo la absoluta certeza de que nadie me lo va a robar, creo que, si entra un ladrón ajeno a la casa, sería una imprudencia dejarlo en cualquier sitio. No sé por qué, me fijo por primera vez en un cuadro impresionista que hay colgado en una de las paredes. Lo retiro, y ahí está, una caja fuerte. Jamás se me habría ocurrido tener una caja fuerte. Para lo poco que tengo. No, que tenía. Ahora sí la necesito. Hay una pegatina con las instrucciones, como en las de los hoteles. Meto el dinero y la cierro. Ya me siento millonaria. El siguiente sobre que he de abrir es el de la prueba de esta noche. No sé de qué va Gigi, así que prefiero ir a desvelar la misión secreta con Cloe. Llamo a su puerta y entro.

—¿Lo has abierto? —me pregunta al ver que tengo el sobre en las manos.

—Aún no, esperaba hacerlo contigo…

—Ven, siéntate a mi lado —dice Cloe con tono de hermana mayor.

Empieza ella. No hay mucha información a simple vista. Estamos las dos nerviosas. Cloe saca su hoja:

Nombre: *Honoré Chevalier (44 años)*

Esposa: *Rose-Mary Chevalier (Apellido de soltera: Dupont)*

Profesión: *aristócrata y mecenas*

Misión: *conseguir al menos una huella dactilar válida*

Junto a la nota hay una foto del objetivo en cuestión. Es bastante atractivo, alto, pelo castaño, ojos azules, dientes perfectos. Es normal, con el dinero que tiene, aunque fuera feo se convertiría en el perfecto príncipe azul.

Me toca a mí:

Nombre: *Vasco Dos Santos (56 años)*

Esposa: *Adriana Dos Santos (Apellido de soltera: Morris)*

Profesión: *magnate inmobiliario*

Misión: *conseguir al menos una huella dactilar válida*

Miro la foto de mi objetivo, y…, ¡vaya, vaya! Este tipo es un zorro plateado, muy atractivo, aunque bastante mayor para mí.

—¿Por qué te toca a ti el joven y guapo? —me quejo.

—No protestes tanto, el tuyo no está mal para su edad. Vamos a buscar a sus mujeres en internet.

Con el resultado de la búsqueda nos queda clara la elección de Gigi. La mujer de Dos Santos es mucho más joven que él, pero no más que yo.

—Cloe, no sé si vamos a poder acercarnos a estos tipos, ¿has visto a sus esposas perfectas?

—Vera, son hombres; por muy perfectas que sean, su ego siempre gana. Si ven que dos mujeres se interesan por ellos, nos harán caso. Qué poco conoces a los tíos.

Sí, en eso tiene razón. No conozco muy bien a los hombres, sólo he tenido dos novios en mi vida y uno no cuenta porque teníamos diez años y la relación duró dos días. Al tercero me dejó por Lucía y sus vestidos rosas. El segundo fue mi novio de la universidad. Estuvimos dos años juntos. Este no me dejó; me engañó con una estudiante italiana de intercambio: Bianca, una niña rica. Creo que se deshizo de él en cuanto se aburrió. Se lo merecía. Desde entonces no he vuelto a tener pareja. No me fío de los hombres y menos aún de los guapos o zalameros como Adrien. Casi consigue liarme con su sonrisa perfecta. Durante una hora buscamos

información de nuestros respectivos objetivos: gustos, aficiones, trabajo, parejas, familia, todo.

Chevalier es el típico francés estirado, elegante, amante de los vinos. Su familia tiene viñedos en Burdeos. Dos Santos es un brasileño, seductor, fumador de puros cubanos y coleccionista de coches… y de mujeres. No me entusiasma mi objetivo. De hecho, me da bastante asco, pero el trabajo es el trabajo.

—Oye, Sofía debe de tener un objetivo también, ¿no? Vamos a preguntarle.

—No creo que pueda hacer trabajo de campo, no se va a acordar de nada y la va a pifiar —dice Cloe—, pero vamos a ver.

Llamamos a la puerta de nuestra querida compañera desmemoriada. No responde.

—¡Hola! Soy Sofía —grita una voz a nuestras espaldas.

—Fifi, casi nos da un infarto, no entiendo por qué siempre estás tan feliz —dice Cloe de mal humor.

—Fifi, ¿cuál es tu objetivo? —pregunto.

—¿Qué objetivo?

—El sobre que nos ha dado Gigi, ya sabes.

—Gigi nos ha dado un sobre, ¿eh? Vamos a ver.

Entramos en su habitación. Parece la guarida de una psicópata, tiene un tablero con nuestras fotos y la información que cumplimentamos en los formularios de entrada en la mansión. También tiene estanterías llenas de cintas con la fecha de cada día desde que llegamos a la casa.

—¿Qué es todo esto, Fifi?

Sofía mira mi foto y responde:

—Tú eres Vera. Estoy intentando integraros en mi memoria. Lo tengo que hacer todos los días porque, como sabéis, no recuerdo nada desde…

—Tu accidente —completa Cloe.

Se hace el silencio. Veo la mirada de mi antipática amiga. Por primera vez reconozco un atisbo de compasión en el fondo de sus pupilas.

—Bueno, vamos a ver tu sobre —digo para romper el ambiente enrarecido, cogiendo el sobre que tiene sobre la cama—. Toma, ábrelo.

Sofía abre su misión. Sólo contiene una frase: «Vigila y cubre a Cloe (Flor de Lis) y Vera (Dalia). Tú serás la Flor de Loto».

—¿Qué significan esas flores?

—Acompañadme —nos indica Sofía.

Nos dirigimos al vestidor. Allí hay un armario en el que no habíamos reparado antes. Sofía lo abre. Nuestras mandíbulas caen hasta la planta de abajo. Es como en las películas, un armario que oculta en su interior las joyas más brillantes que he visto en mi vida.

—Ya podéis cerrar la boca, que os van a entrar moscas —dice Sofía riendo.

—¿Son reales? —pregunta Cloe sin quitar ojo de las piedras de mil colores.

—Claro que son reales, son diamantes, topacios, esmeraldas y todas las piedras preciosas que imaginéis. Podéis elegir algunas para esta noche, pero debéis cuidarlas, valen más que la vida de las tres juntas. Lo que sí tenéis que llevar obligatoriamente son los broches de las instrucciones —dice abriendo un pequeño cajón—. Aquí tenéis, la flor de lis y la dalia. Yo llevaré el loto.

—¿Por qué debemos llevarlos? ¿Llevan cámaras o micros?

—¿Quién creéis que sois, las superagentes secretas? Es para que no me olvide de a quién tengo que vigilar y cubrir.

—Eso me tranquiliza —sale el sarcasmo de Cloe.

Acabo de caer en cuál es nuestro objetivo. ¿Cómo lo vamos a lograr? Yo no sé robar huellas dactilares. No hemos llegado a esa clase aún.

—Oye, Fifi, ¿tienes alguna sugerencia de cómo conseguir las huellas de unos tipos a los que no hemos visto en la vida?

—Sed creativas. Me temo que no os puedo ayudar con eso. Sólo una cosa: que no os pillen. ¡Ah! Y si necesitáis cualquier material extra, se lo podéis pedir a Adrien o a Jean-Luc.

Qué fácil es decirlo. Después de dar vueltas en el vestidor un buen rato, por fin conseguimos escoger nuestros vestidos. Cloe elige uno de estilo romano, de corte romántico con pliegues. El escote en uve llega casi hasta el ombligo. Me parece muy atrevido, no creo que pueda ponerme algo así. Ese vestido joya es dorado, aunque, por cómo brilla, yo diría que tiene hilos de oro. Desde los hombros caen por la espalda finas cadenas (seguro que son del preciado metal) como si fueran una cascada del mismísimo néctar de los dioses. Los zapatos que elige son también dorados y con un tacón de al menos doce centímetros. Habrá que ver el maquillaje y el peinado, pero todo apunta a que Cloe estará espectacular. Yo, por mi parte, opto por el azul eléctrico. Un precioso vestido con falda *evasé* hasta el tobillo y corpiño de escote barco con espalda en uve. Una serie de líneas de zafiros crean un dibujo de olas marinas. Si el de Cloe es espectacular, el mío es maravilloso. Mis zapatos son plateados, con un tacón más bien bajo porque ya soy gigante. Nos llevamos los

vestidos a nuestras respectivas habitaciones para urdir el plan. Tras media hora dándole vueltas y buscando en internet, llego a la conclusión de que unas manos grasas dejan mejores huellas. Busco en el cuarto de baño la crema hidratante. Me voy a untar todo el cuerpo. Se me ocurre que quizá debería evitar dejar mis huellas para que las de mi objetivo sean más válidas. Vuelvo al vestidor y busco unos guantes. Encuentro unos satinados de color plata, igual que mis zapatos. ¡Perfecto!

Ya en mi habitación sigo pensando en dónde plasmar las huellas de Dos Santos. Repaso en mi cabeza la información: mujeres, lujo, puros… Puros, puros, puros… ¡Eso es! Necesito a Adrien. Qué mal ha sonado eso. Tengo que hablar con Adrien. Sí, mejor. Corro a la planta baja. No lo encuentro. Salgo a la cochera: ahí está, lavando un Rolls Royce negro vestido con unos pantalones ajustados y una camiseta de tirantes. ¡Mierda! ¿Cómo le voy a hablar con ese uniforme de estríper que lleva puesto?

«Venga, échale valor, Vera, ahora eres una seductora. Bueno, sólo hoy».

Me acerco un poco más. No puedo, voy a buscar a Jean-Luc. Pero de pronto aparece el susodicho por el otro lado del coche. Joder, lleva el mismo uniforme. No hay escapatoria. Respiro hondo y me acerco.

—Hola, chicos —digo con una sonrisa nerviosa.

—Hola, Vera, ¿qué podemos hacer por ti? —dice Adrien.

Se me ocurren algunas cosas, pero son bastante indecentes.

—Sí, bueno, necesito algo de material: un estuche de cigarrillos lleno de los cigarrillos más caros que existan y un mechero pijo. Ya sabéis, de ricos.

—¿Fumas, Vera? Una mujer inteligente como tú no debería fumar.

—No me digas lo que debo hacer, ya soy mayorcita. Te espero en mi habitación —digo sin pensármelo.

«Te espero en mi habitación, seré estúpida», me recrimino. Regreso a mi dormitorio, me meto en la ducha. Tras enjabonarme el pelo, justo cuando estoy relajadísima, sintiendo el agua fluir con mis ideas, llaman a la puerta. Odio que interrumpan mis duchas. El agua es mi solución para todo. No me limpio sólo el cuerpo, sino que me purifica el alma. Además de relajarme, me permite pensar en barbaridades que jamás me atrevería a articular. En mi cubículo de la sabiduría nadie me juzga. Soy libre de arreglar el mundo a mi manera. Abro de mala gana. ¿Otra vez? Adrien, en el umbral con menos ropa que la vez anterior. Yo sigo con mi toalla enrollada. Esta vez he de demostrar quién tiene el poder.

—Adrien, ¿tienes lo que te he pedido? —pregunto altanera.

—Sí, señora —responde con recochineo.

—Pasa y cierra la puerta, por favor —ignoro su tono.

—Aquí tienes el estuche, he elegido uno de cuero. También tienes los cigarrillos y un mechero de *pijos*, tal y como me has pedido —me dice Adrien mientras yo me pongo la ropa interior en el baño—. ¿Necesitas algo más?

—En realidad, sí —digo saliendo del baño—. ¿Puedes ponerme crema en la espalda? Es parte de mi plan. Tengo que conseguir las huellas de mi objetivo.

Por fin, ahí está, la mirada descolocada de Adrien. Me regocijo con el burdo intento de Adrien de mantenerse entero. El asistente empieza a untarme la crema en la zona de los hombros y los omóplatos.

—Baja un poco más.

Adrien desciende las manos hasta media espalda.

—Un poco más. —El escote del vestido es bastante pronunciado.

Adrien desciende hasta la parte más baja.

—Si quieres te unto un poco más.

—Claro, adelante.

Se vuelve a echar crema en las manos y comienza de nuevo el recorrido por el cuello, los hombros, los brazos, la cintura, la cadera… Aprovecha para girarme y clavarme su mirada. Sin interrumpir ni un segundo el contacto visual, se arrodilla frente a mí y comienza a untarme de crema el interior de los muslos, las rodillas, los gemelos e intenta llegar a los pies. Me siento en la cama y los coloco en sus rodillas. Me los masajea. No debí haber retado a Adrien, tiene más tablas que yo. Tengo dos opciones: me mantengo firme y lo dejo con el calentón, o me desahogo y me concentro en la misión de esta noche.

Tomo la decisión más inteligente. Mientras Adrien está de rodillas le susurro:

—¿Te sentirías sucio si te utilizo para darme placer?

—Para nada, Gigi me ha dicho que te asista en todo —recalca la última palabra y se lanza sobre mí como un guepardo sobre su presa.

Yo soy alta y grande, pero Adrien me maneja como si fuese de plastilina.

—Espera, espera, no tengo protección —lo paro de muy mal humor.

—Abre el cajón de la cómoda. Hay una caja. Ahí tienes lo necesario, cariño.

Hago lo que me dice sorprendida y un poco molesta.

—¿Qué es esto? ¿Los has puesto tú?

—No, Vera. Gigi ha pensado en todo, no quiere que os distraigáis fuera, en alguna misión.

—¿Y no te molesta? —pregunto.

—Para nada, es por el bien de la misión.

—Vale, escucha, yo no soy así, es que siento una gran atracción por ti, pero yo no hago estas cosas.

—¿Qué cosas, Vera? Tienes el mismo instinto animal de todos los seres humanos. No te reprimas. Disfruta y ve a conseguir sin interferencias lo que quieres de ese tipo.

—No puedo, ya me he enfriado —digo ya sin ganas de nada.

—Vale, cariño. Tienes que hacer lo que más te apetezca. Ven, te ayudo a vestirte —me sorprende una vez más.

Adrien retoma su trabajo de embadurnarme en crema con otro talante. Me ayuda con el vestido, me sube la cremallera y me arregla el tul.

—Estás increíble. Deja que te ponga la gargantilla.

—Gracias, Adrien.

—Vera, has tenido una buena idea con la crema. Intenta bailar un vals o algo así con él. Tendrá que agarrarte por la espalda; cuando termine la música, saca enseguida el estuche de cuero. La huella quedará bien impresa. Guárdalo en el bolso. Tiene una bolsa de plástico adherida en el interior, colócalo dentro y ciérralo rápido.

—De acuerdo.

—Pon sólo un cigarrillo dentro del estuche. No des pie a que te pidan uno o a que tengas que sacar de nuevo el estuche. Y recuerda: no te quites los guantes en ningún momento.

Es raro, mi encuentro con Adrien ha sido una montaña rusa. La libido nos ha catapultado hasta el cielo para luego caer en picado hacia la impotencia psicológica. Sin embargo, ahora me siento extrañamente cómoda. Ese hombre sabe convertir un momento incómodo en una noche de sofá y pelis.

—Listo. Deja que te vea —me dice haciendo un gesto para que dé una vuelta—. Estás increíble, Vera, ese tipo va a comer de tu mano.

—Gracias, Adrien…, por todo.

Bajamos al salón blanco para esperar a Cloe. Estoy nerviosa, yo no sé seducir. No me entusiasma hablar con la gente, por eso me gusta ser amiga de Cloe. Podemos pasar largos ratos juntas sin dirigirnos la palabra. Es agradable.

—Vera, ¿te apetece tomar algo antes de salir? —pregunta Jean-Luc.

—No, gracias. Eres un cielo.

Jean-Luc no responde a mi agradecimiento, es como si le hubiese dado un ictus. Me levanto para ver qué está mirando.

—¡Madre mía, querida! —exclamo al ver a Cloe bajar por las escaleras.

—Ja, ja, ja, ¿te ha poseído el espíritu de Gigi o qué?

—Estás deslumbrante. Si llego a ver bien ese vestido…

—Si lo llegas a ver, nada, este escote es sólo para adultos, nena —me dice rebosante de confianza—. Jean-Luc, puedes cerrar la boca.

Cloe tiene la autoestima por las nubes. Espero que tanta seguridad en sí misma no la traicione.

En ese momento entra Gigi por la puerta principal. Inmediatamente queda deslumbrada con el brillo que desprende el vestido de Cloe.

—Vaya, vaya, qué ven mis ojos. ¡Qué buen gusto tenéis, *mie care*!

—Ya empezamos —farfulla Cloe.

—Relájate, Cloe, que se te estropea el maquillaje —dice sarcástica Gigi—. He venido a desearos buena suerte. Esta noche es vuestro debut. Sofía me ha dicho que habéis sido unas alumnas aplicadas. Como sabéis, yo también estaré allí, sólo que en esta fiesta no nos conocemos. Nadie de esta casa se conoce en este acto, de hecho, iremos por separado. Hay tres coches esperando fuera. Esta noche, estáis solas. Nos vemos a medianoche aquí para comprobar vuestros resultados.

—Míranos, estamos espectaculares. ¿De verdad tenemos que volver a casa a la hora de Cenicienta? —pregunta Cloe molesta.

—Querida, hablamos de una misión, no de una fiesta de colegas. Además, es una gala benéfica, de siete de la tarde a medianoche es más que suficiente. Es vuestra primera aparición pública, no me interesa que os relacionen con lo que ocurre más allá de las doce. Centraos, *mie care*.

Gigi está muy seria, así que Cloe mantiene la boca cerrada. Son las seis de la tarde. Salimos y cada una sube a un Bentley. Falta Sofía, no sé cómo va a ir ella, pero poco a poco entiendo que hay que preguntar menos por esa chica y dejarse sorprender. Versalles no está muy lejos de nuestra ubicación en Le Vésinet. El coche da un rodeo. No entiendo por qué no vamos directamente.

—Disculpe, ¿no vamos a Versalles? —pregunto al chófer.

—Sí, señorita Vera, pero la señora ha dispuesto un orden de llegada.

Vaya, Gladys ha pensado en todo. El tiempo extra que paso en el interior del vehículo me da para reflexionar. Adrien ha dicho que

haría todo por la misión, incluso acostarse con nosotras. En su momento no me he dado cuenta, pero básicamente Gigi está prostituyendo a esos hombres para conseguir su objetivo. ¿Los habrá comprado? ¿Les habrá obligado a hacerlo? ¿Cómo? Esos dos saben krav magá, cocinan, cuchichean por ahí con Sofía, y Gigi tiene plena confianza en ellos. Me estoy sintiendo manipulada. No sé qué pensar. Abro la ventana. Necesito respirar, siento que me falta el aire. Esta semana he aprendido que nada es lo que parece y cómo hacer que nada parezca lo que es. ¿Y si Gigi nos utiliza para hacer algo ilegal? ¿O para inculpar a alguien? ¿O para cometer un crimen?

—Respira, Vera, respira, conoces las mejores técnicas de relajación.

—¿Está usted bien, señorita? —pregunta el chófer al verme tan agitada.

—Sí, sí, estoy un poco nerviosa, sólo eso.

Aplico una técnica de respiración con visualización. Para cuando llegamos, ya estoy más tranquila. El chófer me abre la puerta frente a los majestuosos portones negros y dorados del palacio. Hay camareros en la entrada para acompañar a las mujeres que, como yo, vislumbran mil trampas mortales en el camino hacia el Patio de Honor. Nunca llevo tacón, ni un centímetro, así que, después de tropezar la primera vez, una mano me sujeta.

—Gracias —digo levantando la cabeza para mirar a mi salvador—. ¿Jean…?

—Shhh, no nos conocemos —dice Jean-Luc.

Perfecto, casi la cago nada más poner un pie en el recinto. Mi guapo asistente me acompaña hasta los jardines, donde han dispuesto el cáterin y a los músicos y donde se puede observar

cómo un millón de presuntuosos ríen casi tocando el cielo con sus narices. Nunca me han entusiasmado los millonarios. Gigi estaba en lo cierto, el dinero sí me gusta, como a todo hijo de vecino (y el que diga lo contrario miente), pero las personas ricas no. Madre mía, sólo con la ropa que lucimos entre todos los presentes acabaríamos con el hambre en el mundo. Jean-Luc me mira, asiente con la cabeza y me deja sola ante el peligro. Tengo la impresión de que todos me observan, me juzgan o las dos cosas. Veo una larga mesa llena de comida. De pronto un camarero se me acerca:

—¿Desea champán?

—No, gracias, más tarde quizá, eres muy amable —digo con una sonrisa.

El camarero me mira extrañado, creo que he sido demasiado cortés, mi lado plebeyo me ha delatado. Debería ser un poco más arrogante. Si el camarero me ha calado, el señor Dos Santos me va a descubrir en menos de tres segundos. Respiro hondo y comienzo a pasearme entre los asistentes en busca de mi objetivo, de Gigi, Sofía o Cloe, o quien sea que conozca. Necesito una cara conocida. Mientras analizo los rostros de los asistentes me doy cuenta de que algunos parlotean con la mirada fija en un punto. Me giro justo a tiempo para ver entrar a la deslumbrante Cloe. Qué manejo de los tacones de aguja, parece que haya nacido entre esta gente. Está tranquila, cómoda, disfrutando de la atención que le brindan los asistentes. Lo que más deseo es acercarme a ella en busca de apoyo, pero no puedo. Mierda.

Echo un vistazo a la concurrencia para localizar a mi objetivo. Empiezo a desesperarme, cierro los ojos, respiro hondo una vez más y… ¡Huele a puro! ¡Eso es! Tengo que seguir el olor del cigarro que

me llevará a Dos Santos. Llego al punto desde donde sale el humo, pero ese no es Dos Santos. Es un señor que tiene mil años. Sigo olfateando. Paso por cuatro fumadores antes de encontrar a mi presa. No entiendo cómo les puede gustar esa basura. ¡Qué asco! Estoy demasiado nerviosa. Avanzo como buenamente puedo con mis piernas de gelatina. De pronto me doy cuenta de que la crema ya se habrá secado. Tengo que buscar la forma de humedecerme la espalda, así volveré a tener la piel grasa. Decido retirarme para hacer las cosas bien. Podría ir al baño para mojarme los omóplatos. No, está demasiado lejos, quiero mantenerme cerca de mi objetivo. Miro a mi alrededor y veo unos aspersores regando un área fuera del radio de la fiesta. La distancia es aceptable. Camino como distraída para que no se note que lo hago adrede. Sólo necesito unas gotas en la espalda. Acabo haciendo movimientos espasmódicos más propios de una persona poseída, por no estropear el vestido. De pronto sale de la nada un empleado de mantenimiento que me mira como si estuviese loca. En la milésima de segundo que le lleva apagar el porro, llegamos a un acuerdo tácito con la mirada: si tú no cuentas que estoy loca, yo no cuento que te colocas en el trabajo.

Regreso en busca de Dos Santos. Ya no está, ha cambiado de ubicación. Retomo mi actividad de sabuesa. Lo localizo media hora más tarde. Vale, Dos Santos no está tan mal en persona, aunque sigue siendo viejo. Analizo la forma de abordarle. Le pide a una camarera que le sujete la copa mientras él saca su mechero. Esa es mi oportunidad. Me apresuro a colocarme discretamente frente a él.

—¡Maldita sea! —susurro para que me oiga.

—Habla español. Hola —dice con tono seductor.

—Hola. ¡Qué bien me viene! Disculpe que le moleste, pero necesito fumar y no tengo fuego. He visto que quizá usted podría ayudarme.

—Claro, será un placer ayudar a una mujer tan hermosa —dice poniendo la mano en los pocos centímetros de brazo desnudo que me quedan—. Usted puede marcharse, ya tomaré otra copa después —ordena a la camarera.

—Gilipollas —farfulla esta no exenta de razón.

Al menos Dos Santos no lo ha oído. Me apresuro a sacar la pitillera de cuero del bolso y finjo que no puedo abrirla.

—¡Dichosos guantes! Queremos estar perfectas, pero la perfección es incómodamente imperfecta.

—Yo se lo abriré —me dice posando su mano sobre la mía para coger el estuche.

Me parece una insinuación de lo más obscena. «Yo se lo abriré». En efecto, este tipo es gilipollas. Lo importante es que abre el estuche. Saco el pitillo y me hace la de Richard Gere en *Pretty Woman* cuando hace que la caja del collar le pille los dedos a Vivian. Me río como si me gustara. Cojo de nuevo el estuche y lo guardo en la bolsa de plástico de mi *clutch*. Me gustan los accesorios de inspector Gadget de Gigi.

—¿Cómo te llamas, hermosa? —me pregunta al tiempo que me enciende el cigarro—. Espero que no te moleste que te tutee.

—Para nada. Nos tuteamos. Me llamo Vera, ¿y tú?

—¿Eres brasileña? Hay muchas Veras en Brasil. Yo soy Vasco.

—No, qué va. Yo también soy española, pero más del sur. ¿Cómo te llamas?

—Ja, ja, ja, ja, ja, qué ocurrente eres. Mi nombre es Vasco y soy brasileño. Creo que mi acento me delata, ¿no crees?

—Bueno, hace tiempo que no hago asunciones. Puedes ser vasco y haber vivido veinte años en Brasil. O puedes ser brasileño de padres vascos y sentir que tu identidad es más afín al origen de tus progenitores.

—Vale, vale, lección aprendida. Además de preciosa, inteligente.

—Gracias. En fin, gracias por la ayuda. Ha sido un placer, Vasco.

—Espera, lo estamos pasando bien —dice agarrándome de nuevo del brazo.

—Disculpen, ¿les gustaría tomar algo? —dice una camarera que surge de la nada.

¡Es Sofía! A esto se referían con que sería nuestro refuerzo. Esta chica es la mujer maravilla.

—No, gracias, yo ya me iba —respondo.

Me marcho dejando a Fifi con el baboso de Dos Santos. Ella sabe lo que hay que hacer y cómo manejar a tipos como ese. He estado dos horas en esta fiesta, he bailado bajo la lluvia de un aspersor, he aguantado a un baboso y ya no puedo más. No sé por qué a Cloe le parecía temprano regresar a medianoche. En el camino hacia el Patio de los Príncipes veo a mi Cloe con su objetivo. Me coloco en un lugar discreto para observar su técnica. Resulta que una diosa seductora ha poseído a mi amiga. Su lenguaje corporal es tan explícito que tiene rendido a sus pies al señor Chevalier. Ella sujeta su copa de champán por el tallo, como marca el protocolo. Le indica que caminen al tiempo que Cloe se la lleva a los labios. En ese momento hace como que tropieza y cae el champán por el valle que forma su escote. Ella le pide que le sujete la copa, y… ¡tacháááán!, él

la sostiene dejando un bonito conjunto de huellas. Cloe se saca un pañuelo del bolso y comienza a secarse el reguero dorado ante la atenta mirada del joven, quien, embelesado por los movimientos sensuales, da inconscientemente un sorbo a la copa. Mi nueva ídola aprovecha que él ha sujetado la copa por el cáliz para recuperarla por el tallo. ¡Qué cabrona! Cloe deposita la copa en la bandeja de Sofía, quien pasa por ahí por *casualidad*, y se marcha, supongo que con la excusa de ir al lavabo a limpiarse mejor. Chevalier la sigue con la mirada, lo ha dejado hipnotizado.

—Bien hecho, Cloe. Eres la mejor.

Jean-Luc entra en escena para distraer al atontado de Chevalier. Hay que ver lo simple que es el mecanismo del cerebro masculino. Nuestro asistente ofrece a la víctima una copa sacándole de su hechizo. Sigo a Cloe con la mirada y veo que recupera discretamente la copa y la mete en el bolso. Misión cumplida.

Me sorprende ver que mi amiga vuelve junto a su objetivo. Ya tiene lo que había venido a buscar. ¿Por qué correr un riesgo innecesario? A lo mejor las huellas no son válidas. Él ha adoptado una actitud más seductora. Se acerca a Cloe para susurrarle algo. Ella parece encantada. ¿Qué le estará diciendo? Van a la pista de baile, donde Chevalier descubre que las curvas peligrosas de Cloe se mueven como las olas del mar, con movimientos envolventes, intensos y cosquilleantes a la vez. Parece que le va a ser más complicado de lo que pensaba el deshacerse de su objetivo.

Me aseguro de que los refuerzos sigan revoloteando en torno a Cloe y decido que es hora de marcharse. He pasado demasiada tensión, así que estoy feliz de ver a mi chófer y de que todo haya acabado. Ya queda poco para la puesta de sol. Son las nueve de la

noche. Es increíble lo largos que son los días de verano en París. Llego a la mansión, subo directa a mi habitación para ponerme el pijama. Necesito sentirme una simple ciudadana, como cuando vivía en mi zulo de Saint-Ouen. Me desmaquillo y bajo a la cocina a comer algo. Me muero de hambre. Con la tontería no he probado bocado. Me preparo una ensalada poco saludable, de esas que llevan un poco de todo lo que hay en la nevera. Saco una lata de refresco y ceno viendo algunos e-mails, luego vídeos, y después echo un vistazo a las redes sociales. Cuando termino, me doy cuenta de que no hay nadie más en la mansión y me entra pánico, es la primera vez que estoy sola aquí. Corro hacia la cochera, pero el chófer ya se ha marchado. Entro de nuevo en la casa y enciendo todas las luces a mi paso hacia mi habitación. Esperad un momento. Gigi ha montado una operación secreta y tiene un cuarto con material tecnológico con más valor que una casa. Estoy en el lugar más seguro en el que he estado jamás. Es más, es una gran oportunidad para averiguar cómo subir a la tercera planta. Enciendo las luces del pasillo y comienzo mi búsqueda. Vuelvo a palpar las paredes, los suelos, entro en la sala de trabajo, a lo mejor ahí se esconde la puerta de acceso. Tendría todo el sentido del mundo. La puerta ha de estar en un lugar común. No va a entrar en nuestras habitaciones para llegar allí. Reviso los bajos de las mesas por si hay algún interruptor o algo. Nada. De pronto un impulso incontrolable me dirige a la biblioteca. Ha pasado una semana y no he tenido tiempo de visitarla. Enciendo la luz de la habitación y la cultura hace la magia. Es increíble la energía que transmiten estos libros. Parece que me introduzco en una espiral que me transporta en un espacio temporal paralelo, lejos del París del siglo XXI. Hay clásicos como la *Ilíada*, *El Quijote* o

Crimen y castigo. Autores de todos los tiempos, desde Tomás Moro hasta Toni Morrison, pasando por Oscar Wilde, Edgar Allan Poe. Los tratados de filosofía son incontables: Sócrates, Descartes, Foucault… ¿Por dónde empezar? La sección de política es más extensa que el resto. No me interesa especialmente, así que paso de largo. Uso la escalera. Siempre he querido subirme a una escalera móvil en una biblioteca. En un rincón, en los estantes menos accesibles hay un libro con un aspecto diferente a cualquier otro que haya visto en mi vida. El oro de las letras contrasta con el cuero que lo viste. Puede que no haya que juzgar un libro por su portada, pero este tomo proclama a gritos que me cambiará la vida. No puedo evitarlo. Es el elegido. Me siento en uno de los dos confortables sillones en ante crema. Tengo el libro sobre mis rodillas. Lo acaricio como el tesoro que es. Su tacto es suave, delicado y robusto al tiempo, no lo puedo explicar. Por primera vez me fijo en el título: *Manual del recolector*. Las gruesas hojas del inicio, algo amarillentas, denotan cierta antigüedad, hacia la mitad da la sensación de que se han cosido nuevos capítulos al lomo. Las hojas son más blancas, y la textura, más fina. Es como un libro engrosado con nueva información. Aunque casi da igual lo que contenga, es tan hermoso que se me acelera el corazón cada vez que paso una página. Tras aspirar el agradable aroma del papel, me sitúo en el inicio.

Manual del recolector. Capítulo I: Una sociedad corrompida

La corrupción no es un invento del siglo xx. Existen casos documentados de corrupción desde los albores de la democracia, ya en la antigua Grecia. La avaricia, la envidia y la necesidad de poder, por ejemplo, son sentimientos que guían los instintos primarios de supervivencia potenciados hasta el extremo y

desviados hacia otros planos de la vida. Esto es, desde que el ser humano dejó de emplear esos instintos para sobrevivir, los ha usado para dominar. Cuando se conforman las sociedades, se establece un orden que obedece a un sistema común para todas las personas. El ser humano ha evolucionado, la prehistoria ha quedado atrás. El hombre ya no emplea la avaricia para proteger sus alimentos, ni la envidia para salir a la caza con más ahínco con el fin de conseguir pieles más calientes. Las sociedades han elevado su nivel de complejidad. Las injusticias no vienen dadas siempre por las decisiones que cada individuo toma sobre sí mismo. En un momento dado, el hombre decidió que sus enemigos ya no eran los animales salvajes, sino los feroces lobos revestidos con la misma piel que él. Una lucha entre seres iguales, pero que debían ser sometidos en favor del orden social. Esa era la excusa. La realidad era que la lucha contra las bestias difería mucho de esa lucha entre iguales. La satisfacción y el beneficio también distaban mucho. El bisonte no podía servir del mismo modo al señor que la sirvienta, quien satisfacía todas las peticiones de la autoridad. Ya el señor feudal descubrió lo que era tener el poder de dirigir, de hacer que otros se matasen por él mientras conseguían aquello que más ansiaba, es decir, más dominio. Los seres humanos perdieron el sentido del trabajo en equipo por la supervivencia común que compartían los primeros homínidos. Con la evolución vino el cubrimiento de las necesidades básicas y, por tanto, el instinto de supervivencia del hombre, a menudo más peligroso e irreprimible que el de los animales, tuvo que cubrir otra carencia. Es lógico. Cuando no tenemos que pensar en cómo conseguir comida o abrigo, nos centramos en buscar aquello que nos dé placer, que alimente a la peor de las bestias, nuestro ego. He aquí el hedonismo en su máximo esplendor.

Sin embargo, la arrogancia del hombre *evolucionado* fue más allá. Los primeros homínidos migraban al mismo tiempo que sus presas para asegurar su alimento. Todos los seres humanos tenían derecho a la libre movilidad porque el planeta no tenía dueño. Los territorios delimitados no existían. No fue sino el nuevo hombre ególatra quien osó cercar lo que no le pertenece. Osó expulsar o prohibir el acceso a aquellos que decidió que suponían un peligro para su mandato. Por no hablar de las personas que consideró inferiores por su condición física, raza o creencias. Cualquier pretexto para

> mantener el poder y justificar así sus depravados actos inhumanos. En resumen, la mejor manera que el humano encontró para someter a otros seres humanos fue limitar geográficamente el área de control y evitar las potenciales amenazas. Una vez asegurado ese territorio, tan sólo debía colonizar aquellas tierras que sus enemigos detentaban. Y digo detentaban porque no existe otra explicación para comprender el absolutismo político de los antiguos reyes. No existía la democracia, por lo que el poder se alcanzaba por herencia o de manera violenta. Aun disfrutando de una democracia, como la actual, que vela por los derechos de los ciudadanos, los gobernantes se sirven de vergonzosos ardides para eliminar a la competencia, cayendo hasta en la descalificación del oponente, en injurias o en calumnias…

La puerta principal se abre. Me apresuro a bajar las escaleras para ver quién llega. Son Gigi, Sofía y los chicos.

—Hola, Vera. Has llegado pronto, ¿eh? Buena chica —dice Gigi.

—Gracias, Gigi. Bienvenidos. ¿Dónde está Cloe?

—¿No ha llegado aún? —pregunta Gigi preocupada.

—Son las doce y cinco, llegará en cualquier momento —dice Jean-Luc quitando hierro al asunto.

—Bueno, id a poneros cómodos y nos vemos en la sala de trabajo en quince minutos —ordena Gigi.

Todos se dispersan. Yo voy a mi cuarto a buscar el bolso para llevarlo a la reunión. Estoy inquieta por Cloe. Le encanta hacer lo contrario de lo que le dicen. ¿Por qué no ha regresado todavía? Quince minutos después estamos todos en la sala al tiempo que se oyen pasos por las escaleras. Adrien va a mirar. Es Cloe, que sube con parsimonia, altanera.

—En la sala de trabajo —le indica Adrien.

Cloe aparece en la puerta de la sala. La tensión en el aire se puede cortar. No creo que a la jefa le guste el retraso de mi amiga

en nuestra primera misión. Es Gigi quien rompe el silencio de repente.

—Llegas tarde. Las directrices eran claras y sencillas.

—Lo siento, me he tenido que quitar a un moscón de encima. Pero tampoco es para tanto, sólo han sido unos minutos.

—¿No es para tanto? ¿No es para tanto? ¿Es que no has aprendido la importancia de la disciplina para que la misión salga bien? Si te saltas las instrucciones, nos pones en peligro a todos —sermonea Gigi.

A pesar de la grandeza que aparenta Cloe con su vestido, en unos segundos Gigi la ha convertido en un ser enano e insignificante.

—De acuerdo, tienes razón, lo siento. No se volverá a repetir.

—Además, hueles a alcohol. Espero que no te hayas saltado esa regla también —continúa Gigi con su reprimenda.

—No, para nada, eso es el champán que se ha derramado ella solita por el canalillo —digo con un tono jovial para calmar los ánimos—. Ha sido una jugada muy original para conseguir las huellas de Chevalier. Tenías que ver su cara de pasmado. ¡Hasta le ha dado un trago a la copa para apagar el fuego interior que ha prendido Cloe!

—Es mejor que mantengáis un perfil bajo en las operaciones. No es conveniente llamar demasiado la atención.

Cloe me mira agradecida por el comentario y Gigi continúa, obviando el olor a alcohol.

—Bueno, veamos qué habéis conseguido. Entregad a Fifi las huellas y marchaos a descansar. Mañana retomaréis la rutina.

Nos vamos todos menos Gigi y Sofía, quien se sienta delante del ordenador a teclear como una posesa.

—¿Por qué has llegado tarde, Cloe? Conseguiste las huellas hace bastante tiempo.

—No lo sé, simplemente se me ha ido el santo al cielo. Gigi es una exagerada. Lo estaba pasando bien, era mi primera fiesta de lujo. Me sentía el centro de atención.

—Eso lo entiendo, pero no olvides que nos está pagando un dineral y nos ha metido aquí. Debemos seguir las reglas. Haz un esfuerzo, Cloe, quiero seguir en la misión contigo hasta el final. Estamos juntas en esto, ¿vale?

—Vale, Vera. Lo siento —se disculpa Cloe por primera vez desde que la conozco.

Su mirada se pierde en una vorágine de pensamientos. La respiración entrecortada la delata. Sus labios fruncidos y el gesto melancólico necesitan un minuto de silencio. Siento lástima por ella porque, normalmente, nada de lo que digo suele influir en la determinada Cloe. Sin embargo, ahora me siento poderosa.

—OK. Venga, a dormir. Hasta mañana, amiga.

—Hasta mañana.

A las seis y media de la mañana Cloe ya está dispuesta para la clase de yoga. Parece más tranquila y alegre. Cuando la dejé, se la veía bastante decaída. Después de la clase, desayunamos juntas. Ya no me puedo contener:

—Te veo muy contenta, Cloe.

—Sí, bueno, he estado pensando, y Gigi tiene razón, estamos aquí por trabajo. A partir de ahora, no me saldré ni un centímetro de las líneas rojas de la jefa.

—Eso está muy bien —digo algo confusa.

El día sigue su curso hasta que llega la tarde. Después de la clase de krav magá tenemos una visita de Gigi. Viene para informarnos de que vamos a salir a la calle. Piensa que todo lo que estamos aprendiendo lo hacemos en nuestra zona de confort. Quiere que nos encontremos cara a cara con un peligro real.

—*Mie care*, espero que hayáis descansado.

—Acabamos de terminar con el krav magá, no es que estemos en el mejor estado.

—Tenéis una hora. Descansad y luego iréis a Barbès.

—¡Barbès! ¿Qué vamos a hacer allí? —digo asustada.

Barbès se encuentra en el distrito dieciocho de París. Creo que he estado un par de veces desde que vivo aquí. No es el barrio más seguro de la ciudad que digamos. Pasé porque iba a Boulevard Magenta a buscar un vestido de noche para una celebración. En Boulevard Magenta se encuentran todas las tiendas de vestidos de fiesta para la gente con un presupuesto medio. La cuestión es que, por ignorancia, me bajé del metro en Barbès y lo único que pensaba era que lo mínimo que me iban a hacer era robarme el bolso. Quizá suene a prejuicio, pero vi con mis propios ojos, los dos, cómo le quitaban a una chica el móvil del bolsillo mientras escuchaba música. Lo cierto es que no la previne. No hice nada por avisarla. No me siento orgullosa de aquello, entendedme, pero tenía miedo. Caminé lo más rápido posible, aunque en esos minutos dio tiempo a que me ofrecieran tabaco de contrabando, droga o móviles robados. Barbès no es ninguna broma.

—Hoy vais a aprender a sustraer objetos de sus propietarios sin que estos se enteren —explica Gigi.

—Sí, que vamos a aprender a robar, vaya —aclara Cloe.

—Llámalo como quieras, *mia cara*. Debéis aprender de todo. No sabéis en qué situación os podéis encontrar durante la misión. Nos vemos aquí abajo en una hora.

Obviamente, el medio de transporte hoy no es el Bentley. Cloe y yo iremos en metro.

Es curioso, apenas llevamos una semana en la casa y ya me he desacostumbrado al transporte público. Me da pereza esperar y, lo que es peor, me angustia la idea de meterme en un viejo vagón de la línea dos donde toda la gente que no se puede permitir la vida de Gigi viaja como en una lata de sardinas. Es verano, así que, sólo de pensar en el calor y los olores, me dan ganas de tirar la toalla.

Una hora más tarde estamos clavadas en la entrada de la mansión.

—Puntuales, así me gusta —dice Gigi reafirmando la jerarquía—. Bien, como os he dicho, iréis a Barbès. Esperad en la puerta de los almacenes Tati.

—¿A qué o quién debemos esperar? —pregunta Cloe.

—Simplemente, esperad.

Me sorprende que Gigi conozca la tienda. Lo primero, porque lleva bastante tiempo ya cerrada. Y lo segundo, porque dudo mucho que se comprase allí las bragas.

—Chicas, subid al coche. Os acercaré a La Défense. Desde allí continuaréis en metro.

La voluntad de la todopoderosa Gigi se cumple. Estoy de muy mal humor. No me hace ni pizca de gracia.

Subimos en el metro uno hasta Charles de Gaulle Étoile y cambiamos al metro dos. Intentamos sujetarnos la una a la otra con el fin de tocar lo menos posible las barras, las puertas o cualquier

otra parte. Por supuesto, sentarse es imposible. Bajamos diez estaciones después, en Barbès-Rochechouart, entre un millón de personas más. Nos dirigimos a Tati.

—¿Sabes? Este día es el día M. Pensaba que los días M ya habían quedado lejos.

—Anda, hacía tiempo que no le ponías nombre a un día. M de… —dice Cloe sacando su sorna a pasear.

—Mieeerrrda. Odio este sitio. ¿A qué esperamos?

Cloe se encoge de hombros.

—Estás tranquila. ¿Cómo puedes estar tan tranquila aquí?

—¿Qué quieres que te diga? Ahora sabemos krav magá.

—Yo no diría tanto. Lo único que hemos hecho con Sofía esta semana ha sido recibir golpes. He tomado tanto paracetamol que ya no me hace efecto —confieso.

En ese momento se nos acerca un chico con una pinta poco fiable. Viene directo hacia nosotras. Nos está mirando. Inmediatamente paso de condición naranja a la roja, aunque para ser sincera estoy al borde de la negra. Se para delante de nosotras.

—Bienvenidas, Cloe y Vera. Acompañadme.

—¿Quién eres? ¿Dónde quieres que vayamos? —pregunto muy nerviosa.

Cojo a Cloe del brazo y la aparto unos metros.

—¿Vamos a ir con este tío? ¿Y si es una prueba de Gigi?

—Vera, cálmate. Conoce nuestros nombres. Además, hemos venido a aprender a robar, ¿qué mejor sitio que este? Venga, nos esperan.

Nos acercamos al chico de nuevo.

—¿Preparadas?

Cloe asiente con la cabeza. Entramos por una puerta contigua a Tati. Es un viejo edificio de una sola planta. Enseguida reconozco el lenguaje de las escaleras desvencijadas. Hablan el mismo idioma que las escaleras del zulo donde vivía. Abre la puerta del piso y nos pide que entremos. ¿Qué puñetas es este sitio? Las diferentes puertas indican que hay varios inmuebles, pero al entrar nos desvela que es un solo apartamento de lujo. Jamás habría pensado encontrarme con algo así. Cierra la puerta blindada tras de sí.

—Pasad a la sala de estar, por favor —nos dice señalando hacia la derecha con la palma de la mano.

Hacemos lo que nos dice. Nada más poner un pie dentro nos llevamos una sorpresa inesperada.

—Vaya, Gigi, si estás aquí… —dice Cloe molesta—. Podrías habernos traído contigo en el Bentley.

—No he venido con el Bentley. Perfil bajo, querida, perfil bajo.

Seguro que el metro no ha sido el medio de transporte elegido.

—Además, si hubieseis venido en el Bentley no habría podido haceros la primera demostración —dice el desconocido devolviéndome la cartera.

—¿Qué cojones? ¿Cuándo…? ¿Dónde…? —pregunto enfadada.

—Mientras bajabais del vagón de metro.

—Entiendo que nos vas a enseñar tus técnicas —interrumpe Cloe.

—Así es. Me llamo Kadir.

—Kadir trabajó en el servicio de inteligencia francés —explica Gigi.

—Sí, pero lo dejé para ir por libre. Prefiero tener mi negocio.

—¿Robas por cuenta propia? —pregunto aún bastante molesta.

—No, soy detective privado e instructor de tiro.

Nuestra estancia en el apartamento nos saca de la rutina. Kadir nos enseña la importancia de fortalecer los dedos. El tiempo que la mano ladrona pasa en el bolsillo o bolso del objetivo se reduce a segundos. Obviamente hoy sólo observamos y hacemos algunos burdos intentos infructuosos. Kadir se da cuenta de la torpeza y lentitud de nuestros movimientos.

—Chicas, debéis tener en cuenta dos aspectos importantes. Uno, la fuerza de los dedos. Ejercitadlos porque muy posiblemente tengáis que hacer uso de los dedos en pinza. Índice y corazón deben poder atrapar una cartera llena de documentación y dinero, tanto billetes como monedas. El aspecto número dos es el más importante de todos: la distracción. El cerebro está programado para centrarse por completo en una sola acción. Si, por ejemplo, vais a sustraer una billetera del bolsillo derecho de un traje de hombre, debéis centrar la atención en el lado izquierdo. Podéis indicar que tiene algo en la solapa de la chaqueta, hablar de la buena calidad de la tela o lo que sea. Eso lo debéis decidir en el instante, según el contexto.

—Pero no os preocupéis, *mie care*, porque tendréis tiempo de practicar. Además, todo lo que estáis aprendiendo es pura precaución. No quiere decir que os veáis forzosamente en la situación —comenta Gigi para animarnos—. Os podéis marchar a casa a descansar. Os lo habéis ganado.

—¿Volvemos en coche, entonces? —pregunto.

—Perfil bajo, *mia cara*, perfil bajo —dice Gigi.

Nos despedimos. Nada más poner un pie fuera del portal, Cloe se caga en Gigi y su perfil bajo. Estamos cansadas y lo único que queremos es regresar a nuestra confortable mansión. Es increíble lo fácil y rápido que es acostumbrarse a la buena vida. Cogemos el

transporte de mala gana. Lo positivo es que en el trayecto Cloe y yo hablamos un poco.

—¿Cómo lo llevas, Cloe?

—¿Lo de traernos hasta este estercolero para enseñarnos a robar? Me toca las narices, la verdad.

—No me refería a eso. Gigi es un poco especial, pero hemos aceptado el trabajo.

—¿Sabes? He pensado mucho en la alfombra. No sé cómo va a encontrar al comprador. Por mucho que la desmemoriada sea una máquina de la informática, no creo que la encuentre. Y entonces ¿de qué habrá servido pagarnos un dineral y una formación que más de uno quisiera? —pregunta Cloe.

—Supongo que es un riesgo que tiene asumido. Gigi no es tonta, y el dinero que nos paga es una nimiedad en comparación con todo lo que tiene.

—Pues yo creo que hay más —dice Cloe.

—Vaya, vaya, hace unos días me decías que era una misión, que la cumpliera y que no me pusiera paranoica…

—Sigo pensando lo mismo. Es sólo que lo de hoy y la reacción de Gigi por el ínfimo retraso de ayer me han puesto de mala leche.

—Y dime, ¿cuál es la verdadera razón por la que llegaste tarde? —pregunto.

—Chevalier me entretuvo un poco más de la cuenta. Se puso pesado y ahora quiere volver a verme.

—¿Le has dado tu número de teléfono al objetivo? ¿Estás loca? —le pregunto casi a gritos.

—Shhh, Vera, no grites. Perfil bajo, ¿recuerdas?

—Sí, como el tuyo. ¿No le habrás dado nuestra dirección?

—No soy tan estúpida. Claro que no. Chevalier era un objetivo como cualquier otro. Alguien con quien practicar. No es el ladrón, te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque es un millonario bastante obtuso. No sabe nada de arte. Intenté darle conversación con la poca información que recuerdo de lo que hemos aprendido y me preguntó que de qué le estaba hablando. Sólo le interesan los coches y las mujeres.

—En cualquier caso, ha sido una insensatez por tu parte. Como se entere Gigi, te elimina con sus propias manos —digo, molesta por la inmadurez de Cloe.

—No se va a enterar porque tú no se lo vas a contar, ¿verdad?

—Claro que no —le aseguro.

—Y si era tan pesado, ¿por qué te quedaste tanto tiempo con él? —insisto—. He visto cómo te deshaces de gente con la que no te apetece hablar antes de que terminen su frase.

—No sé, de arte no entendía nada, pero sabe cómo mantener la atención puesta sobre él. Tiene un talento natural.

—Pensaba que era como los hombres de negocios con los que trabajábamos en La Défense y que le tendrías mucha tirria.

—Al contrario, esos son burdos ricachones incapaces de ocultar su carácter neandertal. Su mentalidad machista, hasta misógina en algunos casos, queda expuesta desde la primera mirada. Quizá haya un salto exponencial en términos de actitud entre ricos y multimillonarios.

—No creo que sea eso, Dos Santos era un cretino.

—Chevalier no lo era. Demostró cierta sensibilidad. O quizá lo llamaría humanidad. Tengo la impresión de que ha sufrido en su

vida.

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—¿Y cómo te has montado esa impresión?

—Es una corazonada. Algo me dice que es diferente.

—Ya… De todos modos, lleva cuidado.

Continuamos el resto del camino sin hablar. Como ya os he contado, me gusta de Cloe que podemos pasar largos ratos en silencio, pero el de ahora es incómodo. Tengo la impresión de que la Cloe jefa vuelve a resucitar. No me gusta esa Cloe. Es bien sabido que el dinero, el éxito, la fama y el poder corrompen a las personas o, en todo caso, hacen emerger al verdadero ser que hay sepultado bajo las personas buenas. Me aterra perder a mi amiga. No quiere decir que yo sea imperturbable, pero el dinero no está en los primeros puestos de mi lista de prioridades vitales. Como es obvio, me gusta tenerlo. Me gusta no pasar penurias. Bastantes me he comido ya, pero quizá por esa misma razón aprecio cada cosa que tengo en mi vida.

Cuando por fin llegamos, me voy directa a la cocina. Quiero comer algo rápido y largarme a mi habitación. Deseo con todas mis fuerzas darme una ducha y apagar mi cerebro unas horas. Así lo hago. Antes de cerrar la puerta del dormitorio, Adrien aparece frente a mí para preguntarme si necesito algo. Cualquier cosa. No estoy de humor. Lo mando a freír espárragos con mucha educación y doy por concluida mi interacción con el resto de los miembros de la casa. Abro el cajón de mi mesilla y saco el *Manual del recolector*. Por lo que me ha contado Cloe de su príncipe azul, el «señor» feudal del que hablan en el manual está muy desfasado. Ahora ha

evolucionado. Ya no somete al prójimo, sino que lo embelesa y lo atrae para conseguir su propósito. Sea cual sea el de Chevalier, Cloe me preocupa. El libro se abre casi por inercia por un capítulo que se llama «El adoctrinamiento».

El adoctrinamiento

El proceso de adoctrinamiento se ha empleado a lo largo de la historia siempre con las mejores intenciones, puesto que el sistema de gobierno que rige en un momento dado está convencido de que su ideología es la mejor para su propio beneficio y para conseguir el control de las masas. Sin embargo, en todos los adoctrinamientos que hemos conocido, siempre queda un sector de la sociedad perjudicado, aquel que el gobernante considere inmérito. Así, unos pocos se benefician del nuevo sistema de gobierno en términos de riqueza y privilegio social, mientras que otros permanecen desprovistos del abrigo del brazo protector del sistema.

Sin embargo, el desarrollo intelectual del ser humano ha evolucionado hacia el progreso tecnológico, político y social, por lo que el evidente adoctrinamiento experimentado décadas atrás ya no se puede instaurar con la misma facilidad. La apertura hacia el mundo de la información conseguida con internet ha impedido el éxito de todo adoctrinamiento. Por esta razón, a partir del siglo XXI, los brazos ejecutores de los gobiernos han optado por la técnica contraria, es decir, el desadoctrinamiento tóxico. La ventana infinita de internet sirve, a día de hoy, para lanzar ataques de información masiva continua, la mayor parte falsa, para desmoronar la construcción de la democracia, de los derechos humanos y, sobre todo, de la diplomacia que se fueron construyendo después de la Guerra Fría. Hemos entrado en una etapa de decadencia política con gobernantes incapaces de negociar. Gobernantes retornados a la Edad Media, donde el único resultado válido era el absolutismo político, a cualquier precio. Este objetivo tan sólo es alcanzable si se instaura el caos en la sociedad. Lo que me lleva de nuevo a desadoctrinamiento por medio de la desinformación. En el mundo virtual todo es posible desde el anonimato. En el mundo virtual hay muchas respuestas

para una sola cuestión. En el mundo virtual las ideologías se pueden desbarajustar con imágenes sólidas. Imágenes que nos ponen ante nuestros ojos. Imágenes manipuladas que creemos porque el cerebro humano necesita creer, necesita confiar y no es capaz de asimilar tanta falsedad. Si dudásemos de absolutamente todas las premisas que nos encontramos a diario, entraríamos en un estado de paranoia. Un bucle del que sería imposible salir más que con la destrucción, o incluso con la autodestrucción.

Por ello, a pesar de que hay quienes creen en las falacias de internet, por muy absurdas y perjudiciales que sean, los que prefieren dudar se pierden en un océano de inseguridades, lejos de cualquier salvavidas.

El caos. Mientras haya caos la sociedad estará ocupada en darle sentido a su existencia mientras los que tienen el poder ejecutan las acciones políticas que se les antojan sin que la masa lo perciba.

Existe otro perfil de gobernante tirano que considera que su país queda exento de las reglas de la diplomacia. Son naciones, en algún momento masacradas, que desarrollan una ideología megalómana basada en el victimismo. Su tragedia se convierte en la excusa perfecta para emprender libremente su conducta criminal, superando así las acciones de su verdugo. El pupilo superando al maestro genocida. Inexcusable, ilegal, insaciable y, por desgracia, imparable.

Este último perfil entraña un enorme grado de peligrosidad, pues su adoctrinamiento no busca controlar a las masas. No lo necesita. Tan sólo necesita a una minoría poderosa que apoye sus actos criminales en la sombra. Que influya en los gobiernos y en sus estrategias geopolíticas…

El contenido de este manual de tendencia apocalíptica describe la realidad subrepticia de nuestra sociedad. De repente la ansiedad me rodea como un sudario que me envuelve el pecho. Abro la ventana. Está lloviendo, pero esta vez lo agradezco. Gracias a la fresca brisa, cientos de gotas de agua me empapan la cara. Respiro profundamente y visualizo la naturaleza de la mansión. Aún quedan cosas reales: los árboles, las flores, las ardillas, el canturreo de los

pájaros. Todavía queda belleza a mi alrededor. La belleza es en lo que me tengo que centrar. Me acuesto algo más tranquila.

En mitad de la noche, un grito diferente al que nos tienen acostumbradas me sobresalta. Una mujer con voz quebrada interrumpe mis sueños. Es como una flecha que se me clava directa en el tímpano a una velocidad de doscientos mil kilómetros por hora. Es Janis Joplin pidiéndome que llore. Salgo de la habitación asustada. En el pasillo me encuentro con Cloe y Sofía.

—¿Qué cojones está pasando? —pregunta Cloe.

—Hola, me llamo Sofía —dice como si hubiese dormido diez horas.

—Ay, Fifi, cállate, haz el favor —habla el demonio somnoliento de Cloe—. ¿Por qué estás tan despejada?

—¡Ah, nos conocemos! Practico algunas técnicas para optimizar el tiempo de sueño. Deberías probarlo…

—¡Cloe, me llamo Cloe! ¡Por el amor de Dios! —alza la voz—. Joder, qué asco le tengo a esta chica en algunos momentos —termina susurrando.

De repente oímos un ruido en la planta de abajo.

—Lo mejor es que nos separemos —dice Sofía.

—No, paso, mejor nos quedamos juntas.

Sofía se pone la primera y empieza a bajar las escaleras. Nosotras vamos detrás, Cloe la segunda y yo la última. Cada una lleva la mano en el hombro de la que tiene delante, tal y como nos han enseñado. Bajamos en la oscuridad, así nos guiamos. El ruido viene del salón blanco.

—¿Alguna lleva el móvil encima? Necesitamos algo de luz.

—Shhh —chista Sofía.

Cuando llegamos al último escalón vemos dos linternas moviéndose. Podría haber más en algún otro lugar de la casa. Sofía se separa de nosotras y se coloca detrás de una de las hojas de la enorme puerta del salón. Nos hace un gesto para que la cubramos, señalándose los ojos con los dedos índice y corazón. En ese momento nuestros cerebros reaccionan y todas nuestras enseñanzas se ponen en primera fila neuronal. Nos colocamos en la otra hoja. Sofía entra y se abalanza sobre el individuo que tiene más cerca. Le está dando una buena tunda cuando de repente una figura la golpea por detrás. Yo salgo disparada, le doy una patada en la entrepierna con todas mis fuerzas y luego una segunda patada en la corva derecha. El tipo cae de rodillas. Intenta incorporarse, pero un jarrón se le rompe en la cabeza.

—Gracias, Cloe. Sofía, ¿estás bien?

Las luces se encienden. Ahí está Gigi, aplaudiendo en la puerta.

—¡Bravo, *mie care*! Lo habéis hecho muy bien, aunque os queda mucho trabajo por delante.

—¡Vamos, no me jodas, Gladys! ¡¿En serio?!

Cloe está a un segundo de matar a Gigi. Es más, es la primera vez que la llama Gladys.

—¿Qué coño haces?

—Cloe, cálmate, deja que se explique —intervengo para que Cloe no la cague más todavía.

—Alguien habría podido resultar herido o muerto. ¿Estás mal de la cabeza? —continúa Cloe.

—Tranquila —dice uno de los individuos quitándose el pasamontañas.

—¿Jean-Luc? Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—¿Te hace gracia, Vera? Porque yo estoy al borde de un ataque de nervios.

—Queda claro que era una prueba. Y lo hemos hecho bien.

—Y tanto… —confirma Adrien intentando incorporarse.

—Lo siento, Adrien —me disculpo, a pesar de que me he quedado muy a gusto después de darle una paliza.

Adrien es extraño. A veces me molesta, me irrita tanto, y otras es un gran apoyo. En cualquier caso, me ha sentado muy bien.

—Chicas, habéis trabajado en equipo. Vera, te felicito por tu determinación. Cloe, tú has puesto la guinda con ese jarrón. No os preocupéis, es todo atrezo.

—Sofía, ¿tú sabías esto? —pregunta Cloe histérica.

—Sabía que era una prueba. Los ladrones no te despiertan con música para después entrar a robarte. Son ejercicios típicos de la preparación en espionaje, sólo que no sabes lo que esperar, puede ser una amenaza terrorista, un secuestro o un robo, como en este caso. Claro que esta ha sido bastante ligera.

—¿Sólo a mí me parece que es una locura? Me largo.

Cloe se va a su dormitorio, y sabemos que ha llegado arriba por el portazo que da.

—Creo que necesitamos todos una tila antes de irnos a dormir —sugiere Jean-Luc.

—Yo me retiro, *mie care*. Espero que Cloe comprenda mejor a lo que ha venido aquí mañana por la mañana, después de reflexionar.

Los chicos se encargan de preparar unas infusiones. Comentamos la jugada, nos reímos un rato y nos retiramos todos.

El resto de la semana la pasamos siguiendo el patrón de la rutina establecida por Gigi, aunque con modificaciones. Las clases de

cultura empiezan a focalizarse en el mundo de las antigüedades, las alfombras y las subastas. Las clases de krav magá se intensifican bruscamente. Adrien, Sofía y Jean-Luc ya no tienen piedad. Pegan fuerte. Los golpes nos dejan marcas en la piel. Esta semana me he dado cuenta de que tenía el corazón sobrecargado de rencor, miedo, impotencia, desesperación, rabia y mil sentimientos más que no sabía que acumulaba. Hoy en día, la sociedad casi nos impone el positivismo, estamos obligados a vivir en un estado perpetuo de optimismo. No debemos quejarnos, sólo fijarnos en lo bueno para atraer las energías positivas. Basta con echar un vistazo a nuestro alrededor para ver que la gente finge una vida de ensueño: cuerpos diez, casas perfectas, madres inigualables… Sin embargo, resulta absurdo que nos impongan ese pensamiento. Si nos centramos tanto en lo positivo, no vemos la realidad hasta que es demasiado tarde y ya somos unos infelices cubiertos de purpurina y filtros de redes sociales, sin trabajo y desesperados por enriquecernos. Me estoy dando cuenta de que iba a la deriva antes de entrar en esta casa. De pronto tengo una imagen clara de mi cerebro amueblándose. Cada vez hay más compartimentos y mis valores e ideas empiezan a asentarse. La disciplina, las rutinas, el uso de la fuerza física y mental me están convirtiendo en una persona nueva. No sé si a Cloe se le están pasando todas estas cosas por la cabeza. Lo que sí es seguro es que se está desahogando de lo lindo en cada lección. Por alguna razón me acuerdo de la película *El club de la lucha.* Cuando la vi, no entendí la satisfacción que sentían, pero ahora la adrenalina me hace sentir invencible, capaz de todo. Si a la fuerza bruta le añadimos la sutileza que nos transmite Kadir en sus clases de sustracción, es fácil sentirse cerca de ser un ángel de Gigi. Sin

embargo, la defensa personal no es lo único que me ha cambiado. Las clases de yoga han aumentado mi capacidad de concentración y han disminuido mis momentos de ansiedad. Además, he pedido a Sofía que me enseñe su técnica para conciliar el sueño. Necesito optimizar al máximo el tiempo de descanso si nos esperan más simulacros. La única certeza que tengo a día de hoy es que no sé si Sofía está cerca de encontrar la dichosa alfombra. Puede que en cuestión de una semana estemos devolviendo millones de euros a su hogar o puede que estemos en la mansión varios meses. Por eso no quiero volverme loca y me adapto todo lo que puedo a las nuevas enseñanzas. Cloe también ha cambiado, aunque no hemos hablado tranquilamente desde la primera vez que fuimos a Barbès en el metro.

La quinta semana de estancia Cloe está radiante. Está cumpliendo con el contrato. Ya casi no se queja de nada, ni siquiera cuando Gigi nos llama *mie care* o Sofía se presenta. Algo está ocurriendo porque desde que la conozco siempre ha sido una cascarrabias. Su principal arma es el sarcasmo, aunque, cuando alguien sobrepasa los límites de su paciencia, no se anda con medias tintas. Supongo que es su mecanismo de defensa, pero da lástima porque sé que, en el fondo, tiene un gran corazón. Empatiza mucho con las personas que sufren algún tipo de discriminación. Obviamente, no fui consciente de esa faceta hasta que no abandonamos nuestro trabajo en La Défense. Cuando soltó el lastre de su puesto de trabajo, su carácter rancio se relajó y comencé a ver gestos humanos y amables. Pocos, porque la coraza del sarcasmo siempre ha estado ahí, pero algunos, al fin y al cabo. Ahora es diferente, ha ido un paso más allá, diría que incluso está simpática.

Tengo la impresión de que todos empezamos a encontrar nuestro lugar en la casa. Lo cierto es que ahora no quiero dejar este sitio. Ahora tengo amigos. No, tengo una familia. ¿Dónde podría ir si tuviese que dejar mi nuevo hogar?

Han pasado cuatro semanas desde la fiesta benéfica en la que nos estrenamos con la misión de prueba. No hemos vuelto a ir a ningún sitio elegante. Sí hemos pasado mucho tiempo preparándonos físicamente y mejorando nuestras técnicas de sustracción y allanamiento. Después de enseñarnos a conseguir lo que queremos sin pedirlo, Kadir nos ha mostrado cómo abrir cerraduras. Ya sabéis, sin llave. Las ganzúas, las llaves de tensión y llaves *bumping*. Es curioso, mientras que Cloe es más hábil como carterista, yo he descubierto que forzar cerraduras es lo mío. Requiere concentración y paciencia. Me encantan las actividades manuales. Me gusta desenredar los collares que se hacen un amasijo en mi joyero, colorear mandalas, usar pinzas para decorar con estrellas en miniatura y, ahora, abrir cerraduras. Es mi ASMR particular. El tradicional, el de los ruidos, me desquicia. Podría asesinar si escucho a alguien masticando chicle o removiendo cereales. Los sonidos repetitivos como el clic de los bolígrafos o las gotas de un grifo mal cerrado me vuelven loca. De verdad, podría matar por su culpa y después alegaría enajenación mental transitoria. Eso tiene un nombre, creo que se llama misofonía, si no me equivoco. Si no la sufres, no la entiendes.

El viernes de esta quinta semana, Gigi viene a visitarnos. Adrien y Jean-Luc preparan una cena especial. Parece que vamos a pasar una

velada muy agradable. La causa la desconozco, pero no me importa. Está bien un poco de diversión.

Son las nueve de la noche y todos estamos sentados a la mesa. A decir verdad, estamos esperando a que Gigi nos dé la noticia. Como ya os he dicho, siempre nos da noticias mientras comemos. Supongo que la comida amansa a las fieras.

—¿Cómo va todo, equipo? —pregunta.

—Bien, todo va muy bien. Las chicas están avanzando. Aprenden rápido —responde Adrien.

—Anda, ¿eres nuestro supervisor? —pregunta Cloe sorprendida por la intervención del asistente.

—Cloe, *mia cara*, los chicos y Sofía llevan más tiempo aquí y tienen más experiencia. No son supervisores, pero sí están obligados a observar y son responsables de vuestro progreso.

Hacía tiempo que Cloe no se ponía borde. Tiene un don para estropear los buenos momentos.

—Entendido, Gigi —responde con una sonrisa.

Vaya, vaya, eso es nuevo. Aprecio el nuevo carácter afable de mi amiga, pero deseo de todo corazón que no sea a causa del motivo equivocado.

—Estoy muy orgullosa de vosotras. He hecho dos buenos fichajes. Hoy os he reunido para informaros de que vais a vuestra primera misión fuera de París.

—¿Adónde nos mandas?

—Cada cosa en su momento, Vera.

También hacía tiempo que no escuchaba esa frase. Es como si la tuviese preparada sólo para mí.

—¿Conocéis el Baile de la Rosa? —pregunta Gigi.

—¡Nos vamos a Mónaco, sí! —exclama Cloe.

—Sí, tenéis una invitación para la Salle des Étoiles del Sporting Monte-Carlo, donde se celebrará el famoso baile dentro de una semana. El sábado que viene estaréis entre reyes y reinas, millonarios inalcanzables para la mayoría de los mortales. Este año se celebra en verano. El protocolo es muy estricto. Debéis cuidar el vestuario, los modales, y, sobre todo, debéis mantener un perfil bajo. Lo ideal sería conseguir un nivel de sutileza más alto que la última vez —dice Gigi mirando a Cloe—. El resultado y el método son igual de importantes en según qué contextos. En ese baile os vais a sentir abrumadas, especiales, poderosas. Controlad vuestros instintos y vuestros egos. Repito, perfil bajo. Os daré el objetivo de la misión más adelante.

—¿Crees que la persona que te ha robado la alfombra estará allí? —pregunto.

—Supongo que, cuando un millonario no puede comprar algo con su dinero, se frustra y lo roba, ¿es así? —lanza el puñal Cloe.

—Hoy estás guerrera, Cloe. Es cierto que los millonarios no podemos comprar ciertas cosas con dinero, pero siempre encontramos algo que lo sustituya. No es necesario quitarle el caramelo al otro. Depende de la naturaleza de cada uno. Te recomiendo que no prejuzgues. Ahora empiezas a tener dinero y, si sabes qué hacer con él, podrías ser rica o millonaria algún día, ¿quién sabe? ¿Qué tipo de millonaria serías? —alecciona Gigi—. En fin, me marcho. Disfrutad de la velada.

—Gracias, Gigi —digo.

—Sofía, vamos, tenemos que hablar.

Ambas suben al despacho.

—No me gusta que no nos digan lo que pasa.

—Cloe, la confianza se gana. Gigi tiene mil asuntos entre manos. Vosotras estáis aquí por una misión en concreto. Jamás os ocultaría información si eso os pusiera en peligro. Aprende a estar callada y confiar —dice Jean-Luc.

—Sí, Cloe, cada cosa en su momento —añado desde el más puro y absoluto sarcasmo.

Adrien ríe y cambia de tema. La curiosidad de Cloe es insaciable. Supongo que por eso llegó a tener el puesto de responsable en la empresa en la que trabajábamos. Estaba al tanto de todo. Ahora está más perdida que un pulpo en un garaje. Ya no quiere seguir con nosotros. Nos da las buenas noches y se encierra en su habitación. Yo me quedo un rato con los chicos. Estoy a gusto. Son guapos y agradables. La convivencia es a veces complicada porque no soy de piedra. El cuerpo a cuerpo en las clases de artes marciales me pone a cien. El dolor, el sudor, el tacto de sus músculos… Buf. Si salgo de aquí sin que pase algo…, algo más de lo que pasó, quiero decir, seré imperturbable, incorruptible. Es más, ¡seré indestructible! Supongo que me he venido arriba.

Tras media hora de charla, me despido.

—Bueno, chicos, creo que me voy a dormir. Mañana tenemos que madrugar.

—Claro. Buenas noches, Vera. Si necesitas algo, puedes avisarnos —dice Adrien señalando a los dos con voz insinuante.

Maldito Adrien. Lo hace adrede.

—Estoy bien, gracias.

Me marcho pensando en el hambre en el mundo, en gatitos perdidos y en cualquier cosa triste que destruya mi libido en este

momento. Me dirijo a la habitación de Cloe para asegurarme de que está más tranquila. Oigo su voz. Está hablando con alguien. Aunque deseo de todo corazón estar equivocada, me temo que sigue haciendo estupideces. Prefiero regresar a mi cuarto. Me pongo el pijama y me echo a dormir. Bueno, lo intento, porque entre la noticia de que vamos a participar en el Baile de la Rosa, que Cloe habla con quien no debe por teléfono, el tonteo de los chicos y que Gigi está reunida con Sofía para tratar algo de lo que no nos quieren hacer partícipes, me resulta imposible conciliar el sueño. Intento averiguar cuál de estas circunstancias me preocupa más. Sólo encuentro una solución al problema: aplicar la técnica militar del sueño que llevo practicando semanas. No funciona. Ni siquiera la oscuridad consigue poner en hora mis ritmos circadianos. Me levanto en busca de mis cascos, a ver si con un poco de música relajante consigo caer en los brazos de Morfeo. En cuanto doy el primer paso, me golpeo el dedo meñique del pie con la mesilla, desde donde cae el libro de canto sobre mi empeine para acabar abierto junto a mí.

—¡Mieeerrrda! ¡Hostia puta, cómo duele! —exclamo buscando la luz de la mesilla. Diría que, junto a los cortes causados con papel, los golpes en los dedos de los pies son los dolores más irritables que existen. Cuando consigo respirar de nuevo, recojo el libro.

—«Funciones del recolector» —leo al tiempo que un escalofrío me sacude—. Parece que este libro tiene vida propia. Tiene un poder de atracción inexplicable.

Funciones del recolector

El estatus del recolector conlleva una gran responsabilidad. El recolector debe ser una persona multidisciplinar, con gran capacidad para la supervivencia en

situaciones extremas. Debe ejercitar en las mismas proporciones su cuerpo y su mente. El aprendizaje continuo mantendrá los engranajes del cerebro activos en caso de intervención inminente.

Tal y como se ha explicado en capítulos anteriores, la estrategia del desadoctrinamiento consiste en crear el caos con la desinformación, pero también a través de la flacidez mental. La flacidez mental empezó con la revolución tecnológica. Las máquinas ya se han rebelado, aunque la sociedad no es consciente porque el proceso es distinto al que los cineastas y escritores han plasmado en sus obras. El empoderamiento de las tecnologías se ha materializado por dos vías:

1.- El contenido ilimitado de carácter idiotizador que se ve a diario en las llamadas redes sociales. Se trata de imágenes y vídeos que transmiten toda la información del contenido en segundos, logrando así que el ansia de conocimiento quede satisfecha en un breve periodo de tiempo. De este modo, la capacidad de atención se atenúa en más de un noventa por ciento. El resultado es que el individuo es incapaz de concentrarse en una actividad, enseñanza o noticia importante más de un par de minutos. Como consecuencia, la acción nunca se completa y el individuo entra en un bucle de frustración por su incapacidad. Finalmente, decide huir hacia su zona de confort tecnológica donde comprende todo lo que ve, porque la duración es ínfima, pero él queda satisfecho.

2.- La evolución tecnológica facilita tanto la vida de los seres humanos que cada vez tienen que esforzarse menos en hacer cualquier actividad. Ya no es necesario memorizar los números de teléfono, ni las calles, ni los lugares que se frecuentan o se visitan. Las personas ya no necesitan elaborar paso a paso una receta, ni siquiera necesitan conducir, pues ya hay una tecnología que se encarga de ello. Una vez más, las capacidades cognitivas se están reduciendo al tiempo que provocan una involución intelectual que acabará por asemejarse a la de los primeros homínidos. Incluso será peor aún porque los primeros homínidos empezaron sus aprendizajes desde cero; eran una hoja en blanco. Las futuras generaciones sufrirán el retroceso con una memoria corrompida, llena de tanta información inútil que será incapaz de usar su instinto de supervivencia, porque la habrán perdido. Si no se realiza una

intervención inmediata, el ser humano está, por tanto, abocado a la autodestrucción.

Por ello, el recolector debe estar siempre preparado para la sustracción de aquellos individuos que pretendan la dominación de las masas, la desigualdad económica o cualquier medio de control social.

El recolector es poseedor de información confidencial, conoce la realidad de la Organización y sus operaciones, y pasa desapercibido en todos los entornos, es discreto y por supuesto está alerta en todo momento.

El recolector siempre encuentra la forma de cubrir a los suyos. El recolector nunca se queda atrás. En caso de perder una oportunidad, se debe mostrar lo suficientemente ágil para tener un plan B.

El recolector debe ser incorruptible, pues no existe razón alguna para caer en las fauces de la corruptela porque todas sus necesidades físicas, emocionales, económicas o de cualquier índole están cubiertas. En caso de incapacidad laboral, agentes sustitutos pueden retomar la misión en cuestión. La estabilidad mental es una condición *sine qua non.*

A la mañana siguiente me despierto antes de que el señor Brown grite. El texto del recolector ocupa la primera plana de mi mente. Sin embargo, me noto descansada. Voy a la sala de trabajo y me siento frente al ordenador para buscar información sobre el evento de la semana que viene. Indago en la red, miro quiénes son los asistentes de cada año, los vestidos que llevan, etc. Busco papel y boli. Hay un folio junto al ratón del ordenador que usa Sofía. Le doy un toque sin querer. La pantalla se enciende. ¿Cómo es posible que la gran Fifi se deje la puerta abierta a toda la información? Me encuentro ante una pantalla rara, no es ningún motor de búsqueda conocido. Hay una foto de un hombre de unos setenta o setenta y tantos.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —pregunta una voz amenazadora a mis espaldas al mismo tiempo que oigo un clic.

—Fifi, tranquila, soy yo, Vera. Fifi, estamos trabajando juntas, Fifi —respondo repitiendo todo lo que puedo el nombre que me podría salvar la vida.

—Ah, vale. No deberías estar aquí, Vera.

—i¿Ibas a pegarme un tiro?! —pregunto asustada cuando veo el arma que acababa de cargar a mis espaldas—. ¿Vas armada por la casa? Este es un sitio seguro, es nuestra fortaleza. ¿Para qué quieres el arma?

Estoy tan nerviosa que no dejo de hablar y preguntar. Hemos aprendido a disparar, pero nunca me habían apuntado con un arma. Tiemblo de tal manera que casi no me tengo en pie. En ese momento aparece Adrien.

—¿Qué está pasando, chicas? ¿Qué haces con tu arma?

—La he pillado mirando mi pantalla. Sabes que no me gusta que toquen mi ordenador sin permiso.

—Sabes que no debes sacar el arma, Fifi —dice Adrien—. Vamos, Vera, te llevaré abajo a tomar una tila.

—¿Una tila? Necesito un chute de algo más fuerte. Drogas duras.

Adrien me sujeta por la cintura. Casi carga con todo mi peso. Me ayuda a bajar. Maldito seas, Adrien, hueles demasiado bien. ¿Con qué te lavas? ¿Con un elixir de los dioses? Me recuerda al olor del verdadero oud que olí en una ocasión en una de las tiendas de lujo de los Campos Elíseos. Me acomoda en una silla y me prepara una infusión. Nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que mi cerebro reacciona.

—Oye, no sé si soy capaz de continuar. Creo que no le he dado la importancia que debía a esta misión. Hoy ha sido Sofía, pero cuando tenga a un enemigo delante… Esto no está pagado.

Adrien se sienta junto a mí. Muy cerca. Se aproxima mucho a mi cara. Me coloca el pelo detrás de la oreja y me dice:

—La primera vez que te apuntan con un arma es aterrador. Lo sé. Igual ocurre cuando apuntas a alguien. Siento decirte que las veces siguientes no mejora. Sin embargo, te puedo asegurar que, con la preparación que estás recibiendo, podrás contener tus nervios. Sabrás reaccionar, frenar el ataque —dice, acercándose aún más—. Igual que lo haces conmigo —termina susurrándome al oído.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —nos interrumpe Cloe—. ¿Habéis madrugado o no habéis dormido? —pregunta curiosa.

—Me he despertado temprano. Sofía me ha apuntado con un arma y Adrien me está ayudando a calmarme.

—¿Perdona? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo? Sabía que la desmemoriada nos daría un disgusto. Deberían prohibirle el uso de armas.

—Tranquila, Cloe, ha sido culpa mía. He mirado sin querer la pantalla de su ordenador. Por lo visto no le gusta. No lo hagas nunca o acabarás con un tiro en la cabeza.

Una vez más nos interrumpen.

—Buenos días, Adrien. Hola, chicas, creo que no nos conocemos. Me llamo Sofía.

Esta vez la dejamos terminar la frase. Por primera vez en mucho tiempo resulta extrañamente desconcertante. Es raro que la persona que ha estado a punto de matarte unos minutos atrás no se acuerde de ti.

—Bueno, venga, empezamos la rutina. Todas a yoga —dice Adrien.

La postura bakasana (o del cuervo) me ayuda a relajarme. La concentración que requiere es tal que ya no me acuerdo de nada.

Cuando terminamos, estoy bien con Sofía. Hemos salido como nuevas, o eso es lo que creo, porque en la clase de tiro y después de krav magá Cloe está fuera de sí. Llena de ira. ¿Qué le pasa? Después de ducharme paso a verla. Llamo a la puerta.

—Cloe, ¿puedo entrar? —No obtengo respuesta—. Cloooeee.

Es posible que necesite una amiga. Hoy la he visto alterada. Entro sin obtener su autorización. No hay nadie en el cuarto. La puerta del baño está entreabierta. Me acerco para llamar, pero me detengo cuando escucho un sonido extraño proveniente de la bañera. Y ahí está. ¡Qué narices le pasa a Cloe! En pleno día y sin disimular. Jean-Luc la está asistiendo a conciencia. Por sus gemidos, creo que, cuando termine, su resentimiento para con Sofía, Gigi y el mundo en general habrá desaparecido. Salgo con sigilo y voy a la oficina donde poco antes casi me pega un tiro mi queridísima compañera Fifi. Ella está allí.

—Hola, Fifi, ¿qué haces?

—Hola, amiga. —Sofia no tiene otra forma de llamarme. Imposible que se acuerde de mi nombre—. Estoy siguiendo una pista.

—¿Y puedo mirar o me vas a matar?

—¿Por qué te iba a matar? ¡Qué tontería! —dice incapaz de recordar lo que ha pasado por la mañana—. Claro, ven. Mira, estamos cerca. Tengo casi la certeza de que la alfombra está en poder de este tipo.

Sofía me muestra la foto que vi en su monitor esa misma mañana. El tipo es un anciano pelirrojo que rezuma millones de gotas de un superego narcisista.

—Oye, Fifi, ¿qué es esta pantalla? Nunca había visto un buscador o una web similar.

—Se trata de la red oscura. Las armas, las drogas, los objetos robados, las redes de tráfico de órganos, la trata de humanos, etc., navegan por aquí. También hay grandes bases de datos e información útil no criminal, no todo es malo.

—¿Y has llegado hasta este hombre siguiendo algún rastro?

—Exacto. En este caso hemos tenido suerte, quien la robó la ha puesto a la venta. Las subastas ilegales son muy útiles.

—Y se la han adjudicado a este señor.

—Sí, es el Cardenal, así es como lo llaman.

—¿Por qué?

—Por su pelo rojo, es como el pájaro, ya sabes, el cardenal rojo. Pero no puedes decir nada aún.

—Ah, sí, ya sé cuál —digo a pesar de que no tengo ni la más remota idea de qué pájaro me habla.

Sofía es una mujer peculiar: es inteligente, culta e intuitiva. Aunque tiene algunos problemillas de memoria, Fifi es increíble. Gracias a ella he aprendido a observar y a ver lo que la mayoría no ve. He aprendido a interpretar el lenguaje corporal, las miradas, las palabras… Es una mujer difícil de descifrar, pero también me he dado cuenta de que lleva una gran carga a sus espaldas. Un halo de tristeza la envuelve. Una tristeza que ni la amnesia ha podido borrar.

—¿Y cómo se llama este pajarito ladronzuelo?

—Arthur…

En ese momento nos interrumpe Jean-Luc.

—Hola, chicas, ¿qué hacéis?

—Hola, ¿qué tal? Te veo muy contento —le suelto.

—Me acabo de dar una ducha.

—Ajá…

Jean-Luc sonríe consciente de que sé lo que ha estado haciendo con Cloe.

—Nos vemos en un rato en la cena —se despide el entregado asistente.

Cuando el joven se marcha, Sofía me pide que no diga nada del Cardenal porque primero quiere asegurarse de que sea él. Además, es ella quien tiene que informar primero a Gigi. Oigo a Cloe bajar las escaleras. Salgo disparada tras ella.

—Cloe, Cloe, espera. ¿Podemos hablar?

—¡Hola, Vera! ¡Amiga! —exclama en un momento de exaltación de la amistad poscoito.

—Qué contentos estáis todos hoy. Oye, ¿crees que Jean-Luc es buena idea?

—Bufff, no empieces, Vera. Ya nos dijeron que está aquí para eso. Para eso también, quiero decir. Deberías aprovechar, que estás amargada últimamente.

Cloe se marcha canturreando. Yo me voy al jardín a hacer mis deberes. Necesito indagar más sobre el evento al que iremos. No puedo evitar fantasear con Mónaco. Nunca he estado allí, aunque ya me veo entrando en los grandes casinos en los que los mortales comunes se paran para ver cómo los millonarios llegan en sus coches de lujo. Seremos vip en Mónaco y accederé cual superestrella mientras los turistas me graban en vídeo y lo suben a las redes sociales. ¡Mierda! Nada de eso va a pasar. Si Gigi estuviese aquí me diría: «Perfil bajo, *mia cara*». Para una vez que voy a ser importante resulta que tengo que pasar desapercibida.

Suena mi móvil, es un mensaje de Gigi. Mañana tenemos ¿el día libre? Qué raro, en el contrato no especificaba nada sobre días de

descanso. Menos mal que Gigi se ha dado cuenta de que lo necesitamos. Salgo disparada a proponerle un plan a Cloe.

—¿Has recibido el mensaje? —pregunto a Cloe.

—Sí.

—¿Y dónde te apetece que vayamos?

—Vera, lo siento, pero mañana necesito estar sola. Necesito desconectar de todo.

—Ah, claro, lo entiendo —respondo entre desconcertada y enfadada—. Bueno, voy a comerme un bocata de algo y a dormir.

—Vale, hasta mañana —responde al mismo tiempo que escribe en su teléfono.

Algo está tramando. ¿Será que quiere salir con Jean-Luc? Estupendo, se lo tira y ya me deja colgada. Ahora voy a tener que buscarme un plan alternativo.

La noche se presenta lluviosa. Los relámpagos iluminan la mansión, que, durante unos segundos, se transforma en la casa del terror. Pongo en marcha mi mecanismo de relajación inmediata y me duermo profundamente.

Al día siguiente el sol nos honra con su presencia. Me despierto temprano y practico un poco de yoga. La ausencia de rutina me causa ansiedad. Subo a desayunar, me doy una ducha y entonces veo a Cloe preparada para salir. Prefiero darle los buenos días y callar. En ese momento decido que ya tengo plan. Voy a pasar el día con mi amiga, aunque ella no lo sabe. Me resulta muy fácil seguir a Cloe porque sólo tengo que pedirle a Sofía que rastree su teléfono. Total, en unos minutos se va a olvidar…

Espero una hora y voy a ver a mi amiga desmemoriada. En cuestión de minutos me da la localización exacta. Le doy las gracias

y pongo rumbo al castillo de Montecristo. No está muy lejos. Lo único malo es que he pensado que se iba a París y he esperado mucho para localizarla. Confío en que siga allí. Voy a la estación de RER A hasta Saint-Germain en Laye, después tengo que esperar el bus 10. Fiel a su número, llega a los diez minutos. Me empiezo a impacientar, el camino en transporte público es lento, pero es imposible pedir que me lleven, no todos sufren de amnesia. Nada de levantar la liebre. Perfil bajo. Me siento como una superespía. Por fin llego a mi parada, Les Lampes; de ahí tengo que caminar aún un poco por la avenida Kennedy para tomar finalmente el camino Montferrand. A pesar de que entiendo que Dumas se quisiera retirar de París para poder dedicarse a escribir tranquilo, creo que construirse el castillo en mitad de un bosque de difícil acceso me parece exagerado. Bueno, de difícil acceso para quien no vaya en coche. Seguramente el problema es mío, porque me he aburguesado. Es la primera vez que visito ese lugar. En cualquier caso, el olor a tierra húmeda, los sonidos de la naturaleza y la tranquilidad del entorno me embriagan. Es verano, temporada alta, así que esperaba encontrarme con una multitud admirando cada metro cuadrado del lugar. De pronto veo a Cloe. Está sentada de espaldas a mí en un banco justo frente a la puerta de entrada. Está acompañada de un hombre. Soy algo miope, así que en un principio pienso que se trata de Jean-Luc, porque cuando salí de casa él tampoco estaba. Me coloco torpemente detrás de unos arbustos. Parezco salida de un cómic de Mortadelo y Filemón más que de una película de James Bond. Estoy cerca, lo suficiente para ver que el rostro del desconocido me resulta familiar. Lleva ropa informal pero cara. Ese peinado… es… Chevalier. ¡Es Chevalier! ¿Qué puñetas hace

quedando con un hombre casado? Esta mujer es retrasada, lo va a echar todo a perder. Me resulta complicado escuchar la conversación. Capto palabras sueltas. Dice: «Eres especial», después no entiendo nada. A continuación, saca una fina pulsera de una cajita y se la coloca. Ahora dice algo de su madre. ¿Qué está pasando entre esos dos? Lo que sí veo con total claridad es cómo él le besa la mano a Cloe antes de marcharse. Su encuentro ha acabado, o eso parece. Cloe se queda un rato más sentada. Cuando se levanta, tiene una ingenua sonrisa pintada en la cara, como una adolescente con el primer amor. Por Dios bendito, está en la cuarentena y se suponía que era una resabiada mujer madura con las cosas claras.

Yo me quedo. Con lo que me ha costado llegar, no me voy sin visitar el castillo del señor Dumas. Sólo la maravilla neorrenacentista que tengo ante mis ojos me saca del estado de aturdimiento en que me ha dejado el encuentro clandestino de Cloe. Me impresionan los medallones que decoran el diámetro de la planta baja. Me resultan familiares. Una vez más, me tengo que acercar mucho y usar una chuleta para saber quiénes son. Dumas tuvo el detalle de ensalzar a algunos de los grandes autores de la historia: Shakespeare, Dante, Virgilio, Goethe, Chateaubriand, Homero, aunque deja el lugar central para su retrato. Una frase cincelada define el carácter de Dumas: *J'aime qui m'aime*, es decir, «amo a quien me ama». Un simple mantra que debería grabarse a fuego en nuestras mentes. Visito las tres plantas, donde me encuentro una grata sorpresa, un salón morisco que me transporta a Oriente. Desde la ventana me percato de la existencia de otro edificio de un estilo más bien gótico. Me acerco para ver de qué se trata. ¡Es increíble, es su fortaleza, el

lugar de trabajo del gran Dumas! Toda la fachada está adornada con placas en las que están grabados los títulos de sus obras. Según explica el tríptico, se inspiró en el castillo de If. He de confesar que mi obra favorita es *El conde de Montecristo*. Por eso, este encuentro de Cloe, en este lugar…, creo que el universo me está enviando un mensaje, aunque aún no sé cuál es.

Ya van a cerrar. Después de la visita me apetece caminar. Son las paradojas de la vida, andamos en busca de respuestas; conducimos por la autopista de la vida acelerados para encontrarlas. Cuando las obtenemos, necesitamos pisar el freno para reflexionar. No estamos hechos para procesar la información importante muy rápido. Echo a andar durante bastante tiempo. Quiero ayudar a Cloe. También quiero cumplir con Gigi. No me gustaría que se sintiese traicionada. Camino, absorta en mis pensamientos, y sólo salgo de mi estado hipnótico cuando me llega el aroma de algo que huele de maravilla. Tengo hambre, mucha hambre. Si bien me gusta la comida sana de Adrien y Jean-Luc, la idea de devorar comida procesada me atrae, me seduce y me convence. Entro en el restaurante, me pido una hamburguesa y saboreo cada bocado. Ningún millonario o miembro de la casa me ve, por lo que me resarzo con los borbotones de kétchup que me chorrean por las manos. Estoy segura de que doy una imagen dantesca. Me da igual, es mi día libre. Termino de engullir para continuar mi paseo hacia la mansión. Cuando llego, no hay nadie a la vista. Tampoco me molesto en buscar compañía. Me siento en el jardín con un libro para disfrutar de mi soledad. Una hora después, Cloe llega muy feliz.

—¡Hola, Verita!

¿Verita? ¿En serio? Ese hombre la ha embrujado.

—Qué contenta estás. Sí que hizo bien su trabajo Jean-Luc ayer —suelto para no despertar sospechas sobre lo de hoy.

—La vida es maravillosa. Jean-Luc es una máquina, no te lo negaré —dice uniéndose a mi omisión.

—¿Y qué has hecho hoy, Cloe?

—Nada, un poco de turismo cultural.

—Sabes que me gusta ir de museos, siempre lo hemos hecho juntas. ¿Por qué no me has avisado?

—¡Ay, cómo eres! Podemos hacer cosas por separado. Además, me apetecía estar sola. Pasamos todos los días de la semana juntas —justifica sin confiar en mí todavía.

—Sí, bueno, quizá tengas razón.

—¿Y tú qué has hecho?

—Nada especial. Estar tranquila —miento como una bellaca.

—Bueno, me voy a la piscina un rato.

—Vale, Cloe, disfruta. Hasta luego —digo con una falsa sonrisa.

Cloe y Adrien se cruzan. Él se acerca a mí. A ver qué quiere ahora.

—Hola, Vera. ¿Puedo acompañarte? He traído un juego de cartas, por si te apetece que juguemos.

—¿El UNO? No tienes pinta de ser jugador de UNO.

—Soy el mejor.

—Venga, dale, me vendrá bien volver a tocar un poco la realidad.

—Tu vida es real, ahora es esta, Vera —dice mientras reparte.

—Bueno, esto es una misión. Está claro que muchas cosas han cambiado y cambiarán cuando terminemos el trabajo, pero creo que después volveré a tomar conciencia y contacto con los humanos normales.

Jugamos centrados en las cartas. La primera partida la gano yo. Ganar me dispara la adrenalina.

—Vamos, otra, reparte, venga —repito muy emocionada.

—Voy, tranquila, sólo me has ganado una vez.

Me siento cómoda, tranquila y segura. Entonces, cuando bajo la guardia, Adrien ataca.

—Vera, espero que te estemos tratando bien. ¿Te sientes cómoda aquí?

—¿Y esa pregunta de repente?

—Gigi quiere que estéis como en casa. Que lo tengáis todo, que seamos una familia. La lealtad es muy importante para todos, por vuestra parte y por la nuestra. Gigi puede ser un poco dura. Sin embargo, si no la traicionas, la tendrás para lo que necesites el resto de tu vida. Jamás te fallará.

—A lo mejor en Irán son así, ella es iraní, ¿no? —aprovecho para obtener información—. Nos dijo su apellido. Shi…Shi…

—Shirazi. Es su apellido de soltera. Sólo usa su apellido de casada. Es más, únicamente las personas de su vida en Irán lo conocen y en muchos casos no hablamos de gente muy cordial. Ya te digo que a Gigi no le gustaría toparse con esos personajes de nuevo.

—Gigi no tiene miedo a nada ni a nadie.

—A esas personas sí. Es una cuestión de vida o muerte.

Le lanzo una mirada inquisitiva que queda sin respuesta.

—¿Sabes que es de muy mal gusto empezar a contar algo si no tienes pensado terminarlo?

—No te piques, ya me he ido mucho de la lengua. Te recomiendo que guardes su vida privada bajo llave —me dice recogiendo las cartas—. Voy a preparar la cena.

Adrien es un desgraciado, ¿vida o muerte? ¿A qué se refiere? Decido ocupar el tiempo restante del día libre en buscar un vestido para el sábado. Elegancia, he de buscar elegancia y discreción. Estoy un poco bronceada, así que me decido por un color rosa palo. Me sumerjo en el océano de vestidos hasta que encuentro un par que me gustan. Son sencillos, largos. Uno con escote cuadrado y el otro con escote en uve. Tirantes medios y espalda cubierta. Probablemente me quede con el de escote cuadrado. Es largo y con una fina pedrería incrustada en el corsé. Desconozco el tiempo que he estado sumergida en el océano de piedras preciosas. Me devuelve a la realidad un olor delicioso. Supongo que la cena ya está preparada. Tengo hambre otra vez, por lo que bajo de mala gana por la información incompleta que me ha dado antes Adrien.

El miércoles, Gigi nos visita para hablar del Baile de la Rosa. En esta ocasión nos reúnen en la oficina. Tenemos una caja y un sobre para cada una. En realidad, es un maletín en miniatura.

—Buenos días, *mie care* —nos dice Gigi con una especie de aspaviento—. Abrid los maletines.

Dentro hay unos dispositivos raros. Son como pequeños botones negros, diminutos más bien.

—¿Qué es esto? —pregunta Cloe.

—Son dispositivos de GPS. Deberéis colocárselos a vuestros objetivos —explica Sofía.

—Eso es. Cada vez estamos más cerca del desgraciado que ha robado el legado de mi familia. Esta misión es vital para la prueba final. Si lo hacéis bien y los dispositivos funcionan, la próxima vez los colocaréis en nuestros sospechosos.

Pensaba que el Cardenal era nuestro único sospechoso. Me falta información. Los caminos de Gigi son inescrutables, eso está claro.

—El día de la fiesta llevaréis guantes negros con el vestido que elijáis. No son unos guantes cualquiera, sino que están provistos de minúsculos imanes con los que atrapar los dispositivos. Por el otro lado, los dispositivos están hechos para adherirse mediante un sofisticado sistema de electricidad estática. Eso sí, estudiad a vuestro objetivo y decidid qué zonas son accesibles.

Parece relativamente fácil. Sólo hay que practicar un poco el juego de manos y la distracción, y para eso tenemos a Kadir. Las únicas clases que no podemos saltarnos hasta el día del Baile son las de krav magá y las de tiro. El resto del tiempo es para nosotras, para prepararnos como consideremos apropiado. Como he dicho, Kadir es una buena opción.

—Podéis analizar los sobres con el nombre y los datos de vuestros objetivos con tranquilidad. Recordad que habrá alguien que os cubrirá las espaldas en todo momento. Mucha suerte.

Gigi se marcha sin decir nada más. Miro a Cloe para preguntarle con la mirada si quiere que abramos los sobres juntas. Nuestras miradas ni siquiera se cruzan. Ella se levanta de golpe tras la salida de Gigi.

—Perfecto. Al tajo —dice, y se va.

Vale, pues ya vendrá a hablar conmigo si le interesa. Estoy enfadada, aunque entiendo que necesite su espacio. Sin embargo, al mismo tiempo me parece que todo está relacionado con el dichoso Chevalier. Ya en mi cuarto llamo a Kadir, quien me dice que pase a verle al día siguiente por la mañana. Abro mi sobre:

Nombre: *Michael Livingston*

Edad: *37 años*

Estado civil: *soltero*

Profesión: *joyero*

Por fin un tío interesante. Enseguida comienzo la inmersión en la vida de una persona totalmente desconocida. Se trata de un rubiales de ojos claros, bien parecido, alto y atlético. Nada nuevo. He llegado a la conclusión de que todos los millonarios son guapos porque el dinero mejora el físico de las personas. La ropa también obra milagros. Por no hablar del maquillaje. Coloca a un señor como Dos Santos desnudo y dejará de ser un hombre empoderado y elegante para convertirse en un ser decrépito y frágil. Siempre he pensado que la desnudez debilita al ser humano. Es el vestuario el que lo enaltece. El caso es que Livingston es americano, trabaja como diseñador de joyas y vive a caballo entre Nueva York y Mónaco. Tiene su propia marca: Emerald. El tipo tiene buen gusto. Su firma personal es el pentágono de esmeralda. Cualquiera que sea la joya o las piedras preciosas usadas, siempre llevará incrustada una esmeralda con la forma del pentágono. En algún lugar he escuchado que representa al ser humano, algo relacionado con las proporciones y el hombre de Vitruvio. Mi memoria es bastante mediocre, a menudo me acuerdo de datos sueltos o imágenes, pero olvido el recuerdo completo. Supongo que es mejor no dar ese dato a Gigi.

Tras conocer la devoción de Livingston por las esmeraldas se me ocurre que quizá lo apropiado sería buscar un atuendo verde. Repito la incursión en el vestidor en busca de la esmeralda perdida. Esta vez es muy fácil, cuando lo veo sé que es EL vestido. También con el

escote cuadrado, hombros cubiertos sin llegar a formar una manga corta, corte sirena y una especie de cinta negra rodeando la cintura. Sencillo y elegante.

Anuncio a Adrien que será mi vestido y le digo que me busque un bolso negro con forma de pentágono. Algo pequeño y sutil. Como es obvio, el asistente se pone manos a la obra. Seguro que lo encuentra rápido. Adrien es un conseguidor.

Antes de acostarme paso a ver a Cloe.

—¿Hola? —pregunto después de llamar a la puerta.

—Hola, Vera, pasa.

—¿Cómo estás? ¿Has visto el aparatito que nos han dado? —Intento romper el hielo.

—Sí. La verdad es que Gigi me da un poco de miedo. No me queda muy claro por qué tiene acceso a estos juguetes.

—Eso es cierto. Además, si nos los dan para que los usemos, ¿quién sabe si no tendremos alguna cosa implantada en toda nuestra ropa? —cuestiono para poner nerviosa a Cloe.

Desde luego, mi pregunta da en el clavo. La cara le cambia en un segundo. La sonrisa se le borra de golpe. Tengo la impresión de que ha entendido por qué se lo he preguntado. Sin embargo, sigo con mis insinuaciones.

—Aunque eso es una tontería. Siempre estamos juntos, bajo el mismo techo. Sólo hemos tenido un día libre, así que supongo que no tendría sentido seguirnos, ¿verdad?

Está a punto de venirse abajo. La fuerte y decidida Cloe se parece más a un ovillo a punto de desmadejarse. Tiene los hombros encogidos y la mirada perdida. Es el momento de dar un giro.

—Bueno, ¿quién es tu presa? —pregunto para sacarla de la angustia.

—Me ha tocado un banquero. Un viejo.

—Será pan comido. En fin, me voy a dormir. Mañana he quedado con Kadir para practicar un poco las técnicas de distracción. Tengo las manos oxidadas. ¿Quieres venir?

—Ya te diré mañana, ¿vale?

—OK. Ahora me voy a dormir, amiga. Buenas noches —me despido.

Salgo de la habitación con la sensación de ser la reina del mundo. Siento como si tuviese superpoderes. Me encanta, seguro que duermo como un bebé.

A la mañana siguiente voy a ver a Kadir sola. Cloe ha dicho que tiene algo que hacer. Eso sí, le pido a Adrien que me lleve. Paso de ir en transporte público.

Kadir me ofrece un café antes de ponernos manos a la obra. Nunca mejor dicho.

Vamos a Trocadero juntos. Está lleno de turistas con los que ejercitar mis dedos. El plan es sencillo: seleccionamos al incauto, le distraigo, le robo el reloj y después Kadir le devuelve el reloj arguyendo que se le ha caído. Mi primera víctima está absorta en la explicación de la guía turística. Es un inglés de mediana edad ataviado con las chanclas y las sandalias de rigor. Me cuelo discretamente entre el grupo y procedo con el primer intento. Apenas consigo tocarlo. Me coloco detrás de él, es imprescindible que siga centrado en la explicación. Kadir nos ha aconsejado que siempre tengamos un plan B, una salida de emergencia. Lo único que se me ocurre es comerme un chicle. A MacGyver le servía hasta

para desactivar bombas. Vuelvo a estirar la mano hasta llegar a la hebilla. Me encuentro ante un reloj de pulsera metálica con cierre de broche. Perfecto, este es de los cierres más fáciles que existen. Clavo la uña en el broche, pero, justo antes de sentir el clic, mi víctima se desconcentra. Antes de que pueda hacer cualquier movimiento, le pego el chicle en el pantalón, del lado derecho. El inglés ha sentido que alguien le ha tocado el culo, por lo que el acto reflejo inmediato es el de llevarse la mano al trasero. Genial, le he distraído de su distracción. Es mi oportunidad: el instante en el que siente el chicle y gira la cabeza en busca de un culpable. En cuanto escupe el primer improperio hacia el pobre desgraciado que tiene detrás, aprovecho para hacer de buena samaritana e impedir que le pegue. Le agarro el brazo con una mano.

—*Calm down, sir* —le digo mientras que con la otra mano le despojo de su reloj.

¡Mi primer éxito! He creado un gran caos en Trocadero, pero el reloj es mío.

Después de practicar con dos japoneses y un americano, le toca a una alemana. Lleva un reloj bastante fácil de quitar. La pulsera parece de material plástico muy flexible. Lo sé porque tiene la muñeca bastante pequeña y le sobra buena parte de la pulsera. De mujer a mujer es relativamente sencillo. Además, no tengo pinta ni de carterista ni de delincuente en general. Se trata de una señora en la cincuentena. Es menos ágil que una persona joven. Me acerco, choco con ella y me disculpo con un ligero apretón en el antebrazo izquierdo, justo donde está el reloj. En ese momento, cuando ella siente el contacto, hago como que tiene algo en el hombro derecho. Ella mira para averiguar qué tiene. Este es el punto de inflexión que

busco. Su cerebro ya ha asimilado que una persona que no representa ninguna amenaza le ha apretado el brazo izquierdo, así que pone ese acto en segundo plano y se concentra en lo que le ocurre en el hombro derecho. Entonces es cuando aprovecho para hacerme con el reloj. Le gasto una broma, nos reímos y me giro en dirección a Kadir para dárselo y que lo pueda devolver. El cerebro humano es sorprendente. He caminado unos pocos pasos cuando oigo revuelo en torno a la mujer.

—*Meine Uhr! Mein Herz! Meine Uhr! An den Dieb!* —grita histérica.

«¿Mi corazón?». ¡Qué exagerada! Ni siquiera parece un reloj caro. Pero ¿cómo se ha dado cuenta tan rápido? No puede ser, a no ser que… ¡Joder! Es un puto reloj inteligente conectado al móvil. Tiene el dibujo de un electrocardiograma. Ha debido de pitar al desconectarse. ¡Mierda! A ver si voy a pasar del robo al homicidio imprudente. Kadir se percata y corre hacia la mujer cruzándose conmigo. Le paso el reloj y se planta junto a la alemana. Lo tira al lado del marido. Saca su cartera y con un gesto rápido la despliega e informa de que es policía. Me parece que ha visto ese truco barato en alguna película americana. Jamás pensé que funcionaría algo así en la realidad. Kadir es un gran profesional. Cuando ya está a su lado, le dice que se calme, que a lo mejor se le ha caído. Sin dar pie a que la señora o su marido puedan hablar, casi se tira por el suelo en busca del reloj. En cuanto los testigos miran hacia el suelo, el reloj aparece.

—*Got it!* —grita un inglés.

Genial, asunto arreglado. Yo ya estoy a una distancia más que prudencial presenciando la escena. A punto he estado de acabar esposada. Todos vuelven a sus actividades turísticas. Kadir, quien se

despide como un héroe, y yo nos vemos en el punto de encuentro. De allí, regresamos al piso franco de Barbès.

—Casi me pillan. Lo siento mucho. No se me había ocurrido que estuviera conectada —me disculpo.

—Son cosas que pasan. Yo tampoco me he dado cuenta.

—Que sepas que me ha parecido estar dentro de una película por unos minutos. Tu capacidad de improvisación es maravillosa. ¿Puedo saber qué le has enseñado? Seguro que no es una placa de policía.

—Era mi carnet de conducir. La gente no presta atención en medio del caos. Te aconsejo que, si en algún momento te encuentras en una situación similar, mantengas la calma, aísles tu mente en una burbuja y reacciones de la forma más adecuada. Aunque todo eso lo tienes que hacer en segundos y, sobre todo, debes creértelo.

—Estupendo. Es pan comido… Bueno, lo he pasado muy bien robando, pero he venido porque quería algunos consejos sobre la mejor forma de colocar un dispositivo GPS.

—Ah, el juguete de Sofía.

—¿Conoces a Sofía? —pregunto extrañada.

—Pues te recomiendo que lo coloques en el reloj. Seguro que en ese baile todos los hombres llevan relojes carísimos —responde ignorando una de mis preguntas.

—Seguro que tienen muchos y se los cambian a diario —añado.

—Es una posibilidad, pero piénsalo bien. ¿Qué es más probable que se cambien, la ropa o los complementos? Si consigues llegar a la parte interna de la cartera, genial, pero es difícil.

—El momento más adecuado es en la presentación, con un apretón de manos. Lo que pasa es que eso lo hará con la mano derecha…

—Para eso deberá ser zurdo. Si no lo es, tendrás que buscar algún truco. Busca fotos suyas para averiguar en qué mano lleva el reloj. Si lo lleva en la izquierda, puedes sufrir un accidente antes de asistir al baile. Una venda te permitirá ofrecer la mano izquierda y acceder al reloj. Es muy simple, cuando le des la mano, ya tendrás el dispositivo adherido a tu dedo índice. Muy discretamente, mientras le miras a los ojos y le hablas, sube el dedo hasta la pulsera y colócalo. Esos dispositivos te facilitan el trabajo. Se pegan en cualquier superficie y son camaleónicos. Se adaptarán al color del objeto donde los poses.

—¿Y por qué tenemos que llevar guantes negros?

—El dispositivo en sí es negro, como habrás comprobado, el cambio de color se produce cuando el reverso toca al objetivo.

—Me siento como James Bond con esta tecnología avanzada.

—Ja, ja, ja —ríe Kadir.

—¿Qué pasa?

—No es última tecnología. Es buena, pero no es la mejor. Os han dado dispositivos para niños que datan de 2015. Los mejores juguetes hay que ganárselos, guapa. Por cierto, te felicito por la jugada del chicle. Bien pensado.

Así acaba mi mañana con Kadir, con la sensación de que, cada vez que doy un paso hacia delante, retrocedo dos. Estoy empezando a pensar que quizá Cloe tenga razón al tontear con Chevalier. A ver, estoy en contra de que se vea con un hombre casado, pero hace bien en no dejar que Gigi y su misión monopolicen su vida. Puede que tan sólo seamos peones.

Vuelvo a casa con la cabeza llena de suposiciones y paranoias. Entro con la cara descompuesta. Todo lo contrario que Cloe, que

sonríe como si se hubiese fumado algo. Está en una nube.

—Vale, se acabó. Tú, ven conmigo inmediatamente —ordeno a Cloe.

—Oye, mocosa, ¿cómo te atreves a hablarme así? —responde enfadada.

—¡Ya! —digo arrastrándola por el brazo.

La saco al jardín, a una distancia prudencial de la casa.

—¿Qué coño te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—No, no me he vuelto loca. Estoy hasta las narices de todo. ¿Por qué tienes una relación con un hombre casado? ¿Le has contado algo? ¿Va en serio? ¿Cómo sabes que no nos están espiando? El valor de la alfombra es demasiado alto. No sabemos nada de quién es quién en esta casa. A lo mejor nos matan si no seguimos sus reglas, y tú tonteas con un posible objetivo. Escucha, la única certeza que tenemos es que nosotras nos conocemos bien. Sólo podemos confiar la una en la otra.

—Pues yo te he visto muy cómoda con todo el personal. ¿Ahora de repente te preocupas? Honoré no está casado. Bueno, está casado, pero no tiene ninguna relación con su mujer. Ella lleva más de un año fuera. Sólo aparece de vez en cuando para mostrarse con él ante la prensa.

—¿Honoré? Ya te lo has tirado. No me lo puedo creer, ¿cómo lo has hecho?, ¿cuándo?

—En nuestro único día libre.

Debí haberla seguido más tiempo. El encuentro en el castillo de Montecristo era una reunión preliminar. Espero que salgamos vivas de todo esto.

—Oye, cálmate. Honoré es un buen tío. Él no tiene nada que ver con el asunto de Gigi. Ya te dije que no entiende de arte o antigüedades.

—¡Pero si es mecenas!

—Bueno, eso es lo que quieren que parezca. Tiene un montón de asesores que de verdad entienden de arte. Ellos le aconsejan y él evalúa el mecenazgo.

—Vaya, sabes mucho de él ya… Aunque eso no quiere decir que sea inocente. Puede que haya oído hablar de la alfombra o algo.

—Mira, Vera, estás en medio de un brote psicótico. Vete a hacer algo de relajación. Terminemos con esta misión y después nos largamos a hacer nuestras vidas. ¿Te parece?

Sin duda es el día que con más ganas voy a las clases de krav magá y de tiro. Durante mi estancia he descubierto que me encanta disparar. El retroceso me hace sentir como si sacara toda la rabia de mi ser. El olor a pólvora me resulta familiar. Y, por si fuera poco, he sorprendido a todo el mundo con mi puntería. Ni yo conocía esa faceta mía. Es cierto que siempre meto las bolas de papel en la papelera. Soy una máquina del tiro a la diana. Qué pena que me haga un lío con el seguro de las armas: o me lo dejo puesto o se me olvida ponerlo. Esto último es lo más peligroso, obvio.

Sin duda, he tenido la oportunidad de desfogar. Lo necesitaba por el día que he tenido y porque Gigi se ha presentado a cenar. Mis ganas de verla son nulas. En cualquier caso, pasamos una velada tranquila, salpicada de algunas risas, incluso. Gigi dice que ha venido para darnos ánimos, para recordarnos que tendremos las espaldas cubiertas y que ya llegamos a la recta final de la misión. Nos habla de un renacer para nosotras después de esta vivencia. Supongo que

así será, puesto que tenemos ya algo de dinero ahorrado. Ni Cloe ni yo intervenimos más que para responder a las preguntas directas de la jefa.

Después de cenar no hay sobremesa. Todos nos retiramos a nuestros quehaceres. Cloe y yo nos vamos a nuestras respectivas habitaciones y Gigi se queda con Sofía en la oficina. Me molesta. Me molesta mucho no saber qué traman. Salgo sigilosamente de mi cuarto y me dirijo al vestidor. Bueno, hago una parada junto a la puerta entreabierta de la oficina, que deja escapar un hilo de voces articuladas en un idioma desconocido. No comprendo ni una sola palabra, ni la entonación ni nada. Me siento impotente porque, por lo general, soy capaz de, como mínimo, identificar el idioma, aunque no lo hable. *Dortagron*, *Doragon* o algo así, es la única palabra que consigo descifrar en medio del mar de sonidos. Es más, lo hago porque la repiten mucho. La puerta se abre de golpe y me pillan *in fraganti*.

—Vera, ¿qué haces aquí? —pregunta Gigi.

—Iba al vestidor. Casi tengo preparado mi vestuario para el día B.

—¿El día B?

—El día del Baile.

—Ja, ja, ja, ja, eres muy graciosa, *mia cara*. Sigue asignando un nombre a los días, así no los olvidarás —dice poniéndome la mano en el hombro.

La mano en el hombro es un gesto muy elocuente en el lenguaje no verbal. Me está pidiendo que confíe en ella. Menos mal que se larga rápido porque estoy desconcertada y se me nota mucho. Me meto en el vestidor unos minutos y me vuelvo a la cama para tratar de comprender el significado o el idioma de la palabra que he

escuchado en apenas un susurro. El resultado de mi búsqueda es catastrófico. Decido dormir, a lo mejor algo se despierta dentro de mis sueños y me guía por el camino hacia la sabiduría.

6

El Baile de la Rosa

Hoy es el día. Un momento clave para la misión. Todavía no sabemos cómo ni cuándo vamos a ir a Mónaco. Se lo he preguntado a los chicos, y me han dicho que lo sabremos en el momento indicado por Gigi. La preparación para mí ha sido mental y física desde todos los puntos de vista, porque me he pasado algunas horas en peluquería y maquillaje. Esta vez he pedido que se encargara de ello un profesional porque yo no tengo ni idea de qué hacer con los millones de productos que tenemos a nuestra disposición. Creo que hay que estudiar un máster en Química para no acabar con la cara hecha un cromo. Cloe ha utilizado también los servicios de la maquilladora. Hay algo raro en mi amiga. Está preocupada, aunque seguro que no son nervios por la misión. Tengo la impresión de que está maquinando algo. Después de comer, Jean-Luc nos dice que debemos estar listas a las cuatro de la tarde. La verdad, no entiendo nada. No me cuadran las horas ni las distancias. En cualquier caso, obedecemos sin rechistar. Ya estamos de vuelta de todo. A la hora acordada estamos en la puerta, ataviadas con las mejores galas y la mejor tecnología. Bueno, según Kadir, con una

tecnología mediocre. Aparece a lo lejos un todoterreno, entra en la propiedad y se detiene frente a nosotras.

—Vaya, esta Gigi no deja de sorprendernos. Seguro que es supersónico, porque, si no, a ver cómo narices llegamos en tres horas. Además, se podría haber estirado un poco y habernos reservado un hotel allí para llegar descansadas. Si es que nos quiere llevar al límite. Maldita Gigi —suelta casi sin respirar Cloe—. Por cierto, ¿qué te ha pasado en la mano?

—¿Estás bien, Cloe? —pregunto ignorándola.

—Perfectamente, gracias. ¿Y tu mano?

—Me la he quemado cocinando —digo acariciando la venda que me ha aconsejado ponerme Kadir en la mano derecha.

—Ya, claro…

Nos subimos en el coche y nos adentramos en el jardín. Resulta que el jardín no es un jardín, es un bosque. Mi cerebro de proletaria es incapaz de calcular la extensión. Después de unos siete minutos en coche, llegamos a un claro. Ahí está la respuesta a todas nuestras preguntas. Es un helicóptero impresionante. Las maravillas que se consiguen con dinero. Creo que sólo he visto algo parecido en las películas de Hollywood. Seguro que se llama La Bala o El Halcón.

—Bienvenidas a El Halcón —dice Jean-Luc como si me hubiese leído el pensamiento.

—A mí me parece un huevo Kinder —lanza Cloe.

Subimos con ayuda de nuestro asistente, quien, por cierto, se queda en tierra. El portazo hace que mi corazón dé un vuelco.

—Tengo un mal presentimiento, Cloe.

—¿Ya no estás ilusionada?

—No te pongas sarcástica. Va en serio, algo va mal.

—Oye, relájate. La otra vez te pasó lo mismo. Me dijiste que te dio un ataque de ansiedad. Parece que empieza a ser una tradición —intenta tranquilizarme Cloe a su manera.

El vuelo se pasa rápido, igual que la velocidad de mis pensamientos. Las vistas son espectaculares, pero las náuseas me impiden disfrutar de las alturas. Aterrizamos en un helipuerto donde nos esperan dos coches de alta gama exactamente iguales. Para nuestra sorpresa, Adrien está en tierra aguardando para abrirnos la puerta que Jean-Luc había cerrado poco tiempo atrás. Su sola visión me tranquiliza unos minutos. Y digo unos minutos porque, en cuanto nos mete en sendos coches, él se marcha. A pesar de haberle hablado, no me ha respondido. Ese silencio tan elocuente me indica que las náuseas se van a quedar. No sé cuántos miles de euros cuesta el cubierto. Es una pena porque no creo que pueda llevarme nada a la boca. Estoy lejos de mi hogar, sola y sin saber hacia dónde nos dirigimos. ¿Hogar? He dicho «hogar», la mansión es donde más segura me he sentido, aunque es posible que las comodidades y la compañía hayan tenido mucho que ver. ¿Y si es todo una ilusión? ¿Y si no sienten lo mismo que yo y nos están utilizando? De nuevo me asaltan los pensamientos fatalistas.

El coche llega a una de esas entradas arboladas que se ven en las películas en Beverly Hills. Hay numerosos paparazis y periodistas cubriendo el acto. La entrada al Sporting Monte-Carlo me sorprende por su austeridad. Me esperaba algo más nuevo y lujoso. Una enorme pared de hormigón similar a los muros de escalada en interior nos escolta hacia la puerta giratoria acristalada que da paso al hall. Tres escalones engalanados con una alfombra roja se extienden ante mí. Por fortuna, la puerta giratoria está abierta, si no,

sería carne de prensa rosa durante semanas. Me imagino el titular: «La mujer no pudo asistir al evento porque se quedó atrapada en la puerta giratoria». O peor aún, las redes me convertirían en un meme. Los flashes deberían deslumbrarme, pero no lo hacen, porque estoy como hipnotizada. Una mujer se acerca a mí y me indica el camino. Sin embargo, prefiero quedarme unos segundos observando el vestíbulo. El predominante estilo minimalista blanco sólo se rompe con los mosaicos geométricos negros y grises que decoran el suelo. Levanto la vista y me dirijo a la Salle des Étoiles. Me paro en el umbral de la puerta no sin sentir cierta decepción. Por alguna razón me imaginaba la sala de otra manera. El aforo es de casi mil personas, así que hay hileras de mesas comunes vestidas con manteles de algodón egipcio y cubertería de plata. Una metáfora de lo que es la vida. Tablas con cuatro patas como las que hay en cualquier casa. Como los seres humanos, todos somos réplicas exactas segregados según el número de hilos del algodón que nos reviste. Hay un escenario para deleitar a los asistentes con algún espectáculo. Las paredes son inexistentes. En cambio, unos enormes ventanales sostienen la cúpula amovible que abre el camino hacia las estrellas y la inmensidad del mar. La naturaleza es lo más hermoso de este sitio.

Deambulo despistada. El lugar está abarrotado. Me siento analizada. Trato de encontrar a Cloe. Aunque no pueda hablar con ella, por lo menos me sentiré más tranquila. En esta ocasión no hay rastro de los chicos ni de Sofía. ¿Cómo voy a encontrar a mi apuesto objetivo? Miro en mi teléfono la foto de mi víctima, ya que no me acuerdo de su aspecto. Sólo recuerdo que es joven y guapo.

Mientras me paseo, me ofrecen varias copas de champán. Las rechazo todas. De pronto una voz dice a mis espaldas:

—Bonito verde esmeralda.

Me giro, y ahí está. El guapo ha picado el anzuelo. Me ha encontrado entre mil personas. Sí que he hecho bien mi trabajo.

Me recompongo como puedo y me meto en el papel.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿De usted? Tutéame, por favor. ¿No bebes?

—Ahora mismo no me apetece —digo metiendo la mano en el bolso descaradamente para sacar lo que parece un pastillero—. Disculpa —continúo, abriendo la cajita.

Es mi oportunidad. El juego de manos es esencial en este momento. Con el dedo índice atraigo el dispositivo y hago el gesto de llevarme una pastilla a la boca.

—Ya está. Lo siento, tengo la garganta fatal por culpa del aire acondicionado. Por cierto, me llamo Adele —extiendo la mano izquierda para que me ofrezca la suya.

—Adele, ¿qué te ha pasado? —pregunta cayendo en la trampa.

—He querido jugar a las cocinitas. Me apetecía hacer tortitas. Obviamente se me da fatal y no pienso volver a tocar una sartén.

Le entretengo mostrándole la mano vendada para poder colocarle bien el dispositivo en la pulsera del reloj. Tal y como me dijo Kadir, la distracción es imprescindible. Contacto visual el máximo de tiempo posible.

—Me llamo Michael. ¿A qué te dedicas, Adele?

—Soy pintora.

—¿Tienes alguna obra famosa? —me hace la pregunta más recurrente y odiada a la par.

—No soy ese tipo de pintora. Pinto retratos a familias de la alta sociedad.

—Eso es maravilloso, hay tanta información en la mirada de un retratado. ¿También pintas retratos individuales?

—A veces.

—Y… ¿desnudos? —Ríe.

Me río con él pensando que es un gilipollas. En cualquier caso, el trabajo está hecho. Ya me puedo ir y dejar atrás la impertinencia del señor Livingston.

—Disculpa, Michael, he de ir a buscar a una amiga. Nos vemos más tarde.

—Sin duda, Adele —responde intentando seducirme.

Salgo pitando en busca de Cloe. Está perdida. Lleva un vestido rojo, busco cualquier cosa roja que se mueva conteniendo mi desesperación. Por fuera parezco una millonaria estirada, por dentro soy una niña asustada porque sigo pensando que hay algo raro. Gigi nos dijo que estaríamos respaldadas. ¿Dónde están los refuerzos?

Salgo de la Salle des Étoiles, hay demasiada gente. Al regresar al hall veo una puerta hacia algo llamado Jimmy'z. Es una especie de lounge con iluminación tenue y bancos de cuero. Una piscina rodea una pista de baile. Entro en un espacio adyacente a la pista de baile, es la zona vip. El olor a puro, perfumes, sudor, y la música me asquean. No me gustan esos ambientes degradantes. Huyo hasta una terraza con vistas al mar. Tras inundar mis pulmones de aire marino, me siento más calmada. Miro hacia el otro extremo de la terraza, donde hay un jardín. Por fin, oteo un punto rojo junto a un par de figuras masculinas negras. La veo de espaldas, pero, por la postura, es Cloe. Mierda de miopía, no reconozco a los hombres.

Está en una zona alejada del resto de los invitados y el sol ya casi se ha puesto. ¿Qué está haciendo allí sola? Cuando me acerco al área ajardinada en la que hablan cordialmente, me doy cuenta de quién es el viejo. Es el Cardenal. Le han asignado al ladrón de la alfombra. ¿Por qué a ella? El otro hombre…, quiero ver al otro hombre. Me oculto detrás de un arbusto. El otro hombre es…

7

El rescate

Abro los ojos. Todo está borroso, aunque alcanzo a ver que me encuentro en un cubículo vacío. Me duele la cabeza, estoy muy aturdida y tengo muchísima sed. ¿Qué ha pasado? Las manos…, no consigo mover las manos. Quiero beber agua. Necesito beber agua. Me han drogado. Sofia nos habló del suero de la verdad: de la escopolamina, del pentotal sódico, de… ¿Qué habré contado? Mierda, seguro que ya me han sacado hasta los recuerdos de mi infancia. Gigi va a enfadarse mucho. He echado por tierra su plan. Pero ella sabía que no somos profesionales. Ella nos buscó. Cloe, Cloe, ¿dónde está Cloe? La cabeza me va a estallar. ¡Aaah! ¿Nos has traicionado, Cloe? Estabas con el Cardenal. Nadie sabía lo de ese hombre, salvo Sofía y yo. ¿Qué has hecho, Cloe?

No puedo seguir pensando en lo que mi amiga ha hecho o ha podido hacer, tengo que averiguar cómo salir de aquí. He estado tan obcecada que no me he dado cuenta de que me han atado de pies y manos, pero no estoy amarrada a nada. Vuelvo a mirar a mi alrededor. No hay ventanas, sólo cuatro paredes. Ni muebles ni objetos, ni siquiera veo la puerta. Miro al techo. Cuatro neones y una cámara. Me están vigilando. Estoy acabada. No tengo manera de

salir; tampoco tengo ningún objeto que usar como arma en caso de que vuelvan mis captores. Es el fin. Es curioso, en este momento el dinero que nos ha pagado Gigi no tiene ningún valor. No tiene importancia. Sólo quiero estar con mis padres. Lo que me parecían cosas de Hollywood resulta que se ha transformado en una realidad. Miles de fotogramas de mi vida pasan ante mis ojos: mis días en el colegio, la niña que hizo de la secundaria un infierno con sus burlas, mis días en la universidad, el día que llegué a París, el día que empotré el coche contra el de Cloe, Gigi y sus raciones de comida minúsculas, Adrien y su olor a oud… Adrien, dijiste que ibas a protegernos. No veo que lo hagas. Estoy sola y asustada.

De repente se abre una puerta corrediza imposible de detectar. Es del mismo color que el resto de la habitación: verde oscuro. Dos tipos encapuchados entran y me preguntan si quiero beber algo. Me pillan desprevenida, pues pensaba que más bien iban a pegarme un tiro nada más entrar. Necesito beber agua. Tengo la garganta tan seca que el dolor comienza a ser bastante intenso. Sin embargo, no puedo pedir agua. No puedo pedir nada si quiero sobrevivir. Sofía nos dijo en una clase que jamás aceptemos comida ni bebida en caso de secuestro. Podría representar el fin de nuestros días. Mi secuestrador ve mi cara.

—No te preocupes, no vamos a poner nada en el agua. Mírate, estás atada de pies y manos. Ya te hemos inyectado lo que hemos querido. No hay necesidad de envenenarte —dice el primer captor.

—Sí, si queremos deshacernos de ti, te pegamos un tiro en la cabeza en mitad del bosque, y ya está —añade el segundo tipo y me lanza una botella de agua a los pies.

En ese momento se ponen a discutir en un idioma que no entiendo, pero que he escuchado antes. Me resulta familiar. «Dortaron», no dejan de repetir «Dortaron». Es la palabra que escuché de boca de Gigi en su reunión con Sofía.

—¿Podríais abrirme la botella o soltarme las manos, por lo menos? —digo a regañadientes.

Uno de los tipos se me acerca para ponerme la botella en la boca. Al principio cierro los ojos para no ver ningún rasgo del individuo. «Si os secuestran lo más importante es que no miréis fijamente a los secuestradores porque, en cuanto se den cuenta de que les podéis identificar después, despedíos de la única oportunidad de salir con vida», recuerdo. El caso es que al acercarse a mí me llega un olor familiar. Hasta este momento no sabía si mi alta capacidad olfativa era algo positivo. Ahora lo sé.

—¿Adrien? ¿Eres tú? —pregunto mirándole instintivamente a los ojos.

—Vale, me has descubierto —responde quitándose el pasamontañas.

—Jean-Luc, descúbrete tú también y deja de hacer el tonto. ¡Desátame! ¡Yaaaaaa!

Ahí llega el huracán diabólico otra vez. Es la primera vez que me muestro así delante de Adrien. Creo que está bastante asustado, pues me desata en cuestión de segundos. Me pongo de pie de un brinco y empiezo a caminar furibunda de un lado para otro. Los improperios que salen de mi boca se podrían escuchar al otro lado del Atlántico. Estoy tan ocupada gritando a los chicos que la ansiedad que sentía unos minutos atrás ha desaparecido y no me planteo salir del cubículo hasta que no haya terminado con esos dos.

—Vera, Vera, por favor, escucha —intenta interrumpirme Adrien.

—¡Ni escucha ni hostias! ¡¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que hacer?! ¡¿No éramos una familia?! Me has pedido que confíe en vosotros ciegamente, y yo, que soy idiota, voy y te creo. ¡Te he creído! ¡Me he creído que estaba protegida! ¡Me habéis secuestrado, putos colgados!

Estoy colérica. Adrien y Jean-Luc, que se habían sentado en el suelo a la espera del fin del huracán, se levantan hartos. Sin mediar palabra desaparecen por una trampilla que hay a un paso de la puerta camuflada. Los sigo de forma instintiva sin cerrar la boca. Cuando piso el último de los cinco escalones, me callo de golpe. Estoy en la buhardilla de una casa y no en un escondite secreto en mitad de la nada. Miro por la ventana. ¡El jardín lo conozco! Es nuestro jardín visto desde una perspectiva desconocida para mí. Estoy en las alturas. ¡Es la tercera planta de la mansión! ¿Cómo he llegado?

—¡Eh, vosotros dos! ¿Dónde está la puerta? Quiero salir. Quiero ver a Gladys. Quiero una explicación y quiero saber dónde está Cloe. Exijo saber dónde está mi amiga. Putos psicópatas.

Una voz familiar interviene.

—Vera, yo te lo voy a explicar todo. Voy a responder a todas tus preguntas.

Por primera vez empiezo a tranquilizarme.

—Fifi, creía que éramos amigas. Me contaste lo del Cardenal. Pensaba que confiabas en mí.

—Y confío. Todos tenemos plena confianza en ti. Eres lo que esperábamos, pero…

—Todo a su debido momento, *mia cara* —interrumpe Gigi.

—Esto empieza a parecer una reunión de intervención de esas. ¿De dónde puñetas estáis saliendo todos?

Me llevan a un salón en la famosa planta inaccesible.

—Siéntate, cariño —dice Adrien.

Maldito seas, estoy enfadada, tengo la adrenalina rozando unos límites peligrosos, y el dichoso Adrien me pone a cien con su «cariño». Como me vuelva a decir eso, me lo tiro aquí mismo.

Tomo asiento en un gran sillón. Adrien me acaricia los hombros para relajarme y transmitirme confianza. Me estoy poniendo a mil. Me separo de sus manos.

—Cloe ha desaparecido, Vera —dice de repente Gigi.

Vale, me acaba de echar en la cabeza un cubo de agua helada.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿La habéis matado?

—¿Qué estupidez es esa, Vera? Nosotros no matamos a nadie si no es estrictamente necesario. Hacemos el bien —dice Jean-Luc.

—Has dicho «nosotros». ¿Quiénes sois vosotros?

—Todo a su debido momento —añade Gigi.

Mira que es cansina.

—Cloe no sabía con quién se estaba relacionando. Ha metido la pata hasta el fondo —dice Sofía.

—Exacto. Os dije que mantuvieseis un perfil bajo, que no cayeseis en las redes de vuestros objetivos —añade Gigi.

—¿Se ha liado con el ladrón de tu alfombra?

—No, en realidad se ha liado con mi hermano —suelta Sofía.

—¿Tu hermano? ¿Chevalier es tu hermano?

—En realidad es mi medio hermano. Cloe se ha acostado con él. Y él trabaja para el Cardenal, que es el que ha robado la alfombra. Espera, ¿sabías que tenían una relación?

—Sí, no, bueno, lo intuía. Pero no cambies de tema, ¿por qué le habéis puesto como objetivo a Chevalier? ¿Por qué a ella?

—Descubrimos mi parentesco con Chevalier cuando Cloe nos trajo la copa. Todo ha sido un capricho del destino —explica Sofía.

—*Maktub*. Un designio divino —dice para mi sorpresa Jean-Luc.

—Vaya, vaya, no pensaba que fueras creyente.

—A menudo erramos al imaginarnos cosas sobre los demás. Es más práctico preguntar.

La conversación se está desviando hacia cuestiones que, aunque me muero por conocer, son secundarias. Lo primero es saber el grado de implicación de Cloe y cómo encontrarla.

Hago caso a Jean-Luc y pregunto de nuevo.

—Vale, ¿dónde está Cloe? Anoche la vi hablando con Chevalier y el Cardenal cuando me desvanecí.

—Bueno, técnicamente no fue anoche. Fue más bien hace tres días —me informa Adrien.

—¡¿Cómo?! ¡¿Me habéis retenido tres días?! ¡¿Me estás diciendo que llevo tres días dándote información personal e íntima, que no quería contarle a nadie?! ¡Os habéis metido en mi cerebro, malditos sociópatas! —grito mientras siento que se está formando de nuevo el huracán.

—Tranquila, tranquila, Vera. Sólo te hemos retenido un día. En realidad, es el enemigo quien te ha retenido los otros dos —aclara Adrien mientras intenta calmarme con un masaje en los hombros.

—Amiga, tranquila. Lo que sabemos hasta ahora es que, según los mensajes que se han estado intercambiando, Cloe y Chevalier tienen una relación. Mucho me temo que ella está enamorada de él, pero él…

—Él no lo está, ¿no?

—No lo podemos saber, aunque yo creo que está actuando —confiesa Sofía—. La cuestión es que tampoco sabemos si Cloe nos ha vendido. La única certeza que tenemos es que han volado. Los tres.

Con esa última frase paso del estado psicótico a la más absoluta tristeza. Cloe me ha abandonado. Lo peor es que me ha cambiado por un hombre. Esos seres a los que aborrecía y a los que utilizaba. Ya os lo dije al principio. Hay que pagar, siempre hay que pagar. El universo va a hacer pagar a Cloe muy cara su decisión. Las historias que empiezan con una traición no pueden sino acabar muy mal. Pero es mi amiga…

—Bueno, no la juzguéis. Como bien dice Fifi, no sabemos lo que ha pasado. A lo mejor está en peligro. Debemos ir a buscarla. Sin embargo, es imperativo que antes conozcamos a fondo a Chevalier.

—Vaya con Vera, ya empieza a pensar como una auténtica profesional, ja, ja, ja —interviene Gigi—. Hablemos de Chevalier y Sofía, entonces.

8

El origen de Sofía

Todavía sigo aturdida por la sacudida de los acontecimientos. Cada información nueva es como un puñetazo en un lado de la cara. Si un psiquiatra me entrevistase ahora, posiblemente me internaría. Miro hacia la ventana, el cielo extrañamente azul es un remanso de paz.

—¿Estás bien, Vera? —interrumpe mi ensimismamiento un dócil Adrien.

Antes de que pueda responder, Gigi interviene.

—Estás algo perdida. No te preocupes, yo te lo voy a contar todo.

El relato de Gigi empieza por el padre. Aaron Friedmann era un gran magnate de la industria armamentística. El negocio lo heredó de su padre, quien a su vez lo heredó del suyo. El abuelo Friedmann se enriqueció durante la ley seca en los años veinte. David Friedmann tuvo unos buenos reflejos a la hora de monopolizar el aprovisionamiento en bares clandestinos. Sus compatriotas alemanes estaban encantados. Pero David era consciente del riesgo que corría y cobraba con creces sus servicios. A los veinticinco años era millonario. Tenía tanto dinero que debía moverlo tan rápido como fuese capaz. Fue un tipo inteligente, pero además tuvo mucha suerte. No sólo proveía a los pobres diablos que se emborrachaban

para olvidar, sino que se encargaba de dar de beber a los traficantes de armas durante sus reuniones de negocios. Se las apañó para comenzar una incursión en el mundo de la guerra. Después de unos años de trabajo ilegal, gracias a sus nuevos contactos y a su aterrador talento, se convirtió en el proveedor oficial de armas de Estados Unidos. Había fundado Friedarm Corp. David Friedmann era el claro ejemplo de cómo tener éxito sólo por estar en el momento indicado en el lugar idóneo. La oportunidad se le presentó y la supo aprovechar al máximo. Cuando ya estaba en lo más alto, se aseguró de transmitir todos sus conocimientos y habilidades a su hijo, Samuel Friedmann. Con el joven se cumplía el dicho «de tal palo tal astilla». Era como si el padre hubiese puesto todas sus fuerzas en implantar en su hijo todo su talento. El pequeño Sam no jugaba con figuras de superhéroes, sino con una amplia variedad de armas de juguete. Su padre quería que aprendiera a distinguir las categorías y los usos de cada una. Efectivamente, a los cuatro años ya sabía pronunciar *Kalashnikov* o *Sturmgewehr*. David quería enseñar a Sam el negocio, pero también tenía que revelarle sus implicaciones. Para cuando dirigiera el imperio, su hijo debía estar completamente convencido de lo que vendía. Era imprescindible que no quedara el más mínimo rastro de moral o de ética que despertara sentimientos de culpa. El poderoso Friedmann asentó a la perfección los principios de su negocio. Con los años, cuando ya era adulto, Sam pensaba a menudo en las frases de su padre: «El ser humano es una bestia insaciable, nosotros les damos la oportunidad de defender lo que es suyo. Los rescatamos de la impotencia que sentirían si no pudiesen proteger a sus familias».

Para Samuel, su padre era un hombre brillante. Lo fue descubriendo con el paso del tiempo, mientras miraba por las cristaleras de su despacho situado en el piso veinte de uno de sus edificios. Era poderoso, grande, invencible. Tenía toda la ciudad a sus pies. Ataviado con su traje de alta costura fue consciente de la virilidad que había desarrollado gracias a las enseñanzas de su padre, quien le mostró que las armas eran un mundo de hombres, pero no de cualquier hombre, sino de los machos alfa. Sólo los más fuertes eran capaces de apuntar y disparar a su enemigo con la precisión con la que un cirujano, en este caso, implanta la bala en el punto mortal. Sam era el macho de los machos, puesto que a los diez años comenzó sus prácticas de tiro con diferentes modelos de rifle. A la edad de quince años era un experto francotirador.

Ese día, en su despacho, mientras miraba al infinito, recibió la esperada llamada. Su mujer se había puesto de parto. Era el día más glorioso de 1960. Un varón había llegado a su vida para poder seguir trasmitiendo su legado más valioso. Sam salió disparado al hospital para conocer a su primogénito. El joven era infinitamente feliz, ya no le faltaba nada en la vida.

Aaron Friedmann tuvo casi la misma infancia que su padre, siempre rodeado de armas. Al igual que su progenitor, ya conocía todos los nombres de los fusiles a una corta edad, pero, además, iba camino de convertirse en un experto del mundo del motor. Los Friedmann poseían una gran colección de coches de lujo, se rumoreaba que la más grande e importante del mundo. La familia tenía tanto dinero que ni siquiera ellos sabían contabilizar los millones que atesoraban. Aaron disfrutó de la mejor educación: hablaba siete idiomas a la perfección, era un entendido en arte e

historia y adoraba pilotar su avión privado. El joven era inteligente y carecía de escrúpulos. Deseaba mantener a toda costa su estatus, pero también ansiaba ser mejor que su padre y su abuelo. Quería expandirse más, y no era una cuestión de dinero, sino de control. Aaron Friedmann iba a convertirse en el titiritero de los gobiernos de las grandes potencias. Su plan era retorcido y, sobre todo, secreto. La vida de Aaron era un entramado imposible de desmantelar. Tenía compartimentados todos los aspectos de su vida, sus negocios e incluso sus amigos y su familia. Ninguno sabía todo del joven empresario, de hecho, no se conocían. Tenía un despacho para atender algunos negocios y otro distinto para los asuntos más sensibles. Nadie sabía de la existencia de los dos lugares. Todos pensaban que el sitio en el que se reunían era su lugar de trabajo. En la vida personal, Aaron había prohibido a su familia presentarse allí. No podían ni debían conocer o interferir en sus cosas. Para ello, los mantenía ocupados y satisfechos. Ni siquiera su padre sabía los detalles de sus negocios. Disponía de informadores en los altos cargos de los gobiernos que le interesaban: los más fuertes y los que tenía en su punto de mira para dominarlos.

Su plan incluía además una gran descendencia. Sin embargo, debido a los problemas de fertilidad de su esposa, esta sólo le pudo dar una hija. Sus delirios de grandeza lo llevaron a tener, en secreto, cinco hijos bastardos que no se conocían entre sí y cuyas madres eran mujeres sin familia ni recursos. Las sacó de la calle, les dio los mejores cuidados y, cuando gozaban de una buena salud, las embarazaba. Todas habían firmado un contrato por el que perderían sus privilegios, así como a sus hijos, si desvelaban la identidad del padre. Sin embargo, las madres quedaban más que persuadidas de

no delatarlo cuando descubrían su lado más despiadado. Él se encargaba de que lo respetasen y le temieran. Aaron visitaba a sus hijos ilegítimos varones de manera esporádica para comprobar que su plan marchaba según sus deseos. A las madres les buscaba empleo y les daba la oportunidad de salir adelante, eso sin contar los generosos sueldos por el trabajo más importante, el de madre. No podían educar a los pequeños a su manera, sino que había una guía escrita íntegramente por Aaron que debían seguir al pie de la letra. De las cinco madres fecundadas, el empresario tuvo dos varones y tres niñas. A las madres de las chicas se les asignaba una cantidad suficiente para cuidar y mantener a las pequeñas mientras estas vivieran. En el momento del parto, Aaron se desentendía de ellas. Una vez más, si las madres revelaban el nombre del padre a las hijas, la manutención desaparecía. Aaron se aseguraba de que supieran que su vida era un gran hermano. Ninguna de ellas quería problemas. Todas venían de la calle y no eran codiciosas. Estaban agradecidas. Quitando la vez en que las fecundó, Aaron jamás les puso un dedo encima. Eso no significaba que fuera un marido fiel en lo sentimental, sino que no se involucraba con las mujeres que formaban parte de su plan. Cualquier relación más íntima podría traerle problemas.

Es importante destacar que las madres vivían en diferentes países. Si quería acceder desde dentro al poder, sus hijos debían tener los rasgos físicos y la nacionalidad pertinentes. Podía decirse que el desarrollo del plan lo determinaba el sexo del bebé. Los dos hijos varones habían nacido de una mujer francesa y de una mujer china. Lo cierto era que el resultado había sido inmejorable.

Ninguno de los hijos portaba el apellido del padre, sólo el de la madre. Aaron se encargó de que los chicos fueran tan aplicados que consiguieran becas escolares. Una historia de jóvenes luchadores exitosos gustaba en cualquier rincón del mundo. Aunque las mujeres tenían todas sus necesidades cubiertas con creces, se les había prohibido hacerse notar. Debía parecer que vivían como una familia de clase media o incluso media baja. Cuanto más patentes se hiciesen los logros de sus hijos, más posibilidad de éxito. En cuanto los chicos se licenciaron con honores en la universidad, enseguida comenzaron su andadura política. Algunos años después se convirtieron en asesores para los presidentes de sus respectivos gobiernos. Tenían más poder que cualquier joven de su edad. De forma paralela, ocupaban altos cargos en multinacionales dedicadas a la inteligencia artificial. Más tarde dieron el salto a la industria armamentística. ¡Qué bien marchaba todo! Los hijos fundaron sus respectivas empresas de venta de armas. En poco tiempo, y con el apoyo invisible de Aaron, se convirtieron en los proveedores de sus países de nacimiento: LeeGuns y LeCheval Firearms. Este último fue lo bastante inteligente como para conseguir buenos padrinos. Su red era extensa y poderosa.

Aaron tenía en sus manos el monopolio de la industria bélica en tres de las grandes potencias que regían el orden mundial. Además, sus hijos podían influir en los gobernantes; los podían manejar a su antojo y decidir quién ganaba. Creía tenerlo todo bajo control; sin embargo, al otro lado del mundo, en otro de los países donde había engendrado a uno de sus descendientes bastardos, su hija Sofía lloraba desconsolada junto al lecho de muerte de su madre. El maquiavélico empresario no contó con la más sanguinaria arma de

destrucción, el cáncer. La enfermedad se llevó muy pronto el alma de la madre de Sofía, quien, antes de morir, decidió contarle la verdad sobre su padre. Ya no tenía nada que perder. Iba a morir, y a su hija únicamente le quedaría lo poco que pudo ahorrar. Le contó quién era su padre; para ser más precisos le dio un nombre y poca información más. Sofía estaba rabiosa, iracunda, odiaba a ese hombre. Se había servido de la desesperación de una mujer sin recursos para después dejarla sola criando a una niña. La joven entendía la razón por la que su madre accedió, pero Aaron… Aaron era un hombre cruel y sádico. Sofía, estudiante universitaria, emprendió una búsqueda compulsiva de su peor enemigo en internet. Iba a vengarse de él, a hacer públicas sus prácticas. Iba a destruirle. Obviamente, desconocía el poder que tenía Aaron.

Le llevó varios meses averiguar algo sobre la vida privada de su padre. Supo que vivía en Suiza. El millonario era muy celoso de su intimidad, distaba mucho de ser un personaje público a pesar de su grotesca fortuna. Por fin la universitaria tenía un hilo del que tirar. Las innumerables palabras clave que había usado para buscar a su padre en internet dieron sus frutos, no sólo por su hallazgo, sino porque alguien se puso en contacto con ella para ayudarla.

—¿Quién es? —respondió al teléfono Sofía.

—¿Quieres conocer toda la verdad sobre tu padre? —preguntó una voz al otro lado.

—¿Quién es usted y de dónde ha sacado mi número? —volvió a preguntar la joven.

—Sofía Kabani, tu padre sabe ocultarse muy bien. Tú, sin embargo, no has tenido ninguna precaución, ha sido muy fácil encontrarte y averiguarlo todo de ti.

—Suena a amenaza —tanteó Sofía.

—Para nada. Sólo queremos ayudarte. Pero, si quieres conocer la verdad de quién eres, tendrás que ayudarnos. ¿Qué dices?

Sofía se tomó unos segundos para responder. Por un lado, un tío al que no conocía de nada quería resolver el mayor misterio de su vida a cambio de una ayuda indeterminada. ¿Y si le pedían algo ilegal? Pero, por otro lado, desde que su madre le contó cómo había llegado al mundo, Sofía no podía comer ni dormir ni estudiar ni trabajar. Estaba completamente obsesionada con su padre. La ira la propulsaba hacia lo desconocido. No era consciente de lo temeraria que estaba siendo, y de haberlo sabido lo hubiese ignorado.

—Acepto, pero no voy a hacer nada ilegal. No voy a robar ni a matar. ¿Queda claro? —dijo Sofía lo más firme y segura de sí misma que pudo.

—Eso es decisión tuya y de nadie más. Volveremos a ponernos en contacto contigo.

La llamada se cortó. Sofía se quedó petrificada. «Eso es decisión tuya», resonó la frase en su cabeza. Empezó a preguntarse qué historia demoníaca se escondía detrás de su padre para que la información que le iban a dar pudiera incitarla al asesinato. Tenía la sensación de que se había equivocado, pero era incapaz de hacer otra cosa.

Pasaron las semanas y no volvió a tener noticias del desconocido que la había telefoneado. La ansiedad precedió a la locura. Caminaba por la calle examinando a cada viandante y cada detalle de su entorno. Se había vuelto una paranoica. ¿Por qué tardaban tanto? Seguramente estaban estudiando sus movimientos. Empezó a sentirse insegura en su casa, en la calle, incluso en su propia vida.

¿Y si su padre se había enterado de la muerte de su madre? ¿Y si el tipo que la llamó trabajaba para Aaron Friedmann? ¡Qué estúpida había sido! El terror comenzó a apoderarse de todos sus pensamientos.

Pasó aquella noche acurrucada en una esquina de su habitación. Se aprovisionó con un cuchillo de cocina, su teléfono móvil y una linterna. Quizá fuera un poco exagerada, pero tenía razones para ello. Desde que tenía uso de razón había convivido con el mal. De hecho, era una suerte que hubiese salido tan bien.

Cuando la madre de Sofía aceptó el trato de Aaron, ya sabía que si daba a luz a una niña seguiría sola. Con algo más de dinero, pero también con la carga de otro ser humano indefenso. Sin embargo, si tenía un hijo, además de la asignación mensual, tendría además personal a su servicio: niñeras, profesores particulares… La única condición era que nadie se diera cuenta de su nuevo poder adquisitivo. Durante todo el embarazo le dijeron que no tenían claro al cien por cien el sexo del bebé, aunque en un noventa por ciento era un varón. La portadora de la criatura se aferró a esa frase y estuvo fantaseando con su futuro. Por eso, cuando el día del parto asomó una vagina de las entrañas de la mujer, el rechazo fue inmediato. El camaleónico Aaron siempre las esperaba en la habitación haciendo el papel de un familiar de la parturienta o personal del hospital. Nada más abrirse la puerta de la habitación, el multimillonario percibió en la mirada esquiva de su vientre de alquiler que algo había ido mal. Lo primero que pensó fue que quizá el bebé tenía algún tipo de malformación o enfermedad. La enfermera enseguida interrumpió sus pensamientos:

—¡Esta niña es preciosa! Le doy la enhorabuena, mamá.

Aaron se quedó helado, no se lo esperaba; era consciente de que podía ocurrir y por eso no se fiaba de las ecografías. Esa era la razón por la que esperaba hasta el día del parto. Aun así, lo pilló desprevenido.

En cuanto la enfermera se marchó, Aaron, el supuesto tío de la joven, se acercó para mirar al bebé. Tenía una mancha de nacimiento en el cuello. Paradójicamente, le pareció que tenía la forma de una Glock.

—Disculpe, pero me tengo que ir —dijo Aaron sin poder levantar la mirada de la mancha.

La madre se quedó perpleja ante su reacción.

Lo cierto es que jamás regresó ni dio señales de vida. El único rastro que quedaba de Aaron era el dinero que recibía cada mes. La madre de Sofía se encontró sola en medio de una tremenda depresión posparto en un país donde era sinónimo de locura. La joven necesitaba compañía para sobrellevar las ideas suicidas. Los encuentros con desconocidos empezaron al año de nacer Sofía. Su madre intentó seducir a numerosos hombres para que se encargaran de ellas. Huelga decir que no tuvo éxito, es más, la pequeña sufrió abusos cuando llegó a la preadolescencia. La mujer que debía cuidar de ella miró hacia otro lado por no quedarse en compañía de la aterradora soledad. Sin embargo, la tristeza, el temor y la angustia de la mirada de la niña la hicieron recapacitar. Se dio cuenta de que la única persona que necesitaba a su lado era Sofía. Rompió con su depravada vida y se dedicó en cuerpo y alma a su hija. Intentó reconquistar su corazón, pero el amor puro e incondicional que ofrece una criatura a su madre al principio de su vida había sido corrompido. Ese amor era irrecuperable. Aun así, intentó sembrar el

cariño, la compasión y el perdón. Sofía nunca llegó a querer a su madre como una hija debe querer a la persona que le ha dado la vida. Más bien sentía pena, un deber para con su progenitora y miedo a que se quitase la vida si la perdía a ella también.

La penosa vida que le tocó experimentar agudizó su instinto de supervivencia. Sofía desarrolló su propia terapia para la superación de sus traumas. Quizá fuese inusual, pero a ella le resultó efectiva. Descuartizó en su mente los recuerdos de los degenerados que no respetaron su infancia, les prendió fuego y los redujo a cenizas. Se concentró en visualizar esas cenizas y se sonó la nariz tan fuerte que hasta le pareció distinguir entre la mucosidad el polvo ceniciento. Al fin y al cabo, aún era una chiquilla en un medio hostil. Una vez hecho esto, se sintió depurada, como si su sangre se hubiese purificado removiendo en su cerebro asuntos más importantes; por ejemplo, encontrar a Aaron Friedmann. No obstante, si bien pasó página, no se le conocieron relaciones ni largas ni esporádicas.

Después de su particular terapia, tras dejar atrás el rencor y la impotencia, las dos mujeres crecieron juntas acariciando algo parecido a la felicidad que ambas habrían querido vivir. Cuando la muerte asomó la nariz, la madre confesó a su hija el nombre de su padre y el dinero que había conseguido ahorrar para ella. Era el último recurso que le quedaba para conseguir el perdón de su hija. La moribunda le explicó que su padre siempre mantuvo que se llamaba Alexander Hope, pero la noche de la concepción el perfecto Aaron cometió el error de atender una llamada mientras la recién fecundada se daba una ducha. La madre de Sofía olvidó la ropa interior y salió a buscarla sin cerrar el agua de la ducha. Fue

entonces cuando le escuchó decir: «¡Yo soy Aaron Friedmann, a ver si te lo grabas en ese cerebro de mosquito!».

Sofía estaba al borde de una crisis de ansiedad cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —respondió temblorosa.

—Ya está todo listo —pronunció la voz metálica de la otra vez.

—Oye, mira, no sé quiénes sois, ni si os manda mi padre… Tiene mucho poder —soltó torpemente Sofía.

—Nosotros queremos ayudarte. Te aseguro que si tu padre se entera de que tu madre ha muerto y que sabes su nombre, tu vida sí que correrá peligro. Te estoy ofreciendo un salvoconducto. ¿O piensas que alguien va a investigar tu muerte con la violencia que existe ya en tu país? ¿Acaso puedes salir de tu gueto? Seamos realistas, nadie va a denunciar tu desaparición. Y si lo hacen, dirán que eres una desarraigada y que seguramente te habrás fugado con alguien. Con nosotros puedes saltar de Oriente a Occidente sin que tu padre lo sepa hasta que tú así lo decidas. ¿Qué me dices? ¿Estás preparada?

—Sí —respondió sin el menor atisbo de duda después de la escena que le acababa de describir su interlocutor.

La historia de Sofía me estremece. No me puedo imaginar una infancia como la suya. Mis padres y yo tenemos nuestros rifirrafes, pero han sido buenos padres. Me han cuidado, escuchado y apoyado siempre. Me levanto pensando que la crueldad y el retorcimiento del ser humano son impredecibles. Cuando pienso que ya he escuchado las historias más horribles, alguien me sorprende con una nueva.

Sofía me da lástima, la vida se ha cebado con ella. La saco inmediatamente de mi saco de la ira. Los chicos y Gigi continúan dentro. Quiero ir a mi cuarto. Sigo con el vestido verde esmeralda. Bueno, después de tres días de cautiverio yo lo llamaría «esmierdalda».

—¿Alguien me puede indicar cómo salir de aquí? Me gustaría ducharme y comer algo.

—Claro, *mia cara*. Adrien te acompañará —dice Gigi.

¿En serio? ¿Adrien? Lo que me faltaba.

—Prefiero que sea Sofía, si no os importa.

Pero Sofía, la escapista, ya no está. Estaba tan absorta en el relato de su vida que no me había dado cuenta de su ausencia.

—Está bien. Vamos, Adrien —digo resignada.

Nos dirigimos al pasillo, donde hay una especie de montacargas, y le da a la flecha de bajar. Es raro, no he visto en ningún lugar un montacargas, ¿hacia dónde bajamos? Con Adrien seguro que descendemos al mismísimo infierno.

—Ya estamos. Pasa, señorita —me invita con la mano.

Me quedo en el mismo sitio porque estamos entre cuatro paredes en medio de la oscuridad. Adrien me pone la mano en la cintura para indicarme la salida. A ciegas y en silencio, el tacto de su mano es más excitante aún. Abre una puerta que da a un lugar que conozco: el gimnasio del sótano. Hay una puerta secreta en el cuarto de los materiales. Es uno de esos accesos ocultos con una estantería, sólo que, en lugar de libros, hay pesas y cuerdas de saltar. He de reconocer que mola. No me lo esperaba. He sido corta de miras al limitarme a la segunda planta. Conocer por fin el acceso

al tercer piso hace que se me dibuje una sonrisa en la cara. Por desgracia, Adrien la ve.

—Por fin veo tu preciosa sonrisa.

—No me vas a engatusar. Sigo muy enfadada con vosotros por hurgar en mi cerebro.

—Eres una exagerada. Teníamos que saber lo que les habías contado a los que te secuestraron. Sabes de sobra que estando consciente no te ibas a acordar.

—Podríais haber hablado conmigo para pedir permiso antes, ¿no? ¿No has pensado que no tiene sentido que llames a la puerta para entrar a mi habitación, pero no para meterte en mi cabeza?

—Cuando te rescatamos de la guarida ya estabas colocada. Sólo aprovechamos los posos de la escopo. Nos ahorraste un vial, ja, ja, ja.

—Vete a la mierda. ¿Y qué averiguasteis?

—Has sido una buena chica. A pesar de la lentitud de tus reflejos, no les diste información relevante.

—No les he dado información relevante porque soy la leche o porque resulta que no me hacéis partícipe de la información relevante.

—Las dos cosas. Como diría Gladys: todo a su debido momento, *mia cara* —responde Adrien, imitando a la jefa.

—Muy gracioso. Me voy a dar una ducha —digo arrepintiéndome al segundo.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No!

Me dirijo a mi habitación seguida de mi nuevo perrito faldero.

—Oye, déjame, por favor.

—Entendido, voy a prepararte algo de comer.

Me fastidia, pero este Adrien sumiso me gusta. Me fastidia porque es peligroso. Se está convirtiendo en un ser adorable digno de mis caricias y un buen pol…

—Eh, Vera, ¿te apetece algo en especial? —interrumpe mis pensamientos.

—Lo que sea. Me muero de hambre.

—Oído cocina.

Supongo que Gigi le ha dicho que se ocupe de mí. Más de lo habitual.

—Adrien, ¿cómo me encontrasteis? ¿Me colocasteis un GPS de los vuestros?

—Exacto. Nuestros juguetitos te han salvado.

Tengo mucha información que procesar, así que decido cambiar la ducha por un baño. Me deshago del carísimo vestido y me miro al espejo dolorida. En caliente y colocada no me había dado cuenta de la masacre perpetrada en mi cuerpo. Consigo verme la espalda. Tengo un montón de marcas, como de latigazos. Me han curado las heridas de la parte interior del muslo. No puedo evitar echarme a llorar, puesto que no sé hasta dónde han llegado. Jamás había sentido algo similar e incluso me resulta difícil de explicar. El único sentimiento certero es el de incertidumbre, no sé si me han arrebatado la capacidad de decidir sobre mi intimidad. Siento una mezcla de vacío y terror. Estoy como aturdida. Los pensamientos me martillean el cerebro. Ya no sé de quién fiarme. Cloe nos ha traicionado. El *equipo fantástico* ha omitido información y me ha drogado, aunque también me han contado bastante y hasta me han

desvelado por dónde subir a la tercera planta. Todos me dan una de cal y otra de arena.

—¡Bueno, ya está bien, Vera! No sirve de nada lamentarse. Busca respuestas y la forma de superarlo —me reprendo.

Me visto y salgo de mi habitación. A mitad de la escalera escucho una música. Conozco esa canción, me transporta hacia tiempos mejores y me sosiega. Nada más entrar en la cocina empieza la letra.

—*Che confusione. Sarà perché ti amo. È un'emozione. Che cresce piano piano*…

Adrien canta en italiano mientras cocina para mí. A pesar de que es una canción de hace un siglo, estoy bastante emocionada, excitada. Quiero saltar sobre él. Tiene una hermosa voz rasgada que me recuerda a la de Sergio Dalma o Eros Ramazzotti. Adrien sí que es Eros.

En ese momento se gira, en pleno apogeo de la melodía, con una cuchara a modo de micrófono. Se percata de mi presencia; sin embargo, lejos de sentir vergüenza, viene directo hacia mí, me agarra por la cintura y me empieza a cantar cerca, muy cerca, casi en un susurro. Estoy a punto de derretirme por completo. Me da un beso en la mejilla y me mira a los ojos. No puedo contenerme, pego nuestros labios al tiempo que nos fundimos en un abrazo.

—Vera, sé que al principio era mi trabajo, pero ahora es algo más. Me importas, mucho. Lo he pasado fatal en tu ausencia.

Oh, oh, oh, es hora de sacar el escudo a prueba de hombres peligrosos.

—Sí, claro, ¿te ha dicho Gigi que te acerques más a mí? Tranquilos, no voy a traicionaros. Si decido que no quiero seguir, me

largaré siendo honesta. Os lo diré.

—Algún día conseguiré que me creas.

—Perfecto. Puedes empezar a convencerme dándome de comer. Me muero de hambre —digo consciente de que estoy comportándome como una estúpida.

Adrien sigue siendo amable e ignora mis comentarios. Yo lo dejo estar y me pongo en modo cordial. Cenamos solos. Estoy segura de que lo han hecho adrede. Poco importa, pienso disfrutar de la comida y la compañía. Cuando llega la hora del postre, Adrien me trae algo en un plato bajo una campana.

—¿Qué es esto?

—Una sorpresa.

Lo abro y es un bol de caramelos PEZ de fresa y cereza. Mis favoritos.

—¿Cómo? Aaah, tu incursión neuronal —digo algo molesta.

—Tranquila. Salió casi por casualidad. No has contado nada comprometido. Sin embargo, por alguna razón, hablabas de los caramelos rosas. Son los dos sabores de color rosa. No sé cuál prefieres.

Decido tragarme mi orgullo.

—Gracias. Los dos sabores me encantan. Es un detalle —respondo sonriendo.

Concluyo que es hora de irme a descansar.

—Adrien.

—¿Sí, Vera?

—¿Qué me han hecho? ¿Me habéis curado vosotros?

—Jean-Luc te ha curado, sí. Únicamente hemos detectado lo que se ve a simple vista. No han ido más allá. Puedes estar tranquila en

ese sentido —me anuncia Adrien.

Por lo menos no me han violado.

—Espera, espera. ¿Jean-Luc me ha examinado ahí abajo? —pregunto al tiempo que el huracán se me empieza a formar en el estómago.

—No, no. Eso sería del todo inapropiado. Esa tarea se la dejamos a una doctora que tenemos en plantilla.

Resulta que hay más gente trabajando para Gigi. Ya es hora de que me dé explicaciones.

—Adrien.

—¿Sí, Vera? ¿Quieres saber algo más?

Niego con la cabeza.

—Me voy a dormir. Con toda la droga que me habéis metido en el cuerpo unos y otros, estoy KO. Muchas gracias por esta velada. Ahora te odio un poco menos.

—A mí me gustas más. Hasta mañana.

Subo a mi cuarto como en una nube blanca y esponjosa que se torna negra y espesa conforme me acerco a mi habitación. El recuerdo de Cloe ha azotado mi memoria. ¿Qué estará haciendo? Espero que Chevalier no se la juegue y le haga daño. Intento en vano contactar con ella. Su teléfono está apagado. Me siento frustrada y aliviada a la vez. Frustrada por no poder escuchar de su boca que está bien y aliviada porque tengo la certeza de que mi teléfono está pinchado, lo que significa que tendríamos público y yo me enfadaría mucho.

Ya instalada en mi cama, no me hace falta ninguna técnica especial, pues caigo rendida en cuestión de segundos. A la mañana siguiente me despierto con mal cuerpo. He tenido unos sueños muy

extraños relacionados con mi cautiverio. Pesadillas, más bien. O a lo mejor han sido recuerdos. En ellos me preguntaban insistentemente por la serpiente. Obviamente, no supe responderles. Ni mi consciente ni mi inconsciente saben nada de ninguna serpiente. Me dan miedo. Jamás me acercaría a ninguna.

Mientras desayuno busco en el teléfono lo que significan las serpientes en los sueños. El primer resultado es el que habla de Freud, quien dice que estoy sexualmente insatisfecha. Podría ser, no me parece descabellado. Sin embargo, creo que hay algo más. Después de darle el último sorbo a mi café, salgo de la mansión para pasear por la calle junto al resto de los mortales.

Llego hasta el Parc des Ibis. Es agradable. Las familias montan en bicicleta. Los jóvenes se tumban en el césped para contarse sus problemas o compartir momentos de alegría. Mientras observo a los patos y a las nutrias, una niña de unos diez años se me acerca.

—Hola, ¿eres Vera Olsen?

—Sí, soy yo —respondo muy desconcertada.

—Tengo una carta para ti.

Mi primer instinto es mirar a mi alrededor porque, aunque el programa ya no existe, a lo mejor lo han recuperado y alguien me quiere decir algo. Mi segundo instinto expulsa de una patada a mi primer instinto para decirme que me fije bien por si alguien me observa o me sigue. Nadie tiene pinta sospechosa. Cuando vuelvo a mirar el sobre, veo que hay una flor de lis. Cloe fue la flor de lis en el evento de Versalles. Tiene que ser un mensaje suyo. Busco un banco donde sentarme y abrir el sobre tranquila.

Querida Vera:

Ya sé que en este momento no entiendes nada. Es complicado, ¿sabes? No te puedo explicar lo que siento. Honoré no es como ellos piensan. Sin embargo, el Cardenal sí. Se trata de un hombre peligroso, pero también del padrino de Honoré. ¡Sorpresa!

A pesar de todo, como muestra de buena fe, Honoré me ha dicho dónde está la alfombra. Quiere que la consigáis. No por Gigi, sino porque eres una hermana para mí, y al fin y al cabo es sólo una alfombra.

Aunque nunca te lo he dicho, te quiero mucho.

Te daré los detalles de la ubicación en un par de días. Yo te contactaré. Me gustaría que dijeras que lo has descubierto tú, que te has acordado de algo y que te lleves el mérito. Pero te conozco muy bien, así que saluda a los chicos de mi parte.

CLOE

«Te daré los detalles de la ubicación en un par de días». Cloe se ha tragado una Gigi. Ya sabía yo que esta chica no está hecha para ser una subordinada. Sonrío y regreso a la mansión muy muy feliz.

Nada más abrir la puerta me encuentro con Sofía.

—Fifi, Fifi, Cloe me ha escrito. Sabía que no nos traicionaría.

—Hola, amiga. ¿Quién es Cloe?

—Hola, Vera, ¿por qué estás tan contenta? —pregunta Jean-Luc, que acaba de aparecer.

—Tiene noticias de una tal Cloe —responde Sofía.

—Voy a reunir al equipo, entonces. Nos vemos en media hora en vuestra oficina.

Salgo al jardín en busca de Adrien. Quiero ser yo quien le cuente la buena nueva. Por primera vez lo encuentro sentado sin hacer nada. Bueno, en realidad sonríe atontado mientras mira el móvil.

—Hola, Adrien.

—Hola, hola…, Vera —dice sorprendido—. No te esperaba.

Ha guardado el móvil rápido. Eso es que oculta algo.

—¿Qué pasa? ¿Quién te hace tanta gracia?

—Sólo miraba un vídeo divertido.

Mentiroso. Estaba tecleando. Me acaba de mentir en la cara. Jamás me había sentido tan lejos de Adrien. Tengo la sensación de que su traición es mayor que la de Cloe. Cambio la técnica.

—Oye, Adrien, quería preguntarte si de verdad hablas italiano o si sólo te sabes de memoria las canciones.

—Hablo, lo hablo de verdad. Mi madre era italiana.

—Por tu nombre, deduzco que el francés es tu padre.

—Era francés. Exactamente, listilla.

—¿Hace mucho que los perdiste? —me arriesgo a inmiscuirme más de la cuenta.

Adrien sonríe.

—Mi padre murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía tres años. Mi madre murió cuando yo tenía catorce. Me crie con mi abuela paterna aquí, en Francia, aunque iba a Italia en vacaciones a visitar a mis abuelos maternos.

—¿Cómo murió tu madre?

—No quiero hablar de eso, Vera —me dice con un tono bastante más serio que unos segundos atrás.

—Perdona. Es que siento que sabes todo de mí, hasta te has metido en mi cabeza, y yo no sé nada de ti.

—Vale, pues tengo treinta años, empecé a estudiar Química, pero lo dejé el último curso para encontrar mi camino.

—¿Cómo acabaste trabajando con Gigi?

—Digamos que en un momento dado me perdí y usé mis conocimientos en química de una manera poco convencional. Un

familiar de Gigi se vio afectado y ella me buscó para hacerme pagar. En lugar de eso, me dio un trabajo.

—¿Eras un camello? Por el amor de Dios, ¿cómo es posible que alguien tan bueno como tú trafique con droga?

—No sé, dímelo tú. ¿Cómo robabais a los hombres?

—*Touché*.

Jean-Luc viene a buscarnos para que nos reunamos con Gigi en la oficina. Al final no le he contado lo de Cloe.

De camino al encuentro no puedo evitar pensar que Gigi ha escogido a causas perdidas para conformar su equipo. La historia de Sofía es desgarradora, la de Adrien, triste y convulsa. Nosotras… somos para darnos de comer aparte. De Jean-Luc no sé nada, así que le pregunto directamente para no hacer asunciones, tal y como me ha recomendado.

—Oye, Jean-Luc, ¿has tenido una vida normal o ha sido *especial* como la nuestra?

—No, yo debo de ser el único sin problemas de salud mental. Yo me crie en una buena familia, siempre he tenido dinero, oportunidades y éxito.

—¿Y por qué trabajas aquí? —pregunto extrañada, aunque no sorprendida de que Jean-Luc sea un niño pijo.

Ya estamos en la oficina, así que Jean-Luc se escaquea de responder. Les informo del mensaje que me ha llegado y le entrego la tarjeta a Sofía para que la analice. Gigi piensa que podría ser una trampa. Sigue sin fiarse de Cloe. De mí piensa que soy el pilar más débil. Cree que mi relación con la prófuga podría llevarnos a todos a la perdición.

—Paparruchas, no es ninguna trampa. Lo único que quiere Cloe es salir bien de la empresa —defiendo a mi amiga.

—Sí, y que le hagamos los papeles del paro, no te joroba —dice Sofía.

Me sorprende la respuesta de Sofía, no es propia de ella. Supongo que el hecho de que Cloe se haya largado con su hermanastro le molesta un poco.

—En cualquier caso, debemos ser precavidos, *mia cara*. Sólo nos queda esperar al siguiente contacto.

Cloe nos tiene a todos en vilo. Por primera vez veo a Gigi inquieta. Estoy casi segura de que está perdida porque, al final, Cloe ha sido parte del equipo y ha convivido con nosotras. Creo que Sofía es la que puede dar la opinión más objetiva, puesto que ella no se acuerda de las vivencias, los sentimientos o las ideas preconcebidas. Al final va a resultar que ser una desmemoriada es una ventaja.

Dejamos a Sofía haciendo magia en su ordenador con Gigi. El resto nos dispersamos. Voy a mi habitación para enfundarme el bañador. La piscina gestante, como la llamo yo, me servirá para liberar algo de estrés. Me hago la muerta sin miedo a chocar con nadie. Cuando iba a la piscina pública siempre acababa con alguien sobre mí. Al poco rato llega Jean-Luc. Perfecto, así le pregunto por Adrien.

—Hola, Jean-Luc.

—Vera, ¿te molesta si hago unos largos?

—Adelante. A mí también me hace falta. Tengo en la cabeza demasiada información que procesar.

—Espero que no nos guardes rencor por drogarte.

—Os lo guardo, pero estoy pensando más en Adrien. Me ha contado lo de su madre, qué situación más horrible.

—Sí, matar a una persona es duro y si es tu madre ya ni te cuento.

¿Acaba de decir que ha matado a su madre? Vale, Vera, tranquila. Muéstrate impasible, se supone que ya sabes lo que pasó con su madre.

—Fue un accidente, Jean-Luc, no deberías hablar de esa forma de tu amigo —interviene Sofía—. Hola, amiga.

Me está saliendo humo por la cabeza. Fue un accidente; por lo tanto, no es un asesino.

—Sí, los accidentes ocurren. Y algunos son muy trágicos —añado intentando averiguar más.

—No debería haberse metido esa mierda en el cuerpo. Las alucinaciones son incontrolables.

—Vamos, Jean-Luc, no todos hemos crecido entre algodones, se sentía solo y se juntó con quien no debía. Intenta compensarlo haciendo el bien. Jamás le he visto faltar el respeto a nadie.

Perfecto, me estoy colgando de un exdrogadicto que no sólo ha matado a su madre, sino que vendía droga. Por suerte, Sofía y Jean-Luc pueden llegar a ser un poco cotorras cuando se aburren. O puede que me hayan contado la historia adrede. En esta casa nada ocurre porque sí.

Al parecer el caso de Adrien se cerró. Él fue declarado inocente, aunque tuvo que hacer trabajo social e ir a terapia. Todos pensaron que era un chaval que compró coca en la calle en busca de un subidón. El problema es que Adrien se metió una droga de diseño con la que estaban experimentando unos narcos de los importantes.

Años más tarde hubo tres asesinatos bastante macabros en los que los testigos contaban que los autores tenían alucinaciones muy similares a las que había explicado Adrien en su día. Uno de los investigadores trabajó en el caso de nuestro amigo y fue a verle para saber la identidad de los vendedores de drogas tan peligrosas. Adrien no quería revivir todo aquello y dijo que no recordaba nada. Fue el peor error que pudo cometer porque los narcos lo encontraron después de ese contacto con la poli. Supieron que estudiaba Química, así que, en lugar de matarlo, lo obligaron a trabajar para ellos. Él quería seguir vivo. No tuvo muchas opciones.

—No entiendo cómo no intentó dejarlo en algún momento —revelo la duda que me asalta.

—Pues porque después vino el dinero y la buena vida —añade Jean-Luc.

—Hasta que Gigi lo salvó, pero esa es otra historia.

—Bueno, basta de cháchara. Me voy a hacer unos largos —digo sobrecogida.

Nado un poco para disimular mi malestar y huyo en cuanto puedo. Tengo ganas de vomitar. Me doy una larga ducha y me quedo en mi cuarto. Allí no me voy a encontrar con Adrien. No sé cómo voy a reaccionar si lo veo. Repaso la conversación con mis compañeros. Es curioso, la memoria de Sofía parece muy lúcida al contar la historia. Me meto en internet y busco información sobre la amnesia anterógrada. Entonces caigo en la cuenta. La respuesta la tengo delante de las narices. Fue después del accidente cuando Sofía perdió la memoria; por tanto, recuerda todo y a todas las personas que conocía de antes. Todo este tiempo se ha acordado del nombre de Jean-Luc y la historia de Adrien, por lo tanto, los tres se conocen

de la anterior vida de Sofía. ¿Será que todos trabajaban para el mismo servicio de inteligencia? Pero Gigi…, ¿por qué están con Gigi? Es obvio que también la conocen desde antes del accidente. ¿Y Cloe y yo qué pintamos?

Me quedo dormida. Las serpientes vuelven para atormentarme. Estoy maniatada a una tubería o algo así, en un cuartucho húmedo y oscuro. Tengo mucho frío, aunque los borbotones de sangre que me chorrean por la espalda hacen que me arda.

—¿Dónde está la serpiente?

—No sé de qué serpiente me hablas.

Un puñetazo me sacude el lado derecho de la cara. Tengo la impresión de que el cerebro juega a los coches de choque dentro del cráneo.

—Última oportunidad, ¿dónde está la pulsera de la serpiente?

—Está… está… está en la muñeca de Gigi.

Me despierto sudando. Estoy hiperventilando. Está oscuro. Corro a encender la luz. Mientras intento que el cerebro se me oxigene correctamente, me doy cuenta de que me encuentro en la mansión. Estoy a salvo. Llaman a la puerta.

—Vera, Vera, ¿estás bien?

No respondo. Soy incapaz de mediar palabra. Comienzo a sentir un dolor indescriptible en las heridas de la espalda. Nada, no puedo hablar.

La puerta se abre de golpe para dejar pasar a Adrien.

—Sí he dado información importante. Les he dicho dónde está la pulsera de serpiente de Gigi. Pensaba que eran pesadillas, pero no. Son recuerdos —digo histérica—. La he cagado, Adrien, la he cagado. Ahora van a ir a por Gigi. Tengo que decírselo.

—Vera, respira, tranquila —dice al tiempo que se acerca para abrazarme—. No les has dicho nada, sólo que la serpiente está en posesión de Gigi. Eso ya lo saben.

—¿Me han secuestrado por una pulsera? Pensaba que era porque descubrieron que buscaba la alfombra.

—No son exactamente los mismos enemigos. Quien robó la alfombra la compró en el mercado negro sin más. Los que buscan la serpiente son harina de otro costal. Desde luego que corresponde a Gigi contarte esa parte de la historia. Hasta aquí puedo decir.

—Adrien, ¿tenemos palomitas?

—Sí.

—Vale, voy a prepararlas, quiero ver una película que me saque de toda esta vorágine.

—Perfecto, te acompaño.

—En otra ocasión. Hoy quiero estar sola —digo sin dejar de pensar que ha matado a su madre.

Voy a la cocina, me preparo las palomitas y subo a la sala de cine. El ambiente de la casa se ha enrarecido mucho. Me da la impresión de que he vuelto a la casilla de salida. Tengo que distraerme, así que busco la película más absurda que encuentro.

Los días siguientes no seguimos estrictamente la rutina impuesta por Gladys. Aun así, el cuerpo me pide sacar la ira, la frustración y el dolor que recorren mis venas. No quiero que el huracán vuelva a formarse, por lo que voy a practicar el tiro. Disparar me gusta. A ver, entendedme, soy una persona pacífica, pero el tacto del acero, el peso del arma me confieren un poder que normalmente no tengo. A pesar de que casi no soy capaz de decidir sobre mi vida, saber que apuntando puedes decidir sobre el futuro inmediato para cambiar el

porvenir de los presentes de manera abrupta… El retroceso del arma me arranca de los brazos de la psicópata que habita en mí. ¿Por qué tengo estos pensamientos? Yo soy constructiva, no destructiva. O por lo menos lo era.

—Hola, Vera —saluda una voz a mis espaldas.

—Gigi, ¿qué haces aquí? ¿Tenemos reunión?

—No, *mia cara*. He venido a verte a ti. Sofía y los chicos están preocupados por ti y, para ser honesta, yo también.

Por primera vez desde que conozco a Gigi, su *mia cara* tiene un tono maternal, sincero.

—Podéis estar tranquilos, yo no os voy a traicionar —digo disparando la última bala.

—Vera, estamos preocupados por ti. Has pasado por mucho estos días. No me preocupa la traición. He aprendido a conocerte y sé que no eres como…

—¿Cloe? —pregunto enfadada.

—Me refiero a que eres una persona fiel y de confianza. Tienes buen corazón. Necesitamos más gente como tú.

—¡¿Para qué, Gladys?! ¿Para qué me quieres?

—Para salvar el mundo.

—No me vengas con tonterías. El mundo está vendido. No se puede salvar. ¿Qué va a poder hacer una millonaria aburrida y sus tres amiguitos? Y como me respondas que todo a su debido momento, te juro que te pego un tiro aquí mismo.

Se produce un largo silencio.

—Mira en lo que me habéis convertido: en una pirada a la que le encanta disparar. Yo no era tan destructiva, joder. —Exteriorizo ese pensamiento que había tenido unos minutos atrás.

—Vera, no eres destructiva, te estás transformando. Estás saliendo de tu caparazón. Es algo que todo el mundo debería hacer y pocos hacen. Estás aprendiendo a conocer tu lado bueno y tu lado oscuro. Nadie se libra de tener un lado oscuro, el problema es que lo guardamos para no tener que exteriorizarlo, para no ser juzgados.

—¿Me estás diciendo que mis instintos criminales son normales? ¡Soy un maldito monstruo!

—Vera, no defiendo eso que llamas «instintos criminales». Sólo digo que está bien que saques lo que llevas dentro. Da igual que lo hagas en la intimidad. Sácalo.

—Cloe lo ha sacado y ahora no goza de una gran popularidad entre *la familia*.

—Cloe ha metido la pata hasta el fondo. Nos habíamos planteado esa posibilidad, aunque no me esperaba que fuera tan rápido.

—No somos superagentes inmunes al amor o a la codicia. ¿Qué esperabas? ¿Por qué nosotras, Gigi? Nos has puesto una gran carga sobre los hombros.

Gigi es consciente de que ya no la llamo Gladys. Ve cómo paso de la furia a la tristeza. Manipula mis emociones como si fuese su marioneta.

—Vera, da igual si cometes errores. Como ya sabes, el día que robasteis al idiota de mi marido yo os seguí. Acababas de robar a un millonario, pero de camino a casa le diste dinero a un mendigo. Lo hiciste casi instintivamente.

—No lo recuerdo.

—A eso me refiero. Mira, todo en esta vida se puede aprender, salvo la calidad humana, por lo menos no a una edad adulta. Por eso os elegí.

Me quedo callada porque no puedo rebatir su argumento. Gigi me dice que descanse, me recuerda que puedo contar con ella para lo que sea y se marcha. Perfecto, me acaba de destrozar por completo.

A pesar de que os puede parecer una locura, lo cierto es que la conversación con la millonaria excéntrica me hace sentir en paz con el universo. ¿Sabéis cuando uno tiene náuseas, que apenas puede respirar y vomita echando hasta los higadillos? Pues esto es algo así. De repente me he sacado de dentro toda la basura y estoy agotada. Creo que ya es hora de descansar de verdad, al menos por una noche.

A la mañana siguiente me aferro a la rutina. Bajo al sótano para meditar un poco. Por desgracia me resulta imposible porque no dejo de mirar hacia el cuarto de los materiales. Me dejé partes por descubrir en la tercera planta. Voy a subir. Me dirijo con paso firme, agarro el pomo y, con una gran sonrisa de triunfadora, tiro con todas mis fuerzas. No abre. Debe estar atascada. Tiro tres veces más hasta que me doy cuenta de que está cerrada con llave. Dice que confía en mí. ¡Y una mierda!

Subo a mi habitación muy enfadada. Más vale que nadie se cruce conmigo. Nada más entrar en mi cuarto, mi teléfono vibra. Es un mensaje de un número desconocido. Una flor de lis aparece ante mis ojos con una dirección. Es el mensaje que toda la casa espera. Pero ¿sabéis qué? No se lo voy a dar. Pienso ir sola. Ya les daré la información cuando me dé la gana. Van a saber de lo que es capaz Vera. La nota reza:

En mi apartamento hoy a las tres de la tarde.

Perfecto. Me largo a pasar el día por ahí hasta que llegue la hora de la cita. Entro en el centro comercial dispuesta a darme algún capricho ahora que tengo dinero. Después de pasar media hora de tiendas, me voy a comer algo. No me gusta ir de compras, las odio. La comida me gusta más.

A las tres menos cuarto estoy dentro del apartamento de Cloe. Aún conservo una copia de la llave. En la mesa hay un ordenador portátil encendido. A ver con qué me sale ahora. Le ha cogido el gustillo a jugar al misterio. Espero que no me haya preparado una *escape room*. Aunque, en cierto modo, no la culpo, ella estaba acostumbrada a mandar, pero con Gigi le era imposible.

—No había lugar para dos hembras alfa, ja, ja, ja —me río sola.

—Tú en tu línea, Vera. No cambies nunca —dice una voz desde el ordenador.

De repente aparece la enorme cara de Cloe.

—Joder, Cloe, qué susto me has dado. Aléjate de la cámara. Menuda cara de ensaimada. ¿Me estabas espiando?

—He escuchado el pedo que te has tirado.

—¿Un pedo? ¿En serio? Ese Honoré te ha provocado un serio retroceso mental.

—Hola, Vera —interrumpe Honoré—. Para nada. Creo que simplemente es feliz —añade el robaamigas.

Se hace un silencio incómodo.

—Bueno, veo que has venido sola a la reunión. Espero no haberlo puesto todo patas arriba —dice Cloe con una sonrisa socarrona.

No voy a darle el placer.

—No, bueno, he preferido venir sola por si querías hablar de algo que debiera quedar entre nosotras dos… tres.

—Poco hay que quede por contar. Honoré y yo nos entendimos muy bien desde el principio. Leímos nuestras almas, ¿sabes?

¿Perdona? ¿Quién eres y qué puñetas has hecho con mi amiga misándrica?

—Oye, no te quiero ofender, pero estás fatal. Ese tipo te ha lavado el cerebro. Podías haber puesto en práctica algo de… —Me paro en seco porque no sé quién sabe qué—. Estamos aquí para que me digas dónde está la alfombra. Acabemos con esto.

—Me parece que estás algo resentida todavía. Se te pasará porque soy tu amiga y me quieres.

Mi respuesta es una mirada perdida.

—El Cardenal tiene la alfombra —dice Cloe devolviéndome a la realidad.

—Eso ya lo sé.

—La tiene en una casa. En su casa favorita. Tienes las coordenadas y toda la información necesaria en un sobre debajo del ordenador. Ábrelo después.

—¿Ahora te comunicas por coordenadas? Si ni siquiera sabes distinguir el norte del sur.

—Uy, qué espabiladilla te has vuelto, mocosa —dice Cloe con tono jocoso.

Parece que nada le molesta. El amor la ha cegado.

—Tengo muchas preguntas. Lo mínimo que puedes hacer es darme algunas respuestas.

La pareja se mira. Permanecen un instante en silencio y Honoré responde.

—Claro que sí, amiga.

Trato de ignorar el comentario de Honoré.

—¿Por qué me has dejado un sobre? Ya que te has molestado en venir a colocarlo, te podrías haber quedado.

—Vera, ya conoces la respuesta. No quiero que nos coja Gigi. Además, no hemos sido nosotros quienes hemos dejado el sobre.

—¿Dónde estáis?

—Todo a su debido momento, *mia cara* —dice mi supuesta amiga imitando a Gigi.

—Vete a la mierda, Cloe.

—Hija, qué sensible. No te puedo dar esa información, pero te diré que no estamos en el mismo continente. ¿Algo más?

—Sí, ¿qué relación tienes con el Cardenal? — me dirijo a Honoré esta vez para escuchar de viva voz su respuesta.

—Es mi padrino.

—Vaya, que sois un par de traidores. Cría cuervos…

—Es mi padrino, pero no estoy de acuerdo con todo lo que hace. Esa alfombra es el legado familiar de Gigi, eso es sagrado. La familia es lo más importante del mundo.

Sería un momento perfecto para decirle que su padre es un capullo y que tiene una hermanastra. Tengo que morderme la lengua mucho. No quiero perjudicar a Sofía. Prefiero guardarme ese as en la manga.

—Cloe, podrías traer la alfombra tú. Ahora que formas parte de la familia seguro que puedes entrar fácilmente en la casa.

—No, no, ni hablar. Una cosa es daros la información y otra es robar. No se roba a la familia —dice indignado Chevalier.

Será hipócrita.

—Oye, Cloe, ¿podemos hablar a solas?

—Podríais, aunque después me lo va a contar todo —suelta el muy idiota.

—Vale, entonces le diré lo que quiero decir contigo presente. Cloe, ¿por qué estás con ese cretino? No va contigo. Tú eres fuerte, independiente. ¿Desde cuándo confías tanto en un hombre? Además, no sabes a lo que se dedica de verdad. A lo mejor es traficante de armas o de drogas o algo peor… —le digo intentando advertirla del peligro sin insinuar siquiera que es hermanastro de Sofía e hijo de un cabrón.

—Puedes estar tranquila, Vera, sé cuidarme solita. Eres tú la que siempre necesita que le saquen las castañas del fuego. Te ahogas en un vaso de agua.

—Mira, haz lo que te dé la gana. Yo ya te he avisado. No te fíes de él ni de nadie de su familia. Y mucho menos de su padrino.

Cierro la tapa del ordenador de golpe. Espero de todo corazón que mis palabras remuevan algo dentro de Cloe. Abro el sobre.

Por primera vez soy yo quien convoca una reunión. Encargo a Gigi que llame a todo el equipo. Al principio se molesta, pero cuando le digo que ya sé dónde está su alfombra, se traga sus palabras. Supongo que me lo va a hacer pagar. Poco importa, me he quedado muy a gusto.

En la oficina todos están ansiosos por saber qué ocurre.

—Hola a todos.

—Hola, jefa —dice Jean-Luc con mofa.

Pinto una sonrisa falsa para expresarle que su broma no me hace gracia.

—Os he reunido aquí porque Cloe ha contactado conmigo.

—¿Cómo? ¿Por qué no nos lo has dicho?

—Adrien, he querido verla a solas porque necesitaba algunas respuestas.

—¿Has estado con ella? —pregunta Gigi intentando ocultar su sorpresa.

—Sí. Bueno, no. La he visto por videoconferencia.

—¿Y ha disipado tus dudas? —pregunta Adrien notablemente molesto.

—Por el momento, sí. Me había dejado un sobre con la información en el lugar de encuentro. Sofía, ¿puedes decirnos a qué lugar corresponden estas coordenadas? —pregunto y comienzo a sentir la erótica del poder. ¡Soy una diosa!

—Amiga, esto es Moscú —dice en cuestión de segundos.

—Vaya, pensaba que estaría más cerca.

—¿El qué?

—La alfombra, Adrien, ¿qué va a ser? Es la residencia favorita del Cardenal.

—No me extraña, allí seguro que tiene vía libre para sus negocios —añade Jean-Luc.

—Hay unos planos de la casa —dice Sofía.

—Perfecto, entonces habrá que ponerse manos a la obra. Equipo, os vais a Moscú.

9

Operación Kerman

Al día siguiente de la reunión, nos volvemos a encontrar. Sofía ha estado trabajando toda la noche para planear la incursión en la mansión del Cardenal. Llevaremos a cabo la Operación Kerman dentro de una semana. Mientras tanto, debemos prepararnos física y mentalmente. Sobre todo, mentalmente, porque los he dejado bastante tocados con mi cita con Cloe. Todos tienen preguntas, bueno, Sofía no porque no se acuerda. Sin embargo, los chicos me rondan para obtener información. Lo siento, pero no va a poder ser. Van a tener que drogarme de nuevo para que les cuente que Cloe no estaba sola y el tipo de relación que mantiene con Chevalier. Es más, descarto explicarles por qué no informé de nuestro encuentro. Ahora me temen un poco, o por lo menos me respetan más. Gracias, Cloe.

Es impresionante lo que consigue un chute de autoestima y algo de poder. Lo he dado todo en los entrenamientos de krav magá. Disparo mejor que nunca y estoy emocionada por ir a Moscú. Primer día, superado.

Durante la cena, los chicos me acorralan.

—Y ¿cómo está Cloe? —empieza Jean-Luc.

—Pues está muy feliz. Radiante, la verdad. Hasta hace bromas.

—¿Te ha dicho dónde está? Bueno, no puede estar lejos si te ha dejado un sobre.

—Jean-Luc, esa misma pregunta le hice yo. Me dijo que no diera por hecho que había sido ella la que había dejado el sobre. Ignoro dónde está. Sólo vi una pared blanca. Aunque…

—Aunque ¿qué? —pregunta Adrien, ansioso.

—Nada, seguramente sea una tontería. Es que creo que había luz artificial.

—Era de noche allí. ¿Y aquí? ¿A qué hora fuiste?

—A las tres de la tarde.

—Vale, deben de estar al otro lado del mundo —concluye Adrien.

—A lo mejor era un escenario preparado. No lo podemos saber. ¿Qué más da? Ya tenemos la ubicación de la alfombra.

—¿Y no crees que Sofía tiene derecho a hablar con su hermanastro?

—Pues no lo sé, Jean-Luc. Puede que no quiera saber nada —respondo consciente de que eso es improbable—. En cualquier caso, el planeta es enorme, es imposible saber dónde están con ese dato. Partiendo de la base de que fuera cierto, claro.

—Prefiero hacer un análisis prospectivo.

—¿Un qué?

—Un análisis de los diferentes escenarios que nos podemos encontrar en la misión y el posible rol de Cloe y su amiguito. Eso implica descartar los países en los que no están y centrarme en los que pueden estar.

—¿Y eso en qué nos va a ayudar?

—*Think outside the box* —dice Jean-Luc.

—Pues en función de los países que me queden después de estudiar la diferencia horaria, buscaré cualquier vínculo con Rusia, Moscú, el Cardenal o la compraventa de armas, algo a lo que sabemos que se dedican el padre de Chevalier y nuestro amigo el pájaro rojo —explica Adrien.

—Parece muy complicado.

—No lo es si tienes el cerebro entrenado —dice Adrien.

—Un cerebro ágil —añade Jean-Luc.

—¿Tú qué eres, el apuntador? —le suelto harta de que complemente a Adrien.

—Hay que considerar todas las variables y, en función de eso, imaginar los posibles escenarios en los que nos podemos encontrar. Y, por supuesto, planear salir de ellos sanos y salvos.

—Eso ya lo habrá hecho todo Sofía, ¿no? ¿Cómo ha trazado el plan, si no?

—Efectivamente, lo ha hecho con la información de la que disponía. Ahora hay más variables. ¿No recuerdas nada más? ¿Qué ropa llevaba, por ejemplo?

—No. Bueno, ella llevaba un jersey como de punto y él…

—¿Él? ¿Has hablado con él y no te parece una información relevante que darnos? —pregunta alarmado Jean-Luc.

—Es que…, bueno, no sé —digo avergonzada—. Él llevaba un polo muy pijo de cuello de pico.

—¿Él te dijo algo?

—No, estuvo al lado de Cloe. Lo único que hizo fue dejarme claro que no tienen secretos y que están muy unidos.

—Será mejor que te vayas a descansar, yo voy a pasarle la información a Sofía.

Adrien se marcha mientras Jean-Luc recoge la cocina. Yo me quedo sentada como la perfecta botarate que soy. Al principio de la velada me sentía empoderada. Tenía todo el poder. Esos dos me han sonsacado toda la información sin darme cuenta. Soy idiota, ya puedo volver a ser la insegura novata de la casa. Ya no tengo armas. Me levanto sin decir nada y subo a mi habitación. Por lo menos he olvidado que Adrien es un homicida. Ni siquiera se me ha pasado por la mente de manera fugaz. Malditos sean, me siento peor que nunca.

La noche pasa. Hasta el sol sabe que la he cagado porque no quiere salir. Un montón de nubarrones cubren los cielos de Le Vésinet. Me voy directa a desayunar, no me apetece el yoga. En realidad, sólo tengo ganas de quedarme en la cama.

Jean-Luc está preparando el desayuno.

—Buenos días, JL.

—¿A eso me has reducido? Buenos días a ti también, V.

—No es el mejor día de mi vida.

—Ya se nota. Sin embargo, vas a tener que ponerte las pilas con este magnífico batido de proteínas. Hoy vamos a hacer algunos simulacros. Nos han preparado un escenario de película de Hollywood. Ponte algo bien estrecho.

—¿Perdona? Oye, lo último que necesito es que te comportes como un macho cabrón.

—Se dice macho cabrío.

—Se dice como a mí me dé la gana.

—Sí que te has despertado con el pie izquierdo. No te lo he dicho por lo que piensas, sino porque lo que te pongas no debe tener ni un solo hilo colgando, pueden saltar las alarmas.

Me termino el batido.

—Nos vemos todos en media hora en el jardín —dice mientras me alejo.

La cabeza me está dando vueltas. Creo que me apetece desmayarme. Voy en busca de Sofía porque quiero saber si puedo localizar el número de teléfono desde el que Cloe se puso en contacto conmigo. Tengo suerte, la hallo frente al ordenador.

—Buenos días, Fifi.

—Hola. ¿Qué tal?

—Bien. Mira, si no estás muy ocupada me gustaría pedirte un favor.

—Dispara.

De pronto me viene a la mente el día en el que casi me vuela la tapa de los sesos.

—Tengo un número de teléfono que quiero localizar u obtener cualquier información —digo estrechando un pedazo de papel con el número.

Sofía se pone a teclear y a hacer cosas raras.

—Es un número de prepago, de esos que puedes comprar y desechar. No está activo.

Perfecto, Cloe se ha volatilizado. Me parece increíble la cantidad de recursos que tiene una civil. Desde luego es cierto lo que dicen de que el dinero facilita la vida al máximo.

—Fifi, ¿te puedo preguntar algo?

—Claro…, amiga —responde al darse cuenta de que no recuerda mi nombre.

—¿Te gusta vivir aquí?

—Sí, este es mi hogar. El perímetro de esta casa es mi zona de control.

—¿Y confías en todos los habitantes de la casa? Ya sabes, Jean-Luc, Adrien y Gigi.

—Claro que sí. Gigi me ha cuidado como a una hija. Y los chicos siempre me han cubierto las espaldas.

—¿Quieres decir desde que trabajabais para la inteligencia iraní? —suelto por si suena la flauta.

—Sí, bueno, hemos trabajado juntos, pero yo nunca he trabajado para los iraníes. ¿Quién te ha contado tal cosa? Si estás aquí es porque Gigi confía en ti, aunque esa pregunta me hace desconfiar de ti.

—No te preocupes, es que a veces confundo los datos. Soy lo peor. Vamos, tenemos que ir al jardín. Nos han convocado allí.

Una alarma en el teléfono de Sofía suena para corroborar mis palabras. Me viene perfecto porque he de mantenerla ocupada el tiempo necesario para que olvide esta escena. No quiero que anote nada. La animo a bajar juntas y le pregunto si sabe qué vamos a hacer.

En el jardín nos espera un *buggy* de golf. Nos subimos los cuatro y nos adentramos en el bosque de la mansión. Adrien frena y nos invita a bajar. Todos parecen conocer el lugar en el que estamos porque se dirigen con paso decidido hacia un punto y levantan una trampilla oculta entre hojas y vegetación. Jean-Luc la abre y Sofía se pierde en la oscuridad.

—Venga, ¿a qué esperas? —dice Adrien apoyando la mano en mi cintura.

Un escalofrío me sacude el cuerpo entero. Esta vez no es excitación lo que me provoca, sino una extraña sensación de miedo y desconfianza. Ahí abajo nadie me encontraría ni en mil años. Estoy sumida en una espiral de oscuridad y pánico. No entres en la condición negra. Me cago en Cooper y sus colores.

—Vera, *mia cara*, ven —me sorprende la voz de Gigi, que parece salir de las escaleras.

Gladys me saca del trance y me arropa con un halo de confianza. La última conversación que tuvimos me exasperó, pero me transmitió un mensaje de seguridad. Miro a Gigi, miro a Sofía, quien sonríe, como siempre. Jean-Luc me hace el gesto con la mano y Adrien… La verdad es que él es el único causante de este malestar. Conocer su pasado me ha descolocado y me he montado una historia en la cabeza juzgándolo por lo que hizo. Sin embargo, la única certeza es que ignoro los detalles. No conozco la realidad en la que vivía ni las circunstancias de un acto tan atroz.

¿Sabéis? Esto me recuerda a una escena que viví en un avión hace años. La mujer que me tocó al lado reclinó su asiento. Detrás tenía a una señora de unos setenta años que comenzó a empujar el asiento sin mediar palabra. Cuando la primera la increpó, la segunda empezó a gritar y decirle que no tenía derecho a reclinar el asiento. Ambas armaron un gran revuelo. Casi llegan a las manos. Algo que me sorprendió porque parecían señoras con clase. Los asistentes de vuelo enseguida intervinieron para explicarle a la señora molesta que los asientos son reclinables y cualquiera tiene derecho a descansar. Ante la imposibilidad de controlarla, la reubicaron. La primera señora volvió a su asiento, a mi lado, y se echó a llorar. Pocas veces me entrometo en las vidas de los demás, si bien esa ocasión lo merecía.

Le ofrecí un pañuelo y le pregunté si estaba bien. Sólo hizo falta eso para que me explicase que su marido había muerto tres días atrás, que lo había enterrado el día anterior y que volvía a casa de sus padres porque la soledad de París era insoportable.

Lo que quiero decir es que el resto de los pasajeros pensarían que era una maleducada faltando al respeto a una señora mayor. Pocas veces analizamos una situación antes de reaccionar. Si empatizásemos antes de atacar o juzgar, posiblemente nos ahorraríamos muchos problemas. Puede que Adrien merezca el beneficio de la duda, ¿no creéis?

Salgo de mi letargo. Avanzo hasta el primer escalón de un túnel que acaba en un suelo de parquet cubierto con una enorme alfombra crema y azul. Conforme me acerco al final se abre ante mis ojos un universo subterráneo. La habitación es pequeña y acogedora.

En un segundo me encuentro rodeada del equipo. Gigi se acerca a una puerta.

—Bienvenida al verdadero lugar de entrenamiento —dice descubriendo un largo pasillo—. Vamos, ven conmigo.

Al igual que hizo cuando llegamos a la casa, me muestra lo que oculta cada puerta a lo largo del pasillo.

—Aquí tienes la sala Indiana Jones —dice abriendo la primera puerta—. Se llama así porque aquí vas a conseguir objetivos sorteando trampas. Tenemos ejercicios con láseres para practicar la concentración esquivándolos, ejercicios de equilibrio, obstáculos…

La sala está dividida en cuadrículas que albergan diferentes pruebas.

—El ejercicio de equilibrio no parece muy difícil. ¿Supongo que será cruzar hasta el otro lado sin pisar fuera de la línea roja? —digo al ver una línea roja pintada en el suelo.

—No exactamente. Hay que cruzar de un extremo a otro, pero sin caer de la cuerda.

—¿Qué cuerda?

—La de ahí arriba.

—Es una altura aceptable. Además, está la colchoneta —hablo mirando hacia el techo para chulearme.

—Aquí es aceptable en estas condiciones. Si lo consigues en las condiciones extremas a las que te vas a someter, podrás caminar a cien metros de altura con los ojos cerrados con total tranquilidad —me anticipa Gigi.

Vale, empiezo a sentir algo de miedo.

—Vamos a la siguiente habitación. ¿Alguna vez te ha atraído abrir cajas fuertes y desactivar bombas? —pregunta a sabiendas de que la respuesta es negativa.

—En las películas parece emocionante.

—En las películas nadie muere. Sabes que están actuando, ¿no? —se mofa Jean-Luc.

—Jean-Luc, no te cloenices, por favor, no te pega ser borde —le respondo.

Se hace el silencio unos segundos. Hace un par de meses, la Vera de antes habría sonreído tímida y se habría tragado la humillación. La Vera de ahora sabe krav magá, manejar un arma y ha sobrevivido a un interrogatorio.

—Como iba diciendo, en esta sala aprenderás nociones básicas de todo. Por el momento no vas a ser experta de nada. Tranquila, no

vas a saltar por los aires.

Sigo sin saber lo que la excéntrica multimillonaria me tiene preparado. Me habla de «por el momento» como si hubiese un «más tarde».

—Continuemos, *mia cara*. Esta es la sala de los interrogatorios. —Abre la puerta de un pequeño cubículo blanco de unos ocho metros cuadrados.

Me río para mis adentros. Lo que no saben es que, lejos de notar ansiedad por el diminuto tamaño del cuartucho, me sentiré más bien como en casa. Me recuerda mucho a mi apartamento zulo. Sólo hay una mesa de metal y dos sillas del mismo material, una a cada lado de la mesa. La verdad es que, si me apuráis, hasta el mobiliario es casi el mismo que tengo yo.

—¿Me vais a drogar de nuevo? —pregunto con cierta inquina.

—Sólo si tú quieres —dice Adrien en un torpe intento por recuperarme. Creo que ha notado que no estoy cómoda en su presencia.

—Niños, comportaos —interrumpe Gigi—. Además de aprender a superar interrogatorios, vas a aprender a interrogar. Sofía te enseñará algunas técnicas.

Sofía es una caja de sorpresas. Debajo de ese aspecto frágil de niña ingenua, se esconde una fiera despiadada.

—Y *ecco*. Esto es todo —concluye Gigi—. ¿Alguna pregunta?

—Sí, dos. Una: ¿eres consciente de que sólo tenemos unos días antes de la operación y por tanto es imposible aprender todo esto? Dos: ¿qué hay detrás de esa puerta? —pregunto señalando hacia una puerta negra al final del pasillo.

—No pretendo que sepas hacerlo todo para el día de la operación. Únicamente aprenderás lo necesario, por ahora.

Otra vez, «por ahora». Os preguntaréis por qué no le pido que me explique a qué se refiere y qué me tiene preparado. Pues simplemente porque ya conozco la respuesta: «Todo a su debido momento, *mia cara*».

—Y, en cuanto a la segunda pregunta… Todo a su debido momento, *mia cara*.

¿Veis? Ahí lo tenéis. Es inútil preguntar.

—Por cierto, en la sala de entrada hay una puerta de la que sí te puedo hablar. Es un búnker. Un refugio. Tenéis todo lo necesario en caso de emergencia, ya sea porque alguien os persigue o porque estalle la tercera guerra mundial. Sofía y yo vamos a profundizar un poco en Rusia. Nos quedan algunos flecos sueltos. Adrien empezará las prácticas contigo.

Se marchan todos y nos dejan a Adrien y a mí bajo tierra. Sé que he dicho que no tengo derecho a juzgarle porque no conozco todos los detalles de la historia, pero tengo miedo. Adrien se ha convertido en un extraño para mí. Es más, es un extraño peligroso. ¿Conocéis la frase «es más feo que pegar a un padre»? Pues él ha matado a su madre. Le ha quitado la vida a la mujer que le dio la suya. Voy a empezar a hiperventilar. Él se percata.

—¿Estás bien, Vera? Te noto rara.

—Sí, estoy perfectamente.

—No me lo parece. Me gustaría que confíes en mí…

Como no articulo palabra, continúa:

—¿Por dónde quieres empezar?

—Tú eres el profesor.

—Bien, entonces comencemos por los obstáculos.

Vamos a una habitación preparada con sacos de boxeo en los dos costados. En el centro un galimatías de líneas de tres colores: blanco, azul y verde.

—Vera, tienes que cruzar de un lado al otro de la sala. Debes seguir la línea blanca en este caso. No puedes pisar fuera.

La línea tiene como diez centímetros de ancho, un tamaño razonable para hacer equilibrios. No es tan difícil.

—Empieza, tienes un minuto para cruzar quince metros.

—De sobra.

—¡Ya!

Comienzo a caminar con mucha seguridad. Mi agilidad es sorprendente. Menuda chorrada de ejercicio. Adrien me mira sonriendo. ¡Qué fácil es esto!

De pronto un golpe me derriba.

—¡Eliminada! Vuelve a empezar.

—¡Me has lanzado el saco de boxeo a traición! Así no puedo concentrarme en la línea blanca.

—Por supuesto. Los malos no van a avisarte cuando te ataquen.

—Vale, te toca. Sigue la línea verde. ¿Preparado? Dame el mando.

Hay cuatro sacos a cada lado, todos ellos numerados. El mando activa el que deseemos.

Adrien se coloca, respira y me dice que está listo. En cuanto da el primer paso comienzo la maniobra de distracción.

—¿Soy importante para ti? —pregunto a la vez que activo el primer saco de la izquierda.

Adrien se ha entrenado porque lo ha visto venir y me ha respondido al mismo tiempo.

—Claro que sí, cariño.

Continúa caminando. Activo un par de sacos de cada lado, y los esquiva con total facilidad.

Aprovecho el momento para sacarle más información. Necesito saber quién es Adrien.

—¿Es verdad que mataste a tu madre? —pregunto sin más y lanzo el último saco.

Desde luego la pregunta le ha afectado porque le da de pleno. Cae al suelo. No se mueve, se queda quieto con la mirada clavada en el suelo. A lo mejor me he pasado al soltar la pregunta a bocajarro.

—Adrien. Oye, yo… —Me arrepiento al segundo porque pone una cara como si le hubiese clavado una daga en el corazón y la estuviese retorciendo.

—Hay formas de preguntar las cosas. Siempre he sido comunicativo contigo, no entiendo a qué viene este ataque —me responde un Adrien vulnerable y deshecho—. ¿Sabes lo que es la bipolaridad?

—Sí, una enfermedad mental.

—Yo la sufro. Sufro de bipolaridad ocasional. No he tenido una vida fácil. Y, para más inri, me junté con la gente equivocada. Tomé algunas decisiones nefastas, como unas pastillas que hacían volar. Me evadía de todo. Un día las tomé en un momento de fuerte depresión. No hubo subidón. Volví a casa para meterme en la cama. Cuando entré, mi madre se percató rápidamente de que algo iba fatal. Me preguntó qué me pasaba. Por desgracia, ella estaba en la cocina y llevaba un cuchillo. No sé qué me dijo, pero sí sé lo que entendí. Creí que me decía que estaba harta de mí, que era una

carga para ella. Me sentí la persona más insignificante del mundo. En ese momento yo era una mierda de chaval sin futuro. Estaba solo y la persona que debía cuidarme me amenazaba con un cuchillo y me decía que era un pedazo de basura. Me defendí, Vera, simplemente me defendí de una mujer con un cuchillo, sólo que no era un cuchillo, sino una espátula. Y esa mujer era la persona que me trajo al mundo.

—¿Qué pasó después?

—Mis sentidos estaban alterados, obnubilados. No te imaginas lo que llevaba esa droga. Obviamente, mis abogados alegaron que fue culpa de los estupefacientes. Un adolescente de buena familia perdido por haber crecido sin padre. Me costó trabajo social y rehabilitación.

—Tomaste el camino equivocado. Y tuviste mucha suerte porque, para serte sincera, no llamaría «condena» a esa sentencia —digo con miedo a enfrentarme a las palabras que estoy pronunciando.

—Me merecía una condena a muerte. Habría preferido morir.

—¿Por qué no alegaste que eras bipolar? Los abogados suelen usar esa baza, aunque no tenga nada que ver con el hecho delictivo, como fue en tu caso. —Me siento frente al ahora imperfecto asistente.

Adrien se queda en silencio unos segundos que me parecen horas.

—¿Sabes, Vera? De las drogas se sale, de la enfermedad mental no. Aunque existen muchos prejuicios contra los exdrogadictos, siempre hay alguien que está dispuesto a darles una segunda oportunidad. Lo que comúnmente se llama locura es una prisión de la que no se puede escapar.

—Hay tratamientos, ¿no?

—No se trata de eso. Es una prisión porque las llaves de nuestra libertad, las de la comprensión por parte de la sociedad, las tienen los demás. Sin las drogas que tomaba, yo estoy bien. Mis cambios de estado están controlados. Mi vida es normal.

—Me alegra oír eso —le digo con la mano en el corazón.

—Supongo que, si sabes lo de mi madre, también sabes que después me dediqué a cocinar.

—Eso fue un chantaje, ¿no?

—Sí, un chantaje agravado por el sentimiento de estar atrapado en mi cuerpo. Me costó salir de la adicción.

—En cualquier caso, tu pasado te ha convertido en lo que eres, Adrien. Un hombre sensato, sensible y protector.

—Es posible. De todas formas, lo mío ocurrió hace más de quince años. Ahora lo importante es que mi vida está encauzada —dice ruborizado.

—Gigi te ayudó mucho en su día. Ella creyó en ti.

—Es una gran mujer. En serio, Vera, no la traiciones y tendrás una red de seguridad para siempre. Jamás te abandonará. Nunca me ha dejado atrás.

—Yo tampoco te voy a dejar —digo sosteniendo sus manos entre las mías.

Me doy cuenta de que me he puesto muy intensa. Posiblemente le trae al pairo que le deje. Es un momento tierra trágame.

Para mi sorpresa, Adrien me corresponde con una sonrisa. Se acerca a mí para besarme. Podría hacer una cobra. Sería lo más sensato, pero no me apetece ser sensata. Me apetece sentir la seguridad de los brazos de Adrien y el calor de sus labios.

A decir verdad, es un beso casto y puro, un beso de apoyo y empatía.

—Creo que deberíamos quemar calorías entrenando.

Estoy de acuerdo, no es momento de más. Permitidme que os dé un consejo: cuando estéis en un momento de bajón, de intensidad emocional, jamás tengáis contacto íntimo con nadie. Las relaciones que empiezan desde la desesperación o la tristeza nunca salen bien. Es más, son la antesala del arrepentimiento.

Pasamos cerca de una hora más entrenando. Esta vez estamos más relajados. Adrien me lleva a la entrada. Allí hay una pequeña nevera con refrigerios. Mientras tomamos agua nos miramos más cómplices que nunca.

—Y ya que te estás sincerando, podrías decirme qué hay detrás de la última puerta.

El encantador asistente sonríe.

—Vale. Sinceramente, no te lo voy a decir, cariño. Venga, vamos a darnos una ducha —dice cogiéndome de la cintura.

—Oye, no, no estoy preparada para eso —respondo nerviosa.

—Una ducha cada uno en su cuarto. —Se acerca una vez más a mi oreja derecha—. El día que te frote ese cuerpo espectacular que tienes no será después de sudar. Será antes de sudar.

Cabrón, cabrón, cabrón. Lo ha vuelto a hacer. Ya me saca ventaja de nuevo. Tengo que dar una respuesta ingeniosa que le deje por los suelos.

—Cariño, sólo sudaré contigo el día que te dé una paliza. Tus jueguecitos de casanova no te sirven conmigo. A ver si nos ponemos serios, que tenemos una alfombra que recuperar.

El cubo de agua helada que acabo de echarle a la cara le corta el rollo. Está claro que le ha molestado, pero no estoy segura de querer jugar a su juego. Aunque estoy satisfecha con la buena comunicación y su sinceridad, todo lo que me ha contado me ha afectado. Supongo que tiene razón con eso de que las enfermedades mentales son un estigma. Conscientemente no quiero posicionarme como una mujer con prejuicios. Inconscientemente es otra cosa. He de trabajar mucho todavía.

—Tú, a tu ducha, y yo, a la mía. Hala —le digo dándole una palmada en el trasero.

—No me vuelvas loco, Vera.

Y así es como me convierto en el macho alfa.

Después de la ducha, nos disponemos a cenar algo exótico que ha preparado Jean-Luc. Gigi nos acompaña.

—Qué sorpresa, Gigi —digo.

—Estamos en la recta final antes de la operación. Tenemos que atar todos los cabos sueltos. Sofía tiene información nueva.

—Las coordenadas que tengo son: Latitud: 55.788900 | Longitud: 37.218600. Se corresponden con una enorme mansión en Pozdnyakovo, a veinticinco kilómetros de Moscú. El Cardenal tiene matones por toda la mansión, así que vamos a tener que aplicarnos.

—Pero ¿no lo habías planeado todo? —pregunto.

—Tú debes ser Dalia.

—¿Perdona?

—Ese será tu nombre en la misión. Las flores eran nombres en clave que utilizaba Sofía en su trabajo antes del accidente. Es una forma de facilitarle las cosas.

—Lo he planeado todo. Aun así, debemos tener mil ojos. Tenemos que mantener la condición roja de Cooper. Jean-Luc entrará dentro de tres días en la mansión. El Cardenal es un gran comedor, le encanta que le cocinen. Se le ha antojado la gastronomía francesa. Hemos conseguido que contrate al chef Pierre Delacroix, que será Jean-Luc.

—Perfecto, lo puede envenenar lentamente si quiere —digo sin pensar mucho.

Todos se quedan en silencio. Los cuatro me miran estupefactos.

—Vera, *mia cara*, el Cardenal es un ladrón, no es santo de mi devoción, pero no por eso lo vamos a matar. Espero que no te hayamos enviado el mensaje incorrecto. Me estoy empezando a preocupar.

—No, no, sólo pensaba en voz alta. Es que me parece una imprudencia por su parte cambiar de chef. No me parece una actitud propia de un hombre que seguro que tiene más de un enemigo.

—El Cardenal toma precauciones. Mi contratación ha sido rápida, pero te aseguro que me han estudiado a fondo. Lo saben todo de mí. Bueno, de Pierre. Además, el Cardenal tiene a gente que se dedica a probar su comida antes de servírsela. Yo sólo os voy a informar con antelación de quién trabaja en la mansión, los horarios, las medidas de seguridad, etc. —dice Jean-Luc.

—También sabemos que el Cardenal es un buen anfitrión. Le gusta dar fiestas y presumir de lo que tiene. El día de nuestro golpe, celebra una recepción para las personalidades más importantes de Rusia. Hombres sin escrúpulos que se dedican a todo tipo de negocios. Habrá algún que otro político y una seguridad inquebrantable.

—Aaah, y por eso elegimos ese día para convertirlo en el día OK de la Operación Kerman. —Sueno como si hubiese descubierto una verdad universal.

—Exactamente. La seguridad estará dedicada a proteger a los invitados, no la casa. La casa seguirá siendo una fortaleza, aunque todo el esfuerzo se concentrará en el ala de la fiesta. Según la información que tengo, la alfombra se encuentra en el despacho privado del Cardenal. Está situado en la primera planta, justo en el lado opuesto al despacho en el que hace negocios.

—Parece que Cloe nos ha puesto las cosas fáciles —digo tanteando a mis compañeros.

—Supongo que el sentimiento de culpa le pudo —piensa en voz alta Jean-Luc.

—Detecto cierto resquemor —respondo a su reflexión.

—¿Quién es Cloe? —pregunta Sofía.

—Para nada. Habrá tenido sus motivos. No juzgues y no serás juzgado —concluye Jean-Luc.

Jean-Luc es un personaje extraño. Simpático, enigmático, práctico y creyente. No sé por qué me sorprende tanto que tenga fe. Simplemente, no da el perfil.

—Dejadme seguir. Vamos a entrar como personal para la fiesta.

—Perdona, Fifi, pero eso ya está muy visto, ¿no?

—Es la forma más fácil. No puedes entrar y salir con una alfombra sobre los hombros. Los camareros tienen carritos para transportar la cena y la bebida desde la cocina hasta la sala de la fiesta.

—Has dicho que están en lados opuestos. ¿Cómo vamos a movernos con un carro gigante por la mansión? —pregunto.

—Vamos a contar con algo de ayuda. Todo el personal estará identificado. El número de profesionales, el sexo, la edad, el nombre y las huellas dactilares están perfectamente documentados. Huelga decir que, de cualquier incidente que se produzca, se conocerá la autoría en un breve lapso de tiempo.

Vaya, Sofía habla como en las películas. Se toma su trabajo en serio.

—¿Y en quién habéis pensado para cubrirnos?

—El Equipo Espectro.

—Bien, entonces estamos protegidos.

—¿Quién es el Equipo Espectro? ¿Hay más gente trabajando para ti, Gigi? —Me siento desinformada una vez más.

—Espectro se compone de personas que no existen. Tienen la identidad que se les quiera dar. Son comodines. Os clonaremos a ti, Vera, a Adrien y a Sofía.

—¿Cómo? ¿Qué? —pregunto asustada.

—Caracterizaremos a tres miembros del Equipo Espectro como a vosotros. Todos entraréis con el equipo de camareros. No al mismo tiempo, obviamente.

—No entiendo muy bien qué papel tiene el Equipo Espectro —intervengo a sabiendas de que soy la única ignorante.

—Amiga, los matones del Cardenal han memorizado cada rostro. Cualquier cara que no esté en su cabeza está acabada. Por eso necesitáis a Espectro. Os vais a estar moviendo por la mansión, y, cuando os vean, no dirán nada porque estáis autorizados a estar dentro. Jugaremos al despiste.

—Bueno, si he entendido bien, vamos a entrar en la casa y sacar la alfombra en un carro de comida. ¿No creéis que se van a dar

cuenta de que la alfombra no está? A lo mejor incluso antes de que salgamos.

—*Mia cara*, el carrito tiene doble función. Meter una alfombra y sacar otra.

—¡Vamos a dar el cambiazo!

—Exactamente. La alfombra estará en Moscú en tres días. A nuestro Cardenal le gusta tener su minibar siempre bien surtido y todos los invitados lo saben. Le traerán botellas caras. Un par de camareros las llevarán al despacho para colocarlas tal y como le gusta al señor. Los elegidos son los espectros de Adrien y de Vera. Accederán con el carrito de los licores y os abrirán la ventana para que entréis. Adrien llevará la imitación en un canuto de arquitecto. Entre los cuatro cambiaréis la alfombra lo más rápido posible.

—¿Tan grande es? —pregunto.

—No es grande, en realidad mide 110 × 170. Lo que pasa es que, según la información que nos ha llegado, está colgada en la pared justo detrás del ostentoso sillón de cuero desde donde el Cardenal dirige sus negocios —continúa Gigi—. Debéis ser ágiles y raudos. Nada le puede ocurrir. Tampoco puede plegarse de cualquier manera. La enrollaréis como un cigarro. Seréis los encargados de sacarla por donde habéis entrado, por la ventana, vaya. Los presentes se ofrecen después de la cena. Ahí se acaba la cena oficial y empieza el encuentro entre machos multimillonarios. El personal de la cena recoge y se marcha para dar paso al personal de la noche. Ya sabéis —dice Gigi.

—No, no lo sé —digo.

—El personal de noche se compone en su totalidad de mujeres. Están para servirles alcohol, drogas y lo que haga falta —decide

explicar Sofía.

—Cerdos.

Se hace el silencio.

—Bien, Adrien y Vera, vosotros vais directos a la moto con la que habréis llegado. La conduciréis hasta el punto de recogida.

—¿Y el Equipo Espectro?

—Vera, *mia cara*, no te preocupes por los espectros, saben cuidarse solos.

—No me habéis dicho quiénes son ni si trabajan con vosotros…, quiero decir, con nosotros —corrijo, consciente de que ya estoy completamente pringada en este asunto.

—Todo a su debido momento, *mia cara*.

—No sé por qué pregunto.

—Eso digo yo. Mira que eres insistente —dice Jean-Luc.

Recogemos la cocina y nos despedimos. Gigi se marcha a su casa y nosotros nos vamos a descansar.

Por desgracia, tengo los niveles de adrenalina por los aires. Después de la película que nos ha contado Sofía, me resulta imposible dormir. No dejo de darle vueltas a que tengo que viajar a un país extranjero, con una dudosa democracia, y con unas personas que me insisten en que confíe en ellas, pero que me ocultan cosas. Es como estar entre un montón de nubes grises, el aturdimiento prima por encima de todos los demás sentimientos. Además, no hablo ruso, y, si me hablan, me van a descubrir.

Salgo de la habitación como alma que lleva el diablo en busca de Sofía.

Llamo a su puerta y entro sin esperar la respuesta.

—Sofía, ¡no hablo ruso!

Sofía es una superviviente con un arma bajo la almohada. Una vez más, me encuentro frente al cañón de la pistola de una desmemoriada.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Fifi, Fifi, soy Vera, tu amiga. Dalia, ya sabes, la del plan de Rusia. Operación Kerman —le digo señalando el enorme tablón que tiene colgado con la información de la operación.

—Dalia. No deberías entrar así en mi cuarto, a no ser que quieras suicidarte.

—No hablo ruso, Fifi.

Sofía se acerca al tablón, le echa un vistazo repasando la información antes de responder.

—Aquí está. El Cardenal tiene normas estrictas. El personal de servicio no debe hablar, debe ser invisible, pero todo debe estar siempre surtido y la cena perfectamente servida. Si alguno de los comensales se ve en la necesidad de tener que pedir algo, se considerará un error del servicio. Y eso no nos conviene. En cualquier caso, Adrien o Jean-Luc te enseñarán algunas frases básicas.

Los chicos hablan ruso y no me lo habían dicho. Qué sorpresa…

—Ahora, amiga…

—Vera.

—Vera, vamos a dormir.

Sofía se mete en la cama. Antes de que pueda salir de la habitación ya está profundamente dormida. Menudo elemento.

Me voy a mi cuarto e intento descansar.

Abro el objeto de mi entretenimiento, el *Manual del recolector*. Con todo lo que tengo en la cabeza, no consigo concentrarme ni en

leer. Elijo una página al azar y me fijo en la última frase: «Si has sido seleccionado para convertirte en recolector, ¡enhorabuena! Quiere decir que tienes la inteligencia, el valor y la fortaleza suficientes para enfrentarte a los peores demonios. Ahora eres un agente de campo…».

¿Qué es este libro? ¿Será ficción? Pero es que su autor es el recolector primigenio. ¿Será el delirio de alguien? Si es así, ¿por qué ha sido seleccionado para estar en la selecta biblioteca de Gigi? No consigo procesar tanta información, prefiero apagar mi cerebro.

A la mañana siguiente, mientras desayuno, Jean-Luc se sienta a mi lado.

—Hola, Veritas.

—¿Veritas?

—Eres tan sincera y auténtica que el nombre te va perfectamente. Estamos muy contentos de tener a una persona como tú, de confianza, que se adapta a todas las situaciones. Cloe era un poco más terca.

—Pero te gustaba, no seas hipócrita.

—Sí, me gustaba lo cañera que era. Y tú qué, ¿la echas de menos?

—Sí, la verdad es que sí.

—Perfecto, haz las maletas, mañana nos vamos tú y yo.

—¿Qué? Espera, te ibas tú solo pasado mañana para informarnos del funcionamiento de la casa. ¿Qué está pasando?

—Gracias a los datos que nos has dado, hemos localizado a Cloe. Vamos a hablar con ella para aclarar algunas cosas. Ella te aprecia; si te ve, estará más receptiva.

—¿Dónde está?

—En Anadyr. Su nuevo novio explota las minas de diamantes que hay allí.

Cojo el teléfono para buscar dónde está Anadyr. No quiero quedar como una ignorante una vez más.

—Rusia, está en Rusia. Nos pilla de camino. Gigi no quiere que vayas sola, así que yo te acompañaré. Sin embargo, tú tienes que convencer a Cloe de que se ponga de nuestro lado. Eso es cosa tuya.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? Ya lo he intentado.

—Le vas a contar quién es el padre de Chevalier, a qué se dedica y la verdad sobre Sofía.

—No me parece una buena idea. Seguro que luego se lo cuenta a Chevalier y este pone a Sofía en su punto de mira.

—Le vas a contar la verdad sobre Sofía, pero también le vas a mostrar la verdadera cara de Chevalier. Toma, léete este informe, tienes que transmitirle todo lo que hay escrito.

—No sé…

—Venga ya, Vera. ¿La quieres de vuelta o no?

—Sí.

—Pues dale. Mira que eres tozuda. ¡Por el amor de Dios!

—¿Sabes, Jean-Luc? A veces hablas como mi abuela.

—Seguro que era una gran mujer.

Me siento en el salón blanco. El sol ha decidido deleitarnos con su presencia. Me acomodo en su regazo y abro la carpeta.

Honoré Chevalier.

Hijo bastardo de Friedmann. Con dieciocho años es introducido por su padre en el selecto mundo de la delincuencia de las altas

esferas. Es formado en el negocio de la compraventa de armas. Su mente ávida de poder le permitió ampliar sus negocios hacia la trata de seres humanos y el mercado de las antigüedades. Desde el principio es introducido de manera sibilina. Padre e hijo jamás han sido vistos juntos. Este *modus operandi* permite a Friedmann hacer negocios hasta con quienes no quieren a través de su hijo.

—Cloe, espero que te tenga muy engañada porque, si sabes todo esto y sigues con él, voy a perder la fe en la humanidad. Tú, tan fiel siempre a tus ideas… ¿Qué te ha pasado?

Chevalier es el principal proveedor de armas en África, donde se forman milicias de niños que deberán dedicar su vida a la lucha armada. Las mujeres y las niñas son llevadas a países capitalistas para obligarlas a trabajar en el negocio de la prostitución. Las que no son aptas para la explotación sexual son empleadas en fábricas de grandes marcas.

Llaman a la puerta.

—Adelante.

—Hola, Vera —saluda Adrien—. He venido a ver cómo estás y si necesitas algo.

—Eres muy amable. Estoy bien. Gracias.

—¿Qué haces?

—Leo el informe de Chevalier —respondo mirando a la nada.

—¿Estás bien?

—Estoy preocupada por Cloe. No sabe dónde se ha metido. Armas, tráfico de seres humanos, antigüedades. ¿En serio? Sólo le faltan las drogas.

—No, las drogas no las trabaja. Dice que son malas para la salud, una lacra para el hombre.

—¿Perdona? Es una broma, ¿no?

—Para nada. Chevalier es un tipo pintoresco. Es uno de esos multimillonarios excéntricos que piensa que él no explota a nadie, sino que da trabajo y una oportunidad en vida a las personas con las que trafica. De esos que piensan que el trabajo dignifica al hombre. Para él es un trabajo, cree de verdad que lo que hace no está mal. Lo de que no sea remunerado es una minucia.

—¿Y las armas?

—Para él son un medio de defensa. Todo el mundo tiene derecho a defenderse, y él es un facilitador de libertad.

—Vamos, no me jodas, el cabrón piensa que es un buen samaritano.

El silencio se impone entre los dos.

—¿Qué piensas?

—No sé… Cuando hablé con él me pareció una persona sencilla. El carácter del hombre que conocí está muy alejado de lo que me presentáis en el informe.

—No te sientas mal. Un multimillonario no se convierte en multimillonario siendo sincero, honesto y empático. Pensaba que con tu trabajo de escritora de panegíricos de lujo conocerías más a los de arriba.

—Bueno, en mis clientes veía su actitud altiva, con esos toques de egocentrismo narcisista. Pero, al final, yo no conocía sus negocios, no me importaba su actitud. Tan sólo prestaba un servicio. Sin embargo, Chevalier ha engañado a una mujer difícil de engañar. Se la ha llevado, y tengo miedo de que la utilice para luego deshacerse

de ella. Adrien, todo esto es una trampa. Nos quiere en Moscú, nos quiere tener a tiro. Ya me secuestraron y no consiguieron sonsacarme nada relevante. Sea lo que sea lo que buscan, quieren que caigamos todos.

—Vera, no me preguntes nada porque no puedo hablar, pero no fue Chevalier quien te secuestró. Ni el Cardenal. Hay quienes quieren obtener algo que Gigi tiene. Saben que nosotros no hablaremos, así que sólo quedabais Cloe y tú. Cloe estaba pegada a Chevalier, un método muy efectivo para la disuasión de los individuos. El eslabón más débil eras tú. Fue mala suerte.

—¿Mala suerte? Mala suerte es que te salpique un coche con un charco en un día de lluvia. ¡A mí me secuestraron y me drogaron durante dos días!

—Lo siento, cariño —dice dándome un beso en la frente—. La cuestión es que no sabemos por qué razón Chevalier ha traicionado a su padrino y eso nos hace sospechar. Está claro que puede ser una trampa para pillar a quien busca recuperar la alfombra. Por eso tienes que ir a Rusia. Por eso debes encontrarte con Cloe y por eso tienes que traerla de vuelta a casa. Por su bien y por el nuestro.

Adrien tiene razón, tengo que recuperar a Cloe. Tengo que impedir que tire su vida por la borda. Ese tipo la va a destrozar. El problema es que Cloe nunca me ha hecho caso. Le pido a Adrien que me deje sola. Ya he leído suficiente del informe, así que me centro en preparar la maleta.

10

Anadyr

Anadyr me suena muy parecido a anodino. Justo la descripción perfecta del lugar. Para llegar hemos tenido que ir hasta Moscú y después coger un vuelo doméstico. Es curioso lo subjetivo que es el concepto «doméstico». Un vuelo de Barcelona a Sevilla dura algo menos de dos horas. Sin embargo, para ir de Moscú a Anadyr hemos pasado ocho horas en el cielo. Luego hemos tenido que ir por un camino gélido hasta un refugio cerca del escondrijo de Cloe y Chevalier. Lo bueno de este lugar estepario es que casi no hay construcciones y, por tanto, no es difícil encontrar lo que sea que busques. Así que os imaginaréis que localizar una casa en mitad de la nieve ha sido muy sencillo. Ahora sólo falta entrar y ubicar a Cloe dentro de la casa.

Jean-Luc y yo nos encontramos en un hotel próximo a nuestro objetivo.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Con la técnica de la distracción. Yo los distraigo y tú entras.

—¿En serio?

—Estamos en Rusia, el país del vodka —me recuerda Jean-Luc.

—¿Vamos a emborracharlos?

—Cócteles molotov, Veritas. Los lanzaremos estratégicamente para llamar la atención de los matones de Chevalier.

—Habrá que estudiar bien la casa.

—Bueno, quien dice «estratégicamente» dice al tuntún en el mismo punto para que todos estén lo más controlados posible. Tú entrarás por el lado contrario. Tienes poco tiempo porque no sabemos cuántos guardias hay ni cómo de controlada está Cloe. En cuanto se vaya Chevalier a supervisar sus minas de diamantes, entramos.

—Es una misión suicida. Lo mismo no podemos ir a recuperar la alfombra porque dentro de dos días ya estarán los primeros insectos rondando nuestros cadáveres.

—No te creas, el frío conserva muy bien los cuerpos.

—Me parto de risa.

—Sé positiva, Veritas. Y, sobre todo, que no te cojan.

Qué majo es Jean-Luc. Es posible que para él sea una misión rutinaria, pero yo estoy aterrada. Por el momento no me he tenido que enfrentar a ningún matón. Y luego está lo de Cloe. Lo más seguro es que no quiera hablarme. ¿Cómo pretenden que convenza a la persona más terca del mundo?

—Veritas, salgo a prepararlo todo. Vuelvo en un par de horas. Mentalízate y piensa en diferentes escenarios y cómo saldrías de ellos.

—En un par de horas. Ya, claro. No soy James Bond, lo sabes, ¿verdad?

—Aprende a serlo. Eso, o acabamos los dos enterrados en las minas de Chevalier.

Jean-Luc se marcha. Yo me quedo sola en una habitación de hotel bastante mediocre analizando posibles escenarios tal y como me ha dicho mi asistente, al que ahora asisto yo, según parece. En todas las imágenes que me vienen a la cabeza aparezco rodeada de matones armados hasta los dientes, o matones pegándome un tiro, o matones torturándome en un interrogatorio. He de dejar a un lado la negatividad. A lo mejor me encuentro con Cloe enseguida y salimos juntas sin tener que persuadirla porque odia estar en el puto Polo Norte. Joder, qué frío hace. No estoy acostumbrada a las temperaturas gélidas, ni a la oscuridad, ni al olorcillo a rancio de este cuarto de hotel cutre. No puedo parar de dar vueltas en la habitación. Si tuviera un reloj inteligente, de esos que te miden los pasos, seguro que marcaría por lo menos mil kilómetros. Justo en medio de este estúpido pensamiento, regresa Jean-Luc.

—¡Gracias a Dios! Por un momento he pensado que te habías largado y me habías dejado tirada.

—Mira que te gusta exagerar. He dicho dos horas y han pasado dos horas.

—Pues me han parecido una eternidad.

—Toma, aquí tienes tu arma y tu jeringa; los cócteles ya están en el coche listos para servirse.

—Espera, espera. La jeringa ¿para qué?

—Antes he visitado nuestro objetivo. Estamos de suerte, chica. Es un chalé de madera bastante cutre para lo que está acostumbrado Chevalier. Tampoco hay muchos matones. Nadie en su sano juicio vendría a atentar contra esa cucaracha en este infierno de hielo. Por eso no hay mucha seguridad. He contado cuatro hombres, nada que no podamos gestionar.

—Creo que las matemáticas no son lo tuyo. Cuatro contra dos, bueno, contra uno y medio porque a mí no me puedes considerar un efectivo completo.

—Tonterías, Veritas. Estás más que preparada. Lanzamos los cócteles para que arda la casa y hacemos que salgan. Su obligación es proteger a Cloe, así que la meterán en un coche y huirán. No se irán los cuatro, porque tendrán que peinar el perímetro y pillar a quien les ha atacado. Habrá como máximo dos tipos en el coche con Cloe. Y ya estamos en igualdad de número.

—Sólo nos falta detener el coche, deshacernos de los rusos y secuestrar a Cloe. Pan comido —digo sarcástica.

—Veritas, en la vida las cosas son tan complicadas como las queramos hacer. No pongas trabas en tu camino. Ya he pensado en eso, para cuando estén a medio camino las ruedas ya estarán inservibles.

—¿Vas a pincharlas?

—Lo justo para que lleguen hasta donde queremos. ¿Sabes lo bueno de este sitio?

—Creo que no se me ocurre nada.

—Pues que no hay carreteras alternativas. Únicamente está asfaltada y libre de nieve la zona urbana. Bueno, y la carretera que lleva a *chez* Chevalier, porque este sitio es prácticamente suyo, así que…

—Entonces, cuando se bajen a mirar qué pasa, ¿les pegamos un tiro?

—Veritas, no matarás.

Ya estamos con el Mesías.

—Lo que haremos será reducirlos. Que se noten las clases de krav magá.

—Me sentiría mejor con una táser. ¿Tienes una? Seguro que sí.

—Siempre escoges el camino fácil. Toma, anda —dice tendiéndome la pistola de electrochoque.

—Eres un cielo. Es el regalo que toda mujer desearía.

—¿Sabes, Veritas? A veces me das un poco de miedo. Creo que eres un poco psicópata.

—No, para nada. Todos, incluido tú, tenemos pensamientos oscuros. No significa que los vayamos a exteriorizar. Eso sólo ocurre cuando se pierde el contacto con la realidad.

—Espero que sigas mucho tiempo conectada.

—¿Y qué hacemos con Cloe? Ella está con Chevalier por propia voluntad. No le va a hacer mucha ilusión vernos.

—Usa la táser, o la jeringa. Seguro que te perdona, ja, ja, ja.

—¿Te ríes? Jamás me va a perdonar. Es más, me va a odiar. Parece mentira que no la conozcas. Su cerebro tiene un compartimento para guardar el rencor y posiblemente sea el más grande.

—Bah, yo que tú estaría tranquila. Cuando se entere de que la hemos drogado para interrogarla, el secuestro se quedará en una minucia.

—¿Interrogarla? Mierda, nos va a matar a todos lentamente e infligiendo un gran sufrimiento.

—Tenemos que saber qué le ha contado a Chevalier y por qué este ha decidido traicionar a su padrino —dice Jean-Luc al tiempo que se sube la cremallera de la chaqueta con un gesto firme y seguro—. Vamos, Veritas.

Sigo a Jean-Luc por los pasillos del hotel destartalado. Tengo la sensación de que se va a venir abajo en cualquier momento. Esos pasillos amarillentos, que algún día fueron de un elegante color crema, cuentan una historia de desidia y desesperación. Lo cierto es que, a pesar de la seguridad que me transmite el *savoir-faire* de Jean-Luc, me siento sola y desamparada. Si algo le ocurriese a mi protector, no sabría cómo salir de este lugar.

De camino a la casita de Chevalier, Jean-Luc y yo casi no hablamos. Estamos concentrados en la carretera. Todo el tiempo es de noche en este maldito lugar, no hay más que unas pocas horas de sol al día. Nunca había estado en un sitio así, me encuentro desorientada, tengo la impresión de que es medianoche todo el tiempo. Mis neuronas están empezando a cortocircuitar.

—¿Cómo pueden trabajar cuando es de noche todo el día? ¿Y los colegios? Es imposible espabilarse sin unos rayitos de sol o, por lo menos, un poco de luz. Deben ser los mayores consumidores de café del mundo.

—¡Qué exagerada! Supongo que a todo se hace uno.

Llegamos al objetivo. Hemos apagado las luces y nos mantenemos a una distancia prudencial. Más o menos a unos doscientos metros, que es lo que Jean-Luc ha calculado que aguantarán los neumáticos antes de perder todo el aire. Caminamos por el bosque en la oscuridad a siete grados bajo cero. No os podéis imaginar lo que pasa por mi cabeza. Es una mezcla de terror y ansiedad, aderezados con el sentimiento de que es mi último día en la tierra. Esto no es una película, no siento la confianza de una protagonista que sabe que no va a morir. Esto es la vida real, y en la vida real una chica normal como yo es presa fácil para cuatro matones de metro

noventa, ciento veinte kilos de músculo y cero gramos de piedad o conciencia. Se me viene a la cabeza la imagen de mis padres. Los echo de menos. Lo cierto es que hace tiempo que no los visito y puede que ya sea demasiado tarde. Maldita Cloe, ¿qué mierdas le pasa? ¿La crisis de los cuarenta? En lugar de un Ferrari se ha encaprichado de un multimillonario que la lleva igual de rápido que el Ferrari allá donde quiere. Es la única explicación que encuentro, que el dinero la haya obcecado. El lujo, la vida despreocupada. ¿Sabéis? Cuando tienes dinero el sol sale todos los días, incluso los más nublados. Que nadie os engañe. Yo he vivido sin dinero, y ahora, gracias a Gigi, mi nivel de vida ha mejorado considerablemente. He estado en los dos lados, y este es mucho mejor. Aunque haya gente que no esté de acuerdo, el dinero sí que da la felicidad, el problema es cuando nos centramos mucho en él y perdemos de vista los aspectos más importantes de la vida. Pero ya os digo que, a una persona equilibrada con unos principios y unas prioridades bien definidas, el dinero la puede hacer muy feliz. Cloe es una persona equilibrada, con principios claros, aunque su lista de prioridades siempre ha estado un poco borrosa. Eso es lo que la ha perdido.

De repente una luz interrumpe mis cavilaciones.

—Veritas, ese es Chevalier. Nos viene perfecto que se haya largado ahora, así no moriremos congelados. Voy a encargarme de las ruedas. Ve sacando los cócteles. Vamos a dar comienzo a la fiesta del fuego.

—No entiendo por qué sale a trabajar a estas horas.

—Son las tres de la tarde —me informa Jean-Luc con cara de incredulidad.

De pronto soy consciente de dónde estoy.

—Perdona, Jean-Luc, me sale humo del cerebro. No consigo contextualizar.

—Céntrate o conseguirás que nos maten. Ahora vengo.

Mi *asistente* se pierde en menos de un segundo en la oscuridad.

El primer pensamiento que me viene a la cabeza es que me va a devorar algún animal. Meteos en una habitación desconocida a oscuras, completamente a oscuras, en silencio. A lo mejor así os podéis hacer una ligerísima idea del pánico que siento.

Jean-Luc regresa muerto de risa.

—Ha sido un juego de niños. Hacía mucho que no pinchaba ruedas, ja, ja, ja.

—¿Por qué pinchabas ruedas?

—Cosas de niño pijo. Tuve unos años un poco rebeldes.

—¡Vaya! Me sorprende tu sinceridad.

—A eso se le llama madurar. En la vida tenemos que aceptar que hemos cometido errores para aceptarlos, aprender de ellos y pasar página. ¿Nunca has hecho una tontería?

—Sí, muchas… —le digo sin dar más detalles.

—Venga, yo voy a lanzar el cóctel dentro de la casa. En cuanto veas que sale Cloe, lanza algunos más para distraerlos. Cuanto más fuego vean, más personas se quedarán a sofocarlo. Tenemos que intentar que sólo haya un matón con Cloe. Nos vemos aquí en siete minutos. Cronometra. Ya.

Otra vez, Jean-Luc sale pitando y desaparece sin más. Intento poner el cronómetro, pero los malditos guantes me complican la existencia.

—Bien, Vera, eres una máquina. Un minuto para darle a un botón.

Lo mejor es que marque seis minutos. Menos mal que no se trata de uno de esos planes calculados al milímetro. Ya estaríamos muertos.

—*OGON!!!* —grita una voz en ruso.

Levanto la cabeza, y ahí está. Una gran hoguera. Mientras yo intento darle a un botón, Jean-Luc ya ha llegado a la casa y la ha incendiado. No creo que haga falta que lance más bombitas. Creo que ya están bastante distraídos. En cualquier caso, voy al extremo opuesto de la casa, en el momento justo en el que están saliendo Cloe y un matón. Un segundo se une a ellos mientras se dirigen al coche. Tengo que impedir que el segundo vaya con ellos. Cojo una de las botellas, cierro los ojos y la lanzo con todas mis fuerzas a una ventana al grito de *ogon*. No sé lo que significa, pero es lo que he oído decir antes. Así pensarán que es un ruso quien les ha atacado. El estruendo llama la atención del segundo matón que acompaña a mi amiga. Decide volverse y localizar de dónde procede el grito. Salgo pitando como alma que lleva el diablo sin mirar atrás. El reloj empieza a vibrar. Ya han pasado siete minutos y no estoy en el punto acordado. El pánico me invade. ¿Y si Jean-Luc me abandona? No puede ser. No lo haría. Sigo corriendo, pero siento que alguien me persigue. Me giro un segundo para ver quién es. No se trata de quién, sino de qué. Es un perro, un lobo o algo así. Mierda, no he recorrido tanto camino para llegar a la casa. ¿Me he perdido? Joder, se acerca. En ese momento me tropiezo y caigo de bruces. Me doy la vuelta en milésimas de segundo haciendo una especie de contorsión. Vamos, que ni la niña del exorcista. Echo mano a la cintura palpando la táser. La saco sin pensar y disparo justo cuando la bestia va a saltar sobre mí. Cae redondo. Respiro profundamente

para intentar controlar los temblores. Viene alguien. Hay alguien cerca. Dejo tirada la pistola y salgo corriendo. De pronto un brazo me placa y caigo, esta vez de espaldas.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué haces? ¿Por qué me has pegado?

—No te he pegado. Ha sido un placaje, hace un rato que intento llamar tu atención. No parabas. ¿Te has comido a Usain Bolt o qué?

—Perdona, pero un lobo ha estado a punto de devorarme. He tenido que disparar.

—¿Has matado a un animal inocente?

—Sólo lo he electrocutado. No he matado a nadie. Además, me quería comer.

Jean-Luc se ríe y me dice que nos vayamos a buscar el coche.

—Oye.

—¿Dime, Veritas?

—¿Tienes otra táser? —pregunto avergonzada.

—¿Te la has dejado? No soy el proveedor oficial. No puedes perder el material de trabajo.

—Ya, ya lo sé. No volverá a ocurrir…

—Coge la mía, anda.

Echamos a correr de nuevo. La verdad es que ya no siento el frío. De hecho, ya no siento nada, sólo la sangre hirviendo que me bombea en el cerebro. En menos de cinco minutos ya hemos alcanzado el coche. El matón está justo bajándose para comprobar el estado de las ruedas. Cloe se baja también. Me imagino que, como buen guardaespaldas, le habrá ordenado no hacerlo. Y Cloe, como buena mujer desobediente, se ha bajado. Para nosotros es casi mejor. Jean-Luc se acerca sigilosamente al matón, concentrado

en patear las ruedas del coche. En cuanto hace el primer gesto para reducirlo, Cloe sale del otro lado.

—¿Qué haces tú aquí?

Como es obvio, el ruso se da la vuelta y Jean-Luc golpea fuerte en la cabeza al matón con la culata de su pistola.

—Creía que te alegrarías de verme, Cloe. Con lo que hemos compartido… —dice Jean-Luc.

—No hemos compartido nada. Un par de desahogos.

—Me refería más bien al tiempo que hemos pasado juntos, todo el equipo, en la casa.

Decirle a Jean-Luc que no significa nada es muy placentero para ella, pero escuchar que ella no es más que un miembro del equipo… Eso ya es otra cosa.

—¿Con quién has veni…? —intenta terminar la frase, pero no puede. Ya está en brazos de Morfeo.

Mientras miro a Cloe para asimilar que le acabo de clavar una jeringa en el cuello a mi amiga, Jean-Luc ya ha colocado las bridas al matón.

—Venga, ¿qué haces como un pasmarote? Ayúdame a meterlo en el maletero.

—Me siento más criminal que agente especial —digo cargando las piernas del ruso.

—Nadie te ha dicho que pongas etiquetas. Esto es una misión con un objetivo. Punto —afirma Jean-Luc con toda la razón del mundo—. Y ahora toca cargar con Cloe.

Nuestro coche no está lejos, pero tampoco es necesario llevarla en brazos. La alejamos del camino y me quedo a su lado hasta que Jean-Luc aparece con el vehículo. La echamos en el asiento trasero

como si fuera un saco de patatas. Es curioso, supongo que a mí me dieron el mismo trato o peor cuando me secuestraron. Yo fui el saco de patatas.

—Veritas, venga. Muévete, nos esperan en el punto de extracción.

Jean-Luc conduce como un loco hasta llegar a una especie de recinto industrial abandonado. Han sido sólo diez kilómetros, aunque a mí me han parecido diez mil. La sensación de escapar dispara la adrenalina y la angustia. Hemos hecho el trayecto en silencio. En el punto de encuentro nos espera un avión privado.

—Anda, ¿de dónde ha salido el avión? ¿Por qué no hemos venido en él, en lugar de coger un avión comercial con un millón de personas que nos pueden reconocer?

—Pues por eso mismo. Para ti hay un millón de personas que nos pueden reconocer. Para mí, hay un millón de personas entre las que pasar desapercibido. En cambio, si hubiesen detectado el avión a nuestra llegada, seguramente ya estaría interceptado. Como comprenderás, no hay muchos aviones privados sobrevolando Anadyr, así que guarda las preguntas para el interrogatorio. Nos largamos.

En pocos minutos ya estamos despegando. Miro al piloto para ver si me suena. La cuestión es que me resulta familiar. Se parece mucho a Adrien.

—¿Adrien?

—No es tu amorcito, es su espectro. Lleva cuidado cuando intimes con él, ja, ja, ja.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? Yo no he hecho nada… —digo avergonzada—. ¿Quién te ha dicho tal cosa? Ha sido Adrien, ¿verdad? Va presumiendo, seguro. Capullo.

—Veritas, tenéis la sutileza de un elefante. Todo el mundo lo sabe. No te preocupes, a Gigi no le importa. Es más, lo prefiere a que busques consuelo con algún desgraciado. He aquí el claro ejemplo de lo que nunca hay que hacer. —Señala a Cloe.

Jean-Luc puede decir misa. Le ha molestado que Cloe pasara de él y se haya ido con un chico malo. Mi amiga le ha pateado el ego.

—¿Cuántas horas de vuelo tenemos?

—Hasta Moscú, unas ocho. Las mismas que para llegar —Jean-Luc me indica la evidencia.

Perfecto, porque quiero comer algo y dormir. He pasado tanto miedo, hambre y frío que necesito desconectar el cerebro. Ahora que me fijo, este avión es como una habitación de hotel de lujo. Los sillones son más cómodos que mi cama de Saint-Ouen. Y encima se reclinan y son calefactables. Jean-Luc me confirma que no me necesita, así que me coloco en posición fetal para dormir plácidamente. Jamás he podido dormir en el asiento de ningún transporte; sin embargo, un avión privado es otro nivel.

Jean-Luc me despierta una hora antes de aterrizar en Moscú.

—Te acabas de cargar tus ritmos circadianos. Lo sabes, ¿no?

—Estaba muy cansada, seguro que luego puedo reajustar el sueño. Por cierto, ¿se ha despertado la Bella Durmiente?

—Sí, se ha despertado.

Miro hacia donde la he dejado antes de mi siesta. Está dormida. Jean-Luc comprende mi gesto.

—La he tenido que drogar de nuevo. Se ha puesto algo nerviosa.

—¿Ha dicho algo de mí?

—Te ha dedicado algunos improperios. Nada importante.

—Ya…

—Y algo de que nunca te va a perdonar. No hagas caso, está en una situación difícil. Además, eres la única a la que puede engañar si quiere escapar. Eres demasiado buena. Tranquila, te hablará en unos días.

Me encantaría tener la capacidad de Jean-Luc de simplificarlo todo. En el fondo tiene razón, si uno no relativiza un poco los problemas, la vida se puede convertir en un infierno.

—¿Cuál es el plan cuando aterricemos?

—Iremos al piso franco para interrogar a Cloe y preparar el golpe. Tenemos una alfombra que recuperar.

Tengo la impresión de que se ha desatado una tormenta en mi cabeza. Veo pocas películas de acción, pero, cuando las he visto, me he preguntado cómo se sentiría el superagente después de alcanzar niveles de adrenalina desproporcionados. Es imposible que vuelva a un estado mental estable sin más. Resulta que te sientes como después de una crisis de migraña. ¿Sabéis? Yo las sufro desde hace años. Mis crisis son largas. A veces me duran meses. Entras en una vorágine de sentimientos destructivos provocados por el dolor, de depresión y desesperación por la incapacidad de pensar o actuar en el día a día. Te rompe la rutina y el cerebro funciona más que nunca. Cuando a mí me pasa, intento poner la mente en blanco para tranquilizarme, pero es imposible, los pensamientos negativos y despiadados se agolpan. Cuando algún medicamento hace efecto, la debilidad se apodera del cuerpo y la mente. Entras en un estado en el que te sientes aliviado, perdido e insensible. Sólo importa que ya ha pasado. Sorprendentemente, con esta experiencia me ha ocurrido lo mismo. Después del esfuerzo sobrehumano, siento que estoy

desconectada de la realidad. Soy un robot. Me dicen camina, y camino sin preguntar.

En menos de un suspiro nos encontramos en la puerta de un edificio que nos traslada a los años ochenta. Es más de medianoche y estoy subiendo las escaleras detrás de Jean-Luc, quien carga con Cloe como si fuera un fardo. Me siento dentro de una película soviética: el cemento, las puertas destartaladas, los escalones ajados. Huele a repollo o a comida de puchero, no sé. Hace mucho frío.

Hemos subido tres plantas. Nos paramos frente a una puerta marrón esculpida con insultos al sistema a golpe de navaja. Jean-Luc saca una llave del bolsillo de la chaqueta.

—Toma, haz algo útil.

Abro con esfuerzo. La puerta se atasca bastante. Prefiero no pensar en el antro en el que nos vamos a instalar. En cuanto oigo un clac, empujo y encuentro un largo y oscuro pasillo.

—Pasa, Veritas, camina cinco pasos y dale al interruptor que encontrarás a la derecha.

Hago exactamente lo que me dice. De pronto siento una agradable sensación de calor. Hay calefacción. Ya es más de lo que esperaba. Enciendo la luz y aparece ante mí un enorme loft de estilo industrial. Un espacio diáfano moderno pero deprimente, en mi humilde opinión. Las ventanas son escasas y pequeñas. Están a años luz de las cristaleras de la Salle des Étoiles de Montecarlo. Jean-Luc suelta el lastre sobre la cama y le ata las manos al cabecero.

—Parece que disfrutas atando a Cloe a la cama. ¿Quieres contarme algo?

—Muy graciosa. Se va a despertar con sed de sangre. La nuestra para ser exactos. Así que mejor tenerla controlada.

Decido que, mientras Jean-Luc fantasea, voy a ver qué me encuentro en el piso. Hay únicamente dos puertas. Una es el cuarto de baño. La otra es una sala blanca, como de hospital psiquiátrico. Parece insonorizada. Sólo hay una silla dispuesta en el centro y un dispensador de agua, como el de la sala de interrogatorios de nuestra casa.

Vuelvo a la sala principal.

—Jean-Luc, ¿la vas a interrogar allí? —digo señalando la sala blanca.

—Se trata de nuestra Cloe. Lo intentaré por las buenas.

—No le va a gustar que la hayas drogado.

—No lo va a saber. Y tú no se lo vas a decir, Veritas.

—Yo ni siquiera quiero estar presente. Es más, me largo a dormir.

Me voy al sofá, parece bastante cómodo. Me echo una manta encima y pongo en práctica las enseñanzas de Sofía. Me quedo dormida en unos pocos minutos.

Un tiempo más tarde, pueden ser horas o unos minutos, Cloe está sentada en la cama, completamente ida. Me reconoce, me mira y sabe quién soy. Lo que no sé es si me odia.

—Vera…, cariño. Mi amiga, Vera.

—Hola, Cloe. ¿Cómo estás? Te he echado de menos —le digo dándole un fuerte abrazo.

—Sí, eso sí es una técnica de interrogatorio digna de Guantánamo —interrumpe Jean-Luc.

—Déjame en paz. No voy a permitir que la trates como a una criminal. Cloe, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué has huido con

Chevalier?

—Es un gran hombre, Vera. Es genuino. Jamás había conocido a alguien como él. Es la clase de persona que te dice las cosas como son, pero con un toque diplomático tan sutil que, aunque te esté insultando, te lo tomas muy bien. Se trata de un mediador nato, un hombre de negocios con éxito. Vera, pensaba que tú me comprenderías…

—¡Cabrones! ¡Suéltame, psicópata de mierda! —me despierta una voz de repente.

Mi interrogatorio era un sueño, demasiado bonito para ser verdad. Los insultos me pegan más con el carácter de Cloe. Jean-Luc ya debe de haber comenzado porque, si no recuerdo mal, algo así fue lo primero que les dije yo también cuando me drogaron.

Dudo entre acercarme o escuchar desde la distancia. Cloe lo está pasando mal y le quedan unas horas por delante. Jean-Luc debe persuadirla mencionando los crímenes de su caballero andante. Decido ir a verla. Llamo a la puerta y entro.

—¿Vera? ¿Tú estás metida en esto también? Te han comido la cabeza. Esto es un secuestro, un acto criminal. ¿Quieres acabar en esa celda de dos por dos con la comida sosa?

—Cloe, escúchame. Dame unos minutos para explicarte algo y luego, si no cambias de opinión, eres libre —digo mirando a Jean-Luc.

Resulta que me acabo de inventar una negociación y le he ofrecido la libertad sin consultar con nadie. La cara de extrañeza y enfado que pone Jean-Luc me da la razón. Aun así, me deja seguir.

—Después de la fiesta de Mónaco me secuestraron. ¿Lo sabías? ¿Quién? No lo sé. El caso es que esta pandilla de tarados me salvó.

—Señalo a Jean-Luc—. También me pincharon la escopo para sacarme información. Querían asegurarse de que los que me habían secuestrado no me habían sacado ninguna información sobre nuestra *familia*.

—Técnicamente ya venías drogada de casa de los secuestradores.

—Calla, pirado, que os pusisteis pasamontañas y me encerrasteis en una habitación de mierda.

Mientras improviso mi pequeña actuación Jean-Luc sigue alucinado y Cloe pone cara de sorpresa al escuchar mi historia. Perfecto, ya he desviado su atención y ha bajado la guardia.

—Fueron los días más aterradores de mi vida, Cloe. Te juro que sufrí mucho. Estaba sola. Tú ya no estabas conmigo, y encima van y me sueltan de golpe que has desaparecido. Pensé que te habían hecho algo malo. Tú y yo, nosotras, hemos compartido demasiado en esta vida como para dejarlo pasar —continúo al tiempo que la desato.

Jean-Luc está bastante inquieto.

—Acércame una silla, bonito.

Cloe no da crédito. Nunca me ha visto tratar así a nadie. Normalmente es ella la que mangonea.

El interrogador relegado aparece con una silla y la coloca justo donde le señalo. Ahora estoy frente a Cloe. Miro a Jean-Luc y le quito de las manos la carpeta en la que, supongo, están guardadas las pruebas de las actividades delictivas de Chevalier. Espero que sea eso, porque, si no, toda la pantomima se irá al traste.

—Cloe —la miro a los ojos y sigo con toda la confianza que le puedo transmitir en una mirada—. Cloe, soy yo, Vera, la persona que te siguió sin dudarlo cuando desde tu ventana decidías, entre

lágrimas, que no te iban a volver a tratar mal. Cuando resolviste que te ibas a cobrar lo que te habían robado los hombres. Mira, no sé lo que te ha ocurrido con Chevalier, no sé qué te ha mostrado ni por qué te ha hecho olvidar las precauciones que debías tomar. Sinceramente, aunque no lo entiendo, me alegro, porque eso quiere decir que aún puedes confiar en el ser humano, en los hombres. Ya has visto que no todos son malos —digo mirando sutilmente a Jean-Luc—. Sin embargo, por maravilloso que haya sido contigo, no quiere decir que sea una buena persona.

Mientras Cloe y Jean-Luc se miran, yo aprovecho para abrir la carpeta y echar un vistazo a su contenido. Hay fotos e informes. Perfecto, las fotos me van a hacer ganar tiempo.

—Mira, esta es la persona de la que te has enamorado. —Le tiendo una foto de Chevalier en un intercambio de dinero por armas —. En esta foto aparece en un club rodeado de mujeres. Para mí es inconcebible que la Cloe que yo conozco esté con alguien que vende armas y es un mujeriego. Por no hablar de… —Me quedo callada negando con la cabeza.

—¿Por no hablar de qué, Vera?

Todo va bien, he abordado a Cloe desde nuestra amistad. No la he atacado como pretendía hacer Jean-Luc. He empatizado con ella al contarle que a mí me habían secuestrado y drogado también. La hemos sacado de Anadyr a la fuerza, ha estado inconsciente, luego se ha despertado muy violenta, pero al verme le ha dado el bajón. Bien por mí. Si la convenzo, me tienen que dar un premio a la mejor interrogadora de la historia.

—Por no hablar de su otro negocio.

Le doy la última foto en la que aparece Chevalier rodeado de sus matones habituales con un montón de jóvenes semidesnudas atadas de pies y manos. Ella los reconoce. Uno de ellos es quien la sacó de la casa de Anadyr.

—Esto no puede ser verdad, las habéis trucado. Sofía sabe trucarlas.

—Cloe, cariño, son de verdad. Piensa en los momentos en los que se iba a trabajar, ¿nunca viste nada raro? Vamos, Cloe, eres la persona más inteligente que conozco, que no te ciegue su actitud contigo.

Cloe baja la cabeza y se echa a llorar.

—Dejadme sola. ¡Dejadme sola! —grita histérica, lanzando las fotos contra la pared.

Jean-Luc y yo salimos de la habitación. Cerramos la puerta para dejarla pasar su duelo.

—Buen trabajo, Veritas. Bien jugado, has usado la técnica del poli bueno y el poli malo. No me lo esperaba. —Me da unas palmaditas en la espalda y se va a preparar un café—. ¿Quieres uno?

—Prefiero una tila.

Lo cierto es que me tiemblan las manos, las piernas y hasta los lóbulos de las orejas.

Jean-Luc y yo nos sentamos en silencio a tomar nuestros respectivos brebajes mientras Cloe acaba de llorar, gritar, golpear y asimilar lo que ha pasado.

Más de una hora después se hace el silencio. Dejamos pasar unos minutos y nos acercamos a la habitación para comprobar el estado de Cloe. Asomo la cabeza. Mi amiga, la de la fuerte personalidad y carisma, está sentada en una esquina con la cabeza entre las

piernas totalmente deshecha. Me siento a su lado, la abrazo y le doy un beso en la cabeza.

—Quédate conmigo, Cloe, somos hermanas de fechorías. Te quiero mucho y echo de menos tus comentarios sarcásticos y mordaces. Nos ha ido bien juntas. Te quiero, hermana. —La vuelvo a besar e indico a Jean-Luc que salga de la habitación.

Ella se apoya sobre mí y pasamos así más de quince minutos. Lo sé porque el torso de Jean-Luc se asoma a los diez minutos para hacerme el gesto con las manos.

—Cloe, tienes que comer y beber algo. Te sentirás mejor, créeme.

—¿Cómo has podido perdonarlos?

—Bueno, a decir verdad, todavía estoy en ello; es un proceso a medio largo plazo. A mí me salvaron, pero me dolió que me drogaran. Lo que pasa es que, si no lo hubiesen hecho, posiblemente no habrían podido acceder a mi subconsciente. Además, cuando me encontraron ya iba hasta las cejas de suero de la verdad.

—¿Y qué averiguaron?

—Nada, por lo visto hay una serpiente y una mujer o algo así, pero no sé de qué va todo.

—¿Y ellos? —pregunta refiriéndose al equipo de la mansión.

—Mira, Cloe, es posible que sepan más de lo que me cuentan, pero no me han mentido. Simplemente me repiten la frase de Gigi: «Todo a su debido momento». Lo que sí me han demostrado es que no son perfectos, que esto no es una película y que cometen errores. También sé que están ahí para protegerme si estoy en un lío y se aseguran de que esté bien en todas las esferas de la vida. Es lo que intentamos hacer contigo, Cloe, ese hombre no es una buena

persona. Posiblemente sea maravilloso contigo, eso no te lo discuto, pero él sí te ha ocultado quién es y lo que hace. ¿Cómo ha conseguido tenerte, Cloe?

Tras unos segundos de silencio, decide explicarse.

—Me contó que había tenido una vida difícil. Dijo que lo crio su madre sola. Él la recuerda como una mujer fuerte y valiente que consiguió darle una vida más que decente. Definió a las mujeres como valor seguro para cualquier empresa, gobierno o en cualquier ámbito. También me lo demostró. Muchos de los altos cargos de sus empresas son mujeres. Dijo que somos inteligentes, reflexivas, y llevamos a cabo cualquier acción con tacto firme. Su teoría es… era que los hombres temen que tengamos poder porque demostraríamos una gran superioridad. Quería cambiar las cosas.

—Cloe, cariño, el verdadero Chevalier se escondía tras una máscara de bondad. Es un maestro del engaño.

—No, de verdad que me lo demostró con sus acciones. Vera, ha fundado una asociación para ayudar a mujeres en situación de exclusión social. Cuida de mujeres maltratadas, prostitutas que quieren dejarlo, madres sin recursos. No me lo ha contado, lo he visto. He estado con ellas, he interactuado con algunas. Ayuda a las mismas mujeres a las que dábamos el dinero que robábamos. Y además…

—¿Qué?

—Me ofreció dirigir su empresa más importante. El buque insignia de Chevalier en mis manos. En la casa nos han dejado siempre al margen de todo. Recibimos órdenes y formación, pero no significamos nada para ellos. Estamos en un equipo que nos oculta información. ¿Cómo podemos saber si ante el peligro nos

abandonarán? Puede que seamos un par de cabezas de turco. Sin embargo, Chevalier me valoraba como mujer.

—Cloe, Gigi prefiere valorar al ser humano, da igual que sea hombre o mujer. Ella vio en nosotras nuestras fortalezas. Tenemos que dejar ya lo de la guerra de sexos. No tiene sentido.

—¿De qué sirve entonces la lucha feminista?

—Sirve de mucho. Hemos recorrido un largo camino. Nuestros antepasados nos han facilitado la existencia, pero ahora nos toca a nosotras ser inteligentes para conseguir equilibrio y paz. Es inútil usar la misma estrategia que han usado contra nosotras a lo largo de la historia.

Cloe prefiere callar. Tampoco creo que tenga nada que rebatir. Aprovecho para seguir indagando.

—¿Nunca has notado nada raro?

—No, bueno, recuerdo que me sorprendió que hablase ruso con fluidez. Casi me atrajo más esa capacidad. Tenía reuniones a horas un poco raras, pero lo justificaba diciendo que los millonarios son unos caprichosos y hacen las cosas cuando se les antoja. No me pareció descabellado.

—¿Nada más?

Tras unos segundos de silencio dice:

—Había una puerta cerrada en su casa del sur de Francia. Estuvimos allí la mayor parte del tiempo. Me dijo que era una pesada puerta antigua, que estaba atascada y que nunca la había abierto.

—Un poco raro, ¿no?

—Bueno, acababa de comprar la casa. Intenté abrirla delante de él. No se inmutó ni me lo impidió.

—Porque sabía que no ibas a poder. ¿Sabes por qué quiere traicionar a su padrino? ¿Por qué nos ha dado la ubicación de la alfombra? ¿Es una trampa?

—No, no lo es. Bueno, eso creo. Me dijo que su padrino llevaba un tiempo robándole algunas transacciones importantes, que se metía mucho en su vida y que yo no le gustaba. Quería interponerse en nuestra relación, pretendía que me dejase. Dándoos la información, Honoré estaba haciendo una declaración de intenciones.

—En cualquier caso, tenemos que ser cautos.

Parece que Cloe está siendo sincera, aunque no puedo estar segura. Es posible que también esté fingiendo. Se ha abierto, así que le tengo que dar algo a cambio para acabar de ganármela. Espero no meter la pata con el siguiente movimiento.

—Cloe, hay algo que debes saber.

—¿El qué? No sé si puedo asimilar más información.

—Bueno, lo dejamos para otro momento, entonces.

—No, dímelo. Ya he vivido mucha intriga.

—Chevalier y Sofía…

—¿No me digas que han sido pareja? ¿Han intimado? ¿Se conocen? Mierda, lo que me faltaba.

—Cloe, escucha. Nada de pareja. Son hermanastros. Lo que sabemos hasta ahora es que él no tiene ni idea de la existencia de ningún hermanastro. Sofía lo descubrió el día que le conseguiste sus huellas dactilares. Por lo visto tienen adermatoglifia, un defecto congénito muy raro.

—¿Qué es eso?

—¿Te has fijado en las manos de Chevalier?

—Tiene unas manos muy suaves, sin callos, sin uñeros, sin…

—Sin huellas, Cloe. En eso consiste su defecto genético. Hoy en día hay menos de cien casos documentados en todo el mundo.

—Joder, esa chica tiene todos los problemas del mundo. De todos modos, que haya pocos casos no quiere decir que ellos sean hermanos.

—La copa de las huellas que le llevaste no tenía huellas. A Sofía le sorprendió y, siguiendo su corazonada, buscó ADN. Lo comparó con el suyo, y el resto es historia.

—¿Qué posibilidades había de que…? —empieza a preguntar Cloe absorta.

—¿Le has hablado del equipo? —intento reconducir la conversación.

—Más o menos. Sabe vuestros nombres y que tenemos que recuperar la alfombra. Le dije que conocimos a Gigi gracias a ti, porque te pidió un panegírico para su marido y que poco a poco nos hicimos amigas y nos pidió que la ayudásemos.

—Le has mentido. Bien, eso es que la cordura de tu subconsciente está intacta.

Después de relatarle la verdad sobre Sofía y Chevalier, Cloe se recompone y sale de la habitación.

—Toma, Cloe, te he preparado una infusión. ¿Qué te apetece comer? Te preparo lo que quieras —dice un dócil Jean-Luc.

—Lo que sea para llenar el estómago.

Jean-Luc nos prepara una sopa *borsch*, típica de Rusia. Mientras comemos le entra una llamada.

—*Da. Voprosov net*.

—Otro que habla ruso a escondidas —digo de broma.

—Chicas, ¿por qué creéis que Gigi me envía a mí? Soy el único que habla ruso casi como un nativo. Hablar el idioma incrementa las posibilidades de éxito de la misión en un ochenta por ciento. Nos ganamos su confianza cuando hablamos como ellos.

Cloe ni siquiera mira a Jean-Luc. Le va a costar volver a la normalidad. La entiendo perfectamente. Ahora mismo se siente traicionada, estúpida, herida y al mismo tiempo, imagino, aliviada de no seguir junto a un criminal.

—Esta noche voy a casa del Cardenal para empezar en mi nuevo puesto de trabajo mañana. Os quedáis solas hasta mañana por la noche, que será cuando lleguen los refuerzos. No salgáis del piso para nada. Tenéis todo lo necesario aquí dentro. Y creo que no hace falta que os diga que no abráis la puerta a nadie.

—Sí, padre, así se hará —digo con sorna.

—Voy a prepararme y me marcho.

Jean-Luc se encierra en el cuarto de baño.

—Jean-Luc está cambiado, se ha dejado crecer la barba.

—Es que le has roto el corazón, ja, ja, ja.

—Muy graciosa.

—Sólo tiene barba de unos días, tampoco es para tanto. Ni me había dado cuenta.

Es cierto, no me había dado cuenta, con toda la adrenalina de las últimas horas ni siquiera sé qué aspecto tengo yo.

—¿Quieres ver la tele rusa? —le pregunto a Cloe para distraerla.

—Prefiero echarme, pero, si quieres, pon la tele. No me molesta.

Cloe se queda dormida enseguida mientras intento descifrar alguna palabra de una extraña serie rusa del siglo pasado. Ha pasado una hora y media. Oigo la puerta del baño abrirse.

—Sí que te ha llevado tiempo ducharte, princesa Juana —digo sin apartar la vista de la tele.

—Bueno, ha sido una ducha especial.

Me giro y no le reconozco. Jean-Luc ha teñido de negro su cabello castaño claro y se ha dejado una perilla cuidada al milímetro. Hasta se ha dibujado unas cejas nuevas y se ha pintado la raya del ojo por dentro.

—Buah, estás guapísimo. Cuidado no se vaya a enamorar de ti el Cardenal.

—Se te está subiendo mucho a la cabeza, Veritas.

Jean-Luc coge sus cosas y se dispone a salir.

—Tenéis comida en la nevera y *material de trabajo*, es decir, un par de armas en el botiquín del baño. *Do Svidaniya*, chicas.

La puerta se cierra.

—Ya puedes abrir los ojos, se ha largado.

—Te has puesto las pilas en mi ausencia. Pareces la superagente especial Jaimita Bond.

—Cierra la boca, anda. Estarías muy enamorada, pero, en cuanto se te ha puesto delante Jean-Luc, has babeado.

—No es cierto.

De pronto de su fría mirada comienzan a brotar lágrimas de rabia.

—¿Qué te pasa?

—He sido una estúpida, Vera. No tenía que haber bajado la guardia. Es que antes de conocer a la maldita Gigi tenía el control de mi vida. Cuando nos metió en esa mansión me sentí como cuando trabajaba para los cabrones de nuestra empresa. Mi autonomía se vio relegada. Pero al conocer a Honoré…, tenía el poder de nuevo. Yo manejaba los hilos, él me seguía. Eso pensaba yo al menos. Creía

que junto a Honoré podría conseguir la relevancia gracias al puesto que me ofreció. Me dijo que sólo confiaba en mí para dirigir al equipo de su empresa estrella. Iba a machacar a todos los que me pisotearon.

—Entonces no se trata de amor, sino de venganza. ¿Te das cuenta de que tu objetivo sólo iba a ser posible de la mano de un hombre? Nadie te iba a conceder la credibilidad que mereces. Gigi nos ha dado una formación muy valiosa y también dinero. Cuando acabemos podrás empezar a construir tu futuro tú sola, con tu talento.

El resto de la velada la pasamos hablando. Yo le cuento cómo me ha ido y lo del pasado de Adrien. Cloe no se lo puede creer.

—¿Y se puso a cantarte en italiano mientras te preparaba el desayuno?

—¿De verdad que todo lo que has retenido es eso?

—Es que sigo intentando asimilar que es un asesino…

—Bueno, no fue un asesinato, sino un homicidio. Y no estaba bien, iba hasta las cejas de vete a saber qué.

—Sinceramente, no puedo decirte nada, sólo podría hacerte un análisis objetivo de los acontecimientos, pero no puedo opinar, y mucho menos juzgar. Ya bastante carga lleva él solito a sus espaldas.

—En cualquier caso, la perlita con la que te has liado no tiene nada que envidiarle. Adrien por lo menos no era consciente de lo que hacía.

—¿En serio, Vera? ¿Crees que es momento para hacer ese tipo de comentario? Que siga aquí no quiere decir que os crea del todo.

—Pero nos crees casi del todo porque ni siquiera hemos tenido que drogarte. Ha sido más fácil de lo que me esperaba.

—Es que una imagen vale más que mil palabras.

—¿Qué has visto, Cloe? Cuéntamelo.

—La foto en la que aparece Honoré con las chicas semidesnudas.

—Sí.

—La chica que aparece de rodillas frente a él y que está recogiendo una bufanda del suelo.

—Voy a buscarla, no sé si es una bufanda.

—Sí lo es, yo se la regalé cuando empezamos. Era parte de una broma.

Me decepciona un poco saber que no he sido yo la razón definitiva para persuadir a Cloe, pero me alegro de tener una prueba tan sólida de lo que hace ese malnacido.

—Es tarde, necesito dormir.

—Sí, tienes razón —le digo acostándome en el sofá de al lado—. Y, hermana, que no te entristezca perder a un hombre. Son reemplazables. La familia, no.

—Buenas noches, Vera.

—Buenas noches.

—Y gracias por sacarme.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—No te creas…

Al día siguiente, tengo un *déjà vu*. Cloe está frente a la ventana con una taza de café en las manos. Tiene la mirada perdida, está triste. Esta vez decido no interrumpir sus pensamientos, supongo que debe de tener mil ideas agolpándose en su mente. Voy a darme

una ducha, huelo fatal. No todos los días se vive el asalto a la casa de un millonario para salvar a una amiga.

Justo cuando voy a meterme en la ducha recibo un mensaje.

Adrien
Buen trabajo, Vera.
Ahora es tu responsabilidad.
No le quites ojo de encima.
Nos vemos en un rato.

Perfecto, ahora ya no me puedo duchar, a ver si va a hacer alguna tontería. Me vuelvo a vestir y salgo a buscar a Cloe. Sigue en la ventana mirando al vacío. Al final me pregunta:

—Vera, ¿dónde estamos? Esto no es Anadyr.

—Estamos en Moscú.

Va en busca de su abrigo. Busca en los bolsillos.

—¿Qué habéis hecho con mi teléfono?

—No he visto ningún teléfono, pero supongo que se habrán deshecho de él.

—Muy bien, gracias —dice en tono pasota.

Empiezo a estar preocupada. Su conducta errática es síntoma de que no acaba de asimilar lo que ha pasado. Me da la impresión de que está confusa. No para de andar de un lado a otro por el apartamento. De repente se detiene y se queda mirando al vacío. Miro la hora. Necesito que venga ya la caballería porque no sé cómo actuar con ella. Temo que haga alguna estupidez.

—Cloe, ¿quieres que hablemos? Te sentirás mejor.

—Tengo mucha ansiedad. No puedo respirar.

—Sería bueno que tomases un ansiolítico, cuando estés más tranquila te puedo responder a las preguntas que quieras.

—¡No! ¡No me vas a drogar! ¡Eres como ellos! Todos queréis controlarme.

Acabáramos, ese es el problema de Cloe. Por eso se ha largado con Chevalier, por no recibir órdenes, y ahora que se siente traicionada por él, ha vuelto a perder el control de todo. Es normal que le cueste confiar.

—Cloe, te lo repito, soy yo, tu amiga Vera. Sólo quiero que descanses. Tenemos un par de días duros por delante.

Llaman a la puerta. Espero que sean los chicos. Me dirijo a la puerta y pego el ojo a la mirilla. Un paquete de PEZ me saluda. ¡Es Adrien! Abro y me encuentro con mis compañeros con la nariz congelada.

—¡Hola! Me alegro mucho de que estéis aquí. Necesito vuestra ayuda —digo lanzándome para abrazar a Adrien y Sofía al mismo tiempo.

Cloe mira la escena entre asustada, encolerizada y nostálgica. Adrien corre hacia Cloe para abrazarla.

—A mis brazos, compañera.

Adrien abraza a una estatua. Sofía le da un abrazo por compromiso. No tengo claro si sabe quién es. Cloe se marcha y se encierra en el cuarto de baño.

—¿Cómo está? —me pregunta Adrien.

—Está desconcertada, desolada. Me ha escuchado, me ha hablado, pero creo que todavía desconfía de nosotros.

—Jean-Luc me ha dicho que has hecho un buen trabajo. Ni siquiera habéis necesitado la escopo.

—Lo que está claro es que no la podemos dejar sola. ¿Qué vamos a hacer con ella mañana, cuando vayamos a recuperar la alfombra?

—Gigi va a encargarse. Obviamente no puede ir con nosotros. Imagínate si se encuentra con el Cardenal, o lo que es peor, con Honoré.

Cloe sale como un alma poseída del cuarto de baño.

—Quiero ver a ese desgraciado. Quiero hablar con él. Necesito que me dé explicaciones.

—Vale, Cloe, tienes razón y estás en tu derecho. Yo mismo hablaré con Gigi —responde Adrien.

Cloe regresa al baño consciente de que no va a recibir una propuesta mejor.

—¿Estás loco? —le pregunto en un susurro a Adrien.

Me coge del brazo y me lleva a la cocina, al otro lado del loft.

—¿De qué me sirve discutir con ella en el estado en el que está ahora? Le he dado algo de control y respeto.

Le cuento a Adrien cómo fue el rescate de Cloe. Me dice que me ha echado de menos. Le digo que no es el momento y voy a intentar sacar a mi amiga del baño. Hago una parada en el salón. En el poco tiempo que hemos estado hablando, Sofía ha sacado e instalado una oficina portátil con todos los trastos que necesita.

—¿Quién nos va a monitorizar? ¿Habrá alguien aquí para controlar la situación, Fifi?

—Abandonaremos este piso antes de ir a la casa del Cardenal. Tendremos un equipo de apoyo a una distancia prudencial del perímetro de acción.

—No conozco a nadie más. ¿De dónde sale todo el equipo extra?

—La de los detalles es Gigi, pregúntale a ella.

Paso de preguntar a Gigi porque no me va a decir nada. Llamo a la puerta del baño.

Intento convencer a Cloe de que salga, pero no quiere. Le digo que tengo que hacer de vientre y no me aguanto más. Por fin sale de mala gana. Aprovecho para hacer pis. Cuando salgo, Cloe está en la sala de interrogatorios otra vez, sentada en mitad de la habitación, mirando los papeles que hay en el suelo. Se para a mirar detenidamente las fotos del hombre que la acaba de traicionar. Me acerco y recojo los documentos despacio con el fin de transmitirle el mensaje de que también tiene que recoger los pedacitos de su corazón y recomponerse. En nuestra vida actual, no hay tiempo para lamentos. Me queda recuperar la foto que tiene en la mano.

—¿Me la puedes dar, por favor?

Cloe me extiende la mano sin protestar. Me aseguro de que me vea dando carpetazo.

—¿Te apetece venir al salón? Sofía está trabajando y Adrien prepara algo de comer. Nos sentará bien.

Cloe no se mueve.

—Necesito pensar, Vera.

—Bueno, cuando estés lista, ven. Te aseguro que te han echado en falta.

Salgo directa a la cocina en busca de Adrien.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, todos sabemos que eres una cocinera nefasta —me dice con una amplia sonrisa.

—Muy gracioso. Me refería a poner la mesa, por ejemplo.

Adrien me ignora.

—Estás muy guapa. El riesgo te sienta bien.

—Lo sé —digo para no alargar más la conversación.

Cloe sale de la habitación justo cuando nos escucha arrastrar las sillas para sentarnos a la mesa.

—¡Bienvenida, Cloe! —la saluda Adrien y se apresura a colocarle la silla.

—Gracias —susurra.

Comemos mientras hablamos de temas banales como el frío que hace en Rusia o que nos vendría bien irnos de vacaciones. Durante la sobremesa, Adrien nos trae una infusión a cada una. El asistente empieza a hablarme, aunque me da la impresión de que las palabras van dirigidas a Cloe.

—Vera, mañana es el gran día. No podemos estropear el plan. En nuestro trabajo es muy importante no perder el contacto con la realidad. En cuanto pierdes el contacto, pierdes el control.

—Le dijo la sartén al cazo —suelta Cloe de repente dándose por aludida.

—¿Perdona?

—No eres el mejor ejemplo de contacto con la realidad, ¿no?

Adrien me lanza una mirada asesina. Yo siento cómo un montón de puñales se me clavan por toda la cara.

—No hace falta clamarlo a los cuatro vientos, Vera.

—Lo siento —susurro bajando la cabeza.

—Cloe, por eso mismo te digo que no pierdas el contacto con la realidad, por lo que he vivido en mi pasado. He aprendido por las malas.

Cloe no se arrepiente de su comentario. Termina su infusión en silencio y se va a la sala.

Sofía es testigo de todo. Observa en silencio y, cuando considera que es momento de dejarnos a solas, también se retira a su improvisada oficina con unos cascos.

—Adrien, escucha.

—Vera, déjalo estar.

—Mira, a pesar de todo, es mi mejor amiga. Además, me la quería traer a mi terreno.

—A costa de mis desgracias, claro.

—No es eso. Es que es muy fuerte y necesitaba una oreja amiga —digo en un intento torpe de enderezar la confianza que acabo de quebrar.

Adrien me ignora.

Os recuerdo que estamos metidos en un loft y la única habitación es la de los interrogatorios. Además, ya está ocupada. Menuda forma de convertir la última noche en el país más frío del mundo en un infierno.

Adrien se va al baño. Aprovecho para acercarme a Sofía. Necesito consejo.

—Fifi. —Le pongo una mano en el hombro.

Sofía casi me arranca el brazo con una mano mientras se quita los cascos con la otra.

—Fifi, Fifi, soy Vera, Vera.

—¿Estás loca? ¿Cómo me abordas por detrás? Podría haberte matado o haberte dejado tetrapléjica.

Estoy de acuerdo. He vivido esta situación no sé cuántas veces más y siempre repito. Soy imbécil.

—Tienes razón, Fifi. ¿Estás ocupada?

—No, ya he terminado. Ten, estúdiate esto para mañana. Es el plan completo —dice dándome una carpeta.

—¿Puedes aconsejarme?

—¿Sobre qué?

—Sobre Adrien. Le he contado a Cloe su pasado. Ya sabes, lo de las drogas y lo de su madre —le digo señalando hacia la habitación.

—¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé. Es mi amiga y todavía estoy alucinando. ¿Por qué me lo contasteis?

—¿Quiénes?

—Jean-Luc y tú.

—¿Yo? No lo recuerdo.

Qué socorrida la excusa de la amnesia. Ahora resulta que soy la única culpable de que la historia corra como la pólvora.

—Bueno, ¿qué hago? Está muy enfadado.

—Discúlpate.

—Ya lo he hecho.

—Dale tiempo, se le pasará. Adrien tiene buen corazón y cuando está enamorado se vuelve muy comprensivo.

¿Ha dicho enamorado? ¿De qué está hablando?

—¿Y de quién está enamorado?

—Yo diría que de ti.

—¿Te lo ha dicho él?

—No creo que me lo haya dicho. Pero hay que estar muy ciego para no verlo. Me voy a dormir.

Como siempre, Sofía concluye la conversación de manera abrupta. Desde luego, esta chica hace lo que le da la gana. Para mi sorpresa, Fifi abre el sofá cama y se echa a dormir en el otro sofá.

—Podéis dormir ahí los dos. No me gusta dormir con nadie.

—¿Y Cloe? Sigue en la habitación.

—Hay un colchón individual en ese armario. —Me señala la puerta —. Dáselo, puede dormir en el suelo.

Hago lo que me dice Sofía. Cloe no quiere salir del cuarto, así que le llevo el colchón con unas mantas que encuentro. Se lo tiendo en el suelo y se lo preparo.

—Cloe, descansa un poco, te vendrá bien.

Me vuelvo al salón. Justo acaba de salir Adrien del baño.

—Sofía nos ha preparado la cama. El sofá, quiero decir.

Adrien me mira confuso.

—A Fifi no le gusta dormir con nadie. Prefiere estar sola. Y Cloe está encerrada en la habitación.

—Vale.

Adrien se va al sofá y yo decido darme la ducha que ha quedado pendiente antes. Con la tontería de tener que vigilar a Cloe no he podido quitarme el olor a molotov. Para cuando he terminado, todos duermen. Me meto en la cama con Adrien.

—¿Estás dormido?

—Sí.

—¿Me vas a perdonar? —le digo dándole un abrazo.

—Vera, por favor, deja de jugar conmigo.

—No juego, es decir, no más que tú. Mira, me he equivocado mucho, pero te aseguro que lo último que quiero es hacerte daño. Siempre me has tratado muy bien, es sólo que… es muy fuerte, joder.

—Si es fuerte para ti, imagínate para mí, Vera. Llevo luchando contra esto mucho tiempo, y cuando parece que empiezo a vencer,

añades una espada más contra la que pelear.

—Tienes razón, he pensado mucho en mí y poco en ti. Para mí el tema está zanjado. Sólo hablaremos de ello si algún día lo necesitas, ¿te parece? —Le beso en el hombro.

Adrien no responde, me abraza y cierra los ojos. Parece que Sofía tiene razón, este chico siente algo por mí; si no, no me habría perdonado. Aprovecho la cálida sensación de seguridad que siento entre sus brazos para dormir plácidamente.

Me despierto sola en la cama. Sofía tampoco está en el sofá. Adrien y ella están en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días.

—Hola, Vera, ¿qué tal has dormido? —pregunta muy feliz Adrien.

—Muy bien —digo con una dosis de timidez.

—¿Puedes ir a buscar a Cloe? Tenemos que desayunar.

Voy al cuarto para avisar a Cloe. Está despierta mirando a una pared.

—Buenos días, Cloe. Ven, los chicos han preparado el desayuno.

—No tengo hambre.

Hago caso omiso de su comentario. Le doy un beso en la cabeza y la tomo del brazo.

—Vamos, cariño.

Siempre ha sido Cloe la que ha cuidado de mí, aunque fuese a su manera, así que, ahora que la cuidadora soy yo, todo me parece muy raro. La siento a la mesa y la acompaño. Le pongo una taza de café delante, añado un par de cucharadas de azúcar, como a ella le gusta, y la insto a tomarlo.

—Venga, tienes que espabilarte, Cloe. Tú eres una luchadora, no puedes estar así, pareces un zombi.

A duras penas consigo que se tome el expreso. Trato de que coma algo sin éxito. En lugar de eso, se marcha al sofá. Bueno, por lo menos ha tomado algo de cafeína, seguro que le sienta bien.

—Vera, ahora come tú, esta tarde es el gran golpe. Tienes tu uniforme de camarera en el armario. Debes hacerte un moño bajo y únicamente pintarte la raya del ojo y un brillo de labios. Tu espectro y tú debéis ser idénticas —me dice Adrien dándome una foto.

—Vale. —Me fijo en la imagen, alucinada por el parecido de esa chica conmigo—. Cloe, mira.

Espera, Cloe está dormida.

—¿Qué le pasa? —Me levanto para ver a mi amiga.

—No te preocupes, sólo está descansando un poco.

—¿La habéis drogado otra vez? Pero qué manía, ¿lo arregláis todo durmiendo a la gente? Os lo tenéis que hacer mirar, ¿eh? Me la estoy trabajando. No entiendo este vicio vuestro.

—Hemos tenido noticias de Jean-Luc —dice Sofía—. Chevalier ha aparecido en casa de su padrino. Por lo que ha podido escuchar, Chevalier quiere matar a nuestra amiga. Cree que ha contactado con nosotros para huir.

—Qué tontería. Si estaba muy feliz con él.

—Al parecer discutieron hace unos días. Ella ya no quería pasarse encerrada todo el día en la casa de Anadyr ni estar esperando a que volviera cada vez que se le antojara salir por negocios, especialmente cuando desaparecía en mitad de la noche —explica Sofía.

—Uno de los matones le dijo a Chevalier que ella insistía en salir de las mansiones a pesar de que lo tenía prohibido —concluye Adrien.

—Prohibido y Cloe son incompatibles. ¿Pero por qué la drogáis, entonces? Ella ya se ha librado de ese malnacido.

—Confías demasiado. Todos estamos de acuerdo en que ha desarrollado cierta dependencia o síndrome de Estocolmo. Chevalier es un hombre muy astuto, más de lo que pensábamos. Quiere simular que es un niño pijo que vive del apellido familiar, pero no, maneja muchos hilos.

—Y por eso la drogáis.

—La vamos a meter en un avión con Gigi. Ha salido de París en mitad de la noche para venir a recogerla en persona. Para cuando estemos en casa del Cardenal, ella ya estará surcando los cielos. Ahora vamos a repasar el plan. Hay algunas cosas que cambiar y otras que aclarar. Menos mal que tenemos a Jean-Luc dentro.

—¿Y si me reconoce? Me ha visto por videoconferencia —digo asustada.

—Tranquila, después de que el Cardenal se enterase de la traición de Cloe, se peleó con Chevalier. El padrino lo ha desterrado. Le ha dado el beso de muerte, ja, ja.

11

El gran golpe

Son las siete en punto de la tarde. Los espectros han pasado los controles de la casa hace un buen rato. Adrien y yo estamos esperando fuera, agazapados junto a la entrada de servicio. Las furgonetas para el catering van a entrar. Gracias a los pinganillos, nuestros espectros nos han prevenido de que les han colocado una especie de placa identificativa para saber que el personal ha pasado el control. No conocíamos ese detalle. Aparentemente, Jean-Luc tampoco… Como nos crucemos con un matón, de poco van a servir los disfraces de camareros sin la placa. Sí que empezamos bien.

Hace un buen rato que el sol ha decidido desaparecer. De nuevo me toca hacer tiempo a veinte mil grados bajo cero a la espera de la señal. Por lo menos, tenemos para un par de horas.

—Podríamos haber venido en coche en lugar de en moto, ¿no? No entiendo la necesidad de morir de frío.

—La moto es más versátil. Nos perderemos rápido en caso de que nos pillen. Es mejor pasar algo de frío que morir torturados por los muchachotes del Cardenal. Los rusos no se andan con chiquitas. Además, llevas ropa térmica: las medias, la falda, la camisa, todo está hecho con materiales especiales. Menos quejas, bonita.

Sí, es verdad que he alucinado con la ropa. Pasamos en silencio una hora y cuarto hasta que los espectros nos informan de que es la hora de los postres. Después de endulzar sus paladares, los invitados son los que agasajarán al anfitrión. Debemos ponernos manos a la obra. Nos toca escalar hasta el balcón. Para más inri, yo llevo el canuto con la alfombra falsa.

—¿Preparada?

—Sí —digo con voz segura, aunque la verdad es que no me siento las articulaciones.

Nos situamos justo debajo de nuestra entrada. Adrien alcanza con facilidad la cima. Tampoco está tan alto. Cuando me dispongo a trepar por la cuerda, me dice que espere y me lanza una red de cuerda hecha para que los torpes como yo escalen con cierta dignidad.

—¿En serio? ¿Esto es lo que pensáis de mí?

—Ahora no es momento para egos heridos. Sabes que la necesitas. Sube, que no tenemos tiempo.

Me trago mi orgullo por temor a que una decena de gorilas armados me peguen un tiro o algo peor. A duras penas llego al balcón. Entre las temperaturas gélidas y el esfuerzo físico, no puedo más. Adrien retira la red mientras intento recuperar el aliento. Nos acurrucamos en una esquina a la espera de nuestros compañeros. Tras cuarenta y cinco minutos estoy al borde de la hipotermia. Mi disfraz de superheroína ha estado bien un rato, pero ya no funciona. Supongo que porque no nos estamos moviendo. El balcón del despacho es minúsculo en comparación con el de los dormitorios. Aquellos son extensas terrazas, inútiles por otra parte, porque nadie en su sano juicio saldría a tomar el sol en Anadyr. Además de Adrien

y yo acurrucados, tan sólo cabría una persona de constitución bidimensional junto a nosotros. Por suerte, hoy la oscuridad es nuestra aliada. La oscuridad y la pesada cortina de terciopelo azul marino que bloquea la visión de la mitad del balcón.

—Ven, acércate más a mí, yo te caliento.

—No dejas pasar ni una oportunidad —le digo alejándome al tiempo que se precipita la nieve acumulada entre los balaustres sobre uno de los guardias.

De repente una voz muy grave habla y otra le responde.

—¿Qué pasa? —pregunto telepáticamente a Adrien.

—Vladimir viene hacia aquí —me susurra casi en el cerebro.

—¿Nos van a matar porque me ha tocado el compañero inmaduro?

—Shhh…

Un minuto después una mole hirsuta entra en el despacho. Adrien hace un gesto que no consigo descifrar. El matón viene directo hacia nosotros. Espero que la cortina nos proteja y no se le ocurra salir.

Adrien me aprieta la mano para indicarme que me prepare. La puerta se abre, nos apiñamos tanto que casi nos convertimos en una grieta del muro. Vladimir pone un pie fuera, mira en sentido contrario hacia abajo, levanta el pulgar a su compañero para confirmar que todo está en orden. En cuanto da un paso atrás, justo antes de que se gire hacia nosotros, Adrien le enchufa la táser. Su compañero, que ya había retomado su ronda, escucha un ruido. De pronto oigo su voz en el walkie-talkie de Vladimir. Mi compañero, experto en situaciones extremas, coge el aparato y responde con voz firme.

—*Da, da*.

Nos van a pillar, no hay forma de que se traguen que es Vladimir.

La voz responde y se hace el silencio.

—¿Qué pasa?

—Se lo ha tragado. Llevemos a Vladimir al interior. Tenemos que amordazarlo y esconderlo en algún sitio antes de que se despierte.

Pero mover el peso muerto de un hombre tan grande no es tarea fácil. Tiramos de los pies hasta que la mitad del cuerpo está dentro.

—Para un poco, no puedo más —digo agarrándome los riñones.

—Ya casi está, sólo tenemos que llegar a esa puerta. —Adrien señala hacia el lado opuesto de la habitación.

—Es demasiado. Si pudiésemos arrastrarlo de otra manera… —insinúo con el canuto en la mano.

—Buena idea, Vera, eres un genio.

Desplegamos la alfombra falsa junto al cuerpo y lo volteamos sobre ella. El tipo es bastante más largo que la alfombra en sí, pero con abarcar el tronco y el trasero es suficiente. Arrastramos la alfombra. ¡Ah! Ahora sí que el cuerpo inerte de Vladimir se desliza por el blanco mármol como lo haría un patinador en una pista de hielo. La puerta a la que nos dirigimos resulta ser el cuarto de baño. Adrien se encarga de atarle las manos con unas bridas que se saca del bolsillo del chaleco.

—Vera, pásame el cinturón del albornoz y una toalla de mano de esas del lavabo.

Obedezco por curiosidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Una mordaza.

Efectivamente, en menos de un minuto el matón Vladimir duerme acurrucado en la bañera con la boca bien tapada.

—A ver si se va a despertar.

—No creo. ¿Podrías esperar fuera?

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? No irás a matar a Vladimir, ¿verdad? Porque hemos quedado en que nadie tiene que morir y este ruso está bajo control. Adrien, yo nunca he visto un muerto, bueno, sí, a mi abuelo, de refilón, pero nunca a una víctima muerta de forma violenta. Yo no sé si podría…

—Vera, sólo quiero orinar y contigo mirando no puedo —interrumpe mi soliloquio.

—Ah, vale.

Cierro la puerta tras de mí y espero a que Adrien termine. ¿Cómo es posible que se le ocurra hacer sus necesidades en mitad de una misión? Y en casa de los malos.

—Me parece increíble que pienses que soy un asesino.

—No es eso, es que lo último que se me habría ocurrido es que fueras a hacer pipí en esta situación. Por lo menos habrás apuntado bien y habrás tirado de la cadena.

—He apuntado bien y no, no he tirado de la cadena. Se supone que no hay que hacer ruido.

—Ni dejar rastro.

—El rastro está atado en la bañera. Nadie se va a fijar en lo que hay en el váter. Además, he bajado la tapa —concluye orgulloso de su proeza.

En ese momento entran los compañeros, quienes, tras unos segundos de sorpresa por vernos ya dentro, se ponen a trabajar sin mediar palabra.

—Es increíble, son como nosotros.

—Vera, ¿puedes alucinar más tarde, por favor? Te necesitamos aquí.

Me acerco para echar una mano. Mi espectro se encarga de colocar las botellas de alcohol que los invitados han ofrecido tal y como quiere el Cardenal, mientras Adrien y yo descolgamos y sustituimos la alfombra. Me centro en nuestro objetivo. La verdad es que es una obra de arte. Los colores son de otro mundo. Me acerco para mirar la firma. Instintivamente extiendo la mano para tocarla.

—No la sobes, la tocamos lo justo, Vera.

Mejor no tocar una pieza de cuatro millones. El problema es que, al sacar la alfombra de pega, las partículas de polvo se me meten por la nariz. La intención de estornudar enciende todas las alarmas y Adrien, temeroso de que la alfombra se llene de babas o mocos, me empuja con fuerza. La suficiente para golpear con el brazo un jarrón que cae al suelo. Como es de esperar, pronto se escuchan unos pasos. El matón de turno no se fía de nadie, así que planea cerca del despacho. Adrien enrolla y mete la alfombra en el canuto mientras su espectro cuelga de cualquier manera la copia. Me encuentro de pie en mitad del despacho cuando se abre la puerta de golpe. Un gorila de casi dos metros de alto y dos de ancho me grita en ruso. Obviamente no entiendo nada, pero veo que se señala el pecho. La identificación, no tengo identificador. Me han descubierto. Miro a mi alrededor en busca de apoyo, pero la habitación parece estar vacía. En cuanto el matón levanta el arma para golpearme con ella, mi espectro sale de detrás de la puerta y le dispara con la táser. Sabía que necesitaba una de repuesto. Hay que ver lo útiles que son estas pistolitas. El monstruo casi ni se inmuta, aunque mi espectro es rápido y le clava una jeringa en el cuello. Él intenta abalanzarse

sobre ella. Entonces, Adrien o su espectro le golpea en la cabeza con una estatuilla de bronce. Ahora sí, cae redondo. Mi espectro cierra la puerta del despacho enseguida. Sin embargo, me da tiempo a echar un vistazo al pasillo. Sólo predominan dos colores, el blanco y el dorado. Como sea oro, no me quiero imaginar cuánto debe de valer esta mansión. ¿Por qué? Qué injusto es el mundo. No puedo concebir que una sola persona posea tanta riqueza.

La escena de Vladimir se repite con otros personajes. El espectro de Adrien coge la radio del bello durmiente. Una voz habla y el espectro responde en ruso. La apaga y nos informa.

—Tenemos un minuto antes de que descubran que no soy él. Revolved lo que podáis, nosotros nos vamos. No deben relacionarnos.

Los escurridizos espectros se escabullen. Qué nombre tan adecuado para ellos.

—Venga, Vera, o nos matarán.

Hacemos caso y retiro los caros cuadros para tirarlos por el suelo. Intento abrir los cajones del escritorio y rompo el máximo de objetos que puedo. Mientras, Adrien intenta que la alfombra esté en el mismo lugar y estado que la original.

—Venga, tenemos treinta y cinco segundos para salir de aquí. No voy a poder echarte la red de seguridad, vas a tener que bajar como yo.

Ese comentario me ofende. Me toman por una persona torpe.

—No sabes de lo que soy capaz, Adrien —le digo con miedo a pifiarla.

Por suerte, el balcón no está a una gran altura, cuatro metros como máximo. Nos colocamos en la parte exterior de la baranda.

Dejamos caer la alfombra y, seguidamente, nos colgamos.

—¿Estás lista? A la de tres, saltamos.

Estoy segura de que va a doler. Sin embargo, el frío que he estado maldiciendo durante días va a convertirse en nuestro mejor amigo. Hay por lo menos un metro de nieve. Mido metro ochenta, eso me deja algo menos de metro y medio de caída. Por fin una ventaja. Emocionada ante la perspectiva de no matarme, salto antes de que Adrien empiece a contar. Desde abajo le miro satisfecha.

—Dale, canijo, que nos van a pillar.

Adrien salta con una herida profunda en su orgullo y salimos corriendo hacia la moto. Pronto empezará el jaleo. Ya deben de haber descubierto a uno o a los dos matones.

—Adrien, el gorila va a descubrirnos. Nos ha visto.

—No te preocupes, lo que le ha inyectado tu otro yo es una poción mágica. Cuando se despierte dentro de unas horas tendrá únicamente unos recuerdos muy vagos de lo que ha pasado. Es más, posiblemente haya unicornios y cerditos voladores en sus recuerdos —dice Adrien riendo.

—Tienen las huellas de mi espectro y su foto, mi foto. Son los últimos que han estado en la escena del crimen. Atarán cabos. Dios mío, el mafioso más despiadado tiene mi cara y mi identidad. Si Chevalier ha visto a mi espectro, me habrá reconocido.

—Ya te he dicho que Chevalier no está aquí.

Salimos como alma que lleva el diablo hacia la moto con la que nos desplazaremos al punto de recogida. La distancia es de unos cincuenta metros, pero la carrera dura un tiempo indeterminado para mi cerebro paralizado por el frío. ¿Alguna vez habéis esprintado en condiciones extremas? En caso negativo, permitid que os

explique lo que se siente. El oxígeno helado entra en el cuerpo como un afilado *shuriken* de cinco puntas que rota a gran velocidad rajando los pulmones cientos de veces por segundo. El dolor es insoportable, para esto no nos habían preparado.

—Queda poco, Vera. Haz un último esfuerzo.

Hago caso a Adrien. Trato de aligerar el paso, pero mis botas se hunden cada vez más en la espesa alfombra de nieve. El volcán contenido hasta el momento en mis pulmones expulsa su infierno con tanta virulencia que siento la lava recorrerme el brazo derecho. La nieve empieza a teñirse de fuego.

—Vera, estás sangrando —susurra Adrien a mi lado—. Vamos, tenemos que salir de aquí —dice casi arrancándome el brazo sano.

Oigo gritos en ruso. El caos se impone en la oscura noche del rincón más inhóspito del planeta. Sangro mucho, o eso me parece. No puedo morir aquí. ¿Cómo les explicarán a mis padres que encontraron mi cadáver en la mansión de un poderoso criminal ruso?

—Sube a la moto si no quieres acabar como un colador. Eso en el mejor de los casos.

De pronto me viene a la mente el colador de mi madre. Me lo regaló de pequeña porque siempre se lo cogía para llenarlo de arena, barro, piedras o cualquier sustancia de dudosa procedencia. Echaba agua sobre lo que fuese que había elegido ese día y miraba cuánta conseguía abrirse paso a través del montón de inmundicias que se me había ocurrido poner. Esa imagen me da la fuerza necesaria para subir a la moto con un grácil salto.

—¡Qué bestia, Vera! Nos vas a tirar a los dos.

Bueno, a lo mejor no ha sido un salto tan grácil como me ha parecido. Me agarro con todas mis fuerzas a Adrien. El canuto de la alfombra separa mi cara de su espalda. Maldita alfombra, todo por tu culpa. Trato de olvidar que estoy sangrando, aunque me preocupa la cantidad que pueda perder. Supongo que la posibilidad de llevarme a un hospital está descartada. Se me ocurre que a mí me han herido, pero lo cierto es que no tenemos información de los compañeros que han quedado en la casa. Espero que sigan vivos.

Nada más llegar al avión privado nos apresuramos a subir. Sofía está ya dentro esperándonos. Ella nos ha cubierto todo el tiempo en la distancia. Es nuestro ángel de la guarda amnésico. Cualquier día se le olvida guardarnos. La pobre nos mira incrédula.

—¿Qué ha pasado?

—Le han disparado.

—¡Me han pegado un tiro!

—No es para tanto —dice Adrien al cortarme la manga.

—Claro que no. ¡A ti no te han disparado! ¡Me han pegado un tiro! —grito desesperada.

—Adrien tiene razón, amiga. No es tan grave, esto te lo curo en un abrir y cerrar de ojos —resuelve Sofía inyectándome algo.

—¿Qué es eso?

—Un poco de anestesia, es para que no te duela.

—Y para que te tranquilices. Cuanto más nerviosa estés, más sangrarás.

—Ya me habéis vuelto a drogar —digo con un tono mucho más dócil.

—Vas a seguir despierta, pero más relajada. Mírame, Vera, respira. Concéntrate en algo que te haga feliz —me pide Adrien.

Le miro. Sonrío.

—Eso es. Muy bien. Ahora vamos a despegar y Sofía te va a curar, ¿vale?

Asiento llena de paz.

En unos minutos estamos en el aire. Sofía se pone manos a la obra. Como ya estamos a salvo y para que me olvide de que la persona que casi me pega un tiro en el pasado me está sacando una bala, Adrien decide romper el silencio.

—Vera, esto no es una película americana, sabíamos que podía haber imprevistos. Hemos tenido que salir del paso. En estos casos sólo queda improvisar, es imposible cambiar todo el plan inicial.

Ve que sigo preocupada a pesar de mi estado zen y continúa hablando.

—Mira, comprendo tus dudas, pero, aunque hubiese estado presente Chevalier y hubiese reconocido a tu doble, no te podrían relacionar. Las huellas dactilares son las de una persona ajena a todos nosotros. Ese rastro le llevaría a un punto muerto. Tampoco va a delatar a tu copia porque su padrino la mandaría matar. Ese *mafioso despiadado* mataría por mucho menos. No le conviene a nuestro apuesto Chevalier, ya que tendría más interés en quedarse contigo que en entregarte. Sería su forma de llegar a Cloe. La mejor parte es que tu espectro no conoce a Cloe ni sabe su historia con Chevalier.

—¡La va a torturar y la va a matar! —sollozo en el delirio de la droga.

—Si la apresan, la sacarán, no te preocupes.

¿Quiénes? Adrien continúa hablando de gente que no conozco. Mi cabeza no consigue comprender la situación, ni las palabras de

Adrien. Me siento entre el mundo real y el mundo de los sueños. Estoy deseando llegar a casa y encerrarme en mi habitación. Esta vez vamos en un vuelo privado directo, así que en cuatro horas y media estaré en mi cama.

12

La bienvenida

Llegamos a la mansión de madrugada. Todo está oscuro y en completo silencio. En esta expedición he empezado a apreciar las bondades de la noche, así que, con la temperatura tan agradable que hay en la casa, puede que hasta me haga noctámbula. Me siento en mi confortable cama e intento borrar mi último pensamiento. Lo malo es que mi pensamiento va acompañado de una marca indeleble en el brazo. Necesito dormir. Antes de aplicar la técnica del sueño caigo redonda con lo puesto.

Cuando recupero el sentido a la mañana siguiente, lo primero que hago es mirar el reloj; lo hago sobresaltada, pues he perdido la costumbre de dormir muchas horas. Son las doce del mediodía. Me doy una ducha para intentar evadirme de todo bajo el agua. Esta vez no tiene ningún efecto en mí. Ni mi única vía de escape me sirve hoy. Bajo a la cocina. Allí están todos, salvo Jean-Luc. Reina un ambiente cordial.

—Buenos días.

—Hola, Vera. Ven, siéntate a desayunar —se apresura a decir Adrien.

—¿Por qué no me habéis despertado? ¿No seguimos nuestra rutina? —pregunto para olvidar lo sucedido.

—*Mia cara*, os podéis tomar un merecido descanso —me responde una voz a mis espaldas—. Especialmente tú, querida.

Es Gigi.

—Hola, Gigi, me alegro mucho de verte. Me han pegado un tiro.

—Y yo me alegro de teneros de vuelta. La operación ha sido todo un éxito. La alfombra ya está a buen recaudo.

—Me han disparado, Gigi, justo aquí. —Me señalo el brazo.

—Lo sé, Vera, y lo siento mucho. Soy consciente de que es muy difícil de asimilar. Si lo necesitas, puedo ofrecerte apoyo psicológico el tiempo que quieras.

—Es que, si no llego a mover el brazo, la bala habría entrado en el tórax y ahora no estaríamos teniendo esta charla.

—Vera, es importante que nos quedemos con lo que ha ocurrido y no pensar en lo que podría haber ocurrido, porque eso ya es el pasado, no va a volver. A no ser que lo alimentemos en nuestra mente hasta convertirlo en un pesado trauma con el que cargar sobre nuestros hombros —interviene Adrien.

—Exacto. En el presente estás bien. Estás de vuelta en casa, el lugar más seguro —añade Gigi.

—A ver, enséñamelo —interrumpe Cloe como una niña.

Me levanto la manga para que vea el esparadrapo. En cierto modo es una herida de guerra, lo que me convierte un poco en heroína.

—Quiero ver el balazo.

Empiezo a despegar el esparadrapo con mucho cuidado. Con todo lo que ha pasado Cloe, me alegro de que se interese por mi herida.

—Mira que eres exagerada, dame.

Cloe me arranca el esparadrapo como si fuera una tira de cera.

—Pues es una sutura muy pequeña, menudo chasco.

—Siento decepcionarte, amiga.

—No te preocupes —responde con una sonrisa pícara.

—Como iba diciendo, la operación ha sido un éxito. Estoy más segura que nunca de haber tomado la decisión correcta con vosotros. Mi familia os agradece que hayáis restituido la alfombra que le pertenece de pleno derecho.

—¿La has vuelto a enviar al museo? —pregunta Cloe.

Vaya, Cloe está como si no hubiese pasado nada. Es más, hasta parece más agradable.

—No, por el momento la están revisando y después permanecerá en un lugar seguro. Desayunad y luego venid a la sala de yoga, vamos a hacer una excursión.

Seguro que Gigi va a llevarnos a la tercera planta. Cloe no la conoce todavía. Adrien recoge y se excusa. Sofía hace rato que se ha ido. Esta chica es como un fantasma. Es el momento de hablar con Cloe.

—¿Cómo estás, Cloe?

—Bien.

—¿Sigues enfadada?

—Aún os tengo algo de asco a todos. Me habéis tratado como a una niña. Habéis decidido por mí. Si me hubieseis dicho la verdad sobre Honoré, yo misma me habría ido.

—Ya…

—No soy estúpida, Vera. Me habría largado. ¿Crees que me habría quedado junto a un criminal? Pero eso no quita que odie que me controlen. Podía haber salido sola.

—De todas formas, me alegro de que estés aquí. Este es el día R. R de…

—O dejas de poner nombre a los días o me vuelvo a Rusia.

—Ja, ja, ja, te quiero mucho —le digo a Cloe.

—Calla, pedante. Venga, vamos abajo, a ver lo que nos tiene preparado la señora.

—Yo ya lo sé —presumo.

En la sala de yoga están todos salvo Jean-Luc.

—¡Bienvenidas, *mie care*! Este es el inicio de una nueva etapa en vuestras vidas. Habéis concluido con éxito la operación para la que os contraté. Aquí tenéis vuestros pagos finales, más un pequeño incentivo —nos dice dándonos un sobre a cada una.

Cloe, como siempre, mira en el interior. Yo me lo guardo, porque, tal y como dice Gigi, es de mal gusto mirar.

—Ahora tengo una pregunta. ¿Queréis formar parte de nuestra familia o queréis seguir con vuestras vidas?

Cloe y yo nos miramos. No entendemos nada. Está claro que me he equivocado con la intención de Gigi.

En circunstancias normales, la primera en contestar habría sido Cloe, la líder nata. Sin embargo, en esta ocasión, yo tengo las cosas muy claras.

—Yo quiero seguir con vosotros.

Cloe se sorprende con mi rapidez.

—¡Pero te han disparado!

—Así es —afirmo como si poseyese un grado de sabiduría suprema incomprensible para el resto de los mortales.

—Vale —dice Cloe sin comprender—. ¿Y quieres que responda ahora? ¿Me acabáis de secuestrar y quieres que te responda ya?

—*Mia cara*, a estas alturas ya deberías saber lo que quieres en la vida.

—¿Dónde está Jean-Luc? —pregunta de repente Cloe.

Gigi no se sorprende. Cloe está atando cabos.

—Llegará en unas horas. Le han retenido en Moscú porque todo el personal se ha sometido a un exigente escrutinio después de la pifia de los matones del Cardenal. No han encontrado nada y ya está en un avión de vuelta a casa.

Ya que estamos, decido que es hora de sacar mis inquietudes.

—¿Qué ha pasado con los espectros? Tienen mi cara, tienen fotos mías.

—Tranquila, Vera, según la información que me ha dado Cloe, estás a salvo. No ha revelado la ubicación de nuestro hogar a Chevalier.

—¿Seguro?

Cloe me lanza una mirada asesina.

—A ver, entendedme, estoy o estaba enamorada… Y sigo sin fiarme de los hombres. Además, no iba a mostrarle todas mis cartas. Me hizo sentir especial, pero no por eso iba a confiar en él ciegamente.

—El niño que me mandó el primer mensaje me lo dio al lado de casa.

—No fue mi contacto inicial. Pasó por varias manos, antes de llegar a ti.

—Pero ¿cómo?

—Algo he aprendido de mi estancia aquí.

—La cuestión es si quieres seguir aprendiendo con las personas que jamás te traicionarán —interviene Gigi.

Cloe empieza a dar vueltas por la sala susurrando algo.

—La hemos perdido —dice Adrien.

—¿Seguiremos teniendo asistentes? —pregunta de repente Cloe.

—Si consideras que todavía necesitas algo de… apoyo, lo tendrás. Sin embargo, creo que habéis tenido tiempo suficiente para prepararos y ser más autónomas. Seguiréis con la formación, aunque, si te quedas, probablemente podrás ayudar a otros dentro de poco —explica Gigi.

La jefa acaba de darnos una información muy valiosa. Los que mandan son los asistentes. Ellos nos han guiado, enseñado y hasta diría que dirigido. Gigi ha sido muy inteligente al disfrazar a los verdaderos líderes de asistentes. Nosotras nos hemos sentido más cómodas y ella ha podido comprobar nuestros verdaderos valores. Desde luego que el trato no habría sido el mismo si nos los hubiese presentado como nuestros superiores.

—Me quedo, quiero ver lo que nos tienes preparado, Gigi —suelta de repente Cloe.

Me equivocaba, Cloe no ha cambiado. La perspectiva de un ascenso es un incentivo para ella. Gigi le acaba de brindar una nueva oportunidad, le acaba de dar un sentido a su vida.

Adrien procede a abrir la puerta secreta del cuarto de materiales. Subimos en fila india. Cloe está claramente sorprendida. Yo estoy emocionada.

—Vaya, vaya, el famoso acceso secreto a la tercera planta. Anda que no ha pasado horas esta pirada magreándose con las paredes.

—Muy graciosa, Cloe.

Gigi nos ignora y nos conduce a una puerta que no pude atravesar la última vez.

—*Mie care*, bienvenidas a la SIA —dice abriendo la puerta de dos hojas.

—¿Perdona? ¿Es una coña?

—Secret Intelligence Agency.

Ante nosotras, una sala en la que predominan las pantallas. Están en todas las paredes. En el centro, una larga mesa de reuniones con un ordenador en cada puesto. A la cabeza de la mesa, un grandioso sillón de cuero negro que nos dice que ese es el sitio de la jefa.

No hay ventanas, pero sí un montón de relojes debajo del nombre de cada superpotencia mundial.

—¿Qué es todo esto? —pregunto intrigada.

—Supongo que en todo este tiempo os habréis dado cuenta de que somos un equipo de trabajo con técnicas muy específicas de espionaje, diplomacia y seguridad.

—Algo hemos notado.

—Bien, pues después de tantos meses de «todo a su debido momento, *mia cara*», por fin voy a darte respuestas. Tomad asiento.

Todos obedecemos.

—Hace más de veinte años yo trabajaba por todo el mundo. Iba a fiestas de multimillonarios aburridos incapaces de decidir qué más hacer con su dinero. Yo era una de esas personas. En una de nuestras reuniones, uno de los invitados gritó a una camarera que le ofreció un licor que no era de su gusto. No sé por qué razón él pensaba que era deber de la empleada conocer lo que era de su agrado y lo que no. La chica se disculpó y se fue a la cocina. Mi primer impulso fue seguirla. La escuché hablar con una compañera. Le decía que odiaba a los millonarios, que el mundo estaba mal repartido y que nadie debería estar por encima de nadie. Lo típico

que piensa la gente que no tiene dinero. Dijo que en el momento en que una persona gana una cantidad ingente de dinero deja de ser humana. La desaparición de su empatía lo convertía en una especie de ser ciego y sordo, ajeno a la realidad. Hablaban de la pérdida de contacto con la realidad y que deberían colocarlos en medio de unas favelas, de un país en guerra o simplemente en el centro de una casa en la que una madre, como lo era ella, era incapaz de dar todo lo necesario a su pequeño porque una gran multinacional la había echado de su trabajo con un sueldo decente. Me acordé de unos versos del poeta iraní Saadi:

Los hijos de Adán son miembros de un organismo,
que de un elemento mismo se hicieron en la creación.
Y si uno de ellos de un mal padece
los otros no estarán serenos.
Si no te duele el dolor ajeno
que te llamen persona no te mereces.

»Yo no quería dejar de ser humana, pero, haciendo un pequeño análisis de mi vida en esa época, me di cuenta de que había nacido privilegiada, aunque con el tiempo, a pesar de tenerlo todo, el hastío y la incapacidad de ver la realidad más allá de las fiestas benéficas me hicieron decidir que quería dar un vuelco a mi vida. Mi marido tenía negocios algo turbios. Todos los millonarios los tienen. Por mucho que os cuenten lo contrario, siempre hay algo de evasión de impuestos, blanqueo o algo peor. ¿Y sabéis por qué? Porque no saben qué hacer con sus riquezas, pero tampoco quieren separarse de ellas.

—Los millonarios sois unos déspotas egoístas —dice Cloe.

Todos la miramos.

—Los millonarios son. Son. No me refería a ti, Gigi, tú has sido muy generosa.

Gigi ignora el comentario ofensivo de Cloe.

—Poco después descubrí que esa camarera había ostentado un cargo importante en una multinacional. La echaron para colocar al hijo de un socio. Como ella no se iba a dar por vencida rápido, decidieron manchar su nombre. Las malas referencias corrieron como la pólvora y no pudo encontrar otro trabajo. Ser camarera le permitía dar de comer a su hijo. Por desgracia, acabó trabajando para los millonarios que le destrozaron la vida. No podía hacer nada, sólo tragarse su orgullo para ganar un sueldo irrisorio.

—¿Me vas a decir que te sentiste identificada? —dice la Cloe borde de antaño.

Supongo que ella sí se ha sentido identificada.

—Fue la gota que colmó el vaso. Veía a mi marido y a sus amigos hacer sus negocios, algunos bastante deshonestos, y debía callar y no inmiscuirme. Veía cómo trataban a sus mujeres como simples floreros, yo incluida. Lo paradójico de todo era que mi marido consiguió el capital inicial cuando se casó conmigo. Sin mí habría tenido una vida muy distinta. El dinero le cambió. Con el tiempo dejé de reconocerlo. Dejé de reconocerme a mí misma. Me sentía fuera de lugar, aunque siempre había sido el sitio donde debía estar. Dicen que las mujeres no estamos hechas para gobernar. De hecho, nunca nos han dejado tener poder hasta hace relativamente poco. ¿Quiénes educan y conducen las vidas de los niños hasta la edad

adulta? Las mujeres. Sin embargo, cuando esos niños crecen y consiguen cosas como dirigir un país nos excluyen.

»En una de las fiestas, la mujer de un importante dignatario se acercó a mí, lo mismo que se podía haber acercado a cualquier otra persona, y empezó una conversación banal. Yo me sentía mal, así que me desahogué con ella. Estuvimos en contacto durante meses hasta que al final me preguntó si quería cambiar el mundo. Obviamente, la idea de mejorar las cosas, de hacer algo importante, me atrajo al instante.

—Lo más importante que podías haber hecho habría sido divorciarte. No sé por qué sigues casada con ese idiota —espeta Cloe.

—Supongo que por la misma razón por la que te enamoraste y te fugaste con un criminal, *mia cara*.

Cloe se merece el comentario. Sé que habla desde el rencor, pero tiene que empezar a medir sus palabras.

—Así conocí la Agencia y su labor. Desde entonces, hemos crecido mucho —continúa Gigi.

—¿Entonces sois mujeres millonarias que lucháis contra hombres millonarios?

—Para nada, la Agencia está compuesta por millonarios de ambos sexos. Nuestro objetivo es acabar con la flor y nata de los peores criminales millonarios. Son los más nocivos, los más peligrosos y los que más airosos salen porque, o las fuerzas de seguridad y del orden no tienen los suficientes medios, o son muy buenos borrando cualquier pista que pueda conducir hasta ellos, o porque no conviene detenerlos.

—¿Por qué? —pregunto ingenuamente alarmada.

—Normalmente porque reportan algún beneficio a sus gobiernos. Hasta el gobierno más transparente que te puedas encontrar esconde corruptelas. Al principio, los creadores de nuestra red fundaron la Agencia con su propio dinero. Pronto crearon una especie de *crowdfunding*. Captaron a las personas adecuadas. Buscaron a millonarios que pudieran financiar el proyecto, pero también a gente de confianza de todos los ámbitos.

—¿Y quiénes son esos creadores? —vuelvo a preguntar.

—Todo a su debido momento, *mia cara*.

Ya empezamos. Por lo menos nos está dejando claro que no nos van a contar todo lo que envuelve a la Agencia.

—¿Dónde están todos los demás, en Europa?

—Estamos repartidos por todo el mundo. Somos más de los que te puedas imaginar. Se trata de la mayor empresa que existe en el mundo. Sólo que es secreta. Tenemos muchas oficinas y una sede central en una isla privada comprada con el fin de mantener a nuestra familia a salvo y lejos de cualquier gobierno. Nadie tiene jurisdicción sobre nosotros en nuestra isla, que ahora es la vuestra también.

—Pero en el resto del mundo sí tenéis que cumplir las leyes, ¿no? ¿O habéis comprado a los gobiernos?

—Cloe, querida, si comprásemos a los gobiernos, entraríamos en el interminable círculo vicioso de la corrupción. Nadie sabe que existimos. Sin embargo, sí tenemos en nuestras filas a agentes del orden, de inteligencia, de las administraciones y personas influyentes con el fin de proporcionarles hilo del que tirar en algunas investigaciones.

—¿Entonces sí trabajáis para los estados?

—No, Cloe —dice Adrien—. Deja que te ponga un ejemplo. Imagina que descubrimos que existe una red de trata de mujeres, como nos ha ocurrido con Chevalier. Nuestro objetivo es liberar a las chicas, entregar al delincuente y dejarlo sin blanca. La Agencia está hecha para luchar contra las injusticias, la falta de humanidad, para defender a las personas, no un pedazo de tierra delimitado por fronteras.

—Sois una especie de Robin Hood, pero en millonarios. Y robáis a otros millonarios para quedaros con el dinero. ¿Es eso?

—Yo creo que son más bien una especie de Equipo A —dice Cloe.

—Comparadnos con quien queráis. Nos quedamos con el dinero porque es el arma más poderosa que tienen. Además, lo invertimos todo. No sólo en misiones y material, sino que hemos fundado centros de investigación de enfermedades, escuelas y empresas en países del tercer mundo para crear empleo con un salario digno. De esa forma ejercemos presión contra las grandes multinacionales, quienes se quedan sin gente a la que explotar. Hemos conseguido cerrar varias fábricas en la India y Vietnam, entre otros países.

—Hablando de Chevalier, ¿cómo vamos a ir a por él? ¿Vamos a enviar a nuestra matahari? —pregunto a sabiendas de que el comentario va a molestar mucho a Cloe.

—Vera, vete a la mierda.

—*Mie care*, no formamos mataharis ni gorriones rojos ni nada por el estilo. La creación de la Agencia pasa por la fundación de un nuevo sistema de inteligencia y seguridad internacional. Hemos dejado atrás muchas de las obsoletas tretas utilizadas por los servicios de inteligencia creados por hombres en siglos anteriores.

Nuestra lucha por un trato digno a todas las personas pasa por no emplear la sexualidad.

—Pero en nuestra primera misión nos pediste que… —empiezo a decir.

—Os pedí que consiguierais unas huellas. Vosotras elegisteis el método —dice Gigi al tiempo que dirigimos nuestras miradas a Cloe.

—¿Qué os pasa? Vale, me equivoqué.

—Chicas —interviene Adrien—, obviamente, hay que atraer al objetivo, pero hay mil maneras de hacerlo. Jamás nos pedirán que usemos nuestro cuerpo como arma. Nunca nos pedirán que nos acostemos con nadie, nos pongamos en una situación de vulnerabilidad o mantengamos una relación. Ese es el principio.

—¿Y vosotros qué, señores *asistentes*? Entre vuestras tareas estaba darnos todo lo que quisiéramos…

—Vosotras sois otra cosa. No solemos reclutar a delincuentes —dice Sofía saliendo de su ensimismamiento.

Cloe y yo nos miramos sin saber qué decir. Sofía será una desmemoriada, pero asesta puñaladas que da gusto.

—Lo que Sofía quiere decir es que lo habitual es formar a todos los que pasan a ser parte de nuestra familia. Suele ser gente del montón que cumple una serie de requisitos. Lo vuestro fue algo fortuito y Gigi quería que no tuvieseis distracciones antes de la Operación Kerman. Además, tuvimos una reunión con los altos cargos. Hablamos largo y tendido y estuvimos de acuerdo.

—Exacto, os quería conmigo. Y aun así, no funcionó —dice Gigi.

—Algunas son insaciables, ja, ja, ja —digo.

Adrien y Sofía se ríen.

—Yo me largo; si me vais a fustigar para el resto de mis días, no quiero formar parte de esto. No paráis de hablar de familia, pero…

—Ya está bien, niños —dice Gigi enfadada—. Cloe tiene razón. Todos aquí hemos cometido errores. Lo importante es corregirlos y mantener el mismo respeto por la persona que ha errado.

—Eso, yo me he liado con un tío, otros han quitado vidas.

—He dicho que basta, Cloe. ¿Qué os pasa? Nadie ha matado a nadie.

Todos callamos. Nuestro silencio es el mar y las dudas son las olas que rompen contra las rocas de información que nos han dado.

—¿Lo de tu madre es mentira y te atreves a enfadarte conmigo por no saber qué pensar de ti? —pregunto enfadada.

—Vera, lo de mi madre ocurrió tal y como te lo conté. Pero no fui sincero con una cosa: mi madre sí sobrevivió. Vive plácidamente en una casita junto al mar que pude comprarle gracias a mis ganancias como miembro de la Agencia.

—¿Y para qué mientes?

—No podía decirte la verdad hasta que no estuvieses dentro. Ahora sois de los nuestros, nada puede salir de aquí. Mi madre sobrevivió, pero todos hicieron creer al mundo que no fue así. Yo estaba metido en asuntos turbios con gente indeseable, no era un simple consumidor de estupefacientes. Había llegado muy lejos, había hecho mucho daño a la persona que más quería en el mundo. Tenía que cambiar de vida. Accedí a dar los nombres a cambio de ir a un centro de rehabilitación en lugar de a un centro penitenciario o de menores. En cualquiera de los dos, mis horas estaban contadas. Mi madre *muerta* se trasladó a Italia. No volví a contactar con ella hasta que Gigi me ofreció la oportunidad de entrar.

—Hablando de ganancias. ¿Cuánto vamos a cobrar a partir de ahora? —espeta Cloe.

—Mucho —dice Sofía mientras hace garabatos en un papel.

—Tendréis un sueldo generoso. Como os he dicho antes, hemos cambiado las normas. Hemos derribado los pilares corroídos de los servicios de inteligencia tradicionales. En ellos, la lealtad se demuestra cobrando poco. Las cabezas pensantes creyeron que sólo ingresarían los que querían a su patria. En estos tiempos la vida ha cambiado, y las prioridades, también. La lealtad ha dado paso al individualismo por culpa de las traiciones de los de arriba, de la desigualdad económica entre el que se juega la vida y el chupatintas que todo lo dirige desde su despacho. Nosotros creemos que un buen sueldo es igual a una buena calidad de vida, y si a eso le sumamos el trato respetuoso e igualitario, nos convierte en la Agencia en la que todos querrían ingresar si supieran de nuestra existencia. Tendréis las necesidades económicas cubiertas, aunque también tenéis acceso a un buen cuadro de sanidad física y mental de primera clase. Porque, digan lo que digan, el dinero quita muchas preocupaciones y permite explorar los horizontes que llevamos dentro. Con vuestro bienestar absoluto, esperamos de vosotras que lo deis todo en las misiones para mejorar la vida de aquellos que no tienen la suerte que tenéis vosotras.

—No sé, Gigi, suena todo muy utópico. Si la Agencia lleva veinte años trabajando para mejorar el mundo, me parece que está fracasando. Cada día las cosas están peor.

—La *Utopía* de Tomás Moro, donde todos tienen lo necesario y el oro es despreciado, es inviable en el siglo XXI. Hemos llegado a un punto en el que es imposible desmaterializar a la sociedad. Habría

que volver a reconstruir unos sistemas de valores inalcanzables en un tiempo donde todo es posible en cuestión de segundos. Cloe, *mia cara*, esto es un proyecto a largo plazo. Nosotros no lo veremos florecer. Nosotros estamos plantando aún las semillas, aunque existen ya algunos brotes verdes.

No sé por qué esa última frase me ha provocado un escalofrío. Tengo la sensación de haberla escuchado antes…

—Sofía, por favor, ¿puedes dar a las chicas sus respectivos contratos de trabajo?

Gigi señala el maletín que tiene Sofía a su lado para recordarle dónde están. Sofía saca dos carpetas y nos las coloca delante.

—Tomaos vuestro tiempo para leerlo y firmarlo. No dudéis en preguntar todo lo que queráis saber. No hay preguntas tontas, lo que se os ocurra os lo aclararán Adrien y Sofía. Yo también estoy a vuestra disposición, *mie care*.

Pasamos una hora leyendo el contrato. En resumidas cuentas, nos piden confidencialidad y entrega absoluta. Según he leído, la formación es continua. Digamos que convierten este trabajo en un estilo de vida, con sus rutinas, siempre y cuando no estemos en ninguna operación. Nuestra firma significa que estamos de acuerdo con la cláusula veinte, que dice que las misiones comportan riesgos que incluyen la muerte. Desde luego, la cláusula me hace pensar que quizá una vida fuera con el dinero que ya nos han dado sería más que satisfactoria. Debería dejarlo aquí, pero no puedo. El hecho de ser parte de una gran misión secreta, la adrenalina, los viajes, el dinero… Es demasiada tentación.

—Adrien, aquí dice que podemos irnos cuando queramos. —Cloe rompe el silencio.

—Sí, así es, aunque antes de abandonar la Agencia, debéis someteros al *lavado*.

—¿Qué es eso?

—Pues es un método de alienación de la percepción de la realidad. Quiere decir que, básicamente, después del lavado sufriréis amnesia. No vais a perder la memoria a largo plazo, pero sí a corto. Es posible que lleguéis a tener algunos recuerdos confusos de lo que habéis vivido, pero no sabréis si es real o no. Nosotros desapareceremos de vuestras mentes.

—Sois como los Hombres de Negro.

—Algo así.

—¿Y si aun así conseguimos traicionaros? —pregunta Cloe.

—Una y no más… —responde Jean-Luc saliendo de la nada.

—El Santo ha vuelto de la madrrre patrrria. Bienvenido, señor Kilmer —digo con acento ruso.

—Sí que has llegado rápido. Se suponía que llegabas en unas horas —se sorprende Cloe.

—He podido salir antes de lo previsto.

—Entonces ¿qué hacéis con los traidores?

—Bueno, te voy a ser sincera, Cloe —toma la iniciativa Gigi—. Lo habitual es que la justicia de cada país se encargue, aunque tenemos un sistema penitenciario propio con su correspondiente código penal. No os lo voy a ocultar. Nuestras condenas son duras. Posiblemente os hayáis dado cuenta de que cada vez las leyes son más laxas para los criminales, ya sean sanguinarios o de guante blanco. Nosotros tenemos que equilibrar la balanza y hacer el trabajo que los Estados no quieren hacer. Tenemos un sistema penitenciario en la isla. A decir verdad, creo que tengo una teoría

para explicar el cambio en el código penal. Pienso que cada vez hay más gobernantes individualistas, gobernantes que no asumen el cargo por el país, sino por el dinero y la influencia. Como resultado, obtenemos representantes corruptibles que no quieren pagar por sus actos. Sin embargo, siempre hay que pagar. Si no se encarga la justicia, se encargará la Agencia.

—Cloe, no hay razón para la traición, la Agencia nos lo da todo —dice Jean-Luc.

—Suena a secta.

—*Mia cara*, luchamos por un mundo mejor, por establecer un nuevo orden mundial donde todos los seres humanos seamos tratados con dignidad por lo que somos, no por lo que tenemos.

—Ya está. Firmado —digo.

Cloe tarda aún un buen rato en lanzarse a rubricar el contrato de su nueva vida. Todos la miramos en silencio a la espera de que mueva la mano. Ella siente la presión, así que firma.

—¡Perfecto! —dice Gigi.

—Bienvenidas, chicas. Esto es la PANACEA: Program for the Adoption of Neutral Alliances against Criminal and Evil Acts.

—¿Algo así como Programa para la Adopción de Alianzas Neutrales contra los Actos Criminales y el Mal?

—Más o menos, Veritas.

—Pues ya está. Ahora podéis ir todos a cambiaros y a preparar la maleta. Nos vamos a la fiesta de bienvenida de los nuevos agentes. Será mañana por la noche en la isla y conoceréis a los altos cargos de la Agencia. Salimos en dos horas.

Cada uno se retira a sus quehaceres. Lo que nos ha contado Gigi es bastante impresionante. Me resulta complicado asimilar que ahora

soy una agente de campo. Cuando llego a la puerta de mi habitación me cruzo con Sofía.

—Fifi.

—¿Sí?

—¿Cómo voy a hacer para no volver a hablar con mi familia?

—¿Por qué quieres dejar de hablar con tu familia? ¿Te han hecho algo?

—No, pero ahora que trabajo en la Agencia…

—¿Dónde te crees que estás? Puedes continuar hablando con tu familia y tus amigos. Lo único que no puedes hacer es desvelar nada de la Agencia. Te darán un nuevo perfil personal. Seguirás siendo tú, con tu trabajo oficial y demás. O a lo mejor te asignan un trabajo tapadera en el que sea necesario viajar más.

—Bien. Gracias, Fifi.

Me encanta hablar con Sofía, puedo preguntarle cualquier cosa sin contexto. Le puedo preguntar cómo embalsamar un cadáver y ella sólo me va a preguntar qué tipo de embalsamamiento prefiero.

—Fifi, otra cosa.

—Dime.

—Muchas gracias por curarme la herida.

—¿Cuál?

—La bala —digo señalando el brazo—. ¿Qué habéis hecho con ella?

—Ah, pues normalmente seguimos un protocolo de almacenamiento. Ya debe de estar catalogada y a buen recaudo.

Se percata de que me habría gustado quedármela. De recuerdo, como cuando le sacan a uno la primera muela del juicio.

—No te la puedes quedar, pero tranquila, habrá otras. —Se marcha sonriendo.

Cuando entro en mi cuarto todavía confusa por la afirmación de Sofía, me encuentro una maleta de cabina. Interpreto que es la que quieren que usemos. Meto cuanto puedo y bajo a la cocina a esperar mientras tomo algo. Preparo un sándwich. Me siento junto al ventanal para comérmelo y pienso en mis padres. Es un buen momento para llamarlos.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás, hija?

—Muy bien, como siempre. ¿Y vosotros? ¿Cómo estáis?

—Estamos bien, cariño. Te echamos de menos. ¿Cuándo vienes a vernos?

—Aún no lo sé, mamá, pero espero que sea pronto.

—Cariño, estoy en el supermercado. ¿Te importa si hablamos más tarde tranquilamente?

—Hoy lo tengo complicado, pero no te preocupes, mamá, te llamo en cuanto pueda. Dale un beso a papá y a Greta. Adiós.

Greta es mi hermana pequeña. Nos llevamos cinco años. Ella sigue en casa de mis padres a pesar de trabajar como técnica de laboratorio y ganar su buen dinero. Creo que continuará allí mucho tiempo. Tiene mucha mamitis.

Pronto se une a mí el resto del equipo. Gigi es la última en llegar.

—¿Estáis preparados? El avión nos espera.

13

La isla

Nos subimos en dos coches en dirección al aeropuerto. Yo voy en el coche con los chicos y Cloe.

—Adrien, ¿dónde está la isla?

Gigi nos ha acostumbrado a no hacer preguntas, así que acabo de caer en que he hecho la maleta automáticamente, sin pensar en nada más.

—¿Has estado en las Seychelles?

—Claro que no.

—Pues por ahí está nuestra isla.

Tras varias horas de vuelo, llegamos por la noche, para no variar. Una brisa cálida me acaricia la cara nada más poner un pie fuera del avión.

—*Aloha!!!* —dice Jean-Luc.

—No estamos en Hawái, te has desviado un poco.

—Es que siempre he querido decir eso al aterrizar, ja, ja, ja.

Huele a mar, a lluvia, a naturaleza. Huele a libertad. Subimos en un par de todoterrenos que nos llevan por un camino sin asfaltar. Tras media hora de trayecto, tomamos una bifurcación y salimos a una carretera que nada tiene que envidiar a cualquier autopista

francesa. Ahora la marcha continúa en línea con el mar. Es de noche, por lo que no puedo apreciar la belleza del lugar. Este sitio es mágico, aunque no vea bien lo que nos rodea, transmite una sensación maravillosa y aterradora al mismo tiempo.

—¿Cómo se llama esta isla? —pregunto.

—Liberty Island.

—La Isla de la Libertad. Vaya…

—¿Por qué te asombras, Veritas?

—Porque es a lo que huele. Podríamos trasladarnos aquí.

—No creo que aguantes mucho tiempo, hasta la vida en este paraíso se vuelve aburrida y rutinaria al cabo de un tiempo. Pero puedes venir cuando quieras.

La isla parece pequeña, pero no lo es. Pronto entramos en la civilización. Una ciudad propiamente dicha. Restaurantes, tiendas y casas. Sólo casas, no hay edificios de más de dos plantas.

—Hay bastante gente aquí, ¿no? Me había imaginado otra cosa.

—Liberty Island es nuestra sede. Mucha gente pasa parte del año en ella. Todos los empleados viven unos meses aquí, ya sea porque son técnicos, porque vienen a formarse o porque trabajan en los establecimientos.

Pasamos por delante de un gran edificio moderno.

—¿Qué es ese edificio?

—Es el hospital. Tenemos los mejores médicos del mundo.

—El dinero todo lo puede.

—Pues sí. Supongo que estáis al tanto de los problemas de la sanidad. Mucha demanda para ofertas mediocres.

—Sí, no hay médicos y pedir cita es una pesadilla —digo pensando que hace mucho que no voy al dentista.

—Nosotros aprovechamos las estupideces de los estados para nuestro beneficio. Hemos contratado a cientos de médicos a quienes hemos ofrecido unas condiciones de trabajo acordes a la inversión de tiempo y dinero que han realizado para doctorarse.

Tengo la sensación de estar viviendo en un mundo idílico, irreal. El coche se detiene frente a una mansión increíble. Nuestra casa de Le Vésinet o la mansión del Cardenal son chabolas en comparación con el palacete blanco puro que nos encontramos. El chófer nos deja en la puerta, y esta se abre ante nosotros para dar lugar a un espacio diáfano con controles de seguridad.

—Parece que alguien no confía en sus empleados —dice Cloe.

—Confiamos plenamente en nuestros empleados, Cloe, si no, no estarías aquí. Se trata más bien de identificar a los posibles intrusos.

Un golpe muy bajo por parte de Jean-Luc. Cloe calla, aunque le ha dolido mucho. Pensaba que Jean-Luc era más maduro, aunque supongo que, si siente algo por mi amiga y ella no le corresponde, habrá herido su ego. Ya se arreglarán, hay química entre esos dos. De repente aparece Gigi de la nada.

—*Mie care! Willkommen!*

¿Qué les ha dado a todos con dar la bienvenida en otros idiomas? Es como si la isla fuese un chute de serotonina. Todos están felices en extremo. Gigi continúa:

—Podéis ir a los bungalós que se os han asignado. Os podéis refrescar y volver aquí, si queréis comer algo. Después os vendría bien descansar. Mañana a las diez nos encontraremos en este mismo punto para la presentación de los nuevos agentes. Portaos bien, si normalmente todo lo que rodea nuestro trabajo es secreto, en la isla, mucho más. Lo que pasa en la isla, se queda en la isla.

Cloe y yo nos vamos a buscar nuestro alojamiento. Se trata de un bungaló, tal y como ha dicho Gigi. El interior es minimalista, moderno y cómodo. Azules y blancos se combinan de la misma manera que el cielo y el mar lo hacen en el exterior. Ni siquiera es necesario abrir las ventanas para escuchar el sonido de las olas que se acercan a saludarnos.

—Este sitio es increíble. Ni en un millón de años habría imaginado visitar una isla como esta.

—Sí, es muy bonita. Oye, Ve-ri-tas —dice Cloe canturreando su burla—, ¿desde cuándo eres tan amiga de Jean-Luc?

—Pues desde que fuimos juntos a salvarte el culo a casa de Chevalier. Venga, vamos a comer algo y a dormir. Me muero por que salga el sol para ver este paraíso de día.

Ignoro los comentarios bordes de mi amiga. No quiero que me amargue la estancia. El restaurante de la mansión es increíble. Tiene comida para todas las dietas posibles. Yo me inclino por el marisco y el pescado. En Francia no comemos mucho pescado porque la variedad es más bien escasa. Todo está delicioso y lo mejor es que tengo la impresión de ser una más entre una multitud y nadie presta atención a mis ansias de comer.

—Hola, Vera.

—Hola, Adrien —digo con la salsa chorreándome por la comisura de los labios. Anda que menudo momento para aparecer.

—Te estás poniendo fina. Cuidado con el marisco, que es afrodisíaco.

—Sí, pues no alucines, cariño. Sólo quiero disfrutar de la isla, del mar, de la arena, de mi soledad… ¡Ay! —suspiro—. ¿Sabes qué? Me

voy a dormir. Creo que ya me he metido suficiente colesterol por hoy.

Me levanto con toda la dignidad que puedo rumbo a mi cama. Antes, hago un barrido para localizar a Cloe. Está con Sofía y Gigi. Jean-Luc se acerca a ellas; al verle, ella se marcha. Él la sigue. Yo me despido de Adrien.

Entro en el bungaló directa al baño. Creo que me voy a dar una ducha antes de dormir. Vale, definitivamente jamás traicionaré a Gigi. A lo mejor podéis pensar que nos están comprando, pero nos han dado mucho más. Un hogar, una familia y una misión en la vida: cambiar el mundo. Creo que no está nada mal.

Vaya, la ducha italiana con techo panorámico es alucinante. Por primera vez en la vida me estoy duchando bajo las estrellas. Menos mal que estoy sola, porque, entre la sensualidad de esta ducha y los kilos de gambas que me he comido, si Adrien estuviese aquí, seguramente acabaría arrepentida. Hace calor, el termómetro marca veintisiete grados, sin embargo, es agradable. Pensaréis que es una estupidez, pero desde pequeña me ha parecido mágico salir de un lugar frío y llegar a uno cálido en unas horas. Hace unas horas estaba en la fría Francia y ahora estoy en medio del océano, en pleno mes de diciembre, dejándome acariciar por una brisa cálida. Me concentro en el sonido de las olas hasta que me quedo dormida.

A las nueve en punto estoy en el restaurante de anoche. He pensado que quizá también nos den de desayunar. Tengo suerte, un bufet donde parece imposible probar todos los manjares se extiende ante mis ojos. No veo a nadie del equipo, aunque eso no me va a impedir disfrutar de un zumo morado de no sé qué con unas tostadas con mantequilla y mermelada. Me gusta la de fresa.

Mientras unto el pan, un cuerpo cae como un peso muerto en la silla que tengo enfrente.

—Hola, señora elefanta. ¿Qué te pasa, Cloe? Parece que has dormido mal. O más bien que no has pegado ojo.

—Hola, Veritas —saluda un alegre Jean-Luc—. ¿Cansada, Cloe?

—Vosotros dos habéis…

—Café, por favor, café —dice Cloe para callarme.

Jean-Luc desaparece y reaparece un minuto después.

—Aquí tienes, Clochita.

—Jean-Luc, no me llames así, ¿vale?

—¿Clochita? —pregunto.

—Sí, es mi campanita.

—Ja, ja, ja, ¿por qué es tu campanita?

—Pues porque cuando estamos…

—¡Cállate, Jean-Luc! —lo interrumpe Cloe.

De repente suena por megafonía la voz de un hombre que nos invita a acudir a la sala de conferencias. Los tres nos levantamos y las dos seguimos a Jean-Luc, quien parece el único que sabe dónde está la sala. Este edificio es inmenso. El blanco predomina y hace resaltar el turquesa de las aguas que se asoman por la ventana. Bajamos unas escaleras y nos encontramos con las puertas que dan a un auditorio abiertas.

—¡Madre mía! —exclamo.

Las dos puertas laterales se abren a dos bloques de butacas con un pasillo central. Sólo hay tres paredes, puesto que nada más entrar nos topamos con un enorme ventanal que muestra peces, corales y otras especies marinas.

—¡Estamos bajo del mar! —exclama Cloe boquiabierta.

—Sí, como la sirenita —digo sin ser realmente consciente de lo que estoy diciendo.

—Ja, ja, ja, creo que todos hemos tenido la misma reacción. —Suena la voz de Adrien a mis espaldas.

Tomamos asiento. Dejamos las vistas del fondo del mar a nuestras espaldas. Una gran pantalla de proyección desciende. En cuanto la sala se llena, aparece la imagen de una mujer que tiene la tez morena y unos ojos verdes magnéticos que no puedo dejar de mirar. Su cabello oscuro contrasta con unas ropas del blanco más puro que he visto en la vida. Para que me entendáis, me encanta el blanco, pero casi no tengo prendas de ese color porque no sé mantenerlas. Enseguida amarillean. Y después de este inciso doméstico, dejadme que os diga que la seguridad que transmite esa mujer es tanta que ya me ha convencido sin decir nada.

—Buenos días. Os doy la bienvenida. Mi nombre es Kamala y soy la directora general de operaciones de la SIA. Si estáis aquí es porque habéis sido elegidos para contribuir al cambio del orden mundial actual. Creamos la Agencia con el fin de acabar con las fronteras, las luchas de poder y las guerras. Queremos que el planeta sea nuestro hogar. Tomás Moro proclamaba a propósito de los utópicos que jamás pactaban alianzas con otras naciones porque se suelen concluir o romper. Sin embargo, lo importante es que los humanos estamos unidos por naturaleza y las únicas personas que no reconocen ese vínculo nunca mantendrán esas alianzas. Nosotros necesitamos los pactos para modificar la realidad. En cambio, cuando consigamos nuestros propósitos, ya podremos prescindir de esas alianzas para confiar en los lazos de la naturaleza. A partir de ahora, todos remamos en una sola dirección. Y cada vez seremos

más en nuestro equipo, hasta que consigamos que todos los seres humanos de este planeta tengan una vida digna. En el planeta hay dinero y recursos suficientes para reparar el daño que la codicia, la maldad, el odio y el individualismo han causado. Sin duda, es una ardua tarea que requiere un gran sacrificio y una lealtad absoluta. Aunque en treinta años hemos desmantelado algunas tramas de corrupción y negocios ilegales, el crimen nunca descansa. Es más, con cada red que atrapamos, nace una nueva más ingeniosa y fuerte. Por ello os necesitamos. Necesitamos vuestro talento, vuestros valores, vuestros conocimientos. De nosotros depende el futuro de todos.

La interrumpe el aplauso de una audiencia arrebolada. La enigmática mujer prosigue su discurso:

—La Agencia no va a sacaros de vuestras vidas actuales, no os vamos a alejar de vuestras familias. Sin embargo, nada de lo que veáis puede ser revelado a personas ajenas a la organización. Como ya os habrán informado, os asignaremos las tapaderas necesarias para no tener que interferir en vuestra vida.

»Somos una nueva forma de servicios de inteligencia en la que los seres humanos son el valor más importante. La tecnología está a nuestro servicio, aunque, como iréis descubriendo, actualmente practicamos un retorno a la vida analógica en muchos aspectos. Muchos sois muy jóvenes, así que aprenderéis a valeros sin la tecnología en diferentes ámbitos. A partir de ahora, será una herramienta secundaria, la primera será vuestro cerebro y vuestras habilidades. Lo que sí os pedimos es que seáis sutiles. Vivid una vida plena sin abusos de ninguna clase. Recordad que no tenéis ningún tipo de cargo o credenciales. La SIA no existe a ojos del mundo. Eso

sí, somos una familia, y como tal, siempre tendréis una red de seguridad. Jamás dejamos a nadie atrás. ¿Alguien tiene alguna pregunta antes de presentaros la nueva misión?

Una mano se levanta tímidamente. La mujer asiente con la cabeza.

—Adelante.

—¿Quiere usted decir que su propósito es que todos vivamos en igualdad de condiciones? ¿Van a redistribuir las riquezas para que todos tengamos el mismo nivel económico?

—Tutéame, aquí todos recibimos el mismo trato. No es exactamente así. Sería muy complicado repartir dinero sin más. En primer lugar, creemos en la meritocracia. Una persona que recibe todo sin esfuerzo alguno es más propensa a cometer delitos o a la corrupción. Todo el mundo debe trabajar. En lo que pueda o en lo que sepa. Sí aseguramos unas condiciones dignas de vida. Nadie será privado de una vivienda digna y de recursos de vida decentes. Uno de nuestros objetivos es reducir los problemas mentales, de ansiedad, depresión, etc., que se han disparado en los últimos años y que han aumentado los crímenes, en muchos casos gratuitos, que se vienen cometiendo. Equilibrio es la palabra clave. Equilibrio en todos los aspectos de la vida. A partir de ahora os convertís en recolectores: recolectáis la escoria del planeta. Y en cada equipo tenéis un referente al que podéis acudir.

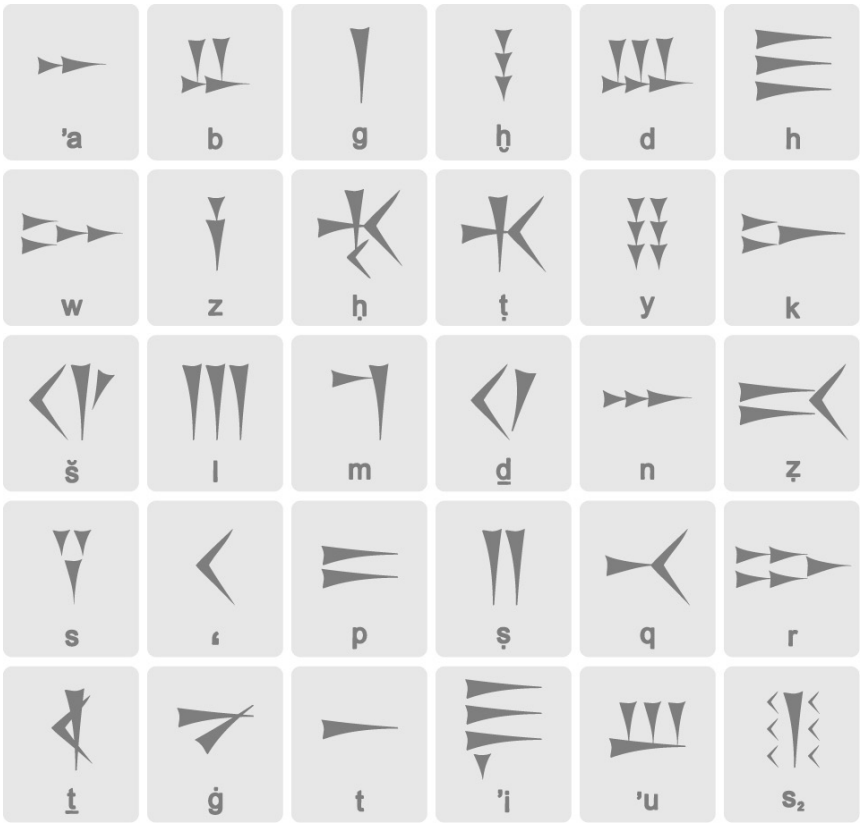
—En nuestro caso es Gigi —me susurra al oído Adrien.

—Ya, me lo he imaginado… —le digo casi ofendida.

—En cualquier caso, pronto iréis empapándoos de la dinámica de la Agencia —continúa Kamala—. Otro punto que quería comentaros es que, aunque no conozcáis a más personal de la Agencia más allá

de vuestro equipo, todos os podéis reconocer a través de nuestra simbología. Cada miembro lleva un pequeño tatuaje que indica su rol en la Agencia. Los referentes somos los jefes de equipo, unidad o sector. La mayoría de los que estáis aquí sois recolectores. Los mecenas son aquellos que sustentan esta institución. Los sanadores son los médicos y los científicos. Los técnicos son los expertos tecnológicos. Finalmente están los facilitadores, quienes pueden tener toda clase de oficios: desde camareros hasta fontaneros o conductores de autobús. Los facilitadores gozan de una gran importancia, ya que son el puente hacia los refuerzos. Conocen su entorno y a los posibles efectivos que les rodean. En la pirámide de la SIA todos los niveles tienen el mismo valor, tan sólo varía el nivel de responsabilidad. Cada uno tiene tatuada su función, así, si en alguna ocasión os encontráis en un apuro en una misión o en unas vacaciones e identificáis a alguien con su signo, sabréis que podéis confiar en esa persona y de qué forma puede ayudaros. Podéis identificar los signos en la imagen que os voy a mostrar buscando la primera letra del cargo. Nuestra simbología se basa en el alfabeto ugarítico. Esta lengua que se hablaba en Siria data de más de mil quinientos años antes de Cristo. Aquí tenéis una imagen:

Alfabeto cuneiforme de Ugarit



—Al final de la sesión podéis acudir al centro médico a tatuaros —nos insta Kamala.

Vaya, no me gustan las marcas en el cuerpo y mucho menos los tatuajes.

—Adrien, yo no quiero tatuarme —digo entre dientes.

—Es obligatorio —me responde tajante.

Kamala continúa.

—Por cierto, absolutamente todos los miembros de la Agencia están obligados a prestar ayuda a un compañero si se diera el caso. Somos conscientes de que somos humanos y que es posible que os encontréis con alguien que os caiga mal o que no os parezca digno de vuestra confianza. Los juicios y sentimientos los dejáis a un lado. No os pedimos que seáis amigos, pero sí que antepongáis el

cumplimiento de las normas de la Agencia a vuestras rencillas personales.

—Parece que te tienes que tragar a Jean-Luc, en lo bueno y en lo malo. —Esta vez soy yo la que susurro a Cloe.

Mi amiga no responde al momento, aunque me pellizca unos segundos después. Doy un salto en la butaca.

—Niñas, silencio, la profe está hablando —dice Jean-Luc.

—A continuación, os explicaré brevemente la misión. Vuestros respectivos referentes os darán una carpeta con todos los detalles. Hace un año, una joven abordó a una de nuestras referentes en el baño en mitad de una fiesta privada. La chica apareció de la nada, dijo a nuestra compañera que estaba muriéndose y quería que la ayudara. La mujer dio su nombre, Luna Barreiro, brasileña. Dijo que la habían secuestrado para integrarla en una de las rutas. La ruta escarlata. Sólo dijo que su cuerpo no podía más y cayó redonda. El resultado oficial de la autopsia fue fallo cardíaco. La referente nos informó de inmediato y empezamos a investigar. Luna no tenía a nadie en el mundo. Efectivamente, la habían secuestrado para que formase parte de una enorme red criminal que, al parecer, se compone de cuatro rutas: escarlata, de la seda, del terciopelo y del diamante. Cada una opera en un continente, América, Asia, Europa y África. Nuestra misión es desmantelarlas. Se trata de una misión compleja a largo plazo porque no se dedican únicamente a la explotación sexual, sino también al tráfico de armas, de drogas, de personas y de órganos, entre otras cosas. Son el mayor entramado criminal jamás detectado. Al igual que nosotros, están camuflados en todos los ámbitos de la vida. Las cabezas son personas influyentes en la economía mundial, por lo que cuentan con unos

vastos recursos para dirigir y engrosar sus negocios y sus cuentas. Se han convertido en nuestro principal enemigo. Contamos con todos vosotros para acabar con ellos. Ahora, podéis ir a disfrutar de las horas que os quedan de vacaciones en este paraíso antes de poneros manos a la obra.

—¿Horas? ¿Eso es todo? —pregunto enfadada.

—Tranquila. Muchos de los que están aquí todavía reciben formación. Ya sabes, con sus horarios y sus días libres. Nosotros acabamos de salir de una misión. Nos corresponde una semana de vacaciones. La Agencia no quiere miembros quemados o exhaustos. No serviría de nada. Además, tal y como ha dicho Kamala, esto es una misión a largo plazo. Los que han estado más relajados trabajarán en la investigación hasta que nos incorporemos.

Abandonamos la sala y nos dirigimos junto con todos los asistentes al centro médico. Estoy demasiado nerviosa, las marcas permanentes me angustian. Voy a tener una marca indeleble en mi cuerpo. Supongo que será el recordatorio de que he firmado por consagrar mi vida a salvar a la humanidad.

El centro médico es un edificio situado cerca de la mansión. Llegamos en apenas cinco minutos a pie. A pesar de que somos muchos, casi no hay tiempo de espera gracias a las numerosas salas que tienen dispuestas para el mismo propósito.

—Vera, no tengas miedo. Va a pasar muy rápido y casi no duele —Adrien interrumpe mis pensamientos.

No me creo una palabra.

—¡Siguiente! —grita una voz del interior de la sala siete.

Vaya, todo tan bien montado, pero llaman a voces a los pacientes.

Atravieso el umbral de la puerta entre temblores.

—¿Cuál es tu nombre y función? —me pregunta el médico.

—Vera. Vera Olsen. Recolectora.

Tras revisar la lista, sonríe.

—¡Aquí estás! Perfecto, necesito tus dedos índices.

Quince minutos después salgo acordándome de toda la familia del médico. Me han tatuado la punta de ambos dedos índices.

—¿Cómo ha ido, Veritas? —me pregunta Jean-Luc.

—Pues duele bastante —digo mirándome los dedos—. Espera, espera, ¿dónde está el tatuaje? Ha desaparecido.

—Es otro de nuestros trucos. Sería raro ver a cientos o miles de personas con los mismos tatuajes. Podrían descubrirnos.

—¿Y cómo queréis que identifiquemos a nuestros compañeros?

—Luz negra. A partir de ahora llevaréis en el llavero esta pequeña linterna del tamaño del meñique de un bebé.

Adrien me da la linternita. Efectivamente, es bastante pequeña.

—Llévala siempre contigo.

—¿Hay alguna sorpresa más?

—Sí, nos vamos al restaurante con la comida más deliciosa que hayas probado nunca —dice salivando.

El restaurante está en un acantilado. En un saliente, para ser más precisa. Me da la impresión de que vamos a caer al mar de un momento a otro. Nos sentamos en una larga mesa con unas vistas de ensueño. Gigi nos prohíbe hablar de trabajo, quiere que desconectemos del todo para volver renovados. Me resulta complicado no pensar en lo que nos han contado y disfrutar sin más.

Después de tomar el postre me excuso. Necesito algo de tiempo para mí. Me voy sola a la playa. En la distancia es agua turquesa; de cerca, el agua es cristalina. El agua más limpia y pura que he visto

jamás. Me siento directamente sobre la fina arena blanca para fijar la mirada en el horizonte. Lo mejor de todo es que no hay nadie, tengo la suerte de disfrutar de este lugar para mí sola. Los rayos del sol me inyectan la vitamina que París me ha arrebatado. Las olas del mar me hablan. Me dicen que estoy donde debo estar. He encontrado el propósito de mi existencia y no es otro que cambiarlo todo. Soy miembro de la SIA. Soy Vera Olsen, recolectora.

Agradecimientos

Tengo que reconocer que hace años que fantaseo con publicar una novela. Pero fantasear no es suficiente, hay que tener una fuerte determinación para sacar adelante un proyecto tan personal. Es imprescindible creer en lo que se escribe y confiar en que una editorial lo publicará.

Y ahí ha estado mi compañero de vida, Wael, para alimentar esa convicción en todo momento.

También han estado mis hijos, que, aunque pequeños, tienen un gran corazón y una mayor fe en mamá. Me han transmitido una fortaleza impensable para ser unas criaturas tan chiquitinas, una fuerza indispensable para mí.

Gracias a mi familia. En especial, a mi hermana Taima, quien ostenta el papel de lectora beta vitalicia sin posibilidad de renuncia. Es lo que tienen los lazos de sangre.

Pero no sólo mi familia ha sido esencial. También lo han sido mis amigas. Lo ha sido mi inestimable Marta, que casi está igual de emocionada y orgullosa que yo con esta novela.

Y, por supuesto, lo ha sido el gran equipo que hay detrás de este libro. Porque, una vez finalizado el manuscrito, tuve la suerte de

encontrar buenas correctoras, Sarah Herrero y Mar del Olmo, dos grandes profesionales que me han sabido guiar para mejorar.

Por supuesto, agradezco a Gonzalo Albert que creyese en el potencial de *Operación Kerman*.

A Carol París por su acompañamiento minucioso para conseguir un resultado, a mi parecer, perfecto.

En resumidas cuentas, agradezco a Roca que me haya permitido embarcarme en esta maravillosa aventura.

Y dejo para el final los agradecimientos a la Agencia Pontas. Estaré eternamente agradecida a Anna por la rapidísima aceptación del manuscrito de *Operación Kerman*. Es un honor formar parte de una agencia con valores tan humanos, multiculturales y positivos.

Gracias, Carla, por transmitirme tanta confianza con tu *savoir-faire*.

Clara, te agradezco que siempre respondas tan rápido a todas las dudas y que tengas propuestas para solventar cualquier contratiempo con optimismo y una sonrisa.

Y, Carolina, eres la última de la lista porque te has convertido en una vip en mi vida. Gracias por saber entenderme. Gracias por todo el increíble esfuerzo que haces por que *Operación Kerman* sea un éxito. Gracias por creer en mí y por estar siempre ahí.

En resumidas cuentas, no puedo sino estar agradecida por que mi camino se haya cruzado con el de todos vosotros.

Un thriller de acción liderado por mujeres con algo importante que decir sobre el mundo en el que vivimos hoy.



Vera y Cloe, dos amigas hartas de ver sus ilusiones, su esfuerzo y su orgullo pisoteados por los más pudientes, deciden tomar cartas en el asunto y llevar a cabo su propio trabajo complementario: el robo a millonarios sin escrúpulos. Tras el éxito de su último atraco, una llamada las pilla por sorpresa. Se trata de Gladys, la mujer de la víctima, que sabe lo que han hecho. Lejos de entregarlas a la cárcel o exigirles la devolución de lo sustraído, les hace una propuesta de trabajo: recuperar para ella una alfombra excepcional valorada en millones de euros. Con este encargo, Vera y Cloe pasarán a formar parte de un equipo de inteligencia secreto creado por Gladys, en el

que serán entrenadas para un atraco de alto riesgo en el que todas las piezas deben cuadrar a la perfección... o se atendrán a las consecuencias.

Sama Helalli es mediadora intercultural especializada en áreas de seguridad e inteligencia internacional. *Operación Kerman* es su primera novela.



Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Sama Helalli
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Ilustración de portada: Martí Sanchís i Aibar a partir de las imágenes de © iStockphoto

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10274-26-6

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial

X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Operación Kerman

Introducción

1. Todo tiene un precio

2. El encuentro

3. El informe Kerman

4. Un nuevo despertar

5. El entrenamiento

6. El Baile de la Rosa

7. El rescate

8. El origen de Sofía

9. Operación Kerman

10. Anadyr

11. El gran golpe

12. La bienvenida

13. La isla

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sama Helalli

Créditos